



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

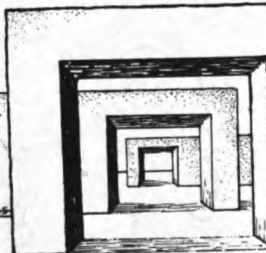
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

Historia *DE España*

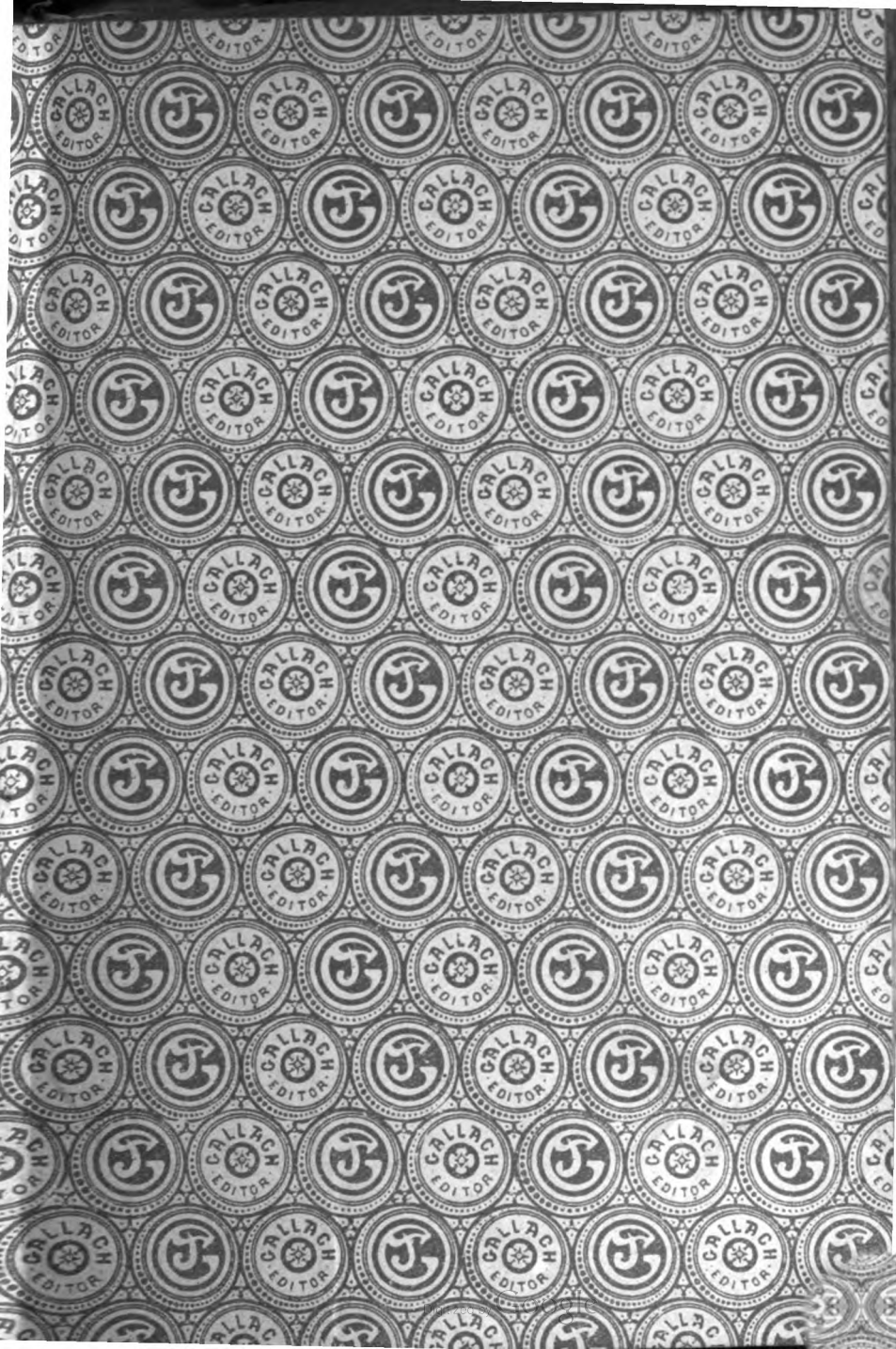


• DE LAS REPÚBLICAS
• LATINOAMERICANAS



ABCDEFGHI
HIJKLMN
OPQRSTU
VWXYZ

EX-LIBRIS BIBLIOTECA DE CATALUNYA



HISTORIA DE ESPAÑA
y
DE LAS REPÚBLICAS LATINO-AMERICANAS



HISTORIA DE ESPAÑA

Y DE LAS

REPÚBLICAS LATINO-AMERICANAS

POR

D. ALFREDO OPISSO

**CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
SOCIO DE MÉRITO DE LA ARQUEOLÓGICA TARRACONENSE**

CON UN PRÓLOGO DE

D. MIGUEL S. OLIVER

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Y OTRO PRÓLOGO, REFERENTE A LA PARTE DE AMÉRICA, DE

D. FEDERICO RAHOLA

SENADOR DEL REINO

TOMO XXIII

**Paraguay. — Bolivia. — Chile. — Perú. — Ecuador.
Colombia. — Venezuela. — República Dominicana.
Puerto Rico. — Cuba.**



BARCELONA
CASA EDITORIAL "GALLACH"

416, CORREDO DE CUENTO, 418

PROPIEDAD DEL EDITOR
—
DERECHOS DE TRADUCCIÓN
RESERVADOS

IMPRESA DE HENRICH Y C.^o — BARCELONA

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

PARAGUAY

Geografía, página 1. — La Independencia, pág. 2. — El doctor Francia, pág. 2. — Muerte de Francia, pág. 11. — López I, pág. 11. — López II, pág. 13. — La guerra, pág. 15. — Después de la guerra, página 23. — La Constitución de 1870, pág. 24.

CAPÍTULO II

EL PARAGUAY CONTEMPORÁNEO

Naturaleza del suelo, página 28. — Los exploradores, pág. 29. — Movimiento económico, pág. 30. — Comercio, pág. 30. — Vías de comunicación, pág. 30. — Agricultura, pág. 31. — Industria, pág. 31. — Ejército, pág. 32. — Población, pág. 32. — Inmigración, pág. 32. — Instrucción pública, pág. 32. — Las costumbres, pág. 33.

SEGUNDA PARTE

REPÚBLICAS ANDINAS

CAPÍTULO I

BOLIVIA

El país, página 35. — Historia, pág. 36.

CAPÍTULO II

BOLIVIA EN SU ASPECTO POLÍTICO, ECONÓMICO Y CIENTÍFICO-LITERARIO

Constitución política, página 47. — División administrativa, pág. 48. — Hacienda, pág. 48. — Legislación, pág. 49. — Minería, pág. 49. — Agricultura, pág. 49. — Industria, pág. 50. — Comercio, pág. 50. —

VI

Vías de comunicación, pág. 51. — Ejército, pág. 51. — Ciudades principales, pág. 52. — Instrucción pública, pág. 53. — La Prensa, pág. 53. — Movimiento científico y literario, pág. 54. — Los idiomas de Bolivia, pág. 66. — Bellas artes, pág. 66.

CAPÍTULO III

CHILE. — LA REPÚBLICA AUTORITARIA (1831-1861)

Gobierno de Portales, página 57. — Constitución de 1833, pág. 58. — Ministerio Rengifo, pág. 61. — División de los conservadores, pág. 62. — Guerra con la Confederación Perú-Boliviana, pág. 62. — Primera campaña, pág. 64. — Segunda campaña, pág. 65. — El decenio de Bulnes, pág. 66. — Los partidos políticos, pág. 67. — El decenio de Montt, pág. 69. — Los partidos, pág. 70. — Cambios sociales, pág. 73.

CAPÍTULO IV

LA REPÚBLICA LIBERAL (1861-1881)

Ruptura del bloque, página 74. — Guerra con España, pág. 77. — Presidencia de D. Federico Errazuriz, pág. 81. — Reforma constitucional, pág. 82. — Presidencia de D. Aníbal Pinto, pág. 83. — Conflicto con la Argentina, pág. 84. — Conflicto con Bolivia, pág. 84. — La guerra del Pacífico, pág. 86.

CAPÍTULO V

EL CONFLICTO CONSTITUCIONAL (1881-1891)

Presidencia de Santa María, página 93. — Presidencia de Balmaceda, pág. 97. — Conflicto constitucional, pág. 99. — La guerra civil, pág. 100.

CAPÍTULO VI

LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA (1891-1916)

Triunfo del parlamentarismo, página 104. — Los últimos presidentes, pág. 106. — El gran terremoto de 1906, pág. 107. — Relaciones internacionales, pág. 107. — Progresos interiores, pág. 108.

CAPÍTULO VII

GEOGRAFÍA. — CULTURA CÍVICA. — LEGISLACIÓN

Geografía, página 109. — Instrucción pública, pág. 111. — La Medicina, pág. 113. — Ciencias naturales, pág. 115. — Agricultura, página 116. — Minería, pág. 117. — Legislación, pág. 117.

CAPÍTULO VIII

LETRAS Y ARTES

Los primeros tiempos, página 119. — La Historia, pág. 122. — La Novela, pág. 124. — La Poesía, pág. 125. — El Teatro, pág. 127. — La Prensa, pág. 128. — Los extranjeros, pág. 128. — El Arte, pág. 129.

CAPÍTULO IX

LA RIQUEZA. — EL EJÉRCITO Y LA MARINA. — COSTUMBRES

Población, página 131. — Comercio, pág. 131. — Agricultura, pág. 132. — Industria, pág. 132. — Vías de comunicación, pág. 133. — Presupuestos, pág. 133. — Ejército, pág. 134. — Marina de guerra, pág. 134. — Las costumbres, pág. 134. — Psicología del chileno, pág. 135.

CAPÍTULO X

LA REPÚBLICA DEL PERÚ

(1826-1862)

Historia, página 137. — El liberalismo, pág. 146. — La reacción, página 149.

CAPÍTULO XI

LAS GUERRAS CON ESPAÑA Y CON CHILE

(1862-1899)

Presidencia de San Román, página 152. — La cuestión española, página 153. — Gobierno de Prado, pág. 154. — Presidencia de Balta, pág. 156. — Presidencia de Pardo, pág. 158. — Presidencia de Prado, pág. 160. — Guerra del Perú con Chile, pág. 161. — La paz con Chile, pág. 166. — La guerra civil, pág. 167. — Presidencia de Cáceres, página 168. — Presidencia del coronel Morales Bermúdez, pág. 169. — La coalición cívico-democrática, pág. 170.

CAPÍTULO XII

LOS ÚLTIMOS PRESIDENTES DEL PERÚ

(1899-1916)

Presidencia de Romañá, página 173. — Presidencia de Candamo, página 174. — Presidencia de D. José Pardo, pág. 175.

CAPÍTULO XIII

GEOGRAFÍA. — GOBIERNO. — VIDA ECONÓMICA

Geografía, página 177. — Gobierno, pág. 179. — Los partidos, página 181. — La política, pág. 182. — Relaciones internacionales, página 184. — Hacienda, pág. 184. — Comercio, pág. 184. — Agricultura, pág. 185. — Minería, pág. 186. — Industria, pág. 186. — Vías de comunicación, pág. 187. — Ejército y marina, pág. 187.

CAPÍTULO XIV

LA CULTURA

Las ciencias, página 188. — Letras, pág. 189. — El periodismo, página 191. — El Teatro, pág. 191. — Bellas Artes, pág. 191. — Costumbres, pág. 192.

CAPÍTULO XV

LA REPÚBLICA DEL ECUADOR

Historia, página 194. — Geografía, pág. 199. — Flora y fauna, página 201. — La población, pág. 201. — División administrativa, página 202. — Gobierno, pág. 202. — Ejército y marina, pág. 204. — La intelectualidad, pág. 204. — Vida económica. Hacienda, pág. 205. — Comercio, pág. 205. — Agricultura, pág. 206. — Industria, pág. 207. — Vías de comunicación, pág. 208. — Costumbres, pág. 208.

CAPÍTULO XVI

LA REPÚBLICA DE COLOMBIA

Historia, página 211. — Geografía, pág. 219. — Flora y fauna, pág. 221. — Población, pág. 222. — Gobierno, pág. 224. — División política, pág. 225. — Ejército y marina, pág. 226. — Vida económica. Hacienda, pág. 226. — Sistema monetario, pág. 226. — Industria, pág. 227. — Agricultura, pág. 227. — Vías de comunicación, pág. 228. — Vida intelectual, pág. 228. — Las letras, pág. 229. — Ciudades históricas y costumbres, pág. 234.

CAPÍTULO XVII

REPÚBLICA DE VENEZUELA

Historia, página 236. — Geografía, pág. 245. — Hidrografía, pág. 247. — Litoral, pág. 247. — Población, pág. 247. — Producciones, pág. 248. — Minería, pág. 249. — Gobierno, pág. 249. — Sistema monetario, página 251. — Vías de comunicación, pág. 252. — Ejército y marina, pág. 252. — Instrucción pública, pág. 252. — Movimiento intelectual, pág. 252. — Costumbres, pág. 259.

CAPÍTULO XVIII

LAS ANTILLAS. — LA REPÚBLICA DOMINICANA

Historia, página 262. — Gobierno, pág. 268. — Geografía, pág. 268. — Vida económica, pág. 271. — Instrucción pública, pág. 272. — Vías de comunicación, pág. 272. — Movimiento intelectual, pág. 272. — Puerto Rico, pág. 275.

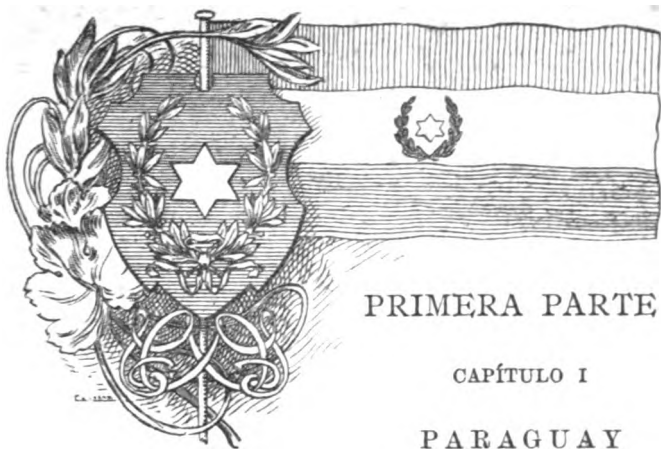
CAPÍTULO XIX

REPÚBLICA DE CUBA

Las conspiraciones separatistas, página 279. — Período reformista, página 289. — La guerra de los diez años, pág. 290. — Los nuevos partidos, pág. 294. — La guerra chiquita, 295. — Las reformas de Maura, pág. 295. — La última guerra de Cuba, pág. 296. — La guerra hispano-americana, pág. 320. — El Caney, pág. 325. — Nuevo régimen, pág. 329. — Geografía, página 331. — Vegetación, pág. 332. — Vida económica. Hacienda, página 332. — Gobierno, pág. 333. — División administrativa, pág. 333. — Instrucción pública, pág. 334. — Vías de comunicación, pág. 334. — Movimiento intelectual, pág. 334. — Costumbres, pág. 335.

LAMINAS Y MAPAS

	<u>Págs.</u>
José Gaspar Rodríguez de Francia	11
Mapa de las Repúblicas de Perú, Bolivia, Paraguay y Uruguay.	50
Incendio de la Iglesia de la Compañía, en Santiago	75
Mapa de las Repúblicas de Costa Rica, Panamá, Colombia, Venezuela y Ecuador.	215
Muerte de José Martí.....	300
Hallazgo de los cadáveres de Antonio Maceo y Francisco Gómez, en Sandro.....	312
Explosión del Maine	318
Insurrectos cubanos retirando heridos de los campos de batalla.	330



Historia

GEOGRAFÍA. — LA INDEPENDENCIA. — EL DOCTOR FRANCIA. — MUERTE DE FRANCIA. — LÓPEZ I. — LÓPEZ II. — LA GUERRA. — DESPUÉS DE LA GUERRA. — CONSTITUCIÓN DE 1870.

Geografía. Paraguay es uno de los países más originales del mundo, ciertamente, pues con haber sido, a pesar de su reconditez, el centro de todas las operaciones de los europeos en la costa americana del Atlántico, hubo de quedar luego relegado al olvido, enquistado, incomunicado con el mundo entero, hasta mediados del pasado siglo, en que restableció las relaciones con el exterior el presidente Carlos Antonio López.

Está situada esta república en la cuenca inferior del río de su nombre; confina al Norte con Bolivia, al Este con el Brasil y al Sur y al Oeste con la Argentina. Su superficie actual es de 253,109 kilómetros cuadrados; la población ascendía en 1913 a 715,800 ha-

bitantes, de ellos 50,000 indios y muchos miles de mestizos de blancos españoles, indios guaraníes y negros.

La Independencia. Hablamos ya de la historia del Paraguay bajo la dominación de los jesuitas, hasta su expulsión en 1767, y dijimos que a aquellos dos siglos de admirable prosperidad sucedió un período de profunda decadencia, reunido aquel país al virreinato del Plata. Lanzado en Buenos Aires el grito de separación de la Madre Patria el 25 de mayo de 1810, vimos ya como los paraguayos se negaron a secundarlo, permaneciendo fieles a la metrópoli, contra las pretensiones de los argentinos; hasta que el 14 de mayo de 1811, y sin que hubiese que deplorar el más mínimo desmán ni derramarse una sola gota de sangre, fué depuesto el gobernador don Bernardo de Velasco, modelo de honradez y bondad, reunióse una Asamblea y quedó nombrada una Junta ejecutiva, que decretó desde luego la independencia del Paraguay.

El Doctor Francia. Estaba compuesta dicha Junta de un presidente, llamado D. Fulgencio Yegros, dos asesores y un secretario, cuyo nombre era D. José Gaspar Rodríguez de Francia. Dos años después reuníase un Congreso, compuesto de *mil* diputados, y la Junta de los Cuatro fué reemplazada por *dos* *Cónsules*, que debían sentarse en sendas sillas curules, respectivamente denominadas de *César* y *Pompeyo*. Elegidos Yegros y Francia, escogió éste la silla de César, y centralizó desde luego todo el poder en sus manos. Reorganizó el ejército, restableció el orden en la Hacienda, declaró *muertos civilmente* a los españoles, para atraerse a los indios guaraníes, y como Yegros estorbaba en la silla de Pompeyo, hizo que la Asamblea de los Mil le dejase sin ella y le procla-

mase a él Dictador, como así fué (1814), señalando un plazo de tres años para el ejercicio de dicho cargo.

No le satisfizo a Francia aquella dictadura trienal, y, por lo mismo, convocando de nuevo a la Asamblea en 1816, se hizo proclamar *Dictador Supremo y Perpetuo*. Contaba a la sazón Francia cincuenta y nueve años, y desde luego se propuso restaurar íntegramente el sistema jesuítico del comunismo de Estado, si bien esta vez era un comunismo laico y no tan ameno como en tiempo de las Misiones. El Dictador se encontraba con un pueblo



Fulgencio Yegros

habitado a la obediencia pasiva, sumido en la ignorancia y olvidado, desde la expulsión de los hijos de Loyola, de la práctica de las artes y aun de la misma agricultura; un pueblo, en una palabra, vuelto a caer en la barbarie.

No podía darse tipo más original que aquel hombre. «Era de mediana estatura, dice el distinguido historiador francés M. A. Deberle, nervioso y flaco, de facciones regulares, de ojos negros y penetrantes. Presumía de ser oriundo de Francia por su padre, quien, llamado del Brasil por el gobierno español para que montara en el Paraguay unas fábricas de tabaco, se había casado allí. Francia había sido destinado al

estado eclesiástico; sus estudios, empezados en el Seminario de la Asunción, terminaron en la Universidad de Córdoba de Tucumán. Graduado de doctor en derecho canónico y agraciado con una cátedra de Teología, renunció a las órdenes, estudió jurisprudencia y se hizo legista. Hábil, elocuente, desinteresado, pronto siempre a defender al débil contra el poderoso, al pobre contra el rico, no tardó en hacerse notar, y fué sucesivamente elegido regidor, procurador síndico y alcalde, hasta que al proclamarse la independencia del Paraguay le vemos secretario de la Junta ejecutiva, Cónsul y, por fin, Dictador.

«Conjunto extraño de buenas y malas cualidades, Francia demostraba en el poder supremo el mismo desinterés que en la vida privada. Generoso cuando se sacaba el dinero de su bolsillo particular, mostrábase avaro al tratarse del Tesoro Público. El Congreso le había señalado un sueldo de 9.000 pesos, pero sólo quiso aceptar 3.000. Tenía por regla no admitir ningún regalo, y, o bien pagaba lo que se le ofrecía, o lo devolvía al donante.»

A esto hay que añadir que alardeaba de *esprit fort* hasta el extremo; al principio de su dictadura oía misa todos los días, pero pronto dejó de parecer por la iglesia y despidió a su capellán; y, sin embargo, Francia, con todas sus despreocupaciones, se atuvo escrupulosamente a restaurar el antiguo sistema de aislamiento de las Misiones, conminando con los más severos castigos a los que osasen penetrar en el país, así como a los naturales que recibiesen del exterior cartas en que se hablase de política y no las entregasen en seguida a las autoridades. Estas medidas decía Francia que estaban justificadas por la necesidad de preservar al Paraguay del contagio de la

anarquía que reinaba en los Estados vecinos y sustraerlo a las ambiciones del Brasil, siempre afanoso de absorberlo.

Ello es que en una época en que toda la América del Sur era teatro de guerras, desórdenes, insubordinaciones y del más completo desconcierto, Paraguay era una balsa de aceite y parecía feliz, aunque fuese aquélla la «paz de los sepulcros», como dicen. Francia organizó la República, creó un fuerte ejército, hizo progresar la industria, constituyó en cuerpo de nación una parte de la raza india, que en el resto de América no había salido aún, en su mayoría, del estado semi-salvaje y nómada, y robusteció profundamente la idea de *patria*.

«Continuando sencillamente las prácticas mercantiles de los jesuitas, dice el autor arriba citado, monopolizó los frutos, los almacenó por cuenta de su gobierno, que lo era todo en la comunidad; poseía las dos terceras partes del territorio y disponía a su antojo de la gleba y de los habitantes. Encargóse del cambio de los productos y se hizo traficante a imitación de los *PP. Procuradores*. ¿Necesitaba brazos para una cosecha? Recurría al alistamiento forzoso, aplicando el sistema de las prestaciones en provecho del Estado. Francia vió a la larga que era imposible un completo secuestro, y que esto, por otra parte, le privaba de los recursos más indispensables. Abrió un portillo en la frontera brasileña y, bajo la mirada vigilante de sus soldados, estableció una especie de factoría para las transacciones comerciales. Pero temeroso de que tal innovación no tuviese resultados funestos para su política suspicaz, conjuró nuestro hombre el peligro monopolizando también aquel movimiento de cambios. Era menester para poder dedicarse a dichas

operaciones sacar una licencia en buena forma, expedida y firmada por él mismo. Por otra parte, él era quien tarifaba los productos importados y quien los vendía; era el proveedor exclusivo de los artículos de origen europeo, expendidos en bazares guardados militarmente, determinándose con cuidado la cantidad que debía entregarse a cada comprador.»

Con semejante régimen, un pañuelo de algodón inglés costaba un peso duro, pero se conseguía que el Paraguay pudiese prescindir de la importación extranjera y tuviese que sacarlo todo de sí mismo. Viendo Francia que por la ignorancia y holgazanería de los naturales estaban incultas muchas tierras y otras eran estériles por el disparatado método que se empleaba en los cultivos, prohibió se sembraran las tierras hasta que él hubiese fijado las especies de plantas que convenían en cada caso y la manera cómo había que proceder en la labranza.

El resultado fué que en poco tiempo cambiara completamente de aspecto el suelo; las tierras antes cubiertas de pantanos o convertidas en estériles sábanas se transformaron en ricas plantaciones o en magníficos pastos. «Crecidos rebaños, dice M. Belloc, recorrieron las llanuras de que hasta entonces fueron dueños las fieras y los animales venenosos; el país produjo con abundancia los artículos de primera necesidad que hasta entonces era preciso comprar a los pueblos vecinos, y la abundancia de algodón fué tanta, que obligó a establecer fábricas para hilarlo y tejerlo, con lo cual tuvo principio una industria nueva que aligeró al Paraguay de un considerable tributo pagado hasta entonces a otros pueblos.»

«Poseía Francia, dice Deberle, una biblioteca bastante variada, en la que se encontraban, juntamente

con las obras de Voltaire, de Rousseau y de Montesquieu, libros de medicina, de matemáticas, de geografía y un diccionario francés de Artes y Oficios del que estaba orgulloso y consultaba sin cesar. Por medio de este libro imaginó montar fábricas y organizar oficios, prodigando alternativamente el dinero y las amenazas para estimular el celo de los operarios dedicados a aquella tarea. Un día condenaba a trabajos forzados a un herrero torpe; otro día hacía levantar un cadalso y ponía a un desgraciado zapatero en el trance de ser, o espléndidamente remunerado en caso de hacerlo bien, o de ser ahorcado si fracasaba en su faena. Había decretado el único sistema de cultivo que debiese emplearse.»

Hemos visto que D. José Gaspar Rodríguez de Francia era teólogo, jurisconsulto, hacendista, general, ingeniero, agrónomo; quiso también ser arquitecto y hermostear la Asunción, que puede decirse reedificó, trazando él mismo los planos y dirigiendo personalmente a los albañiles. No era ningún Vitrubio, pero tampoco podía decirse que hubiese estado desacertado. Hecho esto se dedicó a abrir caminos y a fortificar las ciudades; y como los salvajes guaraníes del Norte constituyesen una amenaza para la seguridad del país, construyó el puerto militar de Tevego, destinado a contenerlos.

La mano de hierro de Francia se dejaba sentir por todas partes. Para tener a raya al extranjero y a los indígenas que no estuviesen contentos, disponía de 25,000 soldados perfectamente instruídos, a saber: 5,000 hombres de tropas de línea y 20,000 milicianos, sobresaliendo por su excelencia la caballería. «La guardia del Dictador, dice Deberle, quedó compuesta de granaderos escogidos, verdaderos gendarmes encar-

gados de ejecutar las órdenes de policía y fieles a toda prueba; custodiaban el antiguo palacio de los gobernadores españoles, que Francia había hecho aislar ordenando la demolición de las casas vecinas. Allí, encerrado con su barbero, mulato borracho que servía de confidente a aquel nuevo Luis XI y de gaceta para poner al público al corriente de sus proyectos, con su secretario Patiño, escriba insolente que se vengaba en el público de las durezas de su amo, y servido por cuatro esclavos, dos hombres y dos mujeres, Francia, siempre inquieto, siempre atormentado, no viendo sino conspiraciones por doquier, vivía misteriosamente, con una austeridad de costumbres completamente cenobítica, no durmiendo nunca en el mismo aposento a fin de que no se pudiese saber dónde pasaba la noche. A la edad de setenta años se casó con una joven francesa. No disimulaba, por otra parte, sus simpatías hacia Francia, y admiraba grandemente a Robespierre y a Napoleón. Ataviado con un traje que, a creer una caricatura alemana, le asemejaba, creía él, a este último: casaca azul galoneada de oro, charreteras de brigadier español, calzón y chaleco blancos, medias de seda, zapatos de ancho orillo; armado con un gran sable y pistolas, hacía maniobrar él mismo a sus tropas, que, sometidas a una disciplina severa mientras estaban sobre las armas; gozaban fuera de allí de una libertad que rayaba en el desorden.*

Dedicóse Francia, también, a fomentar la instrucción pública, y tanto hizo, que ningún país de Europa aventajaba en este concepto al Paraguay, donde todos los habitantes sabían leer, escribir y aritmética. Además de las escuelas de primera enseñanza, había en la Asunción un liceo para estudios de mayor impor-

tancia, en el cual residían los alumnos sujetos a un régimen militar.

Ya se comprenderá que el gobierno de Francia debía resentirse de gran dureza y crueldad con cuantos se permitiesen exponer la más mínima censura; su tiranía era absoluta, y, sin embargo, no resulta que fuese sanguinario por naturaleza o perversidad como Nerón y tantos otros. Según algunos, tenía momentos de locura y entonces su suspicacia llegaba hasta el colmo. No se podía hablar de él sino llamándole *el Perpetuo* o *el Supremo*; estaba prohibido acercarse a su persona; ya hemos visto como al refugiarse Artigas en el Paraguay se había negado a recibirle en su presencia. Cuando salía de su palacio daba aviso la campana de la Catedral y todo el mundo tenía que meterse en su casa a la voz de *¡el Supremo!*, y si alguien no había andado bastante ligero y se encontraba con el Dictador en la calle, tenía que tenderse en el suelo boca abajo sin atreverse a mirar.

Nada de extraño tiene que Francia se mostrase receloso, pues se habían tramado, efectivamente, algunas conspiraciones contra su vida, siendo muy grave la que urdió su antiguo colega Yegros, el cónsul de «la silla de Pompeyo», en inteligencia con un tal Valta, agente de los revolucionarios platenses, para sublevar el Paraguay en favor suyo (1820). Presos los conjurados, fueron pasados por las armas cuarenta de ellos.

Puesto Francia sobre aviso desplegó mayor rigor que nunca en la prohibición de la entrada a los extranjeros, figurando entre las víctimas el sabio naturalista M. Bompland, colaborador del ilustre Alejandro de Humboldt; tratóle, sin embargo, muy bien; consintióle que pudiera ejercer su profesión de médico en la ciudad de Itapúa; pero todos los pasos que dieron los cónsules

européos en América y el gobierno francés para alcanzar su libertad fueron inútiles, hasta que al cabo de doce años, y por su plena voluntad, le soltó el Dictador (1833).

Sea como fuere, y pasada la gravedad de las circunstancias, Francia se mostró cada vez más suave, y sólo en casos sumamente raros se aplicó en los últimos años la pena de muerte.

Si el ejemplo de lo que ocurría en las repúblicas vecinas, sumidas en la anarquía, sugería a Francia aquella política de extremada preservación de todo contacto con ellas, contrariamente los elementos independientes y revolucionarios de las provincias del Plata habían de mirar con recelo que en el Paraguay impirase aquel régimen que era la total negación de toda libertad, y de ahí el propósito de invadirlo y anexionarlo a la Confederación Argentina. Con este objeto se organizó en Buenos Aires una expedición que, sin grande obstáculo, avanzó hasta llegar a un punto que sólo distaba algunas jornadas de la capital paraguaya.

Todo parecía favorecer la empresa, cuando inesperadamente se ven rodeadas las tropas argentinas por las milicias de Francia, de cuya existencia no se había tenido hasta entonces noticia alguna. Adelántase un trompeta y le dice al general bonaerense que deseando el Dictador Supremo evitar la efusión de sangre le invita a retirarse, bajo palabra de que si las tropas no cometían acto alguno de hostilidad para nada serían molestadas, pero que si se obstinaba en continuar la marcha pagaría cara su hostilidad. El jefe argentino, sorprendido, no sabía al principio qué partido tomar, pero luego, con buen acuerdo, resolvió replegarse y regresó al territorio de la Confederación.



José Gaspar Rodríguez de Francia

Muerte de Francia.

Falleció Francia el año 1840, a la edad de ochenta y tres años, después de rápida enfermedad. Suplicado para que designase sucesor, a fin de que el país no cayera en la anarquía al cabo de ventisiete años de férreo gobierno *republicano-absoluto*, respondió que no le faltarían herederos.

«Así acabó este personaje insólito, escribe M: Deberle, sombrío genio cuya silueta se prolonga en caricatura, problema indescifrable para los europeos, y que el viajero suizo Rengger, una de sus víctimas, pone en parangón con el hombre fatal de Brumario. Por lo menos puede decirse en favor del déspota de la Asunción, que no tuvo un Waterloo ni preparó un Sedán. Napoleón fué un retroceso para la admirable Francia del 89; Francia fué un progreso para el pobre Paraguay de 1811.»

Es de notar, en efecto, la profunda influencia que en muchas privilegiadas organizaciones ejerció Napoleón. Es evidente, por ejemplo, que sirvió de modelo a Bolívar, como había servido a Francia, y ya hemos visto que el oriental Artigas imaginaba lo mismo que el dictador paraguayo. Pero no se limitó a América la influencia, sino que también se experimentó en la misma India, donde un genial aventurero llamado Runjet Sing organizó un ejército, instruido por algunos jefes bonapartistas emigrados, y consiguió levantarse un trono en Lahore, desde el cual extendió grandemente sus dominios, al frente de la monarquía de los sikkes.

López I.

No faltaron quienes, muerto el terrible Dictador, pretendieron levantarse con el Poder, pero no cuajaron tales propósitos. Reunido el Congreso en 1841 acordóse restablecer la forma de la Constitución de 1813, con sus dos cónsules,

habiendo sido elegidos por un trienio D. Carlos Antonio López, sobrino de Francia, y D. Mariano Roque Alonso.

No pudo ser más beneficioso el gobierno consular: decretóse la abolición de la esclavitud, y el país gozó de una prosperidad nunca vista.



Carlos Antonio López

Terminado el plazo y reunido de nuevo el Congreso, acordóse nombrar *Presidente de la República*, por diez años, a López, que fué reelegido por igual tiempo al expirar sus poderes.

Gozaba el presidente de facultades omnímodas, y en manera alguna consentía se le cercenase en lo más mínimo su autoridad, pero, afortunadamente,

hizo siempre muy buen uso de ella; rompiendo con la política de aislamiento con tanta severidad practicado por su tío, esforzóse en concluir tratados de comercio con las naciones extranjeras y en favorecer el desarrollo de los negocios. En 1848 decretó la disolución de las Misiones del Paraguay, sujetas aún al antiguo régimen comunista, y con ello quedó reconocida la ciudadanía de los indios. En 1857 el Paraguay sostenía relaciones mercantiles con Francia, Inglaterra, Cerdeña y los Estados Unidos, y por vez primera fondeaban buques extranjeros en el puerto de la Asun-

ción, y en 1861 inaugurábase el ferrocarril desde la capital a Villa Rica. Desgraciadamente no supo España aprovecharse de la ocasión que se le deparaba para extender su comercio, pues hasta 1882 no se publicó el tratado de paz y amistad con el Paraguay, al cabo de setenta y un años de ruptura de relaciones.

López I organizó el país a la europea; creó un tesoro nacional, estableció escuelas de instrucción primaria, creó un arsenal en la Asunción, supo hacerse respetar del dictador argentino Rosas, según el cual el Paraguay debía ser una provincia de la Confederación platense, y sorteó hábilmente ciertas diferencias que surgieron a veces con los Estados con quienes su nación sostenía relaciones comerciales.

Próximo a la muerte, en 1862, al cabo de veinte años de presidencia efectiva, D. Carlos Antonio López, haciendo uso del derecho que le confería la Constitución de 1813, llamó a la vicepresidencia de la República del Paraguay a su hijo D. Francisco Solano, falleciendo luego a la edad de sesenta años. Reunido el Congreso ratificó la elección de López I y nombró presidente a dicho su hijo.

López II. Contaba a la sazón D. Francisco Solano

López treinta y cinco años; habíase educado en Europa, y más particularmente en Francia, y de regreso a su patria habíale confiado su padre los ministerios de Guerra y Marina, entendiendo asimismo en todos los asuntos públicos. Era, como se ve, el Paraguay, una verdadera monarquía, a la americana, como lo fueran de hecho los Estados Unidos, Méjico, cuando Porfirio Díaz, y otras naciones de que hablaremos a su tiempo.

Era el joven presidente amante del progreso y apartóse todavía más que su padre de las tradiciones de

Gaspar Francia; así fué que apenas se vió dueño del Poder procuró por todos los medios dar el mayor impulso al movimiento progresivo del Paraguay, para lo cual no podía ofrecerse mejor oportunidad. Era cuando a consecuencia de la larga y terrible guerra separatista faltaba el algodón de los Estados Unidos.



Francisco Solano López

López II fomentó rápidamente su cultivo y eximió de todo derecho de aduanas a las máquinas e instrumentos destinados a la agricultura y la industria. El Tesoro proporcionó fuertes sumas a todo aquel que emprendiera algún negocio de utilidad general, y el regreso al Paraguay de una porción de jóvenes enviados a instruirse a Europa durante el gobierno de López I proporcionó un personal idóneo para dirigir las empresas agrícolas e industriales recién estable-

cidas. López II, a su vez, continuó tan loable propósito y envió también a Europa a treinta y cinco jóvenes que debían dedicarse al estudio del derecho, de la administración, de la guerra, del comercio, de la industria, etc.

En suma, bajo Solano López llegaba el Paraguay a un grado de adelantamiento, de prosperidad, de riqueza y de poder maravillosos, captándose con ello el más violento odio por parte de los Estados vecinos: Brasil, Uruguay y Argentina. La República del Paraguay llegó a contar 1.500,000 habitantes.

La guerra: Dos años hacía que se encontraba Francisco Solano López al frente del gobierno

del Paraguay (1864), cuando surgió la ocasión de una guerra. Siempre había demostrado la Argentina impacientes deseos de absorber el Uruguay, primero, y el Paraguay después, por tratarse de antiguas provincias o gobiernos dependientes del virreinato de Buenos Aires. En un principio concertáronse dicha Confederación y el Brasil para apoderarse de la Banda Occidental; pero como este propósito alteraba el equilibrio de los Estados del Plata y constituía una amenaza para el Paraguay, el presidente López protestó contra toda intervención armada del Brasil en las diferencias interiores del Uruguay, cuando el presidente legítimo, Aguirre, se veía atacado por los *colorados* de Flores, apoyados por la Argentina.

Resuelto López a impedir a todo trance la susodicha repartición, promovió un *casus belli* con el Brasil, apoderándose de un vapor de esta nacionalidad surto en la Asunción y a bordo del cual se encontraba el gobernador de Matto Grosso (11 de noviembre de 1864). Poco después invadía esta provincia brasileña un cuerpo de ejército de 10,000 paraguayos, y a primeros

de enero siguiente se apoderaba de numerosos puntos fortificados y marchaba sobre Cuyabas. Por otra parte habían ocurrido frecuentes escaramuzas en la frontera argentina con los destacamentos de tropas de esta nación.

Solano López, a quien, rindiendo culto a la verdad, hay que colocar en el número de los más admirables héroes, estaba resuelto, lleno de altivez, a mantener la dignidad del Paraguay, lo mismo ante el poderoso imperio del Brasil que ante la Confederación Argentina, y de igual manera que atacaba al uno, no vacilaba en agredir también a la otra. Reunido el Congreso en la Asunción (5 de marzo de 1865), otorgóle un voto de confianza, le confirió el título de mariscal y le autorizó a contratar un empréstito de 124 millones de francos y emitir papel moneda. Toda la nación juró seguir a Solano López hasta derramar la última gota de sangre.

De igual manera que había tomado la ofensiva contra el Brasil sin darle tiempo para prepararse, dispúsose el mariscal Solano López a atacar a la Argentina. Alarmadas las dos naciones y triunfante en el Uruguay el general Venancio Flores, hechura de D. Bartolomé Mitre, como ya dijimos, firmóse entre las dos repúblicas y la citada monarquía un tratado de alianza ofensiva y defensiva contra López, «para libertar al Paraguay de aquel tirano».

Aunque ya hemos anteriormente hablado de aquella guerra, desde el punto de vista de los historiadores argentinos, no creemos de más dar a conocer ahora la versión de los paraguayos.

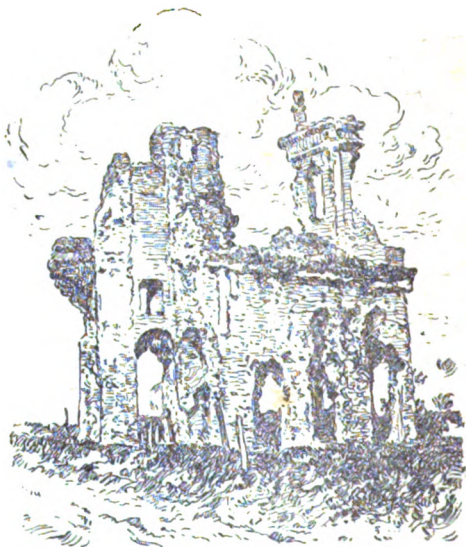
El principio de la campaña no fué favorable a López. El 11 de junio (1865) la flotilla paraguaya se encontraba con la escuadra brasileña; el combate fué

largo y sangriento, acreditándose una vez más la reputación de indomable bravura de los paraguayos, pero la inferioridad de sus fuerzas hizo que sucumbieran. Por otra parte, y aquel mismo día, después de haber avanzado la división paraguaya, invasora de Matto Grosso, hasta la provincia brasileña de Rio Grande do Sul, sufría una cruel derrota por parte del presidente uruguayo D. Venancio Flores, mientras que el traidor coronel Estigarribia entregaba, sin disparar un tiro, el resto de la división, hasta 6,000 hombres.

No por eso se desalentó el mariscal López. Cambiando la ofensiva por la defensiva, emprendió una admirable retirada y regresó al Paraguay, atrinchándose en el Paso de la Patria, junto a Itapúa, sobre la orilla derecha del Paraná, es decir, en la parte en que este río parte raya con la provincia argentina de Corrientes, mientras lo cual mandaba acumular provisiones en la cercana ciudad de Humaitá y en la Asunción, ambas en comunicación con Itapúa por el curso del río Paraguay.

Allí esperó López al ejército aliado de la Triple Alianza, aumentado con los 6,000 prisioneros entregados por Estigarribia. Nueve meses tuvo en jaque al general brasileño barón de Porto Alegre, infiriéndole continuas derrotas. Batíanse las tropas de López con aquel encarnizamiento y aquella indomable fiera que valió al Paraguay el nombre de *nido de leones*. Inflamadas aquellas tropas en el más ardiente entusiasmo y fortalecidas con las exhortaciones de los curas, que peleaban con el mayor denuedo, hacíanse matar antes que retroceder un paso, mostrando una tenacidad inaudita. Por otra parte, atendía López con celosísimo esmero al cuidado de sus valientes, habiendo organizado un admirable cuerpo de Sanidad

Militar constituido por cirujanos ingleses y norteamericanos formados en los campos de batalla de los Estados Unidos. No era posible, sin embargo, prolongar ya por más tiempo la resistencia en Itapúa, por lo cual se vió obligado a abandonar el *Paso de la Patria*, y después de haber clavado los cañones de



Ruinas de la iglesia de Humaitá

las baterías emplazadas a orillas del Paraná, fué a acampar al abrigo del campo atrincherado de Humaitá, algo al Norte, sobre el río Paraguay.

Allí esperó López al ejército argentino que al mando del generalísimo D. Bartolomé Mitre se disponía a atacarle, infiriéndole una terrible derrota, pues perdió más de 4,000 hombres.

Rechazados los argentinos, volvieron los brasileños a sostener el peso de la guerra, ocurriendo continuos combates en la frontera, casi siempre contrarios a los imperiales y en los cuales tomaba importantísima parte el regimiento de amazonas, mandado por la hermosa Elisa Lynch, joven inglesa perdidamente enamorada de Francisco Solano López, que se casó con ella.

A mediados de 1867 y en medio de los terribles estragos del cólera que estalló en los campamentos de ambos beligerantes, volvió allá Mitre, que se vió obligado de nuevo a desistir de la campaña después de quedarse casi sin soldados, víctimas de las enfermedades contraídas en los pantanos ante el campo de Humaitá y de las balas de los paraguayos. La escuadra brasileña, que había conseguido forzar el paso del Paraguay, dejando con ello incomunicada Humaitá con la Asunción, fué echada a pique por las baterías de la fortaleza de la citada plaza.

Ninguna catástrofe, sin embargo, fué tan dolorosa como la que experimentó un cuerpo de ejército brasileño que debía invadir el Paraguay por el Noroeste, saliendo de la provincia de Matto Grosso. Aquel desgraciado contingente habíase internado ya hasta 39 leguas en el territorio paraguayo, cuando de repente cayeron sobre él los soldados y las amazonas de López, que le obligaron a retirarse a la desbandada. Acosaban los paraguayos a los brasileños sin dejarles momento de sosiego, obligándoles a continuas contramarchas por un terreno cubierto de sábanas y pantanos. Treinta y nueve días les costó a los imperiales desandar aquellas treinta y nueve leguas, siendo escasísimos los supervivientes de la funestísima *Retirada de la Laguna*.

Continuaba siempre la guerra. A mediados de 1868 (había comenzado a últimos de 1864) una nueva es-

cuadra brasileña conseguía forzar las barreras que interceptaban la navegación por el Paraguay y llegaba hasta Humaitá, y ante la inmensa superioridad de las fuerzas abocadas contra aquellas trincheras por el Brasil y la Argentina, vióse López obligado a levantar el campo.

El mariscal fué, entonces, a fortificarse a la otra parte del río Tibicuari, al Norte de Humaitá y casi paralelo al Paraná, en el trecho en que éste forma la divisoria con la Argentina (25 de julio de 1868). Solano López, siempre indomable, sin aliados, sin que ninguna voz amiga le alentara desde el extranjero, reorganizó su ejército, diezmado por tantos combates, y con osadísima resolución se dispuso a emprender la ofensiva. Abandonó la línea del Tibicuari y se movió hacia el Noroeste, hasta llegar a La Villeta, cuarenta kilómetros al Sur de la Asunción. Atacado allí por los ejércitos del Brasil, tuvo que retroceder y se atrincheró en Angostura, a cortísima distancia de dicha plaza, sobre el Paraguay. Atacáronle los brasileños, poseídos de furor, con abrumadoras fuerzas; resistióse con imponderable esfuerzo López por espacio de seis días, hasta que, no pudiendo más, tuvo que buscar refugio en las montañas (27 de diciembre de 1868.)

Con la retirada de López de Angostura cayó la Asunción en poder de los imperiales, gracias a lo cual casi todo el mundo dió por terminada la guerra; pero no sabían los que decían eso quién era Francisco Solano López. En los mismos instantes en que corría la voz de que se había fugado a los Estados Unidos, el heroico presidente de la República del Paraguay, reuniendo los restos de sus fieles, admirables y valerosísimos ejércitos, se fortificaba en el interior, con ánimo de disputar el terreno palmo a palmo.

El emperador del Brasil, D. Pedro II de Alcántara, exasperado al saber que ni aun con aquello daba López su brazo a torcer, envió nuevas tropas contra él, tomando el mando en jefe del ejército brasilero-argentino su propio yerno el conde de Eu, nieto de Luis Felipe, ex rey de los franceses, y sobrino del duque de Montpensier. El conde de Eu atacó a López en Azcurra, dominó la línea férrea de la Asunción a Villa Rica, y después de una larga serie de marchas y de combates indecisos derrotó a los paraguayos en Caraguary (septiembre de 1869).



Carlos Loizaga



José Díaz de Bedoya

Dueños de la Asunción y derrotado López, creyeron los brasileños que no era ya posible que aquel continuara resistiendo; instalaron un gobierno nacional formado por el triunvirato Loizaga, Rivarola y Bedoya, y declararon fuera de la ley al heroico presidente.

Pronto hubieron de convencerse, sin embargo, de que a Solano López le tenía muy sin cuidado su declaración de *outlaw*. A pesar de no contar sino con un puñado de combatientes y veinte o treinta cañones de montaña, decidió continuar la lucha y se enderezó al Norte, hacia San Isidoro, al pie de la cordillera de Coaguarn, donde se fortificó. Acudieron contra él los ejércitos del emperador y hubo de levantar el campo, estableciéndose entonces a orillas del río Aquidaban, al pie del Cerro Cora, cerca ya de la frontera brasileña. Allí, por fin, tuvieron los brasileños la satisfacción de acabar con López y el puñado de supervivientes que aun quedaban; allí murieron en primera línea el mariscal y su segundo, el denodado vicepresidente Sánchez (1.º de marzo de 1870).

Así terminó aquella guerra de cinco años, sostenida por el heroico Paraguay, solo, contra el Brasil, la República Argentina y el Uruguay. «López desplegó en ella, decía un autor, la energía, la tenacidad, la fuerza de alma de un patriota y de un héroe. Era un hombre bravo, inteligente, humano, apasionadamente preocupado del porvenir de un país que una guerra tan salvaje como inútil ha venido a despoblar y arruinar.»

Durante toda aquella guerra, la más importante que se haya registrado hasta ahora en la América del Sur, los paraguayos estuvieron incomunicados con el resto del mundo. Su resistencia resulta tanto más admirable en cuanto su número y sus recursos eran enormemente inferiores a los de sus contrarios, de igual manera que no podía compararse su antiguo armamento con las armas modernas de los argentinos y brasileños. A pesar de tan grandes desventajas, sin embargo, las batallas de Riachuelo, Curupartí,

Angostura, Humaitá, Itororó, Lomas Valentinas, Azcurra, Barreno Grande, y un sin fin de acciones y escaramuzas, probaron al mundo que los paraguayos eran dignos de su ascendencia, de sus antepasados éuskaros y guaraníes.

«No hay en realidad, escribe un distinguido publicista centro-americano, guerra que conmueva tanto como la sostenida por el general Francisco Solano López, que acaudillando huestes espartanas, derrotaba al coloso y aparecía después en la Pampa altivo, sereno, radiante e imponente. Como el caballo de Atila dejaba destrucción, el paso de aquel genio militar producía vértigos, y sentimientos de admiración inspiraban en el mundo sus hazañas de insigne capitán, de que no hay otro ejemplo. Descalzos, rotos, hambrientos, aquel puñado de valientes desafiaba a las naciones coligadas contra ellos, y batiéronse hasta que su jefe expiró empuñando en su mano el estandarte de la patria que llevaba en su gran corazón. A esos sí que podría aplicárseles las palabras de Napoleón I al ejército que iba a batallar en Italia: «Sois cortos en número, pero lleváis la bandera de un gran pueblo.»

Y, sin embargo, un insipiente zarzuelero español ha logrado, en una parodia lírico-cómico-bailable, difundir la estúpida especie de ser el admirable ejército paraguayo un hato de grotescos payasos. Así se enseña al pueblo.

Después de
la guerra.

La situación en que quedó el Paraguay, a la muerte de López, fué de lo más lastimoso que se puede imaginar; resultó en primer lugar un excedente de población femenina, anciana e infantil, nada beneficiosa a la moral; todos los elementos de riqueza, arruinados; las villas y ciu-

dades, despobladas, incendiadas y abandonadas; todo devastado. El número de habitantes que en 1857 se elevaba a 1.337,000, encontrábase reducido por la guerra, las ejecuciones, el ostracismo, las epidemias y el hambre a la novodécima parte de dicha cifra. Otros autores dicen que la población era, en 1866, de 770,000 habitantes y que en 1872 sólo llegaba a 250,000, de manera que quedaba reducida a una cuarta parte.

Los ingresos habían bajado de 13.000,000 a 2.000,000. Todos los instrumentos y objetos de producción habían sido destruidos por la guerra. Del ferrocarril de La Asunción a Vila Rica no quedó ni siquiera el material móvil, ni de tracción, ni estaciones, ni talleres. Faltaban las subsistencias y era imposible la siembra por falta de semillas. El naufragio había sido tan grande, que el gobierno no encontraba los títulos de sus inmensas propiedades. Había que proceder a una total reconstrucción del país.

Muerto López, el triunvirato instalado en La Asunción por el conde de Eu en 1869 concluyó las paces con el Brasil y la Argentina, habiéndose retirado de la lucha el Uruguay, como ya dijimos, en 1868, durante el gobierno del honrado presidente D. Lorenzo Batlle. Eligióse por sufragio universal una Asamblea Constituyente, la cual en 25 de noviembre promulgó una Constitución, que es la vigente, calcada sobre el modelo de la de los Estados Unidos. Los diputados son 26 y los senadores 13.

Señaladas las elecciones presidenciales para primeros de agosto de 1871, fué elegido para desempeñar la suprema magistratura el Sr. Rivarola, uno de los tres individuos del gobierno provisional. Rivarola,

como si pretendiera restablecer el régimen impuesto por el doctor Francia y los López, se permitió disolver al poco tiempo el Congreso, por no querer éste doblegarse a sus exigencias; pero no le salió bien la cuenta, pues los dos cuerpos colegisladores abandonaron la capital para constituirse en otro punto.



Cirilo Antonio Rivarola



Juan B. Gill

Rivarola entonces, olvidando los más elementales deberes de patriotismo, imploró indecorosamente el socorro de las tropas brasileras-argentinas que ocupaban todavía la capital; pero los plenipotenciarios de los respectivos gobiernos de Buenos Aires y Río Janeiro tuvieron el buen acuerdo de manifestarle a aquel señor que no podían intervenir en las diferencias que mediaban entre él y el Congreso, pues tal ingerencia resultaría atentatoria a la Constitución del Paraguay.

Viendo Rivarola que no podía salirse con la suya, renunció su cargo, ocupando en consecuencia su puesto el vicepresidente D. Salvador Jovellanos, distinguido patricio que desempeñó con general aplauso la primera magistratura de la República por espacio de tres años, esto es, hasta que terminó el plazo legal.



Emilio González Navero



Manuel Gondra

Durante la interinidad a que nos referimos concluyóse la paz definitiva, onerosísima para el pobre Paraguay, que, sufriendo la ley del vencido, perdió la tercera parte de su territorio. En virtud del tratado entonces concluído, existe libertad de navegación para los buques de todos los países por el Paraná, el Paraguay, el Uruguay y sus caudalosos afluentes. Concluyéronse, además, otros tratados respecto a extradición de criminales, relaciones comerciales, etc.

Fué reemplazado Jovellanos por D. Juan B. Gill, que durante el anterior período había desempeñado con notabilísimo acierto la cartera de Hacienda, restableciendo brillantemente el crédito del Estado. Gracias a Gill pudo el desgraciado Paraguay ir pagando la enorme contribución que le impusieron sus tres enemigos, o sea 296.000,000 de pesos.

Desde 1870 a 1892 se sucedieron en el Paraguay siete presidentes, todos los cuales respetaron escrupulosamente la Constitución. Posteriormente se han sucedido D. Emiliano González Navero, D. Manuel Gonda y D. Eduardo Schaerer (1913-1916).

Bandera. — Tres bandas horizontales, roja, blanca y azul.

Ministerios. — Son cinco: Interior, Relaciones Exteriores, Hacienda, Justicia, Culto e Instrucción Pública y Guerra y Marina.

División administrativa. — 24 distritos políticos subdivididos en 99 departamentos.

CAPÍTULO II

EL PARAGUAY CONTEMPORÁNEO

NATURALEZA DEL SUELO. — MOVIMIENTO ECONÓMICO. —
COMERCIO. — VÍAS DE COMUNICACIÓN. — AGRICULTURA. —
INDUSTRIA. — EJÉRCITO. — POBLACIÓN. — INSTRUCCIÓN
PÚBLICA. — LAS COSTUMBRES.

Naturaleza del suelo.

Bien puede asegurarse que es todavía el Paraguay uno de los Estados menos conocidos de la América del Sur, como si pesara aún sobre él, contra la voluntad de sus gobiernos y de sus habitantes, el antiguo aislamiento del tiempo de las Misiones, de Francia y de López I. Y, sin embargo, pocos países ofrecen mejores elementos para una eficaz colonización, pues este territorio reúne lo que es tan raro encontrar en otros: fertilidad del suelo y clima salubre.

Puede considerarse el Paraguay dividido en dos partes: el territorio llamado propiamente con dicho nombre y el *Chaco*. El primero es un país de suelo ondulado, cruzado por muchas cadenas de colinas, la mayoría de las cuales no llega a elevarse 500 metros sobre el nivel del mar. Su aspecto general es encantador, y, según dice un viajero, «a menudo la belleza y la disposición de los sitios es hasta tal punto perfecta, que se diría la obra de un hábil paisajista».

El *Chaco* paraguayo, en cambio, es una región pantanosa y palúdica, que se extiende desde el Pilcomayo a la frontera de Bolivia.

Los exploradores.

Desde hace largo tiempo se ha intentado remontar dicho río, pero siempre ha fracasado el empeño. Ya durante nuestra dominación acometió tal empresa el ilustre marino don Antonio Patiño, en 1721, pero fué rechazado por los indios después de haber conseguido a costa de mil terribles peligros vencer los rápidos del río y sortear sus escollos. Igual malogro experimentó otra expedición dirigida por Castañares en 1741. No mucho después intentó Casales reconocer el curso del Pilcomayo siguiendo su corriente desde Bolivia, pero no pudo pasar adelante a causa de faltarle el agua, pues la del río es salada y amarga, y lo mismo le sucedió en 1783 a nuestro inmortal naturalista D. Félix de Azara.

En 1843 salió de Bolivia otra expedición mandada por el holandés Van Nievel, pero tuvo que volver atrás a causa de los rápidos, de los pantanos y de las dunas movedizas que encontraba en su camino.

Así transcurrieron largos años, hasta que en 1878 llevó a cabo atrevidísimas exploraciones en el Chaco, así del Norte o paraguayo, como el argentino, nuestro compatriota el ingeniero agrónomo D. Juan de Cominges, continuándolas hasta 1889. El valeroso viajero traza una brillantísima descripción de aquel territorio y sale en defensa de los indios que allí habitan.

En 1882 acaeció la terrible catástrofe de la misión francesa dirigida por el malogrado Crevaux, víctima de las flechas de los indios con todos sus compañeros y guías. El funesto fin del valeroso explorador francés en vez de sembrar desaliento pareció suscitarle arro-

jadísimos émulos. Intentaron, en efecto, continuar su empresa Thonar, Fontana, Feilberg y otros, pero nadie consiguió salir adelante. Feilberg, sin embargo, pudo, gracias al ingeniero noruego Olaf Storm, publicar una carta en que está figurado el curso del Pilcomayo, trazada con la mayor exactitud y con procedimientos científicos.

Lo que se infiere, en suma, es que la pantanosa llanura del Chaco paraguayo está cubierta de una vegetación siempre verde, aunque de poca altura, compuesta de cañaverales, palmitos, espesos bosques de quebracho, acacias y, de trecho en trecho, algún espesillo de bambúes o de palmeras yataí.

Según parece, en la frontera de Bolivia habitan tribus de pigmeos como los que encontró Stanley en la selva africana de Aruwimi.

Movimiento económico. En 1910 importaba el presupuesto de ingresos 2.567,000 pesos oro y 6.080,000 pesos papel, y el de gastos 389,037 pesos oro y 30.008,806 pesos papel.

Comercio. En igual fecha ascendía la importación 5.000,000 pesos oro y la exportación a 6.132,720 pesos oro. Total, 11.132,720 pesos.

La importación es de textiles, provisiones, vinos y arroz. La exportación es de carnes, pieles, maderas, yerba mate, plátanos y naranjas, siendo la mayor a la Argentina, siguiendo luego Alemania, Uruguay y Bélgica, y viniendo en último término Francia, Italia y España. En 1903 entraron en el puerto de La Asunción 2,678 vapores y 781 veleros, sumando en total 1.076,890 toneladas.

Vías de comunicación. En 1912 había en explotación 247 kilómetros de vía férrea y 1,828 de líneas telegráficas.

Esta escasez de vías de comunicación es causa de que la población se localice en casi su totalidad a orillas de los ríos, especialmente la izquierda del Paraguay, quedando abandonada en cambio la orilla del Paraná, asiento de la actividad del país en tiempo de los jesuitas.

No faltan, sin embargo, proyectos de líneas férreas: una de ellas pondrá en comunicación el Paraguay y Bolivia a través del Chaco, desde Concepción a Sucre, con un trayecto de 2,080 kilómetros; otro partirá de La Asunción para terminar en Santos, el puerto de la provincia brasileña de Sao Paulo, extendiéndose 1,300 kilómetros.

Las carreteras que había en tiempo de los López, puestas en comunicación por numerosos caminos vecinales, fueron destruídas durante la guerra y apenas si queda rastro de nada. Puede decirse que hoy las únicas vías de comunicación terrestre son las picadas o senderos trillados que siguen los yerbadores para transportar el mate a los pueblos ribereños. En cambio son muy fáciles y numerosas las comunicaciones fluviales.

Agricultura. Es natural que con la escasez de población y la concentración de las poblaciones en las orillas de los ríos, la agricultura se halle en sumo atraso, y, sin embargo, no pueden ser más variadas ni ricas las producciones del Paraguay, donde se dan admirablemente el maíz, el boniato, el tabaco, la caña de azúcar, la vid, el café, las maderas de construcción, el algodón, el ramio, gran variedad de plantas textiles, tintóreas y oleaginosas, los frutales, etc.

Industria. Aparte de la industria pastoril, principalmente la cría de caballos y ganados, excepto el lanar, que no prospera, y la industria lechera,

existen numerosas destilerías de caña, fábricas de tabacos y envases de naranjas.

Ejército. Consta de 600 hombres, dedicados principalmente a funciones policíacas.

Población. El fondo de ésta está constituido por la raza guaraní, siendo su idioma el que predomina en la conversación familiar. El castellano es la lengua oficial. Entre los 715,000 habitantes en que se calcula la población total, van incluidos más de 200,000 indios montaraces, establecidos en el Chaco y las regiones más apartadas del Este.

Inmigración. Es escasa, aunque los gobiernos se ocupan activamente en fomentarla. En 1900 había 18,180 extranjeros: 9,300 argentinos, 2,700 italianos, 1,400 brasileños, 1,100 españoles, 900 alemanes, 800 franceses, 600 uruguayos y 400 ingleses. Posteriormente la inmigración ha tomado algún incremento, siendo principalmente los inmigrantes italianos, alemanes, franceses y españoles.

Instrucción pública. Poco menos que aniquilado el Paraguay después de la guerra del 64 al 70 y reducida la población en primer término a mujeres, ancianos y niños, no fué de extrañar que desaparecieran casi del todo las escuelas y no se prestara interés alguno a la difusión de las luces. Posteriormente, sin embargo, se ha fomentado en lo posible la instrucción.

Existe en la capital una Escuela Normal de Maestros y Maestras, un Colegio Nacional, Escuela de Comercio, Museo de Bellas Artes, Archivo Nacional, etcétera; en Pilar funciona una escuela graduada doble; en Villa Rica una escuela normal elemental y otra de aplicación, y lo mismo en otras localidades, todas bajo la dependencia de un Consejo Nacional de Educación.

La prensa está representada por *La Democracia* y *La Razón*, de La Asunción, de gran tamaño; periódicos muy bien hechos que rivalizan con los mejores de las vecinas repúblicas, así como también por algunas revistas, entre ellas alguna redactada, en parte, en guaraní.

No puede decirse que hasta el presente ofrezca importancia el movimiento científico y literario, a pesar de invitar la naturaleza a la continuación de la labor de nuestro insigne Azara, autor de la importantísima obra *Apuntamientos para la historia de los cuadrúpedos del Paraguay y del Río de la Plata*, y otros no menos importantes trabajos sobre las aves.

Puede decirse que la mayor parte de la producción científica sobre el Paraguay es debida a extranjeros como nuestro Cominges y el también español D. Matías Alonso Criado, los argentinos D. J. Storm, Otto Asp, G. Carrasco y otros.

Entre los paraguayos que más se han distinguido en el terreno científico figuran R. de Olascoaga, autor de una reducción de la Geografía de Reclús, anotada, López Lomba, etc.

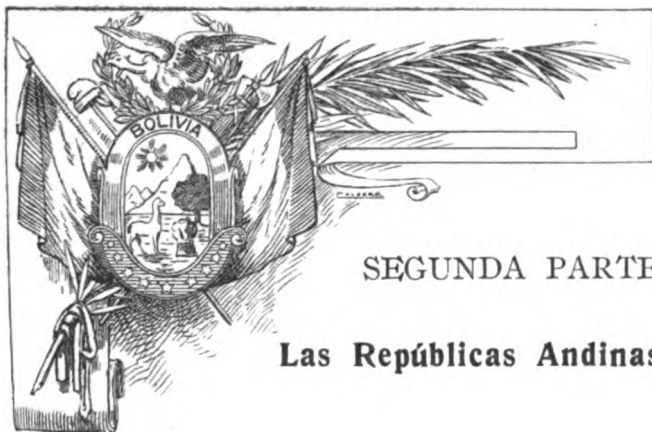
Como todas las ciudades hispano-americanas, La Asunción, que cuenta hoy 62,000 habitantes, está dispuesta en cuadras cuadrangulares. La locomoción en vehículo es en tranvía, coches arrastrados por mulas y carretas tiradas por bueyes. El cementerio es digno de una gran capital; abundan en él los panteones suntuosos, obra de escultores italianos, hábiles en trabajar la piedra artificial.

Cuéntase esta ciudad por la más antigua del continente sud-americano; llamábase al principio *La Ascensión*, pero no conserva ni una sola reliquia de nuestros conquistadores del siglo XVI, ni siquiera una

Las costum-
bres.

iglesia. Los edificios más notables son el Palacio de López, el Mercado, la Catedral de San Francisco, el Panteón, de ladrillo, imitado del de París, el Teatro, que es precioso, y una majestuosa estatua de la Libertad en el jardín central.

Es de notar que la mayoría de las indias van por la calle fumando o mascando tabaco, vestidas de blanco, las cuales tienen por costumbre llevar los fardos sobre la cabeza. Las clases alta y media forman una minoría asaz exigua, y la segunda está compuesta casi exclusivamente de comerciantes extranjeros.



SEGUNDA PARTE

Las Repúblicas Andinas

CAPÍTULO I

BOLIVIA

EL PAÍS. — HISTORIA.

El país.

Ocupa la República de Bolivia una extensión evaluada en 1.226,000 kilómetros cuadrados, cifra inferior a la que se daba antes por las renunciaciones de territorios en favor de Chile y el Brasil.

Bolivia está dividida en dos partes de todo punto diferentes: la región andina, al Oeste y Sur, linda con el Perú y Chile, y es la más poblada; la de bosques y sabanas, al Este y Norte, confina con el Brasil. Los Andes entran en Bolivia por el Noroeste, formando dos altos murallones, uno occidental o exterior, y otro, llamado la Cordillera Real, oriental o interior, quedando entre ambos numerosos valles. La cordillera occidental está erizada de volcanes y coronada por elevadísimos picos, como el de Sajama (6,415 metros), Cerros de Vizcachillas, Huallatiri, Oyagua, Licaucaur (5,930 metros), etc.

En la Cordillera Real culmina el Nevado de Sorata o Illampú (6,488 metros), y le siguen en altitud el nudo de Apolobamba, el Chachacomani, el Illimani, etcétera.

Entre los Andes occidentales y orientales se extiende a 3,808 metros sobre el nivel del mar el lago de Titicaca, perteneciente al Perú por el Oeste y a Bolivia por el Este. Los ríos son el Desaguadero, que emerge del lago susodicho; los que desembocan en el Amazonas por el Madeira y los que van al Plata por el Paraguay; todos son muy caudalosos, pero de peligrosa navegación.

El fondo de la población — 2.269,500 habitantes — está constituido por los indios Quechuas y Aymaraes en número de un millón; los negros son 4,000; los blancos, 230,000; los mestizos, 500,000. Bolivia es, ante todo, un país minero, y por su pintoresca naturaleza ha sido llamada la Suiza de la América del Sur.

Historia. Fundada esta República en ocasión en que

llegaba a su apogeo la popularidad de Bolívar y del general Sucre, quedó bajo la presidencia de éste y sujeta a la Constitución unitaria, calcada sobre la Consular de Francia, que la impusiera el *Libertador* en 1825. Con tal dureza se condujo, sin embargo, el héroe de Ayacucho, que se concitó el odio de los que hasta entonces más en su favor se habían declarado. No había transcurrido todavía un año, cuando estalló una insurrección militar promovida por sus mismos oficiales, y ahogada, por lo pronto, en sangre; pero no por eso dejaron los bolivianos de trabajar por arrojar del poder a aquel tirano, como, por fin, hubieron de conseguir.

Hallábase Sucre en la ciudad Chuquisaca, o sea Charcas, donde solía residir, cuando el 18 de abril

de 1828 llegó a sus oídos el formidable rumor de una conmoción popular, rompiendo los sublevados en gritos de muerte contra el presidente. Sucre, que era muy valiente, corrió a la plaza donde se hallaban reunidos; trabóse un encarnizado combate, en el cual perecieron muchos, de ambas partes, colombianos y bolivianos, resultando él herido en un brazo; pero de nuevo pudo ser sofocado el alzamiento y de nuevo se prodigaron las sentencias de muerte contra los jefes más comprometidos.

Animados siempre los peruanos de violento odio contra Bolívar, indujeron al presidente Lamar y a su gobierno a enviar tropas en socorro de los insurrectos de Bolivia, no olvidando que se habían sublevado contra los colombianos. Sucre hubo de enviar numerosos emisarios secretos para encender todavía más la lucha entre unitarios y federales y de esta manera favorecer la causa de Bolívar.

Organizado un ejército, a las órdenes del general Gamarra, penetraron los peruanos en Bolivia y chocaron, cerca de Potosí, al Sur de Chuquisaca, con un cuerpo de tropas a las órdenes de uno de los lugartenientes de Sucre; pero resultó que ni los soldados de éste, ni los de Gamarra tenían deseo alguno de llegar a las manos. Apelóse, pues, a una negociación, y se acordó: 1.º, que los colombianos evacuarían a Bolivia; 2.º, que se convocaría en Chuquisaca un Congreso al cual entregaría Sucre su renuncia, y 3.º, que se nombraría un gobierno provisional y se adoptaría una nueva Constitución democrática en vez de la que había impuesto en 1826 Bolívar.

Todo se cumplió al pie de la letra, y reunido el Congreso fué nombrado presidente el general Santa Cruz. Había sido éste, como ya dijimos, elegido presi-

dente de la República del Perú en 1827, al librarse nuestro antiguo virreinato de la opresión de Bolívar, pero dimitió al poco tiempo, reemplazado por el general Lamar; ocupando desde entonces el puesto de ministro del Perú en Chile, donde se hallaba al recibir el nombramiento de presidente de la República de Bolivia.



El general D. Andrés Santa Cruz

Desgraciadamente, y mientras se ponía en camino, desatábanse en Chuquisaca las ambiciones: sublevóse el general Velasco para apoderarse de la jefatura; pero no quiso el Congreso reconocerle, por lo cual fué designado como presidente provisional el general Blanco. Poco le duró el gobierno a éste, derribado por un movimiento popular y asesinado por las turbas. Instálase un nuevo gobierno provisional que convoca otro Congreso, y

ratificando éste la anterior elección confirma el nombramiento de Santa Cruz.

Desembarcó por fin el ilustre general en Arequipa, donde fué recibido como un libertador, y emprendió la marcha hacia Chuquisaca, a través de los Andes, donde llegó el 24 de mayo de 1829. Comenzó Santa Cruz por expedir una proclama recomendando la concordia, y no tardó en restablecer la tranquilidad, gracias a lo cual se pudo proceder a la organización de la administración pública. Llegóse a una transac-

ción entre federales y unitarios, y Santa Cruz se dispuso a emprender una magna obra, inspirada en la que no había podido Bolívar llevar a feliz término.

Prosperaba el país, mejoraba grandemente el estado de la Hacienda, y reunida la Asamblea Legislativa en junio de 1831, anunciaba el presidente el reconocimiento de la República de Bolivia por el gobierno francés.

Próximo a terminar el plazo de su magistratura (1834), encontré Santa Cruz requerido por el presidente del Perú, D. Luis Orbejoso, que se hallaba en Arequipa, derribado del poder por el general Salaberry, para que le prestase auxilio. El antiguo jefe del consejo de gobierno de Lima accedió a lo que de él solicitaba Orbejoso, y puesto al frente de un aguerrido cuerpo de 5,000 bolivianos, tropas reputadas como excelentes, invadió el Perú y se apoderó de todo el territorio. El resultado fué declarar el general Santa Cruz que en lo sucesivo el Perú y Bolivia formarían un solo Estado, con el nombre de Confederación Perú-boliviana, sujeta a un gobierno central, después de lo cual asumió la dictadura a título de *Protector*.

La formación de un Estado tan poderoso despertó, con justo motivo, los celos de Chile y de la República Argentina. Estalló la guerra a no tardar entre Chile y la flamante Confederación. La campaña, en la cual tomaron parte a favor de los chilenos los bolivianos descontentos de Santa Cruz, fué larga y sangrienta; favoreció la suerte a los chilenos, que entraron en Lima, en 1838, al mando del general Gamarra. Orbejoso, presidente del Perú del Norte, se encerró en el Callao, donde se mantuvo fiel al Protector, hasta que por fin, traicionado éste por algunos de sus generales, fué derrotado en Yungay por los chilenos (1839).

Así terminó la guerra. Huyó Santa Cruz a Guayaquil; deshízose la Confederación; Gamarra fué elevado nuevamente a la presidencia del Perú, y el general Velasco ocupó la presidencia de Bolivia, a título de jefe provisional.

Así transcurrieron dos años, muy tranquilos, hasta que en 1841 ocurrió en Bolivia otro pronunciamiento



El general José Ballivian

llamado *de la Restauración*. Reunido el Congreso, fué proclamado presidente de Bolivia el general Santa Cruz, que continuaba en el Ecuador. Así las cosas, estalló en Arequipa una insurrección contra Gamarra, acaudillada por el coronel Vivanco. Enviado para sofocar aquel movimiento el coronel D. Ramón Castilla, derrotó al rebelde, que se refugió entonces en Bolivia. Inquieto Gamarra, partió para

allá, a la cabeza de un ejército de 5,200 hombres, y se apoderó de La Paz. Fué nombrado presidente de Bolivia el general D. José Ballivian, que se había distinguido mucho en la guerra de la independencia en 1821 y después en la campaña contra el Perú en 1835, y había tenido luego que emigrar, hasta que regresó en 1841 para pelear de nuevo contra los peruanos.

Puesto Ballivian al frente de los valientes y aguerridos

dos bolivianos, infirió total derrota a Gamarra en Yugavi (noviembre de 1841), a algunas leguas de La Paz. Allí perdió la vida el desgraciado presidente del Perú, y allí fueron pasados a cuchillo por los terribles lanceros bolivianos casi todos los soldados gamarristas. Los bolivianos invadieron entonces el Perú, pero se pudo, afortunadamente, llegar a un arreglo.

Contrasta la tranquilidad de que se goza en Bolivia desde 1880 acá con el agitadísimo período que siguió a la proclamación de Ballivian como presidente. Terminado el plazo de su magistratura en 1847, abandonó su patria para ir a residir en Río Janeiro.

Grato es recordar que bajo la sabia y honrada administración de Ballivian se firmó el tratado de reconocimiento, paz y amistad de España con Bolivia (julio de 1847), ratificado en 1861.

Elegido en su reemplazo el general Velasco, que tan importante papel había desempeñado anteriormente, no tardó en estallar un pronunciamiento promovido por el general Belzú, que le lanzó del Poder. Arrogóse Belzú la dictadura, que duró dos años (1848-1850), al cabo de cuyo tiempo se procedió a su elección como presidente constitucional. Las facilidades que da la Constitución a los presidentes para la elección de sucesor, dieron



El general Manuel Isidoro Belzú

ocasión a que Belzú fuese sustituido en 1855 por su yerno D. Jorge Córdoba, pero no había de escapar éste a la suerte común. Dos años hacía que desempeñaba el cargo, cuando estalló un pronunciamiento, acaudillado por



D. José María Linares

el Dr. Linares, que ejerció la dictadura por espacio de un cuatrienio, o sea desde 1857 a 1861, en que fué reducido a prisión y desterrado.

Improvisóse un triunvirato provisional, compuesto del general don Antonio Sánchez y los ministros señores Fernández y Acha, y convocado un Congreso fué elegido presidente provi-

sional el último de los citados. Nueva revolución en 1864. Sublévase el general Melgarejo, hace prisionero a Acha y se erige presidente; pero hete que se presenta de nuevo Belzú para destituirle, como había destituido anteriormente a Velasco; el pueblo le proclama presidente, y cuando se disponía a gobernar, muere de un tiro.

Recobra el Poder Melgarejo y lo ejerce con relativa tranquilidad hasta 1870.

Durante la presidencia de dicho general surgió la guerra entre España y el Perú y Chile, que habían formado alianza defensiva, a la cual se adhirieron después Bolivia y el Ecuador (1865), si bien éstos no llegaron a tomar parte en la lucha.

Terminado el plazo presidencial de Melgarejo, durante cuyo tiempo Bolivia suscribió con España y las otras Repúblicas el armisticio de 1871, el Congreso nombra para ocupar la primera magistratura al doctor Morales; y deseoso éste de ejercer el gobierno a sus anchas, disuelve la Asamblea y se proclama dictador (1872). Poco hubo de durarle, sin embargo, pues, como Belzú, parece asesinado, siendo el autor del



El general D. Adolfo Ballivian



D. Tomás Frías

crimen su sobrino político Lafaye (1873). La Asamblea elige presidente a D. Adolfo Ballivian, hijo del ilustre vencedor de Yugavi, que murió en el desempeño de su cargo. Sustituído por el vicepresidente D. Tomás Frías, cesa en su cargo en 1876, recayendo esta vez el nombramiento en D. Hilarión Daza.

Desgraciado hubo de ser el gobierno de éste, pues al poco tiempo estalla la guerra con Chile sobre cues-

ción de límites. No favoreció la suerte a Bolivia, que tuvo que ceder al vencedor sus provincias marítimas, comprendidas entre el Pacífico y los Andes occidentales. Destituído Daza formóse un gobierno provisional que ejerció el mando hasta 1880 y durante cuya administración se restableció el tratado de paz y



El general D. Narciso Campero

amistad con España de 1847, suspenso por la ruptura de relaciones en el año 1865.

Convocada la Asamblea fué elegido presidente el general Campero (1880). Renació la tranquilidad; imperó la ley constitucional; desenvolviéronse los grandes elementos de riqueza del país y se implantaron notables reformas en los servicios públicos.

Bien afianzada la normalidad política, cesó en su cargo el general Campero y le sustituyó el señor



D. Gregorio Pacheco



D. Aniceto Arce



D. Mariano Baptista



El general D. José Manuel Pando

Pacheco (1884), que sufrió el dolor de tener que firmar la cesión a Chile de todo el desierto de Atacama, el puerto de Mejillones del Norte y la zona que da acceso al mismo, resultando de ello la total pérdida del antiguo litoral para quedar convertido Bolivia en Estado interior.

Tranquila la República, desde entonces se han renovado con el mayor orden las presidencias, ocupadas dignamente, después de Pacheco, por D. Aniceto Arce, Mariano Baptista, Fernando Alonso, José Manuel Pando, Ismael Montes, Aeliodoro Villazón y de nuevo el Sr. Montes.

Tal es la sucinta historia de la República de Bolivia, nombre que ha sustituido al de *el Alto Perú*, destinada a ocupar importantísimo lugar entre los Estados sud-americanos por sus inmensos veneros de riqueza, la inteligencia de sus moradores y el valiente espíritu patriótico de sus hijos, tan amantes de España como amados por todos los buenos españoles.

CAPÍTULO II

BOLIVIA EN SU ASPECTO POLÍTICO, ECONÓMICO Y CIENTÍFICO-LITERARIO

CONSTITUCIÓN POLÍTICA. — DIVISIÓN ADMINISTRATIVA. —
HACIENDA. — INSTRUCCIÓN PÚBLICA. — COSTUMBRES.

Constitución política. El gobierno de Bolivia es unitario democrático representativo. Rige el Código de 1825, modificado en 1880 y 1899, pero siempre dentro del unitarismo establecido por Bolívar. Existen los tres poderes: Ejecutivo, Legislativo y Judicial.

Está representado el primero por el presidente y los dos vicepresidentes de la República elegidos por votación *directa* de todos los ciudadanos. El período presidencial es de cuatro años; no es permitida la reelección hasta transcurrido otro período. El presidente es capitán general del ejército, patrono de la iglesia oficial — católica — , dirige las Relaciones exteriores y regenta los intereses públicos. Los vicepresidentes no ejercen ninguna función especial.

Los ministros, secretarios de Estado, son seis, teniendo a su cargo el despacho de Relaciones extranjerías, Culto, Gobierno, Fomento, Instrucción, Hacienda, Justicia, Guerra, Colonias y Agricultura.

El poder legislativo radica en las dos cámaras de senadores y diputados. La primera consta de 16 indi-

viduos, dos por cada departamento, renovables por tercios cada dos años; la segunda, de 69 representantes, renovables por mitad en cada bienio.

El poder judicial está representado, de abajo arriba: 1.º, por los jueces o alcaldes parroquiales; 2.º, los jueces de instrucción; 3.º, los jueces de partido; 4.º, la Cortes de distrito, y 5.º, la Corte Suprema.

División administrativa. Divídese Bolivia en ocho departamentos, al mando de un prefecto, subdivididos en provincias, al mando de un subprefecto; hay además, en el Norte, un «Territorio Nacional de Colonias». Estos departamentos son los de el Beni, Chuquisaca, Cochabamba, Oruro, Potosí, Santa Cruz y Tarija, cuyas capitales llevan el mismo nombre menos el primero (c. Trinidad) y el segundo (c. Sucre, antes Chuquisaca, La Plata y Charcas).

Hacienda. El presupuesto, en 1910, era de 13.583,333 pesos bolivianos de ingresos y 14.549,793 de gastos.

Las rentas se dividen en nacionales, departamentales y municipales. Consisten las primeras en el producto de las aduanas, derechos por exportación, impuestos sobre sociedades anónimas y mineras, sobre alcoholes y aguardientes extranjeros, pontazgo del Pilcomayo, marcas de fábricas, timbre, papel sellado, casa de moneda, etc.

Las contribuciones departamentales comprenden el impuesto territorial de indígenas, el predial rústico, los gravámenes sobre la importación y exportación de ganado, tabaco, herencias colaterales, legados y títulos.

Los ingresos municipales ascendían en 1907 a 2'5 millones de bolivianos.

Las mayores cantidades, por gastos, son las inver-

tidas por los ministerios de Interior y Fomento, Guerra y Justicia e Instrucción.

Legislación. Datan del tiempo de Santa Cruz los Códigos Civil, Penal y de Procedimientos (1829-1831), de manera que fué Bolivia la primera república sud-americana que tuvo legislación propia.

Desde el punto de vista político puede decirse que ningún país ha tenido tantas Constituciones como Bolivia: Constitución de 1826, impuesta por Bolívar, en el fondo monárquica, con presidencia vitalicia e irresponsable; Estatuto provisorio de 1829; 3.^a Constitución (1831), 4.^a, liberal (1837); 5.^a (1839); 6.^a (1843), 7.^a (1861), 8.^a (1864), 9.^a (1872), 10.^a (1878), que es la vigente.

Minería. Bolivia — o sea el Alto Perú — encierra fabulosas riquezas minerales, a pesar de lo cual su explotación no alcanza ni de mucho el desarrollo que debiera. Prodúcese oro, plata, estaño, bismuto, cobre, hierro, azufre, alumbre, antimonio, carbón, azogue, cobalto, cinabrio, caolín, alabastro, petróleo, salitre, sal gema, etc., etc. Sin embargo, sólo tiene verdadera importancia la explotación de los cinco metales primeramente dichos. La falta de medios de comunicación es lo que se opone principalmente a que no se extienda más el laboreo de las minas.

Agricultura. Ocupa el primer lugar la exportación de caucho, cuya clase más fina se llama *jebe*. Todos los árboles gomeros son propiedad del Estado y es completamente libre para todos la explotación de los bosques vírgenes. Estos árboles crecen espontáneamente en todo el territorio.

Siguen en orden a importancia la *coca*, que se cultiva en las planicies de la vertiente oriental andina; la

quina, el cacao, el tabaco, las patatas, el café, la caña de azúcar, el trigo y otros cereales.

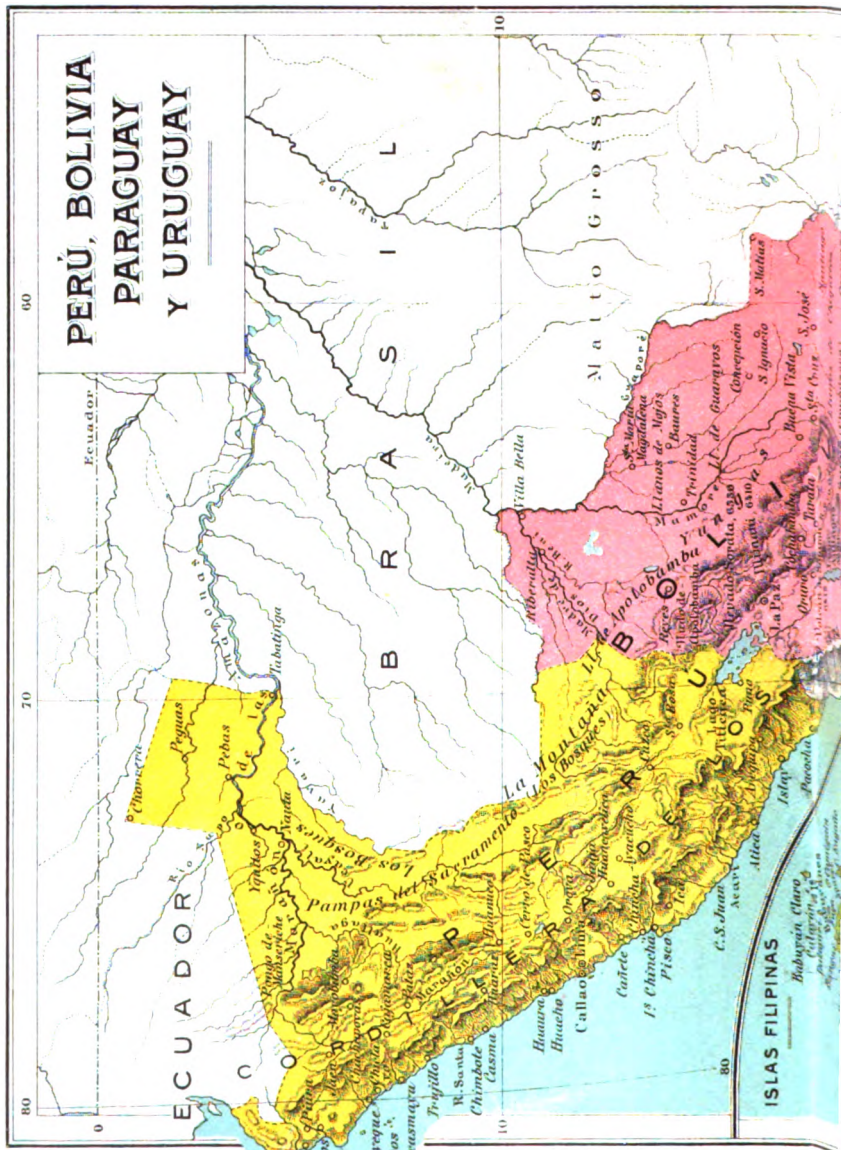
La ganadería es abundante, pues aparte de las llamas, alpacas y vicuñas indígenas, hay la que fué introducida por los españoles, o sea ganado vacuno, caballar, mular, lanar y porcino, y lo que es notable, el dromedario de Africa, muy bien aclimatado en la meseta.

Industria. Hállase aún muy atrasada; existen pequeños telares en algunas provincias; téjense casimires de muy buena calidad en las de Chinchas y Ciuti; funcionan algunas herrerías; fabricanse sombreros de paja, curtidos, dulces, cigarros, cerveza, ponchos de caucho. Es importante la fabricación de *chicha*, bebida preferida por el pueblo, obtenida de la fermentación del maíz.

Comercio. En 1908 ascendieron las exportaciones a 47.132,819 bolivianos y las importaciones a 40.739,543, con un excedente de las primeras de 6.400,276, habiendo ido desde entonces siempre en aumento el movimiento. Verificase éste principalmente con los Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Perú y Chile. La importación de España es insignificante; La exportación en 1904 ascendió a 223,909 bolivianos. La importación consiste en algodón, maquinaria, ropas y vinos; la exportación en oro, plata, estaño, antimonio, bismuto, cobre y caucho, este último por valor de 35.000,000 de pesos al año.

El oro se recoge en los departamentos de La Paz, Cochabamba, Santa Cruz, Potosí, Chuquisaca y en el Noroeste. La plata, en cuyo concepto Bolivia es la tercera nación productora del mundo, se obtiene en los departamentos de Oruro y Potosí. El estaño, cuya explotación es la que proporciona mayores ren-

**PERÚ, BOLIVIA
PARAGUAY
Y URUGUAY**



dimientos, se da en los departamentos de Oruro, Santa Cruz y La Paz.

Vías de comunicación. Son muy deficientes, pues aunque posee Bolivia 2,940 kilómetros de carreteras, están muy mal cuidadas a causa de la naturaleza geológica del terreno, de manera que sólo pueden utilizarse durante ocho meses al año, por las lluvias torrenciales y los fenómenos de erosión.

Las líneas férreas se extienden en un trecho de 684 kilómetros, a saber: 564 de Acostán a Oruro, 25 de ésta a Huanchaca y 95 de Oruro a La Paz. Hay en construcción o en estudio otras once líneas cuya extensión alcanzará 1,608 kilómetros.

En cambio, presta facilidades al comercio el ser navegables casi todos los ríos de Bolivia, de igual manera que el lago de Titicaca y el de Poopo, unidos por el río Desaguadero. Estas vías fluviales se extienden durante más de 9,000 kilómetros. Gracias a estos ríos Bolivia puede salir al Pacífico y al Atlántico, si bien teniendo que atravesar por territorios del Perú y Chile y Brasil y la Argentina.

La extensión de las líneas telegráficas es de 4,644 kilómetros, propiedad las unas del gobierno y las otras de particulares.

Bolivia forma parte de la Unión Postal Universal desde 1885.

Ejército. Hay servicio militar obligatorio, si bien con algunas excepciones legales; la fuerza armada consta del ejército de línea y las reservas. El primero comprende 2,560 individuos repartidos en cinco batallones de infantería, un batallón escuela, un regimiento de caballería, otro de artillería de montaña y una Escuela de Estado Mayor. Las reservas ascienden a 100,000 hombres, divididas en depósitos

(de 20 a 25 años), reserva ordinaria (de 25 a 30), reserva extraordinaria (de 30 a 40) y guardia territorial (de 40 a 50).

Ciudades principales. La Paz se levanta a 3,614 metros sobre el nivel del mar y está construida en forma de anfiteatro. Fué fundada en 1548 por D. Alonso de Mendoza, capitán del famoso licenciado Pedro La Gasca. Cuenta 60,000 habitantes, en su mayoría aymaraes. Son notables en el departamento de La Paz las ruinas de Tiaguanaco, consideradas como prehistóricas y cuya construcción se atribuye a los indios aymaraes.

Oruro, a 3,743 metros de altitud, fué fundada por los españoles en 1609 con el nombre de San Felipe, y llegó a tener en dicho siglo 76,000 habitantes, atraídos por la explotación de las minas de plata. Potosí debió su origen en 1545 a los capitanes de Gonzalo Pizarro. Se halla casi a 4,000 metros sobre el nivel del mar y contiene muchos grandes edificios del tiempo de la época colonial, en que llegó a contar 160,000 habitantes, reducidos hoy a 21,000 por haberse agotado los filones argentíferos que tanta celebridad le dieron.

Cochabamba data de 1572; fué fundada por Jerónimo de Osorio y Ruy Díaz de Melgarejo, por orden del virrey del Perú D. Francisco de Toledo.

Chuquisaca, Charcas o Sucre, debió su origen al capitán Pedro Ansures de Campo Redondo, oficial de Francisco Pizarro, en 1539, y conserva todos los rasgos de las antiguas ciudades españolas, siendo de igual estirpe la mayoría de la población. Tiene 22,000 habitantes. Aunque es la capital legal de Bolivia, el gobierno suele residir en La Paz.

Otras ciudades menos importantes son Santa Cruz de la Sierra (1557), fundada por Nuño de Chaves, y

Trinidad, edificada en 1556 por los capitanes Tristán de Tejada y Juan de Salinas, exploradores del río Marañón.

Instrucción pública. En esta parte ocupa Bolivia importante lugar entre las repúblicas hispano-americanas. Hay completa libertad de enseñanza, sin más condición que la moralidad y la competencia comprobadas.

La enseñanza se divide en general y especial. La primera comprende la primaria, la secundaria y la superior o profesional. La enseñanza primaria es obligatoria y gratuita y dura tres años, correspondientes a otros tantos cursos. La secundaria dura siete años, el primero de ellos preparatorio. La superior o profesional se da en las tres facultades de Derecho, Medicina y Teología. La concurrencia a las escuelas llega a más de 14,000 alumnos.

La enseñanza especial se halla distribuída en numerosas escuelas: Colegio Militar, Escuela de Clases, Academia de Guerra, Escuela de Comercio y Comisión Geográfica en La Paz; Escuelas de Agricultura en Tarija y Umala; de Artes y Oficios, dirigidas por los PP. Salesianos, en Sucre y La Paz.

La República está dividida en ocho distritos universitarios, al frente de cada uno de los cuales hay un Rector. En La Paz existe un Museo de Historia Natural y Manufacturas; en Potosí un Museo Metabúrgico, y en Tarija un Museo Paleontológico. Entre los más importantes centros científicos se cuentan el Instituto Médico, la Sociedad Antropológica, la Sociedad Geográfica y el Centro jurídico en Sucre; la Sociedad Médica y el Centro Comercial de La Paz, y otros muy notables en diversas ciudades.

La Prensa. Nada tiene que envidiar en esta parte la República de Bolivia a las demás naciones

hispano-americanas. Publícanse 74 periódicos, correspondiendo 26 a La Paz, 16 a Sucre, 9 a Potosí, 6 a Santa Cruz, 5 en Tarija, 3 al Beni y 1 al Territorio de Colonias. Figuran entre los más importantes *El Comercio*, *El Comercio de Bolivia* y *El Diario* en La Paz; *La Capital*, *La Industria* y *La Mañana* en Sucre; *El Tiempo*, *La Patria*, *El Potosí*, *La Propaganda*, *La Democracia* y *La Crisis* en Potosí; *El Tribuno* y *La Tarde* en Oruro, etc. Además, ven la luz numerosas revistas profesionales e instructivas, entre ellas una española, *Hispania*, muy notable, en La Paz.

Movimiento científico y literario.

En todo tiempo se han distinguido los bolivianos por su privilegiada mentalidad, aun en medio de los más agitados períodos de su historia moderna. Brillaron ya en tiempo de la época colonial hombres tan ilustres como el P. Antonio de la Calancha (1584-1654), tenido como el más elegante y discreto cronista de su siglo; el erudito P. Jerónimo de Acevedo, D. Gaspar de Escalona y Agüero (1647) y otros.

Figuran entre los poetas Ricardo Bustamante, autor del poema *Hispano-América libertada* (1883), en honor de Bolívar, considerado como la obra maestra del Parnaso boliviano; Galindo, Tovar, Luis Vila, Mariano Ramallo, Daniel Calvo, Ricardo Mujía, José Peláez y Tapia, cuyo libro *Castillo interior* contiene admirables composiciones en la más pura lengua castellana; la poetisa ciega María Josefa Mujica, etc.

Se han distinguido como prosistas Mariano Ricardo Terrazas, M. J. Cortés, Genaro Sanginés, Nicolás Acosta, Santiago Vaca Guzmán, José Enrique Acha, Mariano Enrique Calvo, etc.

Entre los muchos y notables publicistas bolivianos contemporáneos figuran los hermanos Félix y Serapio

Reyes Ortiz, Vicente Ballivian y su ilustre hijo don Manuel Vicente Ballivian, presidente de la Sociedad Geográfica de La Paz, educado en Francia e Inglaterra, autor de una *Sinopsis estadística y geográfica de Bolivia*, *Exploraciones y noticias hidrográficas de los ríos del Norte de Bolivia* y otras publicaciones; René Moreno, Belisario Salinas, Alfredo Ascarrunz, el general Pando, Félix Aramayo y otros muchos.

Han publicado importantes trabajos lingüísticos Fray Nicolás Armentia y Samuel Velasco Flor.

Citaremos entre los historiadores a Ballivian y Roscas, J. M. Camacho, J. M. Cortés, L. M. Guzmán, Luis S. Crespo, Pedro Kramer, Valentín Abecia, José M. Santibáñez, José M. Urguidi, Eufronio Vizcarra, etc. Entre los oradores descuellan Mariano Baptista, Casimiro Olañeta, C. Valle, Rafael Bustillo, Juan C. Carrillo, L. Mendoza de la Tapia, Jorge Oblitas, Nataniel Aguirre y Julio Mendoz.

Son novelistas, cronistas o autores de leyendas y tradiciones, Modesto Omiste, Vicente Quezada, N. Aguirre, Benjamín y Fidel Rivas, Benjamín Blanco, Julio César Valdés, Luis Manzano, Pedro Calderón, José M. Aponte, A. Díez de Medina y Juan W. Chacón.

Los escritores científicos son en gran número y muy notables; citaremos a los doctores Andrés Muñoz, Julio La Faye, Cuéllar, Quiroga, Julio Rodríguez, Isaac Aranibar, el botánico R. Peña y el explorador J. A. Palacios.

Son autores de excelentes obras jurídicas, económicas, geográficas y filosóficas, Samuel Oropesa, F. Blanco, Dalence, Octavio y Angel Moscoso, Díez de Medina, A. Aspiazú, José Quinteros, Macario Píñilla, B. Saavedra, Urguidi, Daniel Sánchez Bustamante, Antonio Loayza, etc.

Entre los extranjeros que han escrito sobre Bolivia se distinguen el alemán Rudolph Aanthal, autor de un importante *Viaje*, en que trata particularmente de la geología y mineralogía del país; Augraud, que ha estudiado las antigüedades; el norteamericano Baudelier, que ha reconocido la cuenca del lago Titicaca; David Forbes, explorador de los Andes; el geólogo francés Frochot; el filólogo Edwin Heath, autor de un libro sobre los dialectos de Bolivia.

Los idiomas de Bolivia. Siendo esta República un Estado semi-indio, no es de extrañar subsista el uso

de las antiguas lenguas aymara y quechúa y los numerosos dialectos en que se expresan las clases inferiores. Las clases cultas hablan el castellano, y los mestizos mezclan con este idioma numerosas palabras de las lenguas indígenas.

Bellas Artes. Cuéntanse en Bolivia numerosos pintores especialmente paisajistas; figuran entre los más distinguidos Avelino Nogales, José García Mesa, Aniceto Valdés, Carlos Berdecio, Saturnino Salamanca, Porcel, Sainz, Clodomiro Beltrán, Adela Zamudio, Elisa Rocha de Ballivian, Diego Carpio y otros muchos.



CAPÍTULO III

CHILE. — LA REPÚBLICA AUTORITARIA

GOBIERNO DE PORTALES. — CONSTITUCIÓN DE 1833. — MINISTERIO DE RENGIFO. — DIVISIÓN DE LOS CONSERVADORES. — GUERRA CON LA CONFEDERACIÓN PERU-BOLIVIANA. — EL DECENIO DE BULNES. — LOS PARTIDOS POLÍTICOS. — EL DECENIO DE MONTT. — LOS PARTIDOS. — CAMBIOS SOCIALES.

(1831-1861)

Gobierno de Portales.

Triunfante la causa del orden después del largo período de revueltas en que se disputaban el Poder unitarios y federales y elevado a la presidencia de la República de Chile, en reemplazo del débil D. José Tomás Ovalle, el general D. Joaquín Prieto (1831), tuvo éste la suerte de contar con un gran ministro en la persona de D. Diego Portales, que desde luego se erigió en verdadero director del gobierno.

Sin ser hombre de grande ilustración, estaba dotado de un extraordinario talento natural, de palabra llena

de gracejo y mucha audacia; adquirió rápida popularidad como cáustico periodista conservador. Titular de las dos carteras del Interior y Relaciones Exteriores, y Guerra y Marina, cooperó al triunfo alcanzado en Lircay por el general Prieto sobre Freire (abril de 1830) y ejerció una verdadera dictadura civil, resuelto a acabar



El general D. Joaquín Prieto



D. Diego Portales

sin misericordia con los perturbadores del orden, para lo cual empezó por destruir el militarismo imperante, sin distinguir entre federalistas, como Freire, Pinto y Heras, y conservadores, como Higgins.

**Constitución
de 1833.**

Precisaba ahora darle a Chile una Constitución conservadora en consonancia con sus necesidades y su modo de ser, renunciando a utópicas doctrinas, y de ahí el Código de 1833, obra debida principalmente a D. Mariano Gaña y

D. Manuel José Gandarillas. Según esta Constitución, el gobierno de Chile era popular y representativo; la soberanía residía esencialmente en la nación y su ejercicio correspondía a las autoridades legalmente constituidas. La religión del Estado era la católica, apostólica y romana, con exclusión del ejercicio público de todo culto. Los principios fundamentales de la República eran: igualdad ante la ley; igualdad de derechos para optar a los cargos públicos; repartición proporcional de los impuestos; libertad de circulación por el territorio; inviolabilidad de la propiedad privada; derecho de petición; libertad de imprenta.

Como no es menester decir, existía la división de los tres poderes. Para tener derecho al sufragio se requería ser mayor de veinticinco años, saber leer y escribir (1) y posesión de determinada renta o de una propiedad inmueble.

El Congreso se componía de dos cámaras: una de diputados, de elección popular, renovable cada tres años, y otra de senadores, cuya elección era de segundo grado. La duración del cargo era de nueve años, renovándose cada tres por terceras partes. El Congreso aprobaba o rechazaba los presupuestos y podía autorizar al presidente a suspender las garantías constitucionales y revestirle de facultades extraordinarias.

El Poder Ejecutivo estaba representado por un presidente, designado por electores especiales, con mandato popular. Su cargo duraba cinco años y era reelegible por una vez; tenía tres ministros y debía asesorarse de un Consejo de Estado. El presidente

(1) Esta condición, sin embargo, no había de regir hasta 1840.

estaba facultado para declarar en estado de sitio una provincia, o toda la República, cuando lo estimare oportuno, de acuerdo con el Consejo. En virtud de las facultades extraordinarias de que en tal caso estaba revestido el presidente, podía ser detenido y confinado, sin forma alguna de proceso, cualquier individuo que fuese.

El Poder Judicial estaba representado por un Tribunal Supremo; los jueces eran inamovibles y responsables; el nombramiento de los magistrados correspondía al presidente, a propuesta, en terna, del Consejo de Estado.

Nadie podía ser detenido sin orden de la autoridad competente, ni ser juzgado más que por los tribunales ordinarios.

Organizóse luego la administración provincial y local, por medio de gobernadores e intendentes, representantes del Poder Ejecutivo, y municipalidades de elección popular.

Se declaró atención preferente del Estado la instrucción pública, y fueron restablecidos los antiguos mayorazgos con carácter permanente.

De ahí que, en virtud de la Constitución de 1833, quedase convertido Chile en una república autocrática — en vez de democrática —, con un presidente que venía a tener todas las atribuciones de un rey temporal y un verdadero cuerpo de nobleza, representado por los mayorazgos.

Esta Constitución estuvo vigente en todas sus partes hasta el año 1861, y a la verdad no se distinguía gran cosa del antiguo régimen colonial, a pesar del nombre de república; pero es indudable que no era posible otra cosa para acabar con la anarquía que desde hacía tantos años reinaba en el país.

**Ministerio
Rengifo.**

No sólo contó el presidente Prieto con un ministro del temple de Portales, mantenedor inexorable del orden y verdadero brazo de hierro, sino que acertó completamente al llamar para el desempeño de la cartera de Hacienda a don Manuel Rengifo, hombre dotado de extraordinaria aptitud para aquel cargo.

Perdido completamente el crédito de Chile, por haberse desatendido a causa de la anarquía el pago de la Deuda, restableció rápidamente Rengifo gracias a una serie de medidas que, si perjudicaron no pocos intereses creados, fueron la base de la asombrosa prosperidad que sin tardanza debía alcanzar el país. Acrecentó los ingresos con la reforma de los impuestos aduaneros, introdujo grandes economías, impulsó el

progreso comercial, convirtiendo el puerto franco de Valparaíso en centro de todas las operaciones comerciales del Pacífico — como lo siguió siendo hasta la introducción de la navegación a vapor y el cable submarino — ; protegió la agricultura y la industria y dió nueva y equitativa forma a las contribuciones, gracias a todo lo cual logró el abaratamiento de la vida y se pudo pagar religiosamente lo mismo la Deuda exterior que la interior. Al dejar Rengifo su cargo en 1835 pudo mostrarse satisfecho de su obra.



D. Manuel Rengifo

**División de
los conser-
vadores.**

No todos los conservadores estaban de acuerdo con la férrea política de Portales, verdadero director del gobierno, y estimaban sobradamente rudo el trato que se imponía a los *pipiolo*s o liberales; por otra, no veían otros con buenos ojos el predominio que alcanzaba el clero, especialmente después del tremendo terremoto de 1835, que los curas atribuyeron a castigo del cielo. Figuraba entre los ministros conciliadores D. Manuel Rengifo y representaba a los clericales e intransigentes el del Interior D. Joaquín Tocornal. Disgustado D. Diego Portales, que desempeñaba a la sazón el gobierno de Valparaíso; se dispuso a intervenir con su acostumbrada energía, y presentándose bruscamente en el palacio presidencial, asumió de nuevo los cargos de ministro del Interior y de la Guerra, y quedó entronizada otra vez la dictadura civil (septiembre de 1835).

Llegada la época de la elección de presidente, fué designado por segunda vez el general Prieto, pero apenas había jurado el cargo, cuando llegó la nueva de que el general D. Ramón Freire, que se hallaba refugiado en el Perú desde 1830, después de su derrota en el Lircay, acababa de abandonar dicha República para desembarcar en el archipiélago de Chile y levantar allí la bandera liberal contra el gobierno. Fracasó la empresa, y hecho prisionero, Freire fué confinado a la colonia inglesa de Sydney, contra la voluntad de Portales, empeñado en que había que fusilarle.

**Guerra con
la confedera-
ción Peru-
Boliviana.**

Muchos años hacía que no existían las mejores relaciones entre Chile y el Perú. Mostrábase asaz remisa esta República en el resarcimiento de los gastos ocasionados por la expedición libertadora de San Martín y Cochrane y en la devolución de la suma recibida del gobierno

chileno, procedente del empréstito que Higgins había contraído en Inglaterra. Posteriormente se había declarado una terrible guerra de tarifas entre ambos Estados; si el Perú cobraba fuertes derechos al trigo de Chile e imponía duros gravámenes a las mercaderías procedentes del puerto franco de Valparaíso, Chile, a su vez, gravaba no menos el azúcar del Perú; pero a estos motivos de agravio, puramente económicos, vinieron a añadirse ahora otros de la mayor gravedad política.

Sabemos ya como el general D. Andrés Santa Cruz, presidente de Bolivia, invocado por el jefe del gobierno del Perú D. Luis Orbejoso para que le ayudara contra Salaberry, se había apoderado bonitamente de dicha República y declarándose *Protector de la Confederación peru-boliviana* por él creada. No se le ocultó a Portales el peligro que encerraba aquella nueva situación, pues Santa Cruz habría de favorecer, indudablemente, las conspiraciones de los *pipiolo*s, y aun era posible que ambicionara también apoderarse de Chile, y de ahí su resolución de declarar la guerra a la susodicha Confederación.

El caso, sin embargo, no podía ser más arduo. Disponía Santa Cruz de un ejército no solamente más aguerrido que el chileno, sino muy superior en número, pero nada bastó a disuadir de su empeño a Portales, que se mostró verdaderamente abusivo en las exigentes reclamaciones que dirigió al Protector, hasta que por fin alcanzó su objeto: la declaración de guerra (noviembre de 1836), en la cual se arriesgaba todo el presente y porvenir de Chile.

La dictadura de Portales se convierte en un verdadero despotismo, necesario, sin duda, para combatir las conspiraciones del interior. No bastando el estado

de sitio para atajar las rebeliones, se crean tribunales especiales en cada capital de provincia para que juzguen y condenen sin apelación en el término de tres días a los perturbadores del orden público o enemigos del gobierno; se impone pena de muerte, en juicio sumárisimo, a los que abandonen el lugar de su confinamiento; todo son ejecuciones y destierros; reina el terror.

Como era natural, encrespábanse cada vez más los odios contra el tirano, al paso que se hacía impopularísima la guerra provocada por él solo. Nada bastaba, sin embargo, a quebrantar el fuerte ánimo de aquel gran patriota.

Un día de junio (1837), el dictador se pone en camino hacia Quillota para revistar las fuerzas allí acantonadas, cuando de pronto estalla una sedición militar acaudillada por el coronel José Antonio Videurre. Portales es conducido preso y cargado de grillos a Valparaíso. La guarnición se defiende contra los sublevados, y a la voz de un oficial llamado Florín, los soldados acribillan a tiros y bayonetazos al gran estadista, ante el cual por tantos años se había prosternado la República. Rechazados los sediciosos y presos en su mayoría, espionaron su crimen en afrentoso patíbulo. El *militarismo* quedó desde entonces definitivamente enterrado en Chile para siempre.

Primera El asesinato de Portales produjo un resultado completamente contrario a lo que se
campana. habían propuesto los amotinados; el pueblo, creído de que los sediciosos habían sido comprados por Santa Cruz, se declaró con entusiasmo por la guerra. El gobierno envió contra el Perú una corta expedición al mando del almirante Blanco Encalada, la cual, desembarcando en Chilca, llegó a Arequipa, donde quedó copada por Santa Cruz. El jefe chileno

tuvo que ceder a todas las condiciones que le impuso el Protector; pero como no podían ser más humillantes, el gobierno de Santiago no quiso reconocer en manera alguna el tratado (1837).

**Segunda
campana.**

Beanudadas las operaciones, se acordó el bloqueo de todos los puertos del Perú y se organizó una nueva y más nutrida expedición al mando del experto general D. Manuel Bulnes, sobrino de Prieto. Formaban parte de las tropas numerosos emigrados peruanos, entre ellos el general don Agustín Gamarra. Desembarcaron los chilenos en Ancón, al Norte del Callao; sublevóse contra Santa Cruz toda la parte septentrional del Perú, y al poco tiempo entraba Bulnes vencedor en Lima, donde se constituyó un gobierno presidido por el citado general Gamarra. Resistía entre tanto el Callao y Santa Cruz mantenía encendida la guerra en el interior. Reinaba en Lima una epidemia mortífera, y por lo mismo se trasladó Bulnes al Norte, dejando abandonada la capital. Menudeaban los encuentros entre los dos bandos sin resultados decisivos, hasta que por fin el 20 de enero de 1839 Bulnes derrotaba por completo en Yungai, a orillas del río Santa, a las tropas del Protector, que debió su salvación a la fuga.



El general D. Manuel Bulnes

En noviembre del mismo año entraba triunfante en Santiago el ejército de Bulnes. «El triunfo de Yungai, escribe D. Luis Galdames en su magnífico *Estudio de la Historia de Chile*, y el aniquilamiento de la Confederación peru-boliviana dieron a Chile una alta representación en América, y los Estados europeos comenzaron desde esa fecha — desde esa fecha solamente — a considerarlo como la más fuerte y la mejor organizada de las naciones salidas de las colonias españolas. El pueblo estaba orgulloso; sentía su grandeza».

Afirmada la paz en lo interior y el exterior, fué restablecido el imperio de la ley; el presidente Prieto se despojó de sus facultades extraordinarias y reunió de nuevo el Congreso; decidióse practicar en lo sucesivo una política de conciliación y olvido, por lo cual fueron repuestos en sus cargos casi todos los militares expulsados del ejército en 1830 y así pudo terminar felizmente el segundo período presidencial del general Prieto, sustituido, pacíficamente, por el general Bulnes, el ilustre vencedor de Yungai (1841).

**El decenio
de Bulnes.**

Señalóse la nueva situación por una admirable prosperidad en los negocios y un espléndido movimiento intelectual. El primer acto de Bulnes fué la concesión de una amplia amnistía. Triunfaban siempre en las elecciones los conservadores, a pesar de haberse aplazado la condición de saber leer y escribir para tener voto, desde 1840; en realidad, sin embargo, las elecciones las hacían los gobernadores e intendentes a tenor del encasillado. De hecho, pues, el régimen no era popular ni representativo, lo cual no impedía que resultase muy beneficioso, pues aquel gobierno centralizador se preocupaba mucho más de promover la cultura y la riqueza,

vigorizar el crédito en el extranjero y organizar los servicios administrativos, a cuyo efecto contaba con la valiosísima cooperación de D. Manuel Rengifo en la secretaría de Hacienda, que no de las luchas políticas.

Igualmente se debió a Bulnes la dominación efectiva de Chile en toda la costa Sur del Pacífico con la toma de posesión del Estrecho de Magallanes y la fundación de Punta Arenas en el mismo (1847). Favorecióse, por otra parte, la emigración extranjera, atrayéndola hacia las provincias de Valdivia y Llanquillube, casi deshabitadas, y se concluyeron tratados con España, que por fin reconoció la independencia de Chile (1844), y con el Perú.

Los partidos políticos. Reelegido Bulnes en 1846, pudo verse que su nueva presidencia no transcurría con tanta tranquilidad como en el anterior período. El movimiento revolucionario europeo de 1848 había exaltado a la juventud reformista, con la consiguiente reacción por parte de las clases conservadoras.

Estas divisiones aparecieron muy acentuadas ya en 1849. Estaban de una parte los antiguos *pelucones*, o sea los aristócratas, que formaban la parte más intransigente del bando moderado, con sus leyes fuertemente centralizadoras y su represión de la prensa. Formaban con los anteriores los conservadores jóvenes, dirigidos por Tocornal y García Reyes, más conciliadores e ilustrados. Constituían las izquierdas el «nuevo partido liberal», cuyo leader era D. José Victorino Lastarria, y al cual se habían adherido los antiguos pipiolo, y los demócratas igualitarios, cuyos jefes eran D. Francisco Bilbao y el poeta nacional D. Eusebio Lillo.

La lucha entre esos partidos se tradujo en la agitación que desde entonces caracterizó las discusiones del Congreso, en el cual estaban representados los liberales en número mucho mayor que en las anteriores legislaturas.

Próximo ya a terminar el segundo plazo presidencial de Bulnes, planteóse la candidatura de su sucesor, siendo unánimemente designado por los conservadores



D. Manuel Montt

su jefe D. Manuel Montt, que por sus tendencias autocráticas y su espíritu restrictivo parecía el directo heredero de don Diego Portales, pero a quien era grandemente superior en ilustración y elocuencia. Resuelta la elección, llamó Bulnes al ministerio del Interior, para prepararla, al hombre de confianza de Montt, D. Antonio Varas, con la consiguiente indignación por parte de los liberales e igualitarios.

Resuelto el gobierno a atropellar por todo, persiguió sañudamente a las oposiciones y proclamó el estado de sitio, con todas sus arbitrariedades y desafueros, sin pararse en barras; todo eran destierros, suspensiones de periódicos, prohibiciones de mítines, garrotazos y demás amenidades. No fué de extrañar, por lo tanto, que exasperadas las izquierdas acudieran a la revolución. El 20 de abril de 1851 estallaba en Santiago un levan-

tamiento militar capitaneado por el coronel D. Pedor Urriola, con ocasión del cual perecieron más de cien personas. Fracasado el movimiento, procedióse a la elección, y resultó triunfante Montt por gran mayoría sobre el candidato liberal, general D. José María de la Cruz.

No se conformaron con su derrota las izquierdas, y protestando contra los manejos del gobierno para sacar victorioso a Montt, organizaron un levantamiento revolucionario en las provincias de Coquimbo y La Concepción, acaudillado por el propio general La Cruz.

**El decenio
de Montt.**

Tomó posesión de su cargo el nuevo presidente el 18 de septiembre de 1851. Contaba a la sazón D. Manuel Montt cuarenta y dos años; era hijo de una modesta familia de Petorca, y a fuerza de aplicación y laboriosidad logró obtener el título de abogado, siendo nombrado rector del Instituto Nacional cuando sólo contaba veintiséis años. Descubierto, puede decirse, por Portales, que quedó encantado de sus relevantes prendas de inteligencia y de carácter, fué llamado al desempeño de la subsecretaría del Interior cuando la segunda dictadura de dicho insigne estadista, a cuyo lado se había ido formando, y al recibirse la noticia del asesinato de aquél, fué el único que conservó la serenidad en el palacio.

Ministro de Bulnes, pudo éste apreciar todo lo que valía, y de ahí su designación para la suprema magistratura.

No cedía la insurrección, y en previsión de tener que recurrir a las medidas más extremas, había dejado investido Bulnes a su sucesor de facultades extraordinarias y tomado luego el mando de las fuerzas destinadas a sofocar el alzamiento revolucionario. La

lucha fué encarnizada, hasta que por fin, y después de numerosos encuentros, chocaron los dos ejércitos en la confluencia de los ríos Loncomilla y Maule (8 de diciembre de 1851). Murieron en la batalla, que duró siete horas, bajo un sol abrasador, más de dos mil hombres y resultaron heridos 1,500. Pocos días después capitulaba el general La Cruz y era tomada por asalto La Serena.

Restablecido el orden pudo el gobierno dedicarse por completo a favorecer el progreso del país, en todos los órdenes con admirables resultados. Los diez años de la presidencia de Montt, pues fué reelegido al terminar el primer plazo de su magistratura, fueron un modelo de gran gobierno. Reorganizáronse todos los servicios de la administración, continuaron o se iniciaron importantes obras públicas; construyéronse vías férreas y líneas telegráficas; mejoráronse los caminos; erigiéronse faros; aseguróse la vigilancia de los campos y carreteras; creáronse cajas de ahorro y de crédito y Bancos; procedióse al arreglo de la Hacienda; favorecióse la subdivisión de la propiedad; decretóse, por fin, la abolición de los mayorazgos; atendióse al desarrollo de la colonización; multiplicáronse los centros de ilustración, de manera que en el decenio de 1851 a 1861 se establecieron más de 500 nuevas escuelas de ambos sexos, con lo cual llegaron esos planteles a 900, con asistencia de 45 mil alumnos; atendióse de igual manera a la enseñanza secundaria y profesional; procedióse a la codificación de las leyes y se celebraron varios tratados de comercio.

Los partidos. Si la presidencia de Montt había sido combatida, en su comienzo, por una revolución, terminó, desgraciadamente, con otra, de carácter no menos grave.

A pesar de la energía autoritaria desplegada por los conservadores, había ido adquiriendo constante incremento el partido liberal. Protestábase contra la excesiva centralización, contra el desmedido predominio del Ejecutivo sobre los demás poderes; contra la política asaz persecutoria empleada por el gobierno; pero no era esa la única oposición. Con no menos ardor combatían la situación los elementos de la extrema derecha, compuesta de los antiguos *pelucones*, furiosos por la abolición de los mayorazgos y la tibieza de Montt en la cuestión religiosa.

Como tantas veces ha ocurrido en otras partes, dióse entonces el caso de que se coligaran los conservadores más intransigentes con los más exaltados representantes de los liberales, hasta la constitución de una llamada *fusión liberal-conservadora*, integrada por los *pelucones* y los que continuaban la tradición de los *pipiolo*s, contrarrestada por la unión de la fracción conservadora transigente y la fracción liberal menos avanzada, con el nombre de *partido nacional* (1857), para cuya jefatura fué proclamado D. Antonio Varas, íntimo de Montt y que había sido presidente del ministerio durante el primer quinquenio.

Temía la fusión liberal-conservadora que al cesar en su cargo Montt fuese proclamado Varas, y de ahí que antes de llegar el período electoral organizase una fuerte agitación parlamentaria y periodística, enérgicamente reprimida mediante el estado de sitio; cerradas las vías de la legalidad, acudieron entonces los fusionistas a la lucha armada (enero de 1859). Levantáronse numerosas partidas en Copiapó, San Felipe, Talca, Talcahuano y otros puntos. No tardó mucho en quedar dominada la insurrección en todos ellos menos en Copiapó, donde se hallaba, al frente

de un millar de hombres, el rico minero D. Pedro León Gallo. Sonríole a éste la fortuna en la batalla de Los Loros, al Norte de La Serena, que ocupó militarmente después de derrotadas las tropas del gobierno, pero fué vencido al poco tiempo en Cerro Grande (abril de 1859) y así quedó sofocado aquel alzamiento que durante algún tiempo inspiró gravísimo cuidado.

Otras contrariedades hubo de experimentar Montt en las postrimerías de su decenio, tan fecundo en bienes, sin embargo; el mismo año susodicho estallaba una formidable insurrección en Araucanía, la cual duró dos años, y en 1861 surgía una crisis económica cuya consecuencia fué la quiebra de muchas casas de comercio y la ruina de numerosas familias. No le

cabía en ello ninguna responsabilidad al gobierno: la crisis reconocía por origen la guerra civil y la rebelión araucana; la disminución del rendimiento de las minas; la competencia de Australia y California en los trigos, y el desarrollo de un lujo de todo punto excesivo.

Terminada la magistratura de Montt, fué elegido en su lugar, por renuncia de Varas a ser presentado candidato, D. José Joaquín Pérez, del partido nacional, aunque bien quisto de la

oposición, al cual dió posesión el 18 de septiembre de 1861 su ilustré antecesor.



D. José Joaquín Pérez

**Cambios
sociales.**

Con el constante desarrollo de la ilustración y la riqueza en los treinta años transcurridos desde la primera dictadura de Portales, al final de la segunda presidencia de Montt habíase registrado una profunda evolución social. Dejaron de predominar exclusivamente los pelucones, representantes de la antigua aristocracia territorial, y se fué formando una importante plutocracia comercial, agrícola y minera; las ciudades aumentaban en población, y con ello y con la mayor difusión de la cultura tendían a equilibrar el elemento rural; desarrollábase cada vez la inmigración y se constituía una clase intelectual destinada a ejercer poderosa influencia. Cedía, por otra parte, el antiguo poder del clero, y sin perjuicio de subsistir todavía con gran fuerza el espíritu conservador, era evidente que avanzaban cada vez más las ideas liberales, todo lo cual hacía presagiar un cambio en la política, correlativo a las modificaciones sociales.

CAPÍTULO IV

LA REPÚBLICA LIBERAL

RUPTURA DEL BLOQUE. — GUERRA CON ESPAÑA. — PRESIDENCIA DE ERRAZURIZ. — REFORMA CONSTITUCIONAL. — PRESIDENCIA DE PINTO. — CONFLICTO CON LA ARGENTINA. — CONFLICTO CON BOLIVIA. — LA GUERRA DEL PACÍFICO.

(1861-1881)

Ruptura del bloque.

Inauguróse la presidencia de D. José Joaquín Pérez bajo los mejores auspicios; los partidos habían depuesto sus enconos y apoyaban unánimes al nuevo Poder, a lo cual respondió la formación de un ministerio de ancha base en el cual entraron liberales, conservadores y nacionalistas. Personalmente era el Sr. Pérez muy simpático y estaba perfectamente enterado de todas las cuestiones, así sociales como políticas, interiores como extranjeras.

Apenas en el ejercicio de sus funciones, sancionó Pérez la ley de amnistía; pero sucedió ahora que al paso que el presidente se mostraba conciliador y procuraba contentar a todos, comenzaron a surgir diferencias en el bloque gubernamental. Separóse primero el partido nacional (liberales y conservadores moderados); otro desprendimiento fué el de un grupo de los liberales más avanzados que se intitularon *radicales* y presentaron como programa la reforma constitu.



Incendio de la Iglesia de la Compañía, en Santiago

cional, estando acaudillados por los hermanos Matta y los hermanos Gallo. El resultado fué que la mayoría ministerial quedó constituida por la fusión liberal conservadora (pelucones y pipiolos) y la oposición por los nacionales y los radicales; pero al llegar las elecciones legislativas de 1864 y empleando los acostumbrados resortes, obtuvieron gran mayoría los fusionistas y disminuyó mucho la anterior minoría.

La prosperidad económica de que se disfrutaba hacía que el país se diese por satisfecho del gobierno; todo eran venturas, cuando de pronto ocurrió una espantosísima desgracia en la capital. Celebrábase en la iglesia de la Compañía, de Santiago, la fiesta de la Inmaculada Concepción, cuando hallándose el templo lleno de fieles, especialmente señoras y niñas, entre siete y ocho de la noche, se prendió fuego a unas cortinas, propagándose con aterradora rapidez el voraz incendio, en el cual perecieron más de dos mil personas.

«Las mujeres, dice el historiador Valdés Vergara, espantadas a la vista del peligro, se precipitaron a las puertas como locas, pidiendo a gritos perdón para sus culpas e invocando, con acentos lastimeros, la misericordia divina. Fácil les habría sido salir a la calle si hubieran conservado la calma necesaria para salir todas en orden; pero cada una pensaba sólo en sí misma, quería ser la primera en llegar a las puertas y empujaba furiosamente a sus vecinas. De este modo se produjo una horrenda confusión. Luchando desesperadamente para ganar la delantera, se atropellaban las unas a las otras, se golpeaban, despedazaban sus vestidos, se derribaban al suelo y ellas mismas hacían inevitable su muerte por el desordenado afán con que procuraban conservar la vida. En las puertas del

templo, las que ya se creían libres de la hoguera, cayeron al suelo derribadas por el empuje de las que venían atrás, éstas a su turno tuvieron igual suerte, y así se formaron barreras de cuerpos humanos que impedían la salvación de las víctimas encerradas en el interior y hacían ineficaces los auxilios que trataban de prestarles los hombres reunidos afuera.

•La funesta noticia se había extendido con rapidez por la ciudad, llevando el terror a todos los hogares. Los padres, los esposos y los hijos, los hermanos y los amigos de tantas infelices condenadas a morir en las llamas, se precipitaban a las puertas del templo resueltos a desafiar todo peligro para salvarlas. Pero los generosos impulsos de sus corazones se estrellaban contra lo imposible: ni siquiera les era dado penetrar en la iglesia para compartir con ellas el atroz martirio. Forzados a ser espectadores impotentes de la tragedia, se entregaban en la calle a conmovedores arrebatos de desesperación y erraban de un lado a otro en busca de alguna noticia que les diese esperanza o consuelo.

•Por desgracia, el fuego hacía en el interior su obra de exterminio y devoraba a sus víctimas con tormentos infernales. El incendio había principiado a las siete; dos horas después el martirio estaba consumado. Entre los escombros del templo ardían los cadáveres de más de dos mil seres humanos, que en la tarde de aquel día en todo pensaban menos en pasar a la vida eterna por un camino que con toda verdad puede compararse al del Calvario.

•Cuán amarga fué aquella noche para los habitantes de Santiago! No había familia que no tuviese uno o más deudos entre las personas que habían concurrido al templo. En medio de la confusión nadie

podía saber qué suerte habían corrido sus parientes y sus amigos. Todos los lloraban como muertos, y, al mismo tiempo, conservaban la vaga esperanza de volver a verlos con vida. Así pasaron lentamente las horas hasta que la luz del nuevo día vino a revelar la inmensidad de la catástrofe. No hay pluma capaz de describir los horrores de aquel cuadro espantoso. A la vista de las ruinas humeantes del templo y de los cadáveres horriblemente carbonizados, nadie pudo contener el llanto. Las lágrimas daban a lo menos algún alivio a los congojas del corazón.

«El mismo día fué necesario ocuparse en levantar esos restos humanos para darles religiosa sepultura. Unas pocas personas pudieron identificar los cadáveres de sus deudos y conducirlos a sus tumbas de familia. En su inmensa mayoría los cadáveres estaban desfigurados de tal manera por la acción del fuego, que no hubo cómo reconocer sus facciones para saber los nombres que tuvieron en vida. Se les transportó al cementerio por carretadas, y se les dió sepultura en una tumba común sobre la cual se ha construído un severo mausoleo.»

**Guerra con
España.**

No tardó en amortiguarse el duelo ocasionado por la horrible catástrofe de Santiago ante la gravedad de los hechos que se desarrollaban en el Perú.

No había reconocido nunca España la independencia de dicha República, entendiéndose que desde Ayacucho y el Callao sólo existía entre ambas naciones una *situación de tregua*, a lo cual hay que añadir que los gobiernos del Perú se habían negado siempre a reconocer las deudas contraídas durante la época colonial por las autoridades de la metrópoli.

Mandaba entonces en España la Unión liberal, y

se le antojó a aquel ministerio, presidido por el general O'Donell, enviar una expedición al Pacífico, de la cual formaban parte algunos sabios, pero que tenía por principal objeto negociar un arreglo con el gobierno peruano respecto a las cuentas pendientes de pago y otros delicados asuntos. Pero sucedió que, con una falta de tacto inexcusable, se le dió el título de *Comisario* al diplomático encargado de dicho cometido, como si el Perú dependiese todavía de España, siendo así que hubiera debido ir investido con el cargo de «ministro plenipotenciario». Negóse en consecuencia el gobierno de Lima a tratar con el tal *comisario*, y éste, llamado D. Eusebio de Salazar y Mazanedo, no encontró mejor salida que ocupar militarmente, con la escuadrilla española, las islas *Chinchas*, principal fuente de ingresos del Estado, como productoras del guano, alegando el derecho de *reivindicación* (*sic*) que asistía para ello a la antigua metrópoli.

Reforzada la escuadra con algunas fragatas de nueva construcción, al mando del almirante Pareja, dispúsose el gobierno de Lima a entrar en tratos; pero un levantamiento popular derribó a aquél, y asumiendo el mando el coronel D. Mariano Prado, jefe de dicho movimiento, se dispuso a la defensa.

Inmensa sensación produjo en toda la América española aquel hecho, y si bien el gobierno de Madrid retiró las expresiones de *tregua* y *reivindicación*, continuó la ocupación de las islas Chinchas. En Chile, sobre todo, en cuyos puertos habían sido recibidos con marcada frialdad los buques españoles en su viaje al Callao, fueron violentísimas las protestas, y el gobierno declaró contrabando de guerra el carbón de piedra suministrado a la flota hispánica.

Así transcurrieron algunos meses, cuando al cele-

brarse la conmemoración de la independencia, el 17 de septiembre (1865), presentábase ante Valparaíso la escuadra española, y el almirante Pareja enviaba un ultimatum al gobierno de Santiago para que en el término de cuatro días saludara con 21 cañonazos su insignia en desagravio de las injurias inferidas, meses antes, a la legación española por el populacho de dicha capital.

La respuesta del presidente D. José Joaquín Pérez fué la declaración de guerra a España. Concertóse inmediatamente una alianza ofensiva entre el Perú, Chile, Ecuador y Bolivia, y sólo se pensó en procurarse medios de defensa, especialmente armas y buques.

Bloqueada por Pareja la extensísima costa de Chile, lo cual motivaba que los buques tuviesen que hallarse muy separados uno de otro, hubo de suceder que abandonando sigilosamente los canales del archipiélago de Chiloe la corbeta *Esmeralda*, para dirigirse al Norte, sorprendió y capturó a la goleta española *Covadonga*, contrariedad que movió al nobilísimo almirante a suicidarse, disparándose un pistoletazo.

Encargado del mando el brigadier D. Casto Méndez Núñez, persistió éste en el bloqueo y realizó atrevidísimas expediciones para rescatar la *Coradonga*, fondeada en los canales chiloanos. Llamada entonces de nuevo al Poder la Unión liberal, causante del conflicto, ordenó a Méndez Núñez que bombardeara, como en represalias, los puertos de Valparaíso y el Callao, y regresara luego a España, como así lo hizo.

«Las consecuencias de esta guerra, dice el eminente historiador chileno D. Luis Galdames, fueron para la generalidad de los Estados de América en cierto modo saludables. A más de reanimar en todos ellos aquel mismo sentimiento de solidaridad que había

acrecentado sus fuerzas durante las luchas por la emancipación, les demostró que permaneciendo unidos podrían resistir eficazmente cualquier propósito de conquista abrigado en su contra por los países europeos, y en adelante los obligó a ser más previsores en cuanto se relacionaba con su seguridad nacional.»

A pesar de las circunstancias excepcionales por que había atravesado Chile, no podía desearse mayor cordura que la demostrada así por el país como por el gobierno. «Las instituciones, dice M. Deberle, salieron intactas de aquella ruda prueba, y con noble orgullo pudo el presidente declarar, al abrirse la legislatura de 1866, que en medio de los azares de la guerra el país continuaba ejerciendo todas sus libertades».

Agradecida la nación a la gestión de Pérez, le otorgó el honor de reelegirle, a pesar de haber anunciado el digno presidente, al expirar sus poderes, que le sería necesario al país soportar pesadas cargas para poner en defensa la costa. La popularidad de Pérez era tal, que los conservadores sólo consiguieron sacar cuatro diputados. Acto seguido se decretó una contribución de 5.000,000 de pesos, impuesta sobre la renta, sin que nadie protestase. Chile prosperaba de una manera verdaderamente maravillosa y aumentaba, además, su territorio con la conquista definitiva de Araucanía.

Así llegó el año 1868, y cuando triunfó la Revolución de Septiembre se concluyó un armisticio con Perú y Chile. Este, sin embargo, no se adhirió hasta 1871, reconociendo entre tanto como beligerantes a los insurrectos de Cuba.

Una importante resolución había tomado el Congreso al hallarse próximo a expirar el segundo plazo presidencial de Pérez (1871), y fué la prohibición de reelegir al presidente de la República inmediatamente

de finido su período constitucional, como había venido sucediendo constantemente desde 1831.

Presidencia de D. Federico Errazuriz Disputadísima fué la elección presidencial, luchando de una parte el bloque liberal conservador y de otra la coalición nacional-radical. El candidato del primero hubiera sido el ilustre jefe del partido conservador D. Manuel Antonio Tocornal, de no haber fallecido en 1867, por lo cual fué designado en su lugar D. Federico Errazuriz, que resultó triunfante.

Gozaba el nuevo presidente de sumo prestigio por su aristocrático abolengo, su ilustración y su carácter activísimo. Tenía antecedentes muy liberales, si bien más en teoría que en la práctica, y se había granjeado gran popularidad en su cargo de ministro de la Guerra cuando la guerra con España.



D. Federico Errazuriz

Desde el primer momento de su elevación a la suprema magistratura mostróse Errazuriz preocupado principalmente por el fomento de las obras públicas y el refuerzo del poder naval ante la probabilidad de algún conflicto con las vecinas repúblicas, ya por cuestión de límites, ya por pugna de intereses económicos.

Importantes sucesos ocurrían, entre tanto, en el terreno político; por causa de la cuestión sobre la

libertad de enseñanza, quedó rota la fusión que había ejercido el Poder durante diez años; los conservadores fueron lanzados del gobierno y el nuevo ministerio se apoyó en una mayoría netamente liberal, haciéndose desde entonces vivísima la lucha entre los diversos partidos (1873), a causa de las numerosas reformas y nuevas leyes que se proponían, aunque principalmente en lo relativo a las cuestiones religiosas. Consiguieron, en efecto, los liberales se penara a los sacerdotes por determinados delitos y fuese abolido el fuero eclesiástico para todas las causas civiles y criminales; pero no alcanzaron que se estableciesen el matrimonio civil, la secularización de los cementerios y la separación de la Iglesia y el Estado, como pretendían los radicales, con violenta protesta del partido conservador, denominado ahora clerical o ultramontano.

Reforma constitucional Después de haberse promulgado en 1872 una ley que favorecía la casi ilimitada libertad de imprenta, dióse un importante paso al procederse en 1874 a la reforma, en muchos puntos, de la Constitución de 1833. Fueron restringidas las facultades extraordinarias del presidente; ampliáronse las atribuciones de la Comisión permanente de Congreso en los interregnos parlamentarios; establecieronse numerosas incompatibilidades entre los empleos públicos y las funciones legislativas; modificóse en sentido popular el Consejo de Estado mediante una mayoría de diputados y senadores sobre los consejeros nombrados directamente por el presidente; se dictaron reglas para exigir la responsabilidad ministerial y se puso mano en la reforma electoral.

Ya a fines de este período constitucional el país, hasta entonces tan próspero, hubo de experimentar una honda crisis económica. A causa de los últimos

empréstitos eran enormes los intereses de la Denda, en perjuicio de las demás obligaciones, con el consiguiente déficit; a causa de la disminución de los productos de las minas de cobre, veíanse arrastradas a la quiebra muchas sociedades. Bolivia gravaba las salitreras de Antofagasta y el Perú rescataba los yacimientos de Tarapacá, resultando con ello comprometidos los capitales chilenos invertidos en su explotación; cerraban sus puertas muchos comercios; escondíase el dinero, y quedaban únicamente como testimonio de una fugaz opulencia algunos costosos edificios y las reliquias del desenfrenado lujo de otros días.

Presidencia de D. Aníbal Pinto. Tal era la situación de la República al

tomar posesión de la suprema magistratura el nuevo presidente D. Aníbal Pinto, de antecedentes liberales, pero bien quisto por todos los partidos por su vasta ilustración, probada capacidad y afable trato (1876.)

Difícilísimas eran las circunstancias en que llegaba al poder el Sr. Pinto, pues a la gravedad de la crisis económica se añadía el conflicto que amenazaba con Bolivia, el Perú y la Argentina. Procuróse poner remedio a la primera, degenerada ya en crisis monetaria, estableciendo el curso forzoso de los billetes; introdujéronse impor-



D. Aníbal Pinto

tantes economías y se decretó el desestanco del tabaco.

Conflicto con la Argentina Versaban las diferencias de Chile con esta República sobre cuestión de límites. Protestaba, ya desde 1847, el gobierno de Buenos Aires contra la fundación de la colonia de Punta Arenas y la toma de posesión del Estrecho de Magallanes efectuados cuatro años antes durante la presidencia de Bulnes. Siguiéronse largas negociaciones por espacio de treinta años, hasta que de pronto quedaron rotas en 1878; y ya parecía inminente la declaración de guerra, cuando, por fortuna, se sobrepuso el buen sentido; reanudáronse, pues, aquéllas, y en 1881 se pudo firmar un tratado de límites que dejaba solucionadas todas las dificultades: la Argentina quedaba dueña de la Patagonia oriental, y Chile en posesión del Estrecho; cualquiera otra diferencia que se suscitase sería resuelta por un arbitraje.

Conflicto con Bolivia. Las cuestiones con esta República se remontaban hacía ya a algunos años. Tratabase de la explotación de los yacimientos de guano de Mejillones y de los de salitre de Antofagasta — en territorio boliviano — por los chilenos, aunque en onerosas condiciones.

Por el tratado de límites de 1866, Chile reconocía la soberanía de Bolivia hasta el 24 paralelo de latitud Sur, y que el producto de las guaneras que se descubriesen entre los paralelos 23 y 25 y el importe de los derechos de aduanas por exportación de minerales de dicha zona se repartiría entre los dos países. Gracias a la concesión de dichas pertenencias no tardó en poblarse de chilenos todo aquel territorio; ellos fueron los que fundaron el puerto y ciudad de Antofagasta, abrieron caminos, hicieron habitable aquel desierto y construyeron el primer ferrocarril.

Bolivia no cuidó de cumplir lo convenido, a pesar de lo cual Chile se avino a hacer cesión de sus derechos al Norte del paralelo 24, a condición de que el gobierno de Sucre no impusiese nuevas gabelas a los industriales de su país residentes en el desierto.

Ocurría esto en 1874, pero ya desde el año anterior habían concertado secretamente Bolivia y el Perú un tratado de alianza ofensiva y defensiva contra Chile. Ambicionaba el Perú las salitreras de Tarapacá, explotadas, como las de Antofagasta, por los chilenos; y ya que no pudiera ser por un golpe de fuerza, se apeló al subterfugio de decretar el gobierno de Bolivia el monopolio de dichas salitreras, con orden de entregar al gobierno peruano todo el nitrato que se extrajera y al precio que él designara. Pronto se dictó una nueva ley: el Estado boliviano se incautaría de las tierras, expropiando a los propietarios chilenos, los cuales cobrarán a plazos. No hubo más remedio que ceder las pertenencias, sin cobrar, a pesar de lo cual ninguna protesta dirigió el gobierno de Chile a los de Bolivia y Perú.

Cuatro años después (1878), ocupando el Poder el general D. Hilarión Daza, resolvió éste arrojar de Antofagasta a los chilenos, como lo habían sido de Tarapacá, a cuyo efecto impuso una enorme contribución a las compañías salitreras de dicho punto; y como se negaran a pagar, se apoderó de todas las salitreras y las puso en venta, anunciando ésta para mediados de febrero de 1879.

Era evidente que D. Hilarión Daza creía a Chile un país débil, incapaz de hacerse respetar. ¿No había acaso rehuído la guerra con el Perú y la Argentina? ¿No había aguantado que Bolivia se hubiese burlado impunemente del tratado de 1866? «Era un país de

agricultura y de mercaderes; Bolivia, por el contrario, un país militarizado y aguerrido en cien revoluciones sangrientas.»

Equivocóse Daza, sin embargo; pues el mismo día en que se sacaban a subasta las salitreras embargadas a los propietarios chilenos, desembarcaba en Antofagasta, con 200 hombres, el coronel D. Emilio Sotomayor, se hacía dueño de la ciudad y enarbolaba en los edificios oficiales la bandera blanca, azul y roja. Ya en su poder la plaza consintióse la salida de la guarnición y de los empleados bolivianos.

La guerra del Pacífico La inesperada ocupación de Antofagasta por los chilenos produjo en el Perú sensación inmensa. Semejante paso, en efecto, implicaba la ruptura de relaciones y no había nada preparado para una campaña. El presidente, que lo era a la sazón el general D. Mariano Prado, procuró entretener al gobierno de Santiago con proposiciones de arreglo, mientras organizaba un ejército, pero Chile se negó a toda concesión. Bolivia, como no podía menos, había declarado desde luego la guerra, y como se hiciera pública la alianza entre dicha República y la del Perú, Chile rompió con ambas.

Lo primero que hicieron los gobiernos de Lima y Sucre fué proceder a la expulsión de todos los chilenos residentes en los dos países, quienes, sedientos de venganza y conocedores de dichos territorios, se apresuraron a alistarse en las filas del ejército.

No podían, sin embargo, ser más desiguales los efectivos. Chile, con 2.500,000 habitantes, sólo disponía de 2,500 hombres, mientras el Perú, con sus 3.000,000, y Bolivia, con 2.000,000, contaban, respectivamente, con 8,000 y 3,000 soldados. Lo curioso del caso es

que cerca de la mitad de aquellos 11,000 combatientes eran jefes y oficiales.

Igual inferioridad se registraba en la marina, pues el Perú disponía de cuatro acorazados, *Huáscar*, *Independencia*, *Atahualpa* y *Manco Capac*, y Chile solamente tenía dos, el *Cochrane* y el *Blanco Encalada*, ocurriendo igual en cuanto a los demás buques: fragatas, corbetas, transportes, etc.

Tremendísimo había de resultar el conflicto entre las tres naciones.

Sólo había transcurrido un mes y medio desde la ocupación de Antofagasta por el coronel Sotomayor y los chilenos se hacían dueños de todo el desierto de Tarapacá, hasta la frontera peruana, sin que Bolivia hubiese podido durante este tiempo enviar fuerzas desde el interior a causa de la dificultad del paso de los Andes.

Mientras así triunfaban, por tierra, los chilenos, encendíase la guerra marítima con el Perú. Terrible fué el combate naval de Iquique. El almirante Williams Rebolledo había destinado al bloqueo de este puerto la vieja corbeta *Esmeralda* y la no menos anticuada goleta *Covadonga*, contra las cuales se lanzaron los acorazados peruanos *Huáscar* e *Independencia*, al mando del comandante D. Miguel Grau (21 de mayo de 1879). La lucha fué heroica; en ella murió gloriosamente el capitán de la *Esmeralda*, D. Arturo Prat, hundiéndose en el abismo, destrozado por el *Huáscar*, el buque que mandaba. Más afortunada la *Covadonga*, atacada por el *Independencia*, logró hacer rendir a este acorazado, aprovechándose de haber varado en un bajo, hasta que acudió en su auxilio el comandante Grau, que no pudo impedir que la débil goletilla lograra refugiarse en Antofagasta.

Sólo pudieron salvarse de la *Esmeralda* 60 hombres de los 200 que formaban su tripulación. El Perú perdió a su vez el *Independencia*, que no pudo ser puesto a flote.

Disponiendo como disponía el gobierno de Lima de tan poderosa marina, pudo sembrar el terror en

la costa de Chile. El valiente comandante Grau bombardeó a Antofagasta, se apoderó del transporte enemigo *Rimac*, que conducía un cuerpo de ejército y gran cantidad de armas y pertrechos, y causó innumerables estragos en todo el litoral.

Tantas contrariedades movieron al almirante Villiams Robledo a presentar la dimisión, siendo reemplazado por el capitán de navío D. Galvarino Riveros. Interesaba ante todo apoderarse del *Huáscar*, y así lo con-



El heroico marino peruano
D. Miguel Grau

siguió el capitán D. Juan José Latorre, comandante del *Cochrane*, que obligó a Grau a aceptar combate en Punta Angamos, frente a Mejillones (8 de octubre de 1879). Allí murió, de un casco de metralla, el ilustre comandante peruano, y llegado al poco tiempo el *Blanco Encalada*, tuvo que rendirse el *Huáscar*, haciéndolo luego la corbeta *Pilcomayo*. Con ello quedó el Perú privado de marina, mientras la chilena quedaba aumentada con el formidable acora-

zado que tan brillantes hechos había realizado a las órdenes de Grau.

Habían triunfado, pues, los chilenos por mar y por tierra, pero mucho se faltaba para que terminara la campaña. Armábanse con febril actividad todos los beligerantes. El Perú y Bolivia recibían su armamento de los Estados Unidos; Chile los adquiría en Europa. Establecido en Antofagasta el cuartel general chileno, reuniéronse allí 12,000 hombres, mientras se hallaban en Iquique 14,000 aliados.

Imposible parecía que los chilenos se aventurasen a invadir el Perú a través de los desolados territorios del desierto de Tarapacá, y, sin embargo, así fué. A comienzos de noviembre de 1879 desembarcaba en Pisagua, al Norte de Iquique, después de haber sostenido rudo combate, un cuerpo de 10,000 hombres al mando del general D. Erasmo Escala. El coronel Sotomayor, al frente de 6,000 soldados, partió inmediatamente de Pisagua para ocupar la pampa de Dolores, muy rica y abundante en agua, situada al Sudeste de dicho puerto. A su vez, el general peruano Buendía, con 12,000 hombres, salía de Iquique para cerrar el paso al enemigo, mientras el presidente Daza avanzaba desde Tacúa para coger a los chilenos entre dos fuegos. Antes, sin embargo, de que hubiesen podido llegar los bolivianos, el general Buendía era derrotado por Sotomayor en Dolores (19 de noviembre de 1879), viéndose obligado Daza, en consecuencia, a regresar a su punto de partida. Las guarniciones de las cercanas ciudades, como Iquique, Patillos y demás, abandonaron sus estancias y en pocos días quedó todo el desierto de Tarapacá en poder de los chilenos.

El efecto producido en Perú y Bolivia por tales derrotas determinó la caída de ambos presidentes:

Prado fué arrojado del Poder por una revolución popular capitaneada por el coronel D. Nicolás de Pierola; Daza fué depuesto y sustituido por el inteligente y enérgico general D. Narciso Campero. En último resultado, al finir el año 1879 Chile era dueña de Antofagasta y Tarapacá.

Prosiguió la guerra. Continuaron los chilenos su invasión, cada vez mas audaces. A principios de 1880 desembarcaban 13,000 hombres en Ilo, al Norte de Arica, a las órdenes del general Baquedano, y remontando siempre se apoderaban de Moquegua después de un encarnizado combate en las formidables posiciones de los Angeles. Quedaba abierto con ello el camino hacia Tacna; mas para llegar hasta esta ciudad, al Sudoeste de Moquegua, había que cruzar por escabrosísimas y desnudas sierras, sin más recursos que los que pudieran encontrarse en dos valles — de Locumba y de Sama —, donde abundaban la caña de azúcar, los frutales y los viñedos.

Era, a todo esto, sofocante el calor. El ejército chileno franqueaba penosamente las estribaciones de la cordillera andina oriental y al cabo de dos meses llegaba por fin a la vista de la plaza.

Mandaba las fuerzas aliadas el bravo general boliviano Campero, que se había atrincherado en unos cerros al Sudoeste de la ciudad. Atacó Baquedano y pelearon ambos ejércitos con horroroso encarnizamiento. Tuvieron los chilenos 2,000 bajas entre muertos y heridos; 5,000 los aliados, que por otra parte dejaron gran número de prisioneros. El 26 de mayo (1880) entraba Baquedano en Tacna, al paso que se desbandaba el ejército de Campero en su retirada a Bolivia.

Importaba ahora apoderarse de Arica, plaza al Sud-

este de Tacna, bloqueada desde hacía meses por los chilenos y heroicamente defendida por el valerosísimo coronel peruano D. Francisco Bolognesi. Ardua por demás era la empresa para las tropas chilenas: Arica estaba poderosamente artillada; los soldados peruanos eran aguerridos y su jefe se distinguía por su gran capacidad militar. Habíanse fortificado los peruanos en un abrupto macizo, poco menos que inaccesible, llamado el Morro, que formaba un acantilado por la parte del mar y estaba minado con dinamita en las vertientes terrestres. Atacaron los chilenos con denuedo (7 de junio) al mando del coronel Lagos, y todos los defensores cayeron muertos, heridos o prisioneros, figurando entre los primeros el heroico Bolognesi.

Terminaba, pues, la campaña con la ocupación, por los chilenos, de las provincias peruanas de Tarapacá, Antofagasta, Tacna y Arica; pero si bien habían cesado las operaciones militares, no por eso cesaban en su ofensiva los chilenos, cuya escuadra sembraba la ruina en todo el litoral peruano y bombardeaba el Callao, sin más contratiempo que la voladura de un transporte y de la *Covadonga* a causa de haber chocado con unas minas puestas por el enemigo.

Ofrecieron entonces su mediación los Estados Unidos, y en octubre se celebraba a bordo de una corbeta norteamericana surta en Arica una conferencia para llegar a la paz. Pretendía Chile la cesión de las provincias de Antofagasta y Tarapacá, y como el Perú se negara resueltamente, decidióse continuar la guerra, cuyo objetivo habría de ser la ocupación de Lima.

Comenzaron en consecuencia los preparativos: el dictador del Perú, D. Nicolás de Pierola, procediendo con febril actividad, reunía un ejército de 30,000 hombres; fortificaba las colinas de Miraflores y Chorrillos,

al Sur de Lima; construía trincheras en los sitios más estratégicos y sembraba de minas los pasos por donde habría de avanzar el enemigo. A su vez el gobierno de Chile enviaba al Perú 25,000 soldados, al mando de Baquedano, los unos por tierra y los otros por mar, desembarcando estos últimos en Pisco y Carayaco. Reunidos todos los contingentes acamparon a orillas del río Lurja, a 25 kilómetros al Sur de Lima.

El 13 de enero (1881) atacaban los chilenos las trincheras de Chorrillos, de las cuales se apoderaron a la bayoneta, y dos días después caían en sus manos, después de un terrible combate, las fortificaciones de Miraflores. Intimidada la rendición a Lima, entregóse ésta sin condiciones, y lo mismo hizo el Callao.

Con esto terminó la sangrienta guerra del Pacífico, pero no llegó a concertarse la paz hasta octubre de 1883. Por el tratado de Ancón, el Perú cedía a Chile el dominio perpetuo de la provincia de Tarapacá y reconocía su soberanía sobre las provincias de Tacna y Arica por diez años, al cabo de cuyo tiempo se procedería a un plebiscito para la solución definitiva. El país que se anexionase dichas provincias había de indemnizar al otro con la suma de 10.000,000 de pesos.

Al año siguiente firmábase una tregua con Bolivia, quedando indefinidamente bajo la soberanía de Chile la actual provincia de Antofagasta entre el Pacífico y los Andes occidentales.

CAPÍTULO V

EL CONFLICTO CONSTITUCIONAL

PRESIDENCIA DE SANTA MARÍA. — PRESIDENCIA DE BALMACEDA. — LA GUERRA CIVIL.

(1881-1891)

Presidencia de Santa María. Próximo a expirar el período de gobierno del Sr. Pinto (1881), fué proclamado por los conservadores candidato a la presidencia el glorioso general Baquedano, su correligionario; pero ante el recelo de que resucitaran los tiempos del militarismo y también ante la consideración de que no se debía interrumpir la tradición liberal inseguida desde la administración de D. José Joaquín Pérez, acordaron los liberales, nacionales y radicales, apoyados por Pinto, presentar para la presidencia a D. Domingo Santa María, lo cual hizo que Baquedano retirara su candidatura y los conservadores apelaran al retraimiento electoral.

El nuevo magistrado supremo gozaba fama de capaz, enérgico y muy ilustrado. Había comenzado por ser autoritario, en tiempo de Bulnes, pero después figuró entre los jefes del liberalismo, en cuyo concepto fué diputado, senador y ministro. Luego veremos, sin embargo, que distó muy mucho de ser tan liberal como se pretendía.

Ya en posesión de su cargo (18 de septiembre de 1881) hubo de ser su primer cuidado liquidar la guerra, que en vano procuraban mantener en la sierra,



D. Domingo Santa María

al frente de algunas partidas, Pierola, Cáceres y otros caudillos peruanos; pero no era eso lo inquietante, sino la actitud en que se habían colocado respecto a Chile algunas potencias, así americanas como europeas, que no cesaban de presentar reclamaciones por daños y perjuicios ocasionados a sus nacionales durante la guerra, y en cuyo particular se distinguían los Estados Unidos. Pudo por fin llegarse a una avenencia, y, como

queda dicho, firmóse la paz definitiva con el Perú y la tregua con Bolivia.

También hubo que atender al sometimiento, una vez más, de los araucanos, quienes, aprovechándose de hallarse muy desguarnecidas las plazas fronterizas, se habían lanzado a las armas y asolado el país, viéndose obligadas las tropas a retirarse a la línea del Traiduen (1880). De ahí que en cuanto comenzaron a regresar fuerzas del Perú, después de la toma de Lima, fuesen enviadas a la frontera del Sur, a las órdenes del coronel Urrutia. Dos años costó, sin embargo, la sumisión de los valientes hijos de Caupolicán, y no fueron desaprovechados los esfuerzos, pues al

amparo de las operaciones militares se fundaron numerosas poblaciones en la línea del Cantón y del alto Bío-Bío, en la falda de los Andes, y se establecieron importantes colonias así de naturales como de inmigrantes, especialmente suecos.

Con las anexiones susodichas y la sumisión de Arauco, el Tesoro se enriqueció de una manera fabulosa, y no menos ricos se hicieron los particulares. Explotábanse en grande escala el salitre, el borax y el yodo en Tarapacá y Antofagasta, y como tan sólo de la primera de estas provincias se exportaban algunos millones de quintales de nitrato de sosa y cada quintal pagaba un peso y cincuenta y cinco centavos, puede calcularse la enormidad de los ingresos, que de 15 millones antes de la guerra, ascendieron en cinco años a 35.000.000. «Con esta riqueza, escribe el historiador D. Francisco Valdés Vergara, se cancelaron las cuentas pendientes de la guerra, se hicieron nuevos ferrocarriles en el territorio de Arauco y se construyeron numerosos edificios públicos. También se aumentaron los sueldos a casi todos los empleados y se crearon muchos empleos nuevos. Así principió a crecer el presupuesto de los gastos anuales de la República, que ha llegado más tarde a sumas exageradas. Desde entonces este país, que antes vivía modestamente en su pobreza, se ha acostumbrado a gastar sin necesidad muchos millones de pesos al año, y esto le ha traído grandes sufrimientos.»

En cambio olvidóse el gobierno de Santa María de rescatar el papel-moneda como hubiera podido y debido hacer con tan grande aumento de las rentas públicas. Como el papel no valía ni aun la mitad de la antigua moneda de oro y plata — cóndores, escudos y pesos fuertes emigrados a Europa —, la vida experimentó un grande encarecimiento.

El sentido liberal del gobierno se tradujo en varias leyes. En lo eclesiástico, se rompieron las relaciones diplomáticas con la Santa Sede, por no haber querido reconocer el delegado apostólico el derecho de patronato que se arrogaba el gobierno de Chile (1883); dictóse una ley de cementerios laicos y se estableció el matrimonio y el registro civil, medidas fuertemente combatidas por el clero, que las calificó de sacrílegas, y suscitaron una vivísima agitación en todo el país (1884).

Entre las reformas políticas se aprobó una ley de garantías individuales, en virtud de la cual se limitaba el derecho de las autoridades judiciales y administrativas para detener a los ciudadanos; otra ley tendía a mermar las facultades del presidente en el sentido de que aunque éste impusiera su veto a cualquier reforma constitucional o se negara a sancionarla, podía, sin embargo, ser promulgada si era aprobada por las dos partes de cada Cámara; también se disminuían las atribuciones de los intendentes y gobernadores por la ley de régimen interior, y por fin se extendió el derecho electoral a todos cuantos supiesen leer y escribir sin necesidad de poseer la renta que exigía la constitución de 1833, de manera que se estableció el sufragio universal en toda su plenitud.

Aunque podría parecer que el gobierno de Santa María fué muy liberal, no resultaba, sin embargo, en manera alguna así. «El presidente, dice el Sr. Valdés Vergara, fué combatido sin descanso por los conservadores y parte de los liberales. El trató de organizar un partido que estuviese dispuesto a servirle y acompañarle en todos sus actos; para lograr su objeto intervino en las elecciones de diputados y senadores de 1882, procurando que sus adversarios no fuesen miembros del Congreso. Este fué un grave error del presidente.

Faltó a la ley interviniendo en las elecciones, irritó a los partidos que le eran hostiles y no se aseguró la amistad de los diputados que le debían su elección. Por el contrario, algunos de éstos fueron en el año siguiente los más resueltos adversarios de su gobierno.

«Sin embargo, el presidente no aprovechó esta enseñanza. En 1885 volvió a cometer la misma falta y a sufrir el mismo desengaño. Sus candidatos triunfaron en todas partes con el apoyo de las autoridades y tuvo mayoría de votos para conseguir la aprobación de sus actos; pero en la Cámara de Diputados los opositores, unidos a algunos elegidos por el favor del presidente, le crearon grandes dificultades y le pusieron en peligro de no poder gobernar tranquilamente con arreglo a la Constitución y las leyes.»

El Congreso de 1885 revestía extraordinaria importancia, pues de su composición dependía la elección del futuro presidente. La mayoría, sacada en virtud de los mayores atropellos, convirtiéndose muy pronto en un campo de Agramante. No pocos liberales fueron a engrosar las filas de la oposición e igual hicieron algunos radicales, gracias a lo cual se formó una coalición amenazadora, grandemente amenazadora, de conservadores y ministeriales disidentes, todo ello en vista de la próxima elección presidencial, cuya candidatura oficial fué la de D. José Manuel Balmaceda. Arreciaban en sus ataques las oposiciones, que apelaron a la obstrucción para privar al gobierno de la percepción de los ingresos, pero por fin se impuso la mayoría, en sesión permanente, en medio de un formidable alboroto.

Presidencia	Celebráronse las elecciones presidencia-
de	les (1886), forzándose hasta el extremo la
Balmaceda.	máquina gubernamental y con doloroso

derramamiento de sangre, y, como era de prever, salió triunfante Balmaceda. Proponíase éste «reconciliar la gran familia liberal» y dirigió todos sus esfuerzos a reunir de nuevo los dispersos grupos liberales y radi-

cales, y aun a atraerse a los conservadores, deseoso de estar bien con todo el mundo; pero aunque procuraba formar gabinetes de conciliación, no solían ser duraderos.



D. Manuel Balmaceda

Esto no obstante, Balmaceda podía mostrarse muy satisfecho de la prosperidad que reinaba en la República como resultado de su gestión. Con el aumento de la renta del salitre pudiéronse emprender grandes obras públicas; se construyeron más de mil kilómetros

de obras públicas, magníficos caminos y puentes, edificios para establecimientos oficiales, cárceles, hospitales, escuelas, muelles, diques y acueductos.

No menor impulso recibió la instrucción pública en todos sus grados; reorganizáronse muchos servicios administrativos; se atendió al mejoramiento del ejército y al aumento de la marina, y se favoreció la colonización de las tierras del Sur y la inmigración.

No todo, sin embargo, eran tintas alegres: una terrible epidemia de cólera causó horriblos estragos en el trascurso de 1886-1887; surgieron, por primera vez, inquietantes huelgas, a causa del encarecimiento

de la vida por la baja del papel moneda y la competencia de los inmigrantes, y como resultado surgió un *partido demócrata* que, a no tardar, debía convertirse en importante factor.

Conflicto constitucional Seguía a todo esto el embrollo político; no era posible constituir una situación duradera. Llegadas las nuevas elecciones, echó Balmaceda en la balanza todo el peso de su autoridad y obtuvo una gran mayoría, pero que, como le había ocurrido a Santa María, no debía tardar en disgregarse, hasta que, en 1899, ocurrió un hecho de la más extrema gravedad: *la oposición había pasado a ser mayoría*, compuesta de conservadores, liberales sueltos, nacionales y radicales, mientras el gobierno sólo contaba con el apoyo de un reducido núcleo liberal.

Con razón más que sobrada atacaban enérgicamente las oposiciones al ministerio por sus despilfarros de todo género, su escandaloso favoritismo y las ilegalidades que se cometían. De tal manera encendidos los ánimos, supose que Balmaceda, como había hecho con él Santa María, tenía designado ya el candidato oficial que debía sucederle, y era el ministro del Interior D. Enrique Salvador Sanfuentes. La mayoría derribó entonces al ministerio y le impuso al presidente uno que debía ser llamado de conciliación. Negóse Balmaceda, desatáronse las pasiones y el Congreso cortó por lo sano, negándose a autorizar el cobro de los impuestos.

Cedió el presidente, nombró el ministerio propuesto por la mayoría y fué aprobada la ley de contribuciones; pero no tardó en surgir un nuevo conflicto: el ministerio de conciliación caía a los pocos días, cerrado ya el Congreso, sin haber quedado aprobada aún la ley de resupuestos para 1891.

El presidente confió entonces el Poder a un ministerio formado por individuos *de la minoría*, bajo la presidencia de D. Claudio Vicuña. Llegado el 1.º de enero (1891) publicó Balmaceda un manifiesto declarando vigente para aquel año el presupuesto del anterior. Era la dictadura, y ante aquella descarada infracción constitucional el Congreso resolvió apelar a la revolución.

La guerra
civil.

El día 7 de enero, de madrugada, la escuadra nacional, surta en Valparaíso, se declaraba en insurrección contra el presidente y levaba anclas con rumbo al Norte, al mando del capitán de navío D. Jorge Montt, nombrado al efecto



D. Jorge Montt

por el presidente del Senado D. Waldo Silva y el de la Cámara de Diputados D. Ramón Barros Luca, a lo cual siguió la publicación de un acta firmada por la mayoría de los individuos del Congreso declarando depuesto de su cargo al presidente Balmaceda por violación de la Constitución de la República.

Pero si la marina se había declarado contra el presidente, excepto algunos transportes, el

ejército se mantenía fiel a su autoridad. Constituida en Iquique una Junta de gobierno compuesta de los dos presidentes de las Cámaras y del capitán Montt, se pose-

sionó, después de algunos combates, de las provincias porteñas de Tacna, Tarapacá, Antofagasta y Atacama, adictas al Congreso. Procedióse inmediatamente a organizar un ejército, a cuyo objeto se adquirieron las armas más perfeccionadas que se fabricaban en Europa, con el producto de las rentas del salitre.

Mas no por eso se amilanaba Balmaceda, quien, a su vez, escribe el Sr. Galdames, aumentaba su ejército con actividad prodigiosa. Sus agentes formaban levas de campesinos sustraídos por la fuerza al trabajo. Declaraba a todo el país en estado de sitio; deponía al Congreso revolucionario; decretaba nuevas elecciones y constituía un nuevo Congreso; reunía una convención que designó candidato a la presidencia de la República a D. Claudio Vicuña — el cual alcanzó ser elegido en junio, sin competidor — ; emitía papel moneda y hacía requisiciones de cosechas y animales en los fundos de los adversarios. Por otra parte, destituía a todos los funcionarios públicos que le eran adversos, encarcelaba a cuantos hombres le parecían peligrosos, clausuraba las imprentas opositoras y establecía un terrible espionaje sobre todos los hogares.

Largas y sangrientas fueron las operaciones militares. Habiendo adquirido Balmaceda de Inglaterra los torpederos *Condell* y *Lynch*, acecharon éstos al acorazado *Blanco Encalada*, fondeado en Caldera, y lo echaron a pique, torpedeándole.

«Más de siete meses duraba la revolución, escribe el autor arriba citado, y no se divisaba su término. Mientras tanto el país se declaraba en su gran mayoría contrario a Balmaceda. Por todas partes se conspiraba en su contra y se levantaban montoneras (*partidas montadas*). Las cárceles rebosaban de presos políticos, y en ellas la tortura era un medio común para arrancar

confesiones referentes a secretos revolucionarios. La indignación subió de punto cuando una partida de jóvenes de familias ricas fué sorprendida constituyendo una montonera en Las Cañas, fundo próximo a Santiago, del caudillo conservador revolucionario D. Carlos Walker Martínez. Las tropas que los sorprendieron les dieron una batida, de la cual resultaron muchos muertos. A los prisioneros se les ejecutó en el mismo campo.»

Por fin, el 20 de agosto desembarcaba en Quinteros, algo al Norte de Valparaíso, un ejército de 10,000 hombres, organizado en Tarapacá por la Junta de gobierno, al mando del coronel D. Estanislao del Canto. Balmaceda disponía de 40,000 soldados, pero sólo pudo enviar la cuarta parte contra las tropas congresistas. Dióse la batalla, el 21, en Concon, junto a la desembocadura del río Aconcagua, y aunque ambos bandos rivalizaban en ardimiento, quedaron derrotados los balmacedistas, pasándose al ejército revolucionario los que habían caído prisioneros. El 28 se daba una nueva batalla en Placilla, también cerca de Valparaíso, en la cual vencieron, como en Concon, los congresistas. Las bajas, por ambas partes, pasaron de 8,000, contándose entre los muertos el general en jefe balmacedista D. Orozimbo Barboza.

La derrota de Placilla decidió a Balmaceda a abandonar el Poder, yendo a refugiarse en la Legación Argentina de Santiago, donde días después se levantó la tapa de los sesos.

Los resultados de la victoria no fueron, por lo pronto, muy satisfactorias. Sabido el desenlace de la batalla librada aquella mañana, «Valparaíso, dice D. Luis Galdames, se entregó a los emisarios de la revolución, pero fué víctima de un espantoso saqueo ejecutado

por las chusmas de los arrabales. La capital no corrió mejor suerte. Las casas de los hombres más conocidos como adictos a la dictadura, lo mismo que muchos negocios particulares, fueron dismanteladas en la mañana siguiente, a la plena luz del sol. Igual cosa ocurrió en los pueblos de los alrededores. Pero el saqueo de Santiago es algo inexcusable. Balmaceda había abdicado el Poder, en la madrugada del día 29, en la persona del general D. Manuel Baquedano, neutral en la contienda, a cuyas órdenes se puso toda una división militar que resguardaba la población. El general, sin embargo, no intervino sino tardíamente en la represión de los desmanes de las turbas. (*En España hemos sido testigos, después, de algo semejante.*) Días más tarde, D. Jorge Montt y los demás miembros de la Junta de gobierno llegaron a instalarse en la capital. La revolución de 1891 había concluido. Costaba a la nación 10,000 vidas y más de 100.000,000 de pesos, y a los particulares, sacrificios y sumas enormes. En cambio lo único que el país ganaba era un nuevo régimen político, el *parlamentarismo*, según el cual el Poder Ejecutivo quedaba sometido al Congreso.

Hemos dicho ya que Balmaceda, refugiado en la Legación Argentina, se suicidó. Ocurrió esto el 18 de septiembre de 1891, término legal de su período.

CAPÍTULO VI

LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA

TRIUNFO DEL PARLAMENTARISMO. — LOS ÚLTIMOS PRESIDENTES. — RELACIONES INTERNACIONALES. — PROGRESOS INTERIORES.

(1891-1916)

Triunfo del
parlamen-
tarismo.

Muerto Balmaceda pusiéronse de acuerdo los partidos coligados, victoriosos en la guerra civil, y elevaron a la presidencia de la República al bizarro marino D. Jorge Montt, jefe del pronunciamiento de Valparaíso contra el *Dictador* y ascendido luego a vicealmirante.

«El nuevo presidente, dice el Sr. Valdés Vergara, no tenía otros estudios que los de su profesión ni otra experiencia que la de su vida de marino. Carecía, por tanto, de las aptitudes necesarias para ejercer el gobierno con acierto, y este mal fué agravado muy pronto por la discordia de los partidos, que en vez de mantenerse en patriótica unión para reconstituir el país, se dividieron en lucha ardiente como enemigos irreconciliables.»

Bien puede asegurarse que con la revolución de 1891 había desaparecido todo un régimen político. Acabóse la inmensa autoridad de que en virtud de la Constitución de 1833 estaban revestidos los presidentes y llegaba hasta la omnipotencia, siendo por de contado

muy superior a la de los reyes constitucionales. Los presidentes que se sucedieron desde 1833 a 1861, mandando los conservadores, habían tenido todo el poder reconcentrado en sus manos; dirigían la administración; hacían elegir a su gusto los Congresos; imponían su sucesor; tenían a sus órdenes los tribunales, el ejército y toda la burocracia; gobernadores, intendentes, alcaldes y policía eran simples instrumentos a su arbitrio.

Al advenimiento de los liberales en 1861 se introdujeron algunas reformas en restricción del Poder supremo, pero no se llegó a privarle al presidente de su intervención en las elecciones, que era la clave de todas sus facultades, hasta que por fin, en tiempo de Balmaceda, se levantó la bandera de la *libertad electoral* basada en la autonomía de los municipios y cuyo resultado había de ser el triunfo del régimen parlamentario, o sea del Poder Legislativo sobre el Ejecutivo.

Elevado al Poder el presidente Montt, promulgóse sin pérdida de tiempo la nueva ley de ayuntamientos, en sentido autonómico o descentralizador, lo cual hacía que en lo sucesivo en vez de ser dirigidas las elecciones por los intendentes, gobernadores y alcaldes, hechuras del presidente, lo fueran por los municipios o *comunas*, con la consiguiente retahila de pucherazos, coacciones, cohechos, etc.

El resultado fué que si antes el omnipotente era el presidente, desde ahora lo fué el Congreso; triunfaba en toda la línea el parlamentarismo, no menos funesto que el antiguo régimen autoritario, y se inauguraba la era de las incesantes crisis ministeriales, en gravísimo perjuicio de la administración y de los más vitales intereses del país.

Anulado el Poder presidencial, fué sustituido por el de los jefes de partido, sobreponiéndose los intereses particulares a los generales. «Los presupuestos, dice el Sr. Galdames, se han recargado con gastos inútiles, en sumas cuantiosas, a fin de pagar con empleos administrativos servicios electorales o de atender empeños poderosos».

Correlativamente, hubieron de aumentar los partidos; si durante el régimen autocrático no había habido más que dos, conservadores y liberales, fueron cuatro durante el período liberal, por haberse añadido a aquéllos el partido nacional y el partido radical; pero desde la revolución de 1891 fueron siete, con la adición a dichos cuatro del liberal-democrático, el demócrata y el liberal-independiente, de donde la necesidad de continuas alianzas y coaliciones.

Terminado el plazo presidencial de D. Jorge Montt (1896), fué elegido en su sustitución D. Federico Errazuriz, hijo del presidente del mismo apellido, por debilísima mayoría formada mediante una coalición liberal-conservadora. Fallecido poco antes de expirar su período, fué reemplazado por D. Germán Riesco (1901), que debió su elevación a una alianza liberal.

Sucedió al Sr. Riesco D. Pedro Montt, hijo de don Jorge, con el apoyo de una coalición de radicales, nacionales, liberales doctrinarios y conservadores disidentes (1906). La plataforma fué regeneración administrativa y tregua política. Fallecido el Sr. Montt en 1910, le suplió el vicepresidente Sr. Fernández Albano, y como éste muriese también, se encargó de la presidencia del Poder Ejecutivo el ministro más antiguo, D. Emiliano Figueroa.

Reunida la Convención liberal designó para la su-

prema magistratura a D. Ramón Barros, que fué elegido por unanimidad y tomó posesión a fines de 1910. El actual presidente es D. Juan Luis Sanfuentes.

Es digno de notarse que, a pesar de las reformas introducidas, continúa siempre vigente la Constitución de 1833, que, por lo mismo, puede ser considerada como una de las más antiguas del mundo, después de la Carta de Inglaterra.

El gran terremoto de 1906.

Perpetuamente quedará consignado en la historia de Chile el horrendo terremoto ocurrido el 16 de agosto de 1906, que destruyó a Valparaíso y pueblos vecinos, ocasionando la muerte a miles de personas y pérdidas materiales por 200.000,000 de pesos.

Relaciones internacionales.

Terminada la lucha civil hubieron de surgir graves complicaciones con los Estados Unidos a causa de las exigencias de este país para cobrar indemnizaciones a granel. Amenazado Chile con la guerra, prefirió ceder y pagó. Igualmente presentó reclamaciones Inglaterra, pero fueron sometidas a un tribunal de arbitraje, gracias a lo cual no importó tanto como pretendía el gobierno del Reino Unido.

Es digno de notarse que aburrido el gobierno de Chile con las reclamaciones suscitadas por los gabinetes extranjeros con motivo de perjuicios inferidos a sus nacionales, ha sostenido desde entonces que «los gobiernos no son responsables de los perjuicios ocasionados a extranjeros a causa de cualquier conmoción interior cuando la autoridad constituida ha hecho lo posible por evitarlos».

Gracias al patriotismo de los presidentes Errazuriz y Riesco, se pudo llegar a un arreglo con la República Argentina sobre cuestión de límites (1898 - 1902).

En 1904 se concluyó con Bolivia el tratado de paz que puso término a la tregua pactada hacía veinte años entre dicha República y Chile.

Respecto a España concertóse en 1893 un régimen arancelario, en 1895 un tratado de extradición, reformado al año siguiente, y la entrada en el Convenio postal universal; en 1896 otro tratado sobre el estado civil de los súbditos, y en 1905 se procedió a algunas mejoras arancelarias.

**Progresos
interiores.**

A pesar de todos los males inherentes al parlamentarismo, comenzando por la corrupción electoral, que sólo permite sentarse en las Cámaras a los ricos, el país no ha dejado de progresar en todos los órdenes: han aumentado la riqueza y la población; la producción nacional y el comercio han alcanzado el más envidiable grado de prosperidad gracias al proteccionismo en favor de la agricultura, la ganadería y la industria. Verdad es que ese proteccionismo y el sistema monetario de papel han encarecido mucho la vida y suscitado en consonancia frecuentes conflictos entre el capital y el trabajo, suscitándose con ello una cuestión obrera.

También han aumentado mucho la colonización y la inmigración europeas, principalmente italiana y española, y ha mejorado notablemente el estado sanitario, moral y social.

CAPÍTULO VII

GEOGRAFÍA. — CULTURA CÍVICA LEGISLACIÓN

GEOGRAFÍA. — INSTRUCCIÓN PÚBLICA. — LA MEDICINA. —
CIENCIAS NATURALES. — AGRICULTURA. — MINERÍA. — LE-
GISLACIÓN.

Geografía. Encuéntrese Chile en la parte occidental de la América del Sur formando una larga y angosta faja comprendida entre el Pacífico y los Andes, y extendida desde los 17° 51', a los 56° de latitud Sur, o sea desde el río Sama al cabo de Hornos. Confina al Norte con el Perú, al Este con Bolivia y la Argentina, y al Oeste y Sur con el Pacífico.

Mide 4,230 kilómetros de longitud y su anchura varía entre 170 y 400; superficie, 757,366 kilómetros cuadrados; población, 3.399,960 habitantes (cuatro por kilómetro cuadrado). Resulta, por lo tanto, su extensión superficial igual a Alemania, Dinamarca, Bélgica, Holanda y Suiza reunidas.

El territorio se halla comprendido entre las dos cadenas andinas oriental y occidental, formando un gran valle central. El litoral, continuo desde los 19° a los 40° 30', se convierte en este punto en un inextricable laberinto de islas y canales.

De Norte a Sur pueden señalarse cuatro zonas perfectamente marcadas:

1.^a Desierto; comprende las provincias de Tacna, Tarapacá, Antofagasta y parte de la de Atacama; en ella se encuentran los yacimientos salitreros de Tarapacá y el desierto de Atacama, y los de guano; encuéntranse también filones de oro, plata y cobre; la vegetación es casi nula.

2.^a Comprende parte de la provincia de Atacama y las de Coquimbo y Aconcagua; región esencialmente minera: oro, plata, cobre, níquel, cobalto, plomo, hierro y manganeso. Cultívase la vid en algunos valles. En ella alcanzan los Andes su mayor altura.

3.^a Es la zona agrícola, que comprende todas las demás provincias continentales, entre las dos cordilleras andinas. Cultívanse los cereales y la vid y los frutales, y la zona forestal es riquísima en esencias. Explóntanse también muchas minas de carbón.

4.^a Es el Archipiélago con sus enjambres de islas y penínsulas, canales, golfos y estuarios, sin pareja en todo el globo. Forma la provincia de Chiloe y abarca toda la faja continental de la Patagonia chilena y de la Tierra del Fuego, esto es, la parte Norte de la provincia de Llanguihue y el Territorio de Magallanes. Vegetación exuberante, bosques vírgenes, pastos, lluvias torrenciales. Pesca abundantísima, incluso de cetáceos.

Hidrografía. — No existen en Chile ríos caudalosos; todos son de curso corto y torrenciosos; sólo algunos, de la región central, son navegables en parte. Son los principales el Maipo, el Maipo, el Rapel, el Mataquito, el Maule, el Bío-Bío, el Bueno y el Negro.

Los lagos son muchos, remitiendo, como para el resto de la geografía física de Chile, a la preciosa obra *Las Repúblicas Hispano-Americanas*, de D. Emilio H. del Villar, en los *Manuales Gallach*.

Razas. — No existe ninguna homogeneidad entre las que pueblan el territorio chileno tipos dolico-céfalos y braquicéfalos; grandes diferencias entre los insulares, los costinos y los andinos. No entra en nuestro propósito dilucidar tales cuestiones, por lo cual nos limitaremos a indicar la existencia de tipos aimaraes, quechúas, calchaquies y chimusoides, correspondientes al Perú, Bolivia y Argentina.

No resultó, pues, exacto, como creyeron nuestros conquistadores, que existiera en Chile unidad de raza, fijándose en la *unidad de lengua*, similitud de costumbres y rasgos fisiognómicos: cabeza grande, cara redonda, tez cobriza, pómulos abultados, ojos negros, facciones enérgicas, nariz corta, labios gruesos, boca grande, cabellos negros, largos y rebultados; cutis menos obscuro que el de los otros indios americanos, de recia musculatura, grandes aficionados al baile de la *cueca* o *linao*, mezcla (por de contado sin relación alguna) de la *bourrée* auvernesa y el fandango español.

Poco a poco se han ido mezclando — y séanos permitido recordar, respecto a este particular, la diferencia entre la colonización española y la dominación anglo-sajona — las razas indígenas con la criolla, de origen español, produciendo la formación de un tercer tipo, admirablemente constituido.

Instrucción pública. Sin desconocer los esfuerzos de todos los gobiernos para el fomento de la instrucción pública, es preciso reconocer que no ha llegado ésta todavía al grado de esplendor que, sin duda, alcanzará rápidamente.

Hasta hace pocos años era muy deficiente el número de escuelas primarias, y la enseñanza que se daba en ellas no era lo intensa que se requería: faltaban edificios y personal; pero desde 1910, y consolidada

la paz interior y exterior, se han creado bastantes escuelas, especialmente en las provincias del Norte, existiendo en dicha fecha un total de 3,000 en todo el territorio de la nación, con asistencia de 160,000 niños de ambos sexos.

Creáronse igualmente Escuelas Normales de Maestros y Maestras; Institutos Comerciales en Iquique, Antofagasta, Vallenar, Coquimbo, Valparaíso, Talca, San Carlo, Concepción y Arica; Liceos de jóvenes y señoritas en varias capitales; Bibliotecas Departamentales, Escuelas de Bellas Artes y de Artes decorativas, Conservatorio Nacional de Música y Declamación.

El número de *liceos fiscales* en toda la República excede de 70, y reciben en ellos instrucción más de 16,000 educandos, jóvenes y señoritas.

Según el profesor norteamericano Leo S. Rowe, Chile posee los mejores liceos e institutos de Sud-América y puede estar orgullosa de su Instituto Pedagógico de Santiago, donde se forman los maestros para los liceos y las escuelas especiales.

Enseñanza superior. — Puede citarse ésta como modelo, no siendo en nada inferior a la de los países más cultos.

La Universidad de Chile, fundada en 1747 bajo la advocación de San Felipe, quedó virtualmente suprimida al estallar la insurrección contra la metrópoli, no siendo restablecida, previa declaración de caducidad de la anterior, hasta 1839, si bien tardó aún cuatro años en ser inaugurada. Comprende la Universidad de Chile cinco facultades: Leyes y Ciencias Políticas, Medicina, Matemáticas, Humanidades y Teología.

Hay también una Escuela de Ingeniería, de la cual salen ilustradísimos ingenieros civiles, de minas, agrónomos y electricistas; otra de Arquitectura; Observa-

torio Astronómico, en el cual se cursa la carrera de astrónomo; Museos de Historia Natural en Santiago, Valparaíso y Concepción; Jardín Botánico; Instituto Pedagógico; de Sordomudos y Ciegos; un Liceo de Aplicación, con magníficos gabinetes y laboratorios de física, química, ciencias biológicas y psicología experimental.

Además, desde 1888 existe una magnífica Universidad Católica, fundada por el arzobispo D. Mariano Casanova, con facultades de Derecho, Ciencias Políticas, Ciencias Físicas y Matemáticas, Arquitectura y Bellas Artes, Humanidades y Bellas Letras, Agricultura e Industrias y preparatorio de Medicina.

Ambas Universidades están instaladas en soberbios edificios y cuentan con todo el material que podría encontrarse en la mejor montada de las de Europa.

La Medicina. Esta rama del saber alcanza en Chile el más brillante florecimiento, continuando las tradiciones de la época colonial.

Consta que el primer médico que hubo en Chile fué el bachiller Alvaro Marín, llegado con la expedición de Almagro en 1536. Otros médicos españoles, del siglo XVI, fueron el licenciado Alonso de Villadiego, cirujano; el doctor Esteban de Zavala, médico de cámara de Carlos V; el licenciado Castro (1547) y otros, en su mayoría romancistas. Citemos también el nombre de la bella malagueña D.^a Inés de Suárez, intrépida compañera de D. Pedro de Valdivia, que desempeñaba con gran celo en los campos de batalla las funciones de *cicatricera*, expertísima en la cura de las heridas.

En el transcurso del siglo XVII hallamos los nombres de Fray Agustín Ochandiano y Valenzuela, analizador de las aguas del Mapocho, cuya mala calidad denunció.

En el siglo XVIII fueron ya 67 los médicos españoles establecidos en Chile. En 1747, fundada la Universidad de San Felipe, en Santiago, era nombrado catedrático de Prima de Medicina el doctor francés Domingo Nevia, que adoptó como texto *Las Instituciones*, del ilustre doctor Piquer.

Entre los más distinguidos médicos salidos de las aulas de la Universidad de San Felipe se contaron el inteligente criollo Fray José Matías Verdugo, el P. José Manuel Chaparro, que introdujo la inoculación de las pústulas variólicas como inmunizante, salvando así millares de vidas; el doctor José Antonio Río furibundo adversario del anterior, y otros.

Sobrevenida la insurrección contra la metrópoli y encendida la guerra, fueron abandonados los estudios de medicina, no reanudándose hasta 1833, pues a pesar de haberse intentado continuar la enseñanza, confiada al doctor D. Manuel Julián Grajales, ayudante que había sido en la famosa expedición de Balmis para la propagación de la vacuna en 1804, al anatómico D. José de Passaman y al doctor D. Eusebio Oliva, último representante de las teorías solidistas de Boheraave, no asistió ningún discípulo a sus cátedras.

En la fecha antes citada llegaron a Chile los dos médicos ingleses, Nataniel Cox, de Edimburgo, y Guillermo Blest, de Londres, que desde luego fueron nombrados profesores y difundieron las doctrinas de su compatriota Cullen, opuestas al solidismo. A dichos dos doctores se añadieron luego el anatómico D. Pedro Morán, cirujano que había sido del ejército patriota; el sabio profesor D. José Vicente Bustillos, que explicaba química, botánica y farmacia, y el doctor Lorenzo Sazie, nombrado catedrático de obstetricia y

clínica quirúrgica, por recomendación del famoso menorquín Orfila, decano de la Facultad de París, y a quien se debió la introducción en Chile de las doctrinas de la escuela francesa y dió a conocer los nuevos métodos de investigación debidos a Laenaec.

A los antedichos se añadieron o sucedieron el doctor D. Juan Miguel y el anatómico francés doctor Lafargue, emigrado en Chile. Así prosiguió la Facultad de Medicina de Santiago, hasta que en 1879 se decretó un nuevo plan de enseñanza, gracias al cual los estudios médicos han podido llegar al más alto grado de brillantez.

En la imposibilidad de citar los nombres de cuantos han alcanzado merecida fama, nos limitaremos a recordar los del clínico doctor Petit; Ramón Elguero, ilustre frenópata; Tocornal, higienista y pediatra; Zorrilla, médico-legista y fisiólogo; el gran cirujano Thevenot; el patólogo Schneider, clínico insigne; el naturalista Philippi; Domeyko, químico y mineralogista; Angel Vázquez, profesor de química y farmacia; Marrei, célebre como oftalmólogo; el doctor D. Wenceslao Díaz, llamado el clínico por autonomasia; el ginecólogo Murillo; el químico Schulze; el cirujano Charlin; el anatómico José Joaquín Aguirre, y grandísimo número de otros que son verdaderas eminencias.

Ciencias naturales. Ya desde comienzos del pasado siglo hubieron los gobiernos y los sabios europeos de fijar su atención en la interesantísima Historia Natural de Chile, por lo cual fueron numerosas las expediciones organizadas para su estudio.

Se han distinguido por sus trabajos sobre Antropología y Etnología Aníbal Echeverría Reyes, el sabio doctor alemán R. A. Philippi, J. Toribio Medina, Carlos C. Porter, el P. Diego de Rosales, Tomás Gue-

vara, R. Schuller, el doctor Flores Vergara, el ilustre prusiano Rodolfo Lenz, Marcial A. Cordobez, etc., etc.

En materia de Zoología ocupa el primer lugar el ilustre francés Claudio Gay (1800-1873), y siguen después de él L. Landbeck, el doctor R. A. Philippi, E. C. Reed, Federico Albert, Clodonnio Pérez Canto, Luis Castillo, el eminente ictiólogo doctor Federico T. Delfin, el entomólogo D. Manuel J. Rivera y multitud de especialistas.

La flora era estudiada ya desde principios del siglo XVIII por los franceses P. Luis Feuillée y Amadeo Frezier; pero los trabajos verdaderamente importantes fueron los realizados por el chileno D. Juan Ignacio Molina, que floreció a mediados de dicha centuria, y expulsado, como jesuita, publicó en Bolonia un *Saggio sulla Storia Naturale del Cile* que llamó la atención de los sabios de Europa, así como los admirables estudios debidos a nuestros botánicos D. Hipólito Ruiz y D. José Pavón.

Ocupa luego privilegiado lugar el citado Claudio Gay, que por encargo del gobierno chileno exploró el país durante doce años, publicando como resultado su fundamental *Historia Física y Política de Chile*.

Han escrito sobre la Geología chilena Pissis, Darwin, Domeyko y otros ilustres sabios, en casi su totalidad extranjeros.

Agricultura. Las condiciones naturales de Chile explican la importancia concedida a la enseñanza de la agricultura, a cuyo efecto hay establecido desde 1876, en Santiago, un Instituto que puede calificarse de verdadera Universidad agrícola. Débese principalmente la propagación de los estudios agronómicos a los señores René L. Lefebre y Julio Besnard, creadores de dicho establecimiento; Horacio Concha, tam-

bién fundador y profesor de Ingeniería rural; Federico Phillippi, Pablo Lemetayer y Luis Zegers, catedrático de Botánica y Química Agrícola, y D. Francisco Rojas Huneus, etc., autores todos ellos de importantes obras.

Minería. No menos importancia que la Agricultura reviste en Chile la Minería, y también en este ramo descuellan notables sabios que, como don D. Javier Gandarillas, D. Orlando Ghigliotto y otros, han publicado importantes obras, especialmente sobre la explotación del salitre.

Legislación. Hemos dicho ya que la Constitución de Chile es una de las más antiguas, pues data de 1833, lo cual indica que la República de que hablamos se adelantó a sus hermanas en la organización de un gobierno regular, aparte de lo cual ha servido de modelo dicho Código a otras nacionalidades hispano-americanas.

Pero si de su Constitución puede ufanarse Chile, no menos le honra su legislación civil, debida, fundamentalmente, al insigne venezolano D. Andrés Bello, quien, llamado a Santiago para explicar Derecho público, dió a luz, en 1832, su monumental obra *Principios de Derecho de Gentes*, libro que le valió a Bello la gran nombradía que alcanzó en América y Europa, consolidada posteriormente por sus demás admirables publicaciones.

Dedicados los juristas chilenos desde 1841 a la preparación de las leyes civiles que debían regir en la República, elaboraron un Código de Comercio en sustitución de las hasta entonces vigentes Ordenanzas de Bilbao, publicado en 1865 e influído por las resoluciones de 1811 y 1813, en virtud de las cuales se consagraba la libertad y reciprocidad como base de

la reglamentación de las relaciones mercantiles al permitir el comercio con las naciones amigas o neutrales y al estatuir sobre la apertura y el fomento del comercio y la navegación.

A fines de septiembre de 1874 era promulgado por el presidente Errazuriz el Código Penal, comenzado a estudiar en 1852, sobre la base de los Códigos español y belga.

En 1874 también se promulgaba el Código de Minería, en sustitución de las antiguas leyes españolas y principalmente de la Ordenanza de Minas de Méjico, reformado en 1884 al objeto de afianzar la propiedad minera mediante el pago de una patente moderada para la constitución y conservación de aquélla, perturbada por las cuestiones de denuncia y despueble que dificultaban el progreso y desenvolvimiento de tan importante industria. Aun así hubo que introducir nuevas modificaciones, hasta que por fin, en 1888, fué promulgado el Código de Minería actual.

En 1884 entraban en vigencia las leyes de Matrimonio y Registro civil, estudiadas ya desde 1841, bajo la influencia de las ideas de D. Andrés Bello.

Con el título de Ley de Organización y Atribución de los Tribunales era sancionada en 1875 la primera parte de los Códigos procesales chilenos, y los de Procedimiento civil y Procedimiento penal fueron promulgados como leyes en 1902 y 1906.

CAPÍTULO VIII

LETRAS Y ARTES

LOS PRIMEROS TIEMPOS. — LA HISTORIA. — LA NOVELA. — LA POESÍA. — EL TEATRO. — LA PRENSA. — LOS EXTRANJEROS. — EL ARTE.

Los primeros
tiempos.

No habían faltado en Chile eminentes escritores durante la época colonial, pero como ya nos hemos referido anteriormente a ellos, prescindiremos de volver sobre la materia, bastando con recordar los nombres de Valdivia, con sus *Cartas*; Ercilla y sus émulos, los historiadores Ovalle, Rosales y Molina; el filólogo P. Andrés Febres, autor de admirables estudios sobre el araucano y el quechúa, etc.

No se interrumpió el movimiento literario al estallar la revolución, cuando aprovechándose del estado anárquico y la debilidad de la metrópoli siguió Chile el ejemplo de las demás colonias. El primer paso en este sentido fué la fundación de una imprenta y la publicación de un periódico titulado *La Aurora*, dirigido por el P. Camilo Henríquez, fraile de la Buena Muerte y meritísimo impulsor de la instrucción pública. Inapreciables servicios prestaron por su parte D. Manuel de Salas Corvalán, como fomentador de la cultura intelectual e industrial de Chile; D. Juan Egaña, juris-

consulta, autor de la Constitución de 1812, y el escritor D. José Miguel Infante, de Valdivia, defensor del régimen federal.

Lograda por completo la emancipación, ocupa privilegiado lugar entre los propulsores de la cultura chilena nuestro compatriota D. José Joaquín de Mora, autor de la Constitución de 1828, exageradamente liberal, quien obligado a emigrar de España al ser restablecida en 1823 la monarquía absoluta, buscó refugio en Chile, donde se dedicó a la enseñanza y formó notabilísimos discípulos.

Otros eminentes pensadores y escritores, extranjeros o hijos del país, fueron Lozier, Ballaona, Pasamán, D. Andrés Bello, Chapuis, Gorbea, Moesta, Varas, los Marín, Vial y otros. D. Andrés Antonio Gorbea, matemático español, fué el genuino fundador de la ingeniería civil en Chile; Lozier era un distinguido pedagogo francés. Aparte de Mora, sin embargo, el que ejerció mayor influencia en los progresos intelectuales fué D. Andrés Bello. Había nacido este eminente literato y jurisconsulto en Caracas en 1781. Trabajó con denuevo por la independencia de Venezuela, y al constituirse la República de Colombia, fué destinado a la legación de Chile, aceptando años después (1829) el importante puesto que el gobierno de Santiago le ofreció en el ministerio de Relaciones Exteriores. Nombrado director del Colegio de dicha capital, desempeñó este cargo hasta la supresión de aquel establecimiento, y se dedicó entonces a dar lecciones privadas en su casa sobre gramática castellana, literatura, filosofía y derecho. La competencia que en tales enseñanzas demostró, hizo que unánimemente fuese reputado como el sabio más eminente que nunca hubiese conocido Chile. En 1834 publicó Bello su obra *Principios de*

Derecho Internacional, que alcanzó un éxito mundial, gozando igualmente de gran fama su *Gramática castellana* y sus poesías.

Otro venezolano que contribuyó al progreso de la cultura chilena fué D. Simón Rodríguez, de quien hablamos ya como preceptor de Simón Bolívar. Con el título de *Las Sociedades contemporáneas* publicó un libro que, en un principio, se creyó obra de un loco, aunque después se le hizo justicia, pues si bien resultaba un texto muy original, por su generoso altruismo, no tenía nada de extravagante.

Decaída luego la actividad literaria, renació con la mayor brillantez en 1842, al tiempo de la llegada de los emigrados argentinos, expulsados por D. Juan Manuel de Rosas, entre ellos Bartolomé Mitre, Domingo Sarmiento, Fidel López, Alberdi y otros; pero desde luego hicieron patente los escritores chilenos que no se inspirarían más que en sus propios sentimientos, reflejo de los de la sociedad de su país.

Fundada por José Victoriano Lastarria, discípulo de D. José Joaquín de Mora, la revista *El Semanario*, fué ésta el órgano de la juventud intelectual chilena; en ella publicaron sus trabajos Salvador Sanfuentes, discípulo de Bello; José Joaquín Vallejo, costumbrista; García Reyes, Juan N. Espejo, Antonio Tocornal, Chacón, Varas, Prieto Warnes, y pudo notarse desde un principio que no compartían en manera alguna las aficiones de los platenses hacia el romanticismo de Víctor Hugo y Zorrilla. Las polémicas sostenidas entre el argentino Fidel López y el chileno Vallejo adquirieron alguna vez tonos agresivos, pero contribuyeron, sin duda, al renacimiento literario de la patria de Camilo Henríquez. Desgraciadamente malogró en la flor de la edad Sanfuentes y Vallejo,

exquisito poeta el primero y digno émulo de José Mariano de Larra (*Figaro*) el segundo.

Añadamos ahora que el movimiento renaciente a que nos referimos recibió nuevo impulso con el aporte de las enseñanzas traídas de Europa por numerosos maestros, viajeros y artistas, tan notables como Claudio Gay, Moesta, Vendel, Courcelle-Seneuil, Bruner, Ocampo, Sazie, Pissis, Philippi, Blest, Lafargue, Domeyko, Volkman, Roselló, Bixio, Fernández Rodella y muchos otros.

El impulso comunicado al renacimiento literario por Lastarria, con la fundación del *Semanario*, fué renovado en 1844 por Francisco Bilbao con su terrible folleto *La Sociabilidad Chilena*, tan violento que, como dice D. Agustín Cannobio, «todas las instituciones temblaron hasta sus cimientos». El autor fué calificado de blasfemo e inmoral, expulsado de la Universidad y condenado a una multa de mil pesos, la cual le obligó a abandonar a su patria. Avescindado en París, siguió los cursos de Michelet, Quinet y Lammennais, y de nuevo en Chile fundó el *Club del Progreso* y expuso sus ideas, del más avanzado liberalismo, juntamente con Santiago Arcos y otros amigos, en los periódicos *El Amigo del Pueblo* y *La Barra*, donde dió a conocer varios escritos del famoso autor de las «Palabras de un creyente».

La Historia. Corresponde a José Victorio Lastarria — el discípulo de Mora — la iniciación de los modernos estudios históricos con su memoria «Investigación sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile», a cuyo trabajo siguieron la «Historia Constitucional de medio siglo» y «La América en peligro».

A igual período pertenecen D. Diego José Bena-

vente, narrador, como testigo presencial, de «Primeras campañas de la independencia chilena»; Antonio García Reyes, historiador de la primera escuadra nacional; Manuel A. Tocornal, que lo fué del «Primer Gobierno» de la independencia, y Víctor Eyzaguirre, autor de la «Historia Eclesiástica de Chile» (1847), grandemente ensalzada por Andrés Bello.

Lugar aparte merecen seguidamente los hermanos Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, autores de numerosas obras, modelo de investigaciones concienzudas, riqueza de documentación y gallardo estilo, entre las cuales descuella el «Descubrimiento y conquista de Chile», verdadero monumento literario.

Poco después de estos insignes escritores aparecía otro historiador de primer orden: Diego Barras Arana, autor, entre otros libros, de la «Historia de la Independencia Nacional», «Las Campañas de Chiloe». «Hernando de Magallanes» y, sobre todo, de su admirable «Historia general de Chile», obra acabadísima, en diez y seis tomos.

Sigue a Barros Arana — considerado como autoridad indiscutible en la materia — otro insigne historiador: Benjamín Vicuña Mackena, polígrafo eminentísimo a quien su patria ha levantado un monumento. «Su vida entera, dice el Sr. Cannobio, es un tejido de luchas emocionantes dentro de las cuales trabaja incessantemente por el progreso intelectual y material del país, a la vez que escudriña archivos, investiga la historia patria y escribe con estilo de artista esos bellos libros, de una frescura exquisita y atrayente, que se llaman «Ostracismo de los Carreras», «Vida de Portales», «Historia de Santiago», «Los médicos de antaño», «La guerra con España», «La Quintrala», «El Album de las glorias de Chile», a los que hay que

agregar 150 volúmenes más, entre ellos algunos de índole variada, como «El libro del cobre», «El libro de la plata», «El libro del oro», y estudios sobre «La Agricultura y los bosques de Chile», que demuestran, aparte de la flexibilidad sorprendente de su talento y su fecundidad de escritor, una amplia ilustración y el deseo constante de servir a su patria.

Aparte de Miguel Luis Amunátegui, Barros Arana y Vicuña Mackena, que son los tres jefes de la literatura histórica chilena, florecieron gran número de autores de monografías y memorias de superior talento como Ramón Sotomayor Valdés, autor de una interesante «Historia de Chile»; José Zapiola, Pérez Rosales, D. Domingo Santa María, los bibliógrafos Ramón Briseño, Luis Montt, Nicolás Anrique Reyes, Orrego Luco, Adolfo Valderrama, Pedro Pablo Figueroa, José Toribio Medina; Fray Raimundo Errazuriz, autor de la preciosa obra «Seis años de la Historia de Chile, modelo de elegancia y estilo»; Domingo Amunátegui Solar, Gonzalo Bulnes, Carlos Morla Vicuña, autor de una «Historia de la vida de Juan Fernández»; Fuenzalida Grandón, Tomás Guevara, Luis Galdames, Luis I. Silva, Francisco Valdés, Vergara, Agustín Cannobbio, Rafael Errazuriz, Urmeneta, investigador y erudito notabilísimo, etc., etc.

La Novela. Este género ha sido cultivado en todas sus manifestaciones por brillantísimos literatos.

Figura como el primero de los novelistas, por orden cronológico, Francisco Bilbas, que en 1852 obtuvo un éxito clamoroso con «El Inquisidor Mayor o historia de unos amores», y siguen Alberto Blest Gana, discípulo de Balzac, a quien se deben, entre otras notables producciones, «Martín Rivas», «El ideal de un calavera» y «Durante la reconquista» (1897), traducidas a varios

idiomas; Daniel Barros Grez, con «Pipiolos y pelucos», «Cuentos para niños grandes» y otras; el costumbrista Arturo Givovich; Ramón Pacheco, con «La chilena mártir»; Liborio Briebe, autor de novelas históricas relacionadas con la guerra peruana; Alberto del Solar, con la narración araucana «Huincahual», «El Rastaquonere»; Enrique del Solar, con «Dos Hermanos», «Fatalidad y amargura», «Aventuras de Ercilla», etc.; el fecundo y ameno Vicente Grez, con «Emilia Reynals», «La dote de una joven», «Marianita»; Pedro N. Cruz, autor de la linda novela «Flor del campo»; Ricardo Cruz Coke y Alejandro Silva, cultivadores del género histórico; Ruperto Marchant, con «El cerro de la Campana»; Roberto Hunneus; Orrego Luco, con «Episodios Nacionales», «Un idilio nuevo»; los costumbristas Román Vial y Daniel Riquelme y otros; los cuentistas Baldomero Lillo, Carlos Maluenda y cien más cuyas producciones nada tienen que envidiar a la de ninguna otra nación.

La Poesía. Nunca ha dejado el Parnaso chileno de

contar con numerosas y brillantísimas figuras, y si a elevadísimo nivel se remontaron Ercilla, Góngora de Marmolejo, Pedro de Oña, Núñez de Pineda, el P. López y demás, en la época colonial, no ocupan lugar inferior los que les han venido sucediendo, y bien puede decirse que son legión, siendo muchos de ellos conocidísimos y admirados no sólo en América, sino en el Viejo Mundo.

En la imposibilidad de citar ni siquiera a los más notables, sólo recordaremos al ya citado Salvador Sanfuentes, iniciador de una nueva etapa en 1842, con sus leyendas «El Campanario» y «La laguna de Ranco»; Eusebio Lillo, el cantor de las flores, cuyas poesías «Deseos» son popularísimas entre toda la ju-

ventud americana; Guillermo Matta, fecundísimo, autor de leyendas y de «Nuevas Poesías» y del «Panteón Universal», de las cuales se ha dicho «que llevan meollo del más substancioso y a veces tuétano de león»; Guillermo Blest Gona, cuyas «Poesías» (1854) pasan por ser el libro de mayor importancia en su género que haya aparecido en Chile, no siendo menos admiradas sus composiciones «El primer beso», «La flor de la soledad», «Harmonías» (1884) y demás; Domingo Arteaga Alemparte, traductor de *La Eneida* y hablista correctísimo; Eduardo de la Barra, autor de fábulas, traductor de Horacio, Manzoni y Sally Prudhomare, cultivador de la poesía amatoria y admirable restaurador de la poesía castellana arcaica; José A. Soffía, cuyo canto al «Aconcagua» revela un poderoso estro; Luis Rodríguez Velasco, que se inspira en el amor, la patria y el hogar, y cuyas composiciones han sido traducidas al italiano y al portugués; Pablo Garriga, traductor de los poemas indianos; Concha Castillo; y entre los del día, Julio Vicuña, celebradísimo autor de «Ella» y otras bellas poesías y traductor feliz de muchos autores extranjeros, antiguos y modernos; Nicolás Tondreau, ensalzado por Menéndez y Pelayo como traductor de Horacio; Valenzuela, etc., etc.

Modernamente han tendido los bardos chilenos a dar un tinte más propiamente nacional a sus poesías, como así lo han hecho Samuel A. Lillo, cantor de Arauco y evocador de las bellezas de las selvas australes; Diego Dublé Urrutia, Orrego Barros, que ha versificado en dialecto nacional, a la manera de los *payadores* argentinos; Borquez Solar, que ha seguido igual camino; y para no dejar de citar a algunos más, ya que es imposible hacer una enumeración de todos, apuntemos los nombres de Luis Contardo, Alberto

Montt, Claudio Barros, Allán Samadhi, Max Jara, Ismael Parraguez, y los humoristas Alfredo Irarrázabal, Soffía, Fanor Velasco, Juan R. Allende, etc.

El Teatro. Si no en calidad, el teatro chileno puede

parangonarse en cantidad con los más cultivados en otros países, suponiendo algunos que si faltan obras notables es debido a la carencia de buenas compañías y «a la excesiva gazmoñería del país en materia de amor, esto es, del sentimiento que generalmente informa esta especie de producciones».

Dejando aparte las escasas representaciones teatrales de la época colonial, que no ofrecen ningún interés, puede decirse que coincidió su aparición, como género nacional, con el movimiento revolucionario de 1812, bajo el impulso del P. Camilo Henríquez. Representáronse, pues, por entonces tragedias patrióticas, inspiradas en la historia de Grecia y Roma, o en los héroes republicanos de otros tiempos, por ejemplo, Guillermo Tell.

Correspondió la paternidad de las primeras comedias de costumbres al emigrado español D. José Joaquín de Mora, con *El marido ambicioso* y *El embrollón*, y después de él al chileno Gabriel Real de Azúa. Introdujose luego el romanticismo, y los dramaturgos chilenos, siguiendo el ejemplo del grande Andrés Bello y del joven Lastarria, traductores de Dumas, y de Federico Soulié, se dieron a imitar a los corifeos españoles y franceses de aquel género, sobresaliendo entre todos el delicado escritor Carlos Bello, autor del drama *Los amores del poeta*, cuya acción se desarrolla en París. También echó su cuarto a espadas en los dominios de la Talía chilena el valenciano D. Rafael Minvielle, autor de *Ernesto*, drama americano.

Sólo como indicación citaremos los nombres de Salvador Sanfuentes, José A. Torres, Guillermo Blest Gana y Walker Martínez, autores de dramas históricos; Daniel Barros Grez, autor festivo; Luis Rodríguez Velasco, traductor de dramas franceses.

En 1876 brillaba en la escena Antonio Espiñeira, cuyas comedias y dramas fueron recibidos con el mayor aplauso; siguiéndole Daniel Caldera, Fernández Montalva, Alberto del Solar, Juan Rafael Allende, Mateo Martínez Quevedo, feliz creador del tipo campesino «Don Lucas Gómez»; Román Vial, etc.

La Prensa. Importantísimo papel ha representado ésta en la cultura chilena. El decano de los periódicos que aparecen hoy, y ascienden a 440, es el *Mercurio de Valparaíso*, fundado en 1827 y digno de parangonarse con los mejores de toda América. Sin filiación política determinada, presta especial atención a las cuestiones económicas y sociales. Otros importantes órganos son *Las Últimas Noticias*, *La Ley*, radical; el excelente *Diario ilustrado*, *El Día*, *La Prensa*, *El Ferrocarril*, *La Unión*, conservador; *La República*, liberal-democrático; *La Mañana*, *El Chileno*, conservador; *El Zig-zag*, la magnífica revista *El Siglo XX*, etcétera.

Los extranjeros. De igual suerte que en las demás repúblicas hispano-americanas, contribuyeron en importante parte al movimiento literario algunos notables extranjeros, americanos o europeos. Ocupa entre todos el primer puesto el malogrado Ruben Darío, cabiendo a Chile el honor de haber madurado en él su gran talento; señalóse, en efecto, su estancia con la publicación de las *Rimas*, *Abrojo*, *Azul* y el *Canto épico* a las glorias de Chile. Descolló igualmente como poeta el colombiano Eduardo Talero,

y figuraron como conferenciantes, publicistas y maestros en saber el gran polígrafo italiano Angelo de Gubernatis, el economista argentino D. Pedro Agoste, Eugenio M. Hostos, pedagogo y sociólogo dominicano; la Baronesa de Wilson, española; Aristides Agüero, cubano; el uruguayo D. Juan Zorrilla de San Martín, etc., etc.

El Arte. No puede hablarse de *pintura* hasta el año 1842, en que, conjuntamente con el Renacimiento literario de que hablamos, ya surgió un importante movimiento artístico, promovido por la llegada de algunos notables pintores extranjeros, entre los cuales citaremos a los italianos Cicarelli y Mocchi, el francés Monvoisin y el alemán Kirchbach. Discípulo del tercero fué el chileno Francisco Mandiola que se distinguió en el retrato, el género religioso y el de costumbres, y discípulo de Cicarelli Antonio Smitt, notable paisajista y caricaturista. Ocupan a su vez distinguido lugar, Manuel Antonio Caro, retratista y costumbrista; Orrego Luco, paisajista y marinista; Molina, que se ha inspirado en asuntos moriscos; Nicolás Guzmán, pintor de historia; Valenzuela Puelma, premiado en las Exposiciones de París y Madrid como colorista eminente y de quien puede decirse fué uno de los fundadores del arte moderno en Chile con Pedro León Carmona y Cosme San Martín. Pedro Lira, discípulo del parisiense Luminais, fué premiado en uno de los *Salones* de la capital francesa y ha prodigado sus enseñanzas en Chile con el más brillante resultado, siendo numerosísimos hoy los que cultivan la pintura formados en su taller.

Confíada la dirección de la Academia de Bellas Artes a Cicarelli, Mocchi y Kirchbach, sucesivamente, desempeña hoy la cátedra de pintura el español don

Fernando Alvarez de Sotomayor, discípulo de Sorolla.

Quizá se podría asegurar que la escultura ha llegado en Chile a mayor nivel que el arte del pincel. En esta parte son verdaderos maestros Nicolás Plaza, celebrado autor de *La Quimera*, *Caupolican*, que adorna una plaza de Nueva York, y *Mal de amor*; Virginio Arias, Simón González, Lagarrigue, J. Miguel Blanco, premiado en París, etc., etc.

CAPÍTULO IX

LA RIQUEZA. — EL EJÉRCITO Y LA MARINA COSTUMBRES

POBLACIÓN. — COMERCIO. — AGRICULTURA. — INDUSTRIA.
— VÍAS DE COMUNICACIÓN. — PRESUPUESTOS. — EJÉRCITO.
— MARINA DE GUERRA. — PSICOLOGÍA DEL CHILENO.

Población. Está dividido Chile en 23 provincias por el orden siguiente de Norte a Sur: Tacúa, Tarapacá, Antofagasta, Atacama, Coquimbo, Aconcagua, Valparaíso, Santiago, O'Higgins, Colchagua, Curicó, Talca, Maule, Linares, Nuble, Concepción, Bío-Bío, Arauco, Malleco, Cantín, Valdivia, Llanquihue y Chiloé, y el territorio de Magallanes.

La población, en 1905, ascendía a 3.399,928, de ellos 72,812 extranjeros, en esta forma: 7,049 alemanes, 1,490 austro-húngaros, 8,290 españoles, 7,809 franceses, 6,241 ingleses, 7,587 italianos, 8,570 suizos, 2,066 de otras partes de Europa y 1,020 asiáticos y africanos.

Hay que tener en cuenta que la población apenas llegaba en 1895 a 2.530,000 almas, debiéndose el sucesivo aumento a la inmigración. La gran mayoría de los habitantes son de origen europeo, pero hay bastantes indios en los Andes y en la Tierra del Fuego.

Comercio. Los puertos del Norte son numerosos: Arica, Pisagua, Iquique (que es el más

importante), Patillos, Mejillones del Sur, Antofagasta, Taltal, Caldera, Huasco, etc. El puerto más comercial es siempre Valparaíso.

El movimiento mercantil, en 1907, arrojaba un total de 588.762,585 pesos en esta forma: Importación, 293.681,855; Exportación, 288.080,730. El principal comercio es con Inglaterra (255 millones), Alemania (131), Estados Unidos (56), Francia (33,5), Argentina (20), Perú (12), Italia (13), Bélgica (14), Holanda (12) y España (4).

La importación se refiere a tejidos de lana y algodón, aceites, drogas, maquinaria y herramientas; los principales artículos de exportación son el salitre, yodo, cobre, estaño, lanas, cereales, carbón de piedra y cueros. Es muy importante también el comercio interior y el de tránsito.

Agricultura. Dedícanse a ella cerca de dos millones de habitantes; sin embargo, la propiedad está muy poco dividida, y sólo disfrutan de ella los grandes terratenientes, por lo cual no tiene nada de envidiable la condición de los jornaleros o *peones*. Los principales productos son el trigo, el maíz, la patata, las legumbres, la vid, los frutales y las maderas.

La ganadería es pobre, por falta de praderas, y practícase en pequeña escala la sericultura.

La pesca marina, en cambio, es muy importante. Ocupa el primer lugar la minería, y entre los minerales la explotación del cobre, el cobalto, manganeso, carbón, nitrato de sosa, sal, plata, bórax, etcétera.

Hay grandes establecimientos metalúrgicos, fábricas de productos químicos, especialmente yodo, refinerías de azúcar, molinos harineros a vapor, fábricas de vinos, aguardientes, cerveza, chichas, sidra, etc.; de tejidos,

de papel, de cristales, de ladrillos y numerosas industrias de taller.

Vías de comunicación. Existían en 1910 en Chile 5,361 kilómetros de vía férrea, de los cuales pertenecían al Estado 2,561. La primera, en fecha, es la de Caldera a Copiapó, construída en 1852. En el Norte los ferrocarriles siguen una dirección transversal, yendo de las explotaciones mineras a los puertos del Pacífico; en el centro y el Sur la dirección es longitudinal, muy sinuosa. Entre las líneas modernas es famosa la del *Transandino*, que pone en comunicación a Chile con la Argentina, con su túnel de 3,039 metros a 3,196 metros sobre el nivel del mar.

Aparte de los ferrocarriles tiene Chile en sus ríos del Sur 1,128 kilómetros de vía navegable.

Presupuestos. El presupuesto de ingresos ascendía en 1910 a 180.000,000 de pesos, procedentes en gran parte de las aduanas; los demás se obtienen del producto de los ferrocarriles, correos y telégrafos, alcohol, papel sellado, timbre, venta de bienes nacionales, etc. El único impuesto directo es la llamada contribución de haberes, que grava los bienes raíces en un 2 ó 3 por 1,000 del valor de la propiedad. Este impuesto, con el de patentes y otros menos importantes, es percibido por los municipios.

El aumento de riqueza se ha traducido en el desarrollo que han adquirido las ciudades: hoy cuenta Santiago con 350,000 habitantes, e igual camino llevaba Valparaíso antes de ser casi totalmente destruída por el terremoto, aunque desde entonces ha ido reparándose rápidamente. Otras ciudades hermosas e importantes, en el centro y el Sur son La Concepción, Chillan, Talcahuano, Coronel, Lota, etc.

Ejército. Cuenta Chile con una Academia de Guerra donde estudian durante tres años 30 capitanes. El plan de estudios es análogo al de Berlín y los profesores pertenecen al Grande Estado Mayor Alemán.

Existe el servicio militar obligatorio desde 1900, en condiciones análogas a las de las naciones europeas donde se halla establecido. Los cuadros de instrucción están formados por los cuerpos del ejército de línea, que representan un total de 5,000 hombres, a los cuales se reunen luego igual número de conscriptos o reclutas. Las armas son: infantería, caballería, artillería, ingeniería y pontonería. Este ejército fué organizado en 1891 por el entonces capitán alemán D. Emilio Korner, con la cooperación de algunos oficiales de igual procedencia.

Además de la Academia de Guerra hay una Escuela Militar para la preparación de oficiales y una de sub-oficiales.

Marina de guerra. El armamento es el fusil Maüser y la artillería Krupp. Cuenta Chile con diez buques blindados o acorazados y multitud de cañoneros, torpederos y transportes, si bien carecen de unidad en sus tipos y su marcha.

Las costumbres. En la época colonial las costumbres venían a ser las mismas que en la metrópoli. Las casas solían tener un piso y constaban de tres patios, con escasas puertas y ventanas. Los casamientos eran, por lo general, asunto de los padres; imperaba un lujo excesivo; abundaban los coches; menudeaban las visitas y las procesiones; celebrábanse corridas de toros; la gente pobre yacía en la miseria y era excesiva la mendicidad. La raza mestiza conservaba aún su rudeza bárbara, y la ilustración

era únicamente patrimonio de las clases acomodadas. El bandolerismo había adquirido un desarrollo pavoroso, calculándose en 12,000 el número de bandidos que infestaban los campos en el transcurso del siglo XVIII.

La autoridad paterna era absoluta, y los hombres de las clases ricas se entregaban al juego y la bebida hasta el extremo; en cambio las mujeres se distinguían por su intachable honradez y sus virtudes.

Cambió no poco este estado moral al conseguirse la emancipación, pero aun queda muchísimo que hacer. Las enfermedades, así epidémicas como endémicas, siguen causando estragos; tan sólo de viruela mueren anualmente de 5,000 a 10,000 personas; la mortalidad infantil es aterradora; las condiciones higiénicas del pueblo son pésimas, y obran de consuno lo estrecho y malsano de la habitación, el desaseo, la ignorancia y el alcoholismo. Se ha desarrollado la delincuencia, sobre todo los crímenes de sangre y contra la propiedad, con la triste circunstancia de ser menores de diez y seis años la mayoría de los delincuentes. Pasan de 50,000 los reos condenados anualmente; los pleitos aumentan de una manera alarmante. Finalmente, aun está por realizar la compenetración de la raza indígena y la descendiente del aventurero castellano, si bien avanza cada día más.

**Psicología
del chileno.**

«El chileno, dice un autor de este país, es afectuoso en el hogar, hospitalario en la vida social, desprendido en la amistad.

«Su espíritu de empresa, de aventura, llega hasta la audacia en ocasiones.

«Le distingue asimismo una franqueza abierta, a las veces ruda, mas de ordinario sin dañada intención.

«En su índole burlona hay un arma poderosa, el

ridículo, que suele esgrimir hasta el ensañamiento, si a ello se le incita.

»No hay afectación en sus maneras; posee una asimilación fácil y un talento flexible.

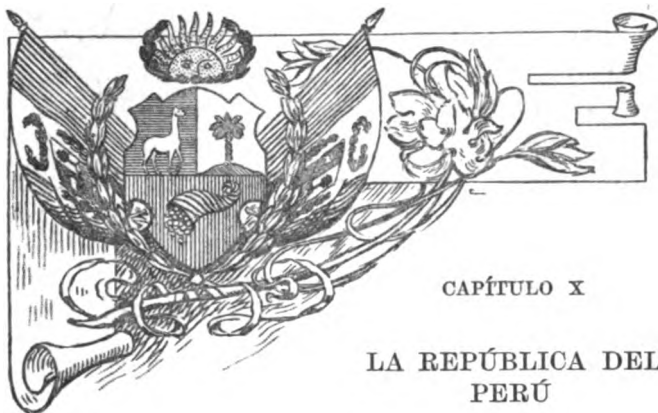
»Tiene el chileno singulares disposiciones para el comercio y las profesiones liberales. De éstas la abogacía es la que cuenta con mayor número de adeptos, como quiera que sirve de natural pasaporte y de incentivo cada día más poderoso para escalar encumbradas posiciones en la sociedad, en la política, en la administración y en la diplomacia.

»Como marido, caracterizan al chileno lo acendrado de su personalidad, dominante en el hogar, y una ilimitada largueza para satisfacer las necesidades y hasta las fantasías de la mujer y de la familia, sobre todo en las clases alta y media.

»Como padre impone de ordinario con firmeza la patria potestad, consagra los desvelos y esfuerzos de sus mejores años a la educación y al establecimiento de los hijos.»

Acerca de la mujer chilena escribe el propio autor: «Entre sus hermanas de América ocupa un lugar privilegiado la mujer chilena, pues en ella se adunan a los caracteres distintivos de su belleza y de su gran corazón, rasgos de hermosura física, de gracia y de ingenio que uno se encuentra sorprendido y a cada paso en las diversas clases de la sociedad.

»Señálase, además, como esposa fiel, abnegada y solícita, y por su religiosidad y su amor a la familia, siendo, como madre, incomparable.»



CAPÍTULO X

LA REPÚBLICA DEL PERÚ

HISTORIA. — EL LIBERALISMO. — LA REACCIÓN.

(1826-1862)

Historia. Reanudemos el hilo de nuestra narración que suspendimos al regresar Bolívar a Colombia a fines de 1826, dejando ocupado el Perú por sus tropas, donde no tardaron en convertirse de libertadoras en opresoras.

Dijimos ya que el ilustre caudillo venezolano había impuesto a los peruanos una nueva Constitución, absolutamente unitaria y autoritaria, es decir, totalmente distinta de las que regían en los Estados Unidos, México, Colombia, Chile, Buenos Aires, etc., como que no era más que un plagio de la *Consular* francesa del año VIII, o sea de 1799. Disgustáronse, como era natural, los peruanos, y en cuanto se hubo alejado el *Libertador*, formóse en Lima un Cabildo que dió por nula la promulgación de la Constitución bolivariana, y dispuso que el general Santa Cruz, jefe del Consejo de gobierno nombrado por aquél, al regresar a Colombia, convocase un nuevo Congreso Constituyente

que debería reunirse el 1.º de mayo de 1827 y elegir presidente y vicepresidente de la República. De manera que en pocos años había pasado sucesivamente el Perú por cuatro formas de gobierno: Constitución de San Martín de 1820, Constitución de 1823, dictadura de Bolívar y Constitución consular de 1826.



El general D. José de Lamar

Conseguido, por fin, que se marcharan los colombianos y desterrados los más ardorosos bolivaristas, reunióse el Congreso, y dando pruebas de gran lealtad se apresuró Santa Cruz a presentar con carácter irrevocable su dimisión, en virtud de lo cual fué reemplazado por el general Lamar.

Irritadísimo Bolívar declaró la guerra al país que le había proclamado *Padre del pueblo y Salvador del Perú*; lucharon peruanos y colombianos; Sucre, presidente de Bolivia, derrotó a Lamar y cayó éste, siendo sustituido por González de la Fuente (1829), destinado, como ya veremos, a dar mucho juego.

Figuraba por entonces en las filas del ejército un general llamado D. Agustín Gamarra, destinado a ocupar los más encumbrados puestos. Había casado, cuando era aún subalterno, y a pesar de su condición

de zambo o mestizo, con una hermosa y opulenta dama, D.^a Francisca Zubiaga, que desde el primer momento no tuvo más idea que elevar a su marido a la presidencia. En un principio procuró la señora atraer a sus salones a lo más lucido de la sociedad de Lima; pero no bastándole los triunfos del estrado, trocó la vida de ciudad por la de los campamentos. «Siempre a caballo en medio de los soldados, a quienes su presencia exaltaba, escribe M. Deberle, veíasela en las marchas afrontar la fatiga y en los combates (con los colombianos) pelear en lo más recio del peligro. Excitaba su entusiasmo, que rayaba en delirio, cuando en las revistas, que se complacía en pasar, galopaba espada en mano y plumero al viento en el campo de maniobras».

Tal era el caudillo que en 1830 derribó a González de la Fuente para ponerse él, gracias a su esposa. Gamarra gobernó muy bien, pero al expirar el plazo presidencial, en 1833, tuvo la mala idea de que se le prorrogasen los poderes, a lo cual se opuso el bello sexo de Lima. Metidas aquellas damas a electoreras consiguieron derrotar al general Bermúdez, testafarro de Gamarra, saliendo favorecido el arrogante y apuesto joven D. Luis Orbegoso.

No se dió por vencido, sin embargo, el general Gamarra y se pronunció contra Orbegoso, pero al fin tuvo que desistir de su empeño y se refugió en Bolivia. Victorioso el candidato de las damas regresó a Lima, donde hizo una entrada triunfal, pero no tardó en tener que habérselas con otro competidor, que no era otro que aquel Sr. González de la Fuente, que había derribado a Lamar y sido derribado a su vez por Gamarra. Orbegoso pudo sofocar el pronunciamiento, y habiendo caído en su poder La Fuente, le envió

desterrado a Chile, pero a primeros de 1835 desembarcó en el Callao y se proclamó dictador.

Envió Orbegoso contra González de la Fuente al joven general Salaberry; venció éste a los sediciosos; escapó La Fuente a Valparaíso, y creyéndose entonces omnipotente Salaberry se proclamó dictador a su vez y también entró triunfador en Lima, al frente de un ejército de... 318 infantes. Hallábase a la sazón Orbegoso en provincias, y Salaberry, proclamándose *Jefe Supremo del Perú*, manifestó que esperaba en Lima a que le atacase *el gobierno ambulante*. La jefatura de Salaberry resultó sencillamente una vergonzosa y miserable tiranía con mezcla de bandidaje.

Encontrábase por entonces Orbegoso en Arequipa y tuvo la malhadada idea de pedir auxilio al general D. Andrés Santa Cruz, presidente de Bolivia, después del asesinato de Sucre, y ex presidente bolivarista del Consejo de gobierno de Lima en 1827. Accedió Santa Cruz y penetró en el Perú al frente de un ejército de 5,000 aguerridos bolivianos. No tardó en hacerse dueño de todo el territorio peruano; pero en lugar de reponer a Orbegoso en la presidencia, decretó la unión del Perú y Bolivia, con el nombre de Confederación peru-boliviana y bajo su protectorado supremo (1835). Atacado por Salaberry fué vencido éste y fusilado inmediatamente (1837).

La formación de un Estado tan poderoso despertó los recelos de Chile, y estalló la guerra entre esta República y la flamante Confederación. Larga fué la campaña, en la que, desde luego, favoreció la suerte a los chilenos, auxiliados por el general Gamarra, que entraron vencedores en Lima y pusieron en la presidencia a aquél. Resistía, sin embargo, Orbegoso, que se titulaba presidente del Perú del Norte, fiel al Protector

Supremo, y se había encerrado en el Callao. De allí salió para ser derrotado por el general chileno don Manuel Bulnes, en la batalla de Guía (1838), dícese si vendido por algunos de sus generales. Los bolivianos fueron derrotados a su vez al año siguiente por los chilenos en la batalla de Yungay, distinguiéndose brillantemente el peruano D. Ramón Castilla, que mandaba la caballería. Con ello terminó la guerra; deshízose la Confederación peru-boliviana; Santa Cruz se refugió en el Ecuador, y Gamarra continuó en la presidencia del Perú hasta 1841; durante este tiempo gozó el país de la más perfecta tranquilidad.

Debía durar dicha presidencia seis años, pero no pudo ser así. La generala Gamarra y las damas que habían elevado al Poder a D. Luis Orbegoso tuvieron una digna continuadora en la coronela D.^a Cipriana Latorre de Vivanco, superior a todas las antedichas en hermosura, resolución y valor. A instigación, pues, de su señora sublevóse en Arequipa el coronel, tomando el modesto título de *El Regenerador*, pero Gamarra envió contra él al brigadier Castilla, que le derrotó, y Vivanco pudo ponerse en salvo gracias a haberse refugiado en Bolivia (1841), donde a la sazón ejercía la presidencia el general Ballivian.

Tenía, pues, que temer Gamarra a la vez de Santa



El general D. Agustín Gamarra

Cruz, por si desde el Ecuador intentaba un desembarco en el Perú, y de los esposos Vivanco amparados en Bolivia. Inquietándole más los últimos partió contra Ballivian, pero fué vencido por éste en Ingavi, a algunas leguas de La Paz, donde perdió la vida, siendo pasados a cuchillo por los terribles bolivianos la mayoría de sus soldados. Ballivian invadió entonces el Perú, pero afortunadamente se pudo llegar a un arreglo.

Muerto el infortunado Gamarra ejerció accidentalmente la primera magistratura del Perú el presidente del Consejo de Estado Sr. Menéndez, que, harto cansado, confió el mando del ejército del Sur al tan zarandeado González de la Fuente; pero noticioso el general San Román de que dicho sujeto — que no podía consolarse de que en 1829 le hubiesen apeado de la suprema magistratura Gamarra y su señora — aspiraba a la dictadura, se sublevó, llegando a las manos fuentistas y sanromanistas con sin igual fiereza.

Indignado el presidente accidental Menéndez con la treta de González de la Fuente, mandó reunir todas las fuerzas disponibles y confió su mando al general Torrico, a quien, una vez se vió al frente de un puñado de soldados, le faltó tiempo para gritar: «*A bajo Menéndez!*» y proclamarse, según uso y costumbre, dictador.

La facilidad con que Torricos había alcanzado la dictadura, movió a hacer lo mismo a un tal general Vidal, que mandaba en el Cuzco, aunque quieren decir algunos que no quería el Poder para sí, sino para González de la Fuente, a quien se hubiera elegido presidente con las formas legales de una votación.

Cayó Torrico y triunfó Vidal, que fué recibido con entusiastas aclamaciones en Lima, y dispuso que el coropel Vivanco, que se hallaba todavía en el Cuzco,

pasara a desempeñar la prefectura de Arequipa, ciudad honrada a la sazón con la presencia de la guapísima esposa de aquél.

«Una noche, mientras Arequipa duerme, escribe M. Deberle, D.^a Cipriana, armada de su juventud y de su belleza, monta a caballo. Hay dos regimientos acampados a algunas leguas de la ciudad; corre a despertar a sus coroneles; fascinados con tantas seducciones unidas a tamaña intrepidez, arrastrados por su palabra ardiente y por la misma extrañeza de su acción, caen a sus pies, se declaran prestos a seguirla y juran morir por ella. Tócase a generala; los soldados se precipitan, la rodean, la aclaman. Firme y derecha sobre los estribos, les arenga a la luz de las antorchas; los vivas cubren su voz. Todo es juramentos y entusiásticos gritos. Lanza su caballo; muévase la tropa; seguiríase a la encantadora hasta el fin del mundo. Las autoridades de Arequipa dormían apaciblemente; sorpréndelas en la cama y se las guarda de vista. En seguida, al son de las campanas lanzadas a vuelo, la irresistible señora hace proclamar a Vivanco por las tropas y los notables reunidos en la Plaza Mayor. Vivanco se encontraba en el Cuzco. Supo, por un propio, su novelesca elevación. Intitulóse Director Supremo y marchó sobre Lima. Vidal estaba preparándose para partir; abandonó pacíficamente la ciudad, y el Perú contó en sus anales una revolución más.

«La ardiente Lima acogió con alegres fiestas y ruidosas demostraciones al presidente que le caía de tan original manera. Los repiques de campanas, las músicas y las salvas de artillería acogieron al esposo de D.^a Cipriana, que, joven, elegante, de modales distinguidos, personificaba en lo que tiene de más amable, la civilización de su país. Las corridas de

toros, las locas cabalgatas, las procesiones reaparecieron en la ciudad del sol y de las flores, y los poetas de circunstancias requirieron sus caramillos. D.^a Cipriana trastornaba todas las cabezas. Las mujeres y el pueblo idolatraban en Vivanco.»

Y era lo más particular del caso que Vivanco, lo mismo que Gamarra, no lo podía hacer mejor. Lima estaba contentísima con él y su señora, modelos de

finura y grandes amigos de jolgorio. El simpático *Director Supremo* aplazó la convocación del Congreso; licenció a los generales y coroneles que no hacían falta, y eran en crecidísimo número; echó a los empleados *irregularizadores*, según nuestro eufemismo español; hizo que la magistratura no fuese tan venal y corrompida como venía siendo, y, en una palabra, hacía muy buenas cosas, portándose Vivanco con nobleza, rectitud y generosidad, cuando hete aquí



El general
D. José Ignacio de Vivanco

que el sempiterno desahuciado González de la Fuente vuelve a levantar cabeza (;desde que en 1829 había sido echado por Gamarra, después de su derrota por Sucre!)

Tuvo, en consecuencia, Vivanco que dejarse de benevolencias y tolerancias para hacer frente a sus enemigos.

Resultado de tales disposiciones fué el destierro del brigadier D. Ramón Castilla — el gamarrista vencedor de Vivanco, cuando el pronunciamiento de éste en Arequipa en 1841 — . Era Catilla, llamado a ocupar los más altos destinos, hombre temible por su prestigio, y así no le costó nada sublevar las provincias del Sur invocando la pureza de los principios constitucionales. Puesto al frente de un ejército marchó sobre Lima, pero esta ciudad se puso resueltamente al lado de los Vivancos, y Castilla no juzgó prudente insistir. Animado el marido de D.^a Cipriana al ver que Castilla no se atrevía a atacarle, salió contra él, y así se pasaron meses y meses sin que los contendientes dieran nunca uno con otro.

De pronto resolvióse la crisis de la manera más cómica. Ejercía las funciones de prefecto de Lima un señor Elías, sobrino de Vivanco y rico como un Crespo, y aprovechándose de la ausencia de su señor tío levantóse una buena mañana, reunió algunos soldados y tambores, dirigióse con ellos a *la Casa Verde* y se hizo proclamar presidente (17 de junio de 1844), mientras Vivanco y Castilla continuaban haciendo maniobras sin encontrarse, hasta que por fin le sorprendió el segundo al primero en Arequipa, infiriéndole gravísima derrota, después de lo cual entró triunfador en Lima.

Cumple decir en honor a la verdad que, desde luego, patentizó Castilla que no abrigaba ninguna ambición personal, pues en vez de proclamarse Dictador, Libertador, Regenerador, Director, etc., se apresuró a restaurar al legítimo presidente, Sr. Menéndez, traicionado por el general Torrico al enviarle contra González de la Fuente; quedaba, pues, restablecida la legalidad, y Menéndez pudo continuar tranquilamente en su magistratura hasta finalizar el plazo constitucional.

El
liberalismo.

Como era de esperar fué elegido presidente D. Ramón Castilla (1845), acerca de cuyos antecedentes creemos oportuno decir algunas palabras. Había nacido en Tarapacá en 1795 y sirvió en el ejército real durante la guerra de la independencia, siendo hecho prisionero en la batalla



El general
D. Felipe Santiago Salaberry



El mariscal
D. Ramón Castilla

de Chacabuco. Puesto en libertad afilióse al partido de los patriotas y se distinguió por su valor en la batalla de Ayacucho. Habiendo comenzado a intervenir en la política cuando el advenimiento de Gamarra, se le vió siempre dispuesto a defender al presidente legítimo. Promovido a brigadier por D. Luis Orbegoso, le permaneció fiel hasta que éste pidió auxilio al boliviano Santa Cruz y le entregó el Perú, lo cual hizo se pudiese al lado de Salaberry, y tuviese luego que

emigrar a Chile. Ya dijimos que en la batalla de Yungay mandaba Castilla la caballería vencedora. De nuevo Gamarra en el Poder, contó, desde luego, con la adhesión de aquel reputado jefe, y al sucumbir en la batalla de Ingavi, a manos de los bolivianos, emigró nuevamente a Chile, propuesto siempre a formar un partido constitucional integrado por todos los enemigos del usurpador Vivanco. Personalmente tenía un tipo absolutamente español, y se distinguía por su clemencia con los vencidos.

La administración de Castilla, dice un historiador, dejó muy buenos recuerdos en el Perú, pues durante su mando quedó restablecida la tranquilidad y comenzó a ponerse en orden la hacienda; redujose el efectivo del ejército. La marina mercante peruana adquirió bastante desenvolvimiento y se establecieron varias líneas de vapores. Creóse la fundición de cañones de Bellavista; construyóse el ferrocarril de Lima al Callao; desarrolláronse diversas ramas de la industria y el comercio, y finalmente la explotación del guano produjo cuantiosísimos ingresos que no sospechara hasta entonces el país.

Puede decirse sin pretender inmiscuirnos por eso en las intestinas contiendas del Perú, que desde la proclamación de su independencia contaba por primera vez con un gobierno justo, respetado y amigo de la prosperidad del país, mereciendo por lo mismo el *Gran Mariscal Castilla* se le haga la justicia de reconocer que fué el que verdaderamente sentó las bases del progreso material de aquella República. Sin duda cometió errores, pero fueron muchos más sus aciertos.

Nada indica mejor la honradez y seriedad de la administración de D. Ramón Castilla que el haber

llegado al término de su plazo presidencial — que, como ya hemos dicho, duraba seis años — , pudiendo procederse con toda tranquilidad a la elección de su sucesor.

Resultó proclamado presidente el general D. Rufino Echenique (1851), conservador, quien demostró al principio tener muy amplias y tolerantes ideas; pronuncióse en favor de las doctrinas librecambistas; trató de favorecer la inmigración europea, y dirigido el gobierno por el ilustre eclesiástico D. Bartolomé Herrera, continuó las obras iniciadas por la administración anterior; promulgáronse los Códigos civil y de enjuiciamiento; construyéronse más ferrocarriles, y se colonizó el Amazonas, con general satisfacción. En cambio produjo pésimo efecto que Echenique prestara mano al ecuatoriano Flores, caudillo de los conservadores, contra el dictador Urbina, jefe de los demócratas de dicho Estado, siendo lo mejor del caso que, habiéndose descubierto la trama, Echenique les pidió la dimisión a sus ministros, para disimular la mala impresión ocasionada, y se quedó él, que era el verdadero culpable.

Enojado el gran mariscal Castilla por el apoyo otorgado a los reaccionarios del Ecuador, y en manera alguna por añoranza de la *Casa Verde*, sublevóse en el Sur contra Echenique (1853), que, desde luego, se vió perdido, puesto que no pasaba de ser una hechura de aquél.

Una de las primeras medidas de la revolución fué decretar la abolición de la esclavitud de los negros y del tributo llamado la *mita*, que pagaban los indios, lo cual le valió el dictado de Libertador, siendo posteriormente indemnizados todos los dueños de los esclavos manumitidos.

La revolución se extendió rápidamente por todo el país, y después de una larga serie de combates, de vario éxito, triunfó por fin Castilla en la batalla de la Palma (5 de enero de 1855). Emigrado Echenique y en el Poder de nuevo el Gran Mariscal, se arrogó primero la dictadura y fué reconocido después como presidente provisional por la Convención reunida a mediados de dicho año.

Esta Convención emprendió la elaboración de una nueva Constitución en vez de la que regía desde 1839, obra del Congreso reunido en Huancayo en sustitución de la impuesta por Santa Cruz en 1828. Esta Constitución, promulgada en 1856, era muy liberal y establecía el sufragio directo; pero como la Convención reunida en momentos críticos y para acabar pronto demorase por hartó tiempo su disolución, procedió a ella un batallón del ejército (2 de noviembre de 1856), atentado que el gobierno contempló impasible.

A todo esto hay que decir que aprovechando el general Vivanco — el antiguo rival de Castilla — el descontento de los conservadores por el excesivo liberalismo de la nueva Constitución y contando con el apoyo de los partidarios de Echenique, se había sublevado de nuevo en Arequipa, apoyado por gran parte de la escuadra (1856). Acudió Castilla y se encontró con que la plaza estaba formidablemente atrincherada y era defendida con heroico valor por los moradores. Duró el cerco todo el año 1857 y terminó por fin el 8 de marzo siguiente con el sangriento asalto que dieron las tropas de Castilla.

La reacción. Llegado el tiempo de las elecciones resultó proclamado el hasta entonces presidente provisional (1858), pero con general extrañeza

apartóse Castilla del partido liberal, al que debía su encumbramiento, para buscar sus consejeros en las filas de los conservadores o moderados. Ya en el pináculo, sólo pensó Castilla en derogar la Constitución de 1856, y a este efecto se valió, ilegalmente, de un plebiscito para que el pueblo dijese si deseaba su reforma, hecho lo cual convocó a nuevas elecciones para el Congreso que debía reunirse en 1860.

Al objeto de distraer la atención del país de aquellas luchas interiores, procuró Castilla promover el entusiasmo popular haciendo circular la especie de que se iba a apoderar de medio Ecuador y anexionar Bolivia al Perú, para no ser menos que Víctor Manuel de Saboya, que, vencedor de Austria, con el concurso de Francia, se había anexionado la Lombardía y los ducados italianos. Declarada la guerra al Ecuador a pretexto de una cuestión de límites, y bloqueado el puerto de Guayaquil, sin resistencia por parte de los ecuatorianos, presentóse allí Castilla, apresurándose el presidente de aquella República, Sr. Franco, a hacer las paces (enero de 1860), sin la menor ventaja para el Perú.

Reunido ahora el nuevo Congreso, pudo Castilla ver realizado su propósito de reforma constitucional, votándose un Código (1860), que es el vigente todavía y del cual hablaremos más adelante.

Ocurrió en esto la anexión de la República de Santo Domingo a España (1861), y Castilla, cuya popularidad había disminuído mucho a causa de la inutilidad de la guerra con el Ecuador, se desquitó publicando una protesta contra el referido hecho.

Llegó aquella descabellada intervención francesa en Méjico para sentar en el trono imperial al conñado Maximiliano, y ya que no podía hacer otra cosa,

protestó Castilla en términos violentos. Como toda América estaba indignada con el proceder de Napoleón, no fué de extrañar que algunos limeños insultasen a unos individuos de la colonia francesa. Reclamó en seguida el gabinete de las Tullerías, y al expirar su plazo presidencial tuvo que dar Castilla su brazo a torcer, pagando más de cien mil soles de indemnización a los agraviados franceses, «víctimas en sus personas e intereses, decía con insufrible arrogancia el ministro de Negocios Extranjeros de París, de la injusticia de los tribunales y gobernantes peruanos». Era cuando Napoleón III imponía su voluntad al mundo, excepto los Estados Unidos.

Por el contrario, causó muy buen efecto en el Perú el comportamiento de Prim al reembarcarse con sus tropas, dejando solos a los franceses.

CAPÍTULO XI

LAS GUERRAS CON ESPAÑA Y CON CHILE

PRESIDENCIA DE SAN ROMÁN. — LA CUESTIÓN ESPAÑOLA. — GOBIERNO DEL DICTADOR PRADO. — PRESIDENCIA DE BALTA. — PRESIDENCIA DE PARDO. — PRESIDENCIA DE PRADO. — GUERRA DEL PERÚ CON CHILE. — LA PAZ. — LA GUERRA CIVIL. — PRESIDENCIA DE CÁCERES. — PRESIDENCIA DE MORALES BERANDER. — LA COALICIÓN CÍVICO-DEMOCRÁTICA

(1862-1899)

Presidencia de San Román. Sucedió al Gran Mariscal Castilla en la presidencia el también Gran Mariscal Sr. San Román, elegido bajo sus auspicios (1862)

y que, como era natural, estuvo con su antecesor en los mejores términos, en un principio. La oposición, conservadora, estaba acaudillada por los Sres. Eche-
nique, Lamar y Lavalle. El país estaba tranquilo interiormente, pero había pendientes varias cuestiones con el extranjero. Habíanse agriado las relaciones con Francia e Inglaterra y era inminente una ruptura con Bolivia y, sobre todo, con el Ecuador, a cuyo presidente, el célebre Sr. García Moreno, se le acusaba de hacer traición a América desde el momento en que pretendía colocar a su país bajo el protectorado español.

Inquieto San Román pidió al Congreso se le invitiese de facultades extraordinarias (2 de enero de 1863), a lo cual se negaron las Cámaras. Muy quebrantada

su salud falleció en abril siguiente, y tanto duelo ocasionó su muerte y tales recuerdos dejó de su probidad, que el Congreso otorgó a su familia la suma de 100,000 soles.

Tocaba ocupar la presidencia al vicepresidente 1.º general Pezet (D. Juan B.); pero por hallarse éste a la sazón viajando por Europa, se encargó de la jefatura el general Canseco.

La cuestión
española.

Ocupaba por entonces el Poder en España el partido llamado de la Unión Liberal, capitaneado por el general don Leopoldo O'Donnell, duque de Tetuán. Parece ser que España había contraído compromisos con Napoleón III para secundar su intervención en América, como ya se había visto en Méjico, y que por otra se veía sugestio-



El general D. Juan B. Pezet

nado nuestro gobierno por algunos influyentes políticos de la corte «que perseguían el pago de los títulos de la antigua Deuda española que poseían, títulos desconocidos por los gobiernos de la revolución de la independencia, y que para conseguirlo necesitaban la protección armada de su país».

Hemos hablado del origen y desarrollo de la guerra malhadada de España con el Perú y Chile al tratar de la historia de esta última República, por lo cual excusamos volver sobre el asunto. Sólo recordaremos

que el Congreso se negó a ratificar el convenio hecho con el almirante Pareja; que el general Canseco se sublevó contra Pezet, y después contra éste el coronel Prado, el cual se apoderó del mando proclamándose dictador (noviembre de 1865), y que nuestra escuadra bombardeó el Callao y Valparaíso, después de lo cual regresó a España (mayo de 1866).

**Gobierno
de Prado.**

Libre el dictador del conflicto con España, hubo de encontrarse con que la Hacienda yacía en el más lastimoso estado, pues durante su mando se había derrochado sin tasa el dinero,



El coronel
D. Mariano Ignacio Prado

tanto para atender a la defensa del país como para el fomento de la agricultura, la enseñanza y las obras públicas, lo cual motivó se dictaran varias medidas fiscales muy impopulares. Pero no era esto lo peor. Sabemos ya que después de haber derribado el general Canseco al presidente Pezet, lo había sido a su vez por Prado, pero en manera alguna había renunciado aquél a sus pretensiones de volver a la presidencia, y de ahí que estallara en Arica un pronunciamiento en su favor,

acaudillado por su cuñado el viejo mariscal Castilla y el coronel Balta, invocando el restablecimiento de la Constitución de 1860.

Prado, para parar el golpe y legalizar su situación, al cabo de catorce meses de dictadura convocó un

Congreso Constituyente (diciembre de 1866) que se reunió en febrero siguiente y que, desde luego, demostró su decisión de no dejarse dominar por el dictador, pues se negó a ratificar un proyecto de impuesto personal presentado por el gobierno, le dió un voto de censura y le prohibió pudiese entablar negociación alguna con España sin consentimiento de las Cámaras, todo lo cual sucedía mientras las provincias del Sur se hallaban en plena rebeldía contra Prado.

Fortuna fué para éste que a fines de mayo (1867) falleciera en el Desierto de Tarapacá el anciano mariscal Castilla, jefe del movimiento, y fortuna fué también que cayese por entonces el imperio mejicano, creado por Napoleón III, lo cual permitió a Prado asociarse al voto de las Cámaras en favor del presidente Juárez y a la resolución de las mismas tocante a la expulsión de los hermanos de la Doctrina Cristiana y hermanas de la Caridad franceses. Por fin, y después de muchas tergiversaciones, confirmó el Congreso la elección presidencial de Prado y votó otra Constitución en la cual se fijaba en cinco años la duración del período presidencial y se proclamaba la unidad católica, prohibiéndose ejercer públicamente ningún otro culto (agosto de 1867).

Apenas promulgado el nuevo Código, volvió a probar fortuna el general Canseco, a quien tan malamente le había salido su hazaña de derribar al legítimo presidente D. Juan Bautista Pezet en 1865. Sublevóse, pues, en Arequipa a principios de noviembre, con la particularidad de contar con el concurso armado de las bellas arequipeñas, las cuales demostraron ser dignas émulas de la generala Gamarra y de D.^a Cipriana, al mismo tiempo que se pronunciaba en el Norte el coronel Balta. Prado hizo desesperados

esfuerzos para defenderse; pero rechazado al intentar el asalto de Arequipa y derrotada por Balta en Chiclayo una división enviada contra dicho jefe, presentó la dimisión de su cargo y se embarcó en el Callao.

Triunfante la revolución y de nuevo en el Poder el general Canseco, esperóse a que llegase el nuevo período electoral, siendo de notar que, sin atender a lo prescrito por la Constitución de 1867, dispuso el Congreso que el plazo presidencial fuese de cuatro años, a tenor de la Constitución de 1860. Salió elegido Balta, y así cesó Canseco en el Poder a los seis meses de haberlo recobrado (1868).

**Presidencia
de Balta.**

«Hombre firme, pero violento, dice un autor, desplegó Balta grande actividad en la ejecución de obras públicas. La construcción de ferrocarriles recibió gracias a él vigoroso



El coronel D. José Balta

impulso; imaginó invertir el producto del guano en vías férreas; fueron abiertos los ríos interiores a los buques de toda clase y de todo país, y en julio de 1869 tuvo efecto en Lima una interesante Exposición Industrial. Bajo su administración apaciguóse el Perú.» También debemos manifestar que, por fin, en abril de 1871, se concluyó un armisticio con España.

En tiempo de Balta hubo de pasar el país, sin embargo, por una terrible serie de calamida-

des: inundaciones, terremotos, la fiebre amarilla. Llegó el vencimiento del plazo presidencial (1867), que coincidía precisamente con la renovación del Congreso. Balta, a estilo de los presidentes de las Repúblicas hispano-americanas, que son los que verdaderamente disponen quién ha de ser su sucesor, patrocinaba al general Echenique; la oposición presentaba a don Manuel Pardo, y como tercero en discordia aspiraba también a la suprema magistratura el Sr. Ureta.

Las elecciones fueron extraordinariamente reñidas, y con tal ocasión hizo su entrada en liza un nuevo partido llamado «el partido civil», representado por Pardo. Databan los antecedentes civilistas de éste del tiempo de la dictadura de Prado; habíase grangeado inmensa popularidad en Lima como director de Beneficencia cuando la fiebre amarilla, en 1868, y como alcalde en 1869, época en que adquirió grande impulso el embellecimiento de la capital y comenzó la reforma de las escuelas municipales.

Contra este partido civil, pues, se dispuso a luchar, para impedir su triunfo, el gobierno de Balta, secundado por los militares, empeñados en que sólo debían ascender a la suprema magistratura los que hubiesen combatido en los campos de batalla. De todos triunfó Pardo, sin embargo, lo mismo de los amigos de Balta que de los militaristas, a pesar de que a última hora había sido sustituido Echenique, persona poco grata, por el doctor Arenas, como candidato baltista.

Entonces ocurrió un hecho escandaloso, vergonzoso, indigno. En vista de que los escrutinios daban por segura la proclamación de Pardo como presidente, el ministro de la Guerra, Tomás Gutiérrez, juntamente con sus dos hermanos, jefes de infantería, perpetró un golpe de Estado con el apoyo de la guarnición de

esfuerzos para defenderse; pero rechazado al intentar el asalto de Arequipa y derrotada por Balta en Chichayo una división enviada contra dicho jefe, presentó la dimisión de su cargo y se embarcó en el Callao.

Triunfante la revolución y de nuevo en el Poder el general Canseco, esperóse a que llegase el nuevo período electoral, siendo de notar que, sin atender a lo prescrito por la Constitución de 1867, dispuso el Congreso que el plazo presidencial fuese de cuatro años, a tenor de la Constitución de 1860. Salió elegido Balta, y así cesó Canseco en el Poder a los seis meses de haberlo recobrado (1868).

**Presidencia
de Balta.**

«Hombre firme, pero violento, dice un autor, desplegó Balta grande actividad en la ejecución de obras públicas. La construcción de ferrocarriles recibió gracias a él vigoroso

impulso; imaginó invertir el producto del guano en vías férreas; fueron abiertos los ríos interiores a los buques de toda clase y de todo país, y en julio de 1869 tuvo efecto en Lima una interesante Exposición Industrial. Bajo su administración apaciguóse el Perú.» También debemos manifestar que, por fin, en abril de 1871, se concluyó un armisticio con España.



El coronel D. José Balta

En tiempo de Balta hubo de pasar el país, sin embargo, por una terrible serie de calamida-

des: inundaciones, terremotos, la fiebre amarilla. Llegó el vencimiento del plazo presidencial (1867), que coincidía precisamente con la renovación del Congreso. Balta, a estilo de los presidentes de las Repúblicas hispano-americanas, que son los que verdaderamente disponen quién ha de ser su sucesor, patrocinaba al general Echenique; la oposición presentaba a don Manuel Pardo, y como tercero en discordia aspiraba también a la suprema magistratura el Sr. Ureta.

Las elecciones fueron extraordinariamente reñidas, y con tal ocasión hizo su entrada en liza un nuevo partido llamado «el partido civil», representado por Pardo. Databan los antecedentes civilistas de éste del tiempo de la dictadura de Prado; habíase grangeado inmensa popularidad en Lima como director de Beneficencia cuando la fiebre amarilla, en 1868, y como alcalde en 1869, época en que adquirió grande impulso el embellecimiento de la capital y comenzó la reforma de las escuelas municipales.

Contra este partido civil, pues, se dispuso a luchar, para impedir su triunfo, el gobierno de Balta, secundado por los militares, empeñados en que sólo debían ascender a la suprema magistratura los que hubiesen combatido en los campos de batalla. De todos triunfó Pardo, sin embargo, lo mismo de los amigos de Balta que de los militaristas, a pesar de que a última hora había sido sustituido Echenique, persona poco grata, por el doctor Arenas, como candidato baltista.

Entonces ocurrió un hecho escandaloso, vergonzoso, indigno. En vista de que los escrutinios daban por segura la proclamación de Pardo como presidente, el ministro de la Guerra, Tomás Gutiérrez, juntamente con sus dos hermanos, jefes de infantería, perpetró un golpe de Estado con el apoyo de la guarnición de

Lima (22 de julio). Encarceló a Balta, disolvió las juntas preparatorias del Congreso y se declaró dictador; y como Balta intentara escapar de su encierro, fué asesinado allí mismo a tiros por uno de dichos hermanos (26 de julio de 1872). Indignado el pueblo atacó los cuarteles; desbandáronse los soldados; cogidos los hermanos de Gutiérrez fueron muertos a bayonetazos; Tomás cayó en poder del pueblo en el Callao; conducido el cadáver a Lima fué colgado con el de uno de aquéllos en las torres de la catedral y arrojados luego a una hoguera.

Faltando aún cuatro días para terminar el plazo presidencial, se encargó del gobierno el presidente Herencia Zevallos. Pardo, que al proclamarse dictador Tomás Gutiérrez se había refugiado en la escuadra, fiel al gobierno constituido, fué proclamado presidente y tomó posesión de su cargo el 2 de agosto (1872).

Presidencia de Pardo. La administración del jefe del «partido civil» fué acertadísima, entrando el Perú

en una era de gran prosperidad que desgraciadamente se interrumpió después. Introdujo grandes economías en el personal de empleados y militares que vivían a expensas del presupuesto; luchó contra los banqueros que abusaban de la penuria del Erario para obtener ganancias fabulosas, y fué natural que al atacar tantos intereses creados se concitase terribles enemigos. De ahí que en agosto de 1874 un capitán de artillería de reemplazo intentara asesinarle (crimen por desgracia realizado más tarde, en 1878, cuando fué elegido presidente del Senado: un malvado sargento llamado Montoya le mató de un tiro, creyéndose perjudicado por una ley sobre ascensos militares).

Pardo había encontrado la Hacienda en un estado deplorable: los gastos ascendían a 17.000.000 de soles.

y los ingresos sólo proporcionaban 8.500,000. El pago de intereses de la Deuda exterior contraída en tiempo de Balta, importaba 20.000,000 de soles, lo cual absorbía por completo el producto del guano. Aun disminuyendo los gastos en 2.000,000, las aduanas sólo rentaban la mitad, de modo que no había para atender a las más perentorias necesidades.

A esto se añadía una crisis monetaria, ocasionada por la mala administración de los Bancos de emisión de billetes, lo cual obligó a decretar la suspensión del cambio de aquéllos por plata.

El gobierno pensó entonces en monopolizar además del guano, que cada vez producía menos, las salitreras de Tarapacá, pero no tardó en verse que el tal estanco no producía ningún beneficio.

No por eso, sin embargo, dejó el gobierno de Pardo de impulsar grandemente la prosperidad del país. Ensayóse un sistema de descentralización municipal, en cuya virtud los gastos comunales corrían a cargo de los pueblos, que en cambio obtuvieron el derecho de elegir sus ayuntamientos; pero como no había personal bastante para desempeñar las funciones concejiles y no había rentas de que echar mano, la reforma resultó un fracaso.



D. Manuel Pardo

Mejores éxitos alcanzaron otras reformas; favorecióse la condición de los *coolies* chinos y japoneses — o *cholos* — tan indispensables para los trabajos agrícolas y las obras públicas; se organizó la Guardia Nacional; se mejoró la instrucción del ejército y la marina; se fomentó la instrucción popular y la superior; creóse una Escuela de Ingenieros y se dió principio a la colonización, por los cholos, de la montaña de Chanchamayo.

Como de costumbre no faltaron revoluciones, que esta vez corrieron a cargo de D. Nicolás de Piérola, antiguo ministro de Hacienda en tiempo de Balta, que se sublevó en Moquegua, al frente de una expedición embarcada a bordo del vapor *Talismán*, y del coronel Iglesias, que lo hizo en Cajamarca, pero ambas fueron sofocadas gracias a la energía desplegada por Pardo.

Terminado el plazo presidencial de éste (1876), fué nombrado para sucederle el ahora general Prado, el mismo que sublevado contra Canseco en 1865 ejerció la dictadura durante la guerra con España.

No podían ser más críticas las circunstancias en que Prado asumía el Poder supremo. Perdióse por completo la esperanza de convertir en metálico los billetes de Banco; hubo que suspender el pago de los intereses de la Deuda exterior por la baja de la renta del guano, y quedó paralizada la construcción de los ferrocarriles.

En cambio reinó la mayor agitación política. Los enemigos del partido civil, que contaban con mayoría en ambas Cámaras, hacían rudísima oposición al gobierno con el concurso de algunas autoridades. Volvió a las andadas D. Nicolás de Piérola, que se sublevó de nuevo en Moquegua a fines de 1876 y fué también

**Presidencia
de Prado.**

vencido, pero al siguiente año repetía el intento, embarcado a bordo del monitor *Huáscar*; recorrió la costa, y como hubiese detenido a algunos buques ingleses, fué perseguido por dos buques de guerra británicos, y habiéndose refugiado en Iquique, entregó allí el monitor a la escuadra leal. De cada vez más violenta la oposición al partido civil, ocurrió al año siguiente el asesinato de D. Manuel Pardo de que hablamos. Fué muy satisfactorio en cambio que después del armisticio con España, concluído en 1871, en tiempo de Balta, se firmara por fin un convenio de paz y amistad (1879).

Guerra del Perú con Chile. Hablamos ya anteriormente de esta campaña, por lo cual no hemos de insistir en su relación. Recordaremos solamente que la pérdida del departamento de Tarapacá movió al presidente Prado a abandonar el Perú para procurarse buques de guerra en el extranjero, dejando encargado del mando al vicepresidente general La Puerta. De aquella ausencia y del descontento del país se aprovechó Piérola para sublevarse de nuevo, saliéndole bien esta vez. Puesto al frente de alguna parte del ejército atacó y derrotó a La Puerta y se proclamó dictador, al mismo tiempo que los bolivianos, aliados del Perú, derribaban al presidente Daza y proclamaban en su lugar al general Campero.

Organizó Piérola la defensa lo mejor que pudo, y una vez se apoderaron los chilenos de la capital, según anteriormente queda referido, emprendió el camino de la sierra para proseguir allí la resistencia (enero de 1891).

En tal estado las cosas, ocurrióseles a unos notables de Lima reunirse y proclamar un nuevo gobierno, presidido por D. Francisco García Calderón (21 de

febrero de 1881). Reconociéronlo los chilenos, que habían manifestado no querer tratar con Piérola, y, desde luego, decretó García Calderón el restablecimiento de la Constitución de 1860. Reunido en Chorrillos el antiguo Congreso de 1879, confirmó la elección de los notables de Lima y nombró vicepresidente al almirante Montero, comandante general de Cajamarca nombrado por el dictador.

Seguía entre tanto la resistencia de Piérola en las provincias del Centro, con el apoyo de los indios. Debían buscarle los chilenos en Yanja, que era donde se hallaba; pero en vez de hacerlo así fuéronse hacia Tarma, Cerro de Pasco y Huánuco, donde recogieron importante botín de guerra e impusieron contribuciones; otra expedición, salida de Trujillo, ocupó a Cajamarca (8 de agosto de 1881), pero sólo temporalmente.

No tardó en quedar desvanecida la confianza que tenían los chilenos de que García Calderón se allanaría a entablar negociaciones de paz; sabedores, en efecto, de que andaba en tratos con los diplomáticos yankees para obtener las condiciones más ventajosas posibles, le prendieron y deportaron a Chile, juntamente con otros de su cuerda (noviembre de 1881).

Quedó investido ahora con la jefatura el vicepresidente Montero, que se instaló en Cajamarca, pero no se hallaba dispuesto Piérola a que se le disputase el primer puesto. Había reunido una Asamblea en Ayacucho, ante la cual se había despojado de la dictadura, siendo en cambio proclamado presidente, pero no quiso reconocerle Montero, lo cual le movió a dimitir el mando para retirarse a Europa (21 de noviembre de 1881).

Subsistían aún, con grande ánimo, las fuerzas que

el dictador había tenido a sus órdenes, y a cuyo frente se hallaba ahora, en la quebrada del Rimac, el general Cáceres, que se había distinguido brillantemente como coronel, contra los chilenos, en las batallas de San Juan y Miraflores. Cáceres reconoció la autoridad de Montero, a quien habían reconocido también los Estados Unidos y Bolivia, y a pesar de que parecía inútil toda resistencia, continuó combatiendo con la mayor bizarría, hasta llegar muchas veces sus guerrillas a la vista de Lima.

Admirable era la resistencia que oponían aquellas bizarrísimas tropas, defensoras del honor del Perú. A últimos de 1881 salía contra Cáceres el general Lynch, para desalojarlo del valle del Rimac, fracasando en su intento y sin poder pasar de Chicla. Poco después, al comenzar enero, partía en su busca el coronel Gana, al frente de una columna de 4,000 hombres, sin mejor resultado, hasta que fué relevado por el coronel Canto, que por fin logró ocupar a Tarma y Tanja, mientras, ante la superioridad del enemigo, y después de un empeñado combate en Pucará, a algunos kilómetros de Huancayo, se retiraba Cáceres a Ayacucho. ¡Y hacía más de un año que los chilenos habían entrado en Lima!

Allí se hallaba el valiente héroe de la resistencia nacional cuando se vió atacado por algunas fuerzas peruanas, procedentes de Ica, cuyos jefes pretendían arrebatarle el mando de sus tropas, pero fueron puestas en dispersión.

«La división chilena de Canto, dice Carlos Wiese, permaneció seis meses en la sierra librando combates en todas direcciones con los indios de esas comunidades, armados de hondas, rejonos y de muy pocas armas de fuego, que servían de auxiliares de las escasas fuerzas regulares que obedecían a Cáceres.

«Aquellos indios peleaban como guerrilleros; atacaban los puestos aislados y presentaban combate a las partidas destacadas de las ciudades en demanda de víveres y provisiones. Cada encuentro les costaba gran número de muertos y el saqueo e incendio de sus aldeas, pero su constancia nunca desfalleció y tomaban el desquite de las crueldades de los invasores con no dar cuartel a los vencidos.



El coronel D. Miguel Iglesias

«Diezmada la división chilena por los combates y las enfermedades, emprendió su retirada a Lima, siendo perseguida por las fuerzas de Cáceres, que se había destacado de Ayacucho. Libróse en esta retirada la serie de combates de Pucará Marcavalle (9 de julio de 1882), y una fuerza chilena fué sorprendida y aniquilada en Concepción por los guerrilleros indios el mismo día.»

Mientras Cáceres mantenía erguido el pabellón peruano en el Centro, aquel coronel Iglesias de quien dijimos se había sublevado contra el presidente don Manuel Pardo en Cajamarca, a la vez que se levantaba Piérola en Moquegua y había sido nombrado ahora por Montero gobernador de las provincias del Norte, con residencia en Cajamarca, derrotaba en San Pablo (13 de julio de 1882) a una fuerza chilena procedente de Trujillo. Los invasores enviaron entonces contra

Iglesias una fuerte expedición que llegó hasta Cajamarca, incendió varios templos de esta ciudad y entregó a las llamas a Chota, después de lo cual regresó a la costa pasando por Chiclayo.

Envanecido Iglesias con sus triunfos, como si nada significaran los de Cáceres, convocó a fines de agosto una Asamblea, que se reunió en Cajamarca, se arrogó el título de *Presidente Regenerador de la República* y se hizo otorgar amplias facultades para concertar la paz (mayo de 1883, más de dos años después de haber entrado los chilenos en Lima).

El nuevo gobierno fué reconocido por el partido llamado *nacional*, acaudillado por Piérola, que a la sazón continuaba todavía en Europa, después de su dimisión en noviembre de 1881.

Protestaron Montero y Cáceres de la actitud de Iglesias, y los chilenos organizaron una nueva expedición contra el segundo, que seguía campando en el valle del Rimac. Esta vez los invasores consiguieron abrumarle con su superioridad numérica, y Cáceres se vió obligado a internarse, retrocediendo hasta Tarma y el Cerro de Pasco, en el corazón de los Andes.

«Comenzó entonces, dice Carlos Wiesse, la memorable retirada al Norte. Considerando Cáceres que el Centro estaba exhausto y que no podía proporcionarle los recursos necesarios a la continuación de la campaña, resolvió trasladar las operaciones a Huaraz y Cajamarca. En ejecución de este plan, las tropas peruanas, burlando a las que las perseguían en Junin, se encaminaron al departamento de Ancachs.

«Los chilenos habían enviado por mar otra división de sus tropas al mando de Arriagala, para que penetrase en el Callejón de Huaylas y cortase la retirada a los peruanos que venían del Sur. Cáceres logró

también evitar su encuentro, mediante una marcha penosísima por los altísimos senderos de la Cordillera Nevada y cayó sobre la provincia de Huamachuco, del departamento de la Libertad.

«En las posiciones próximas a la ciudad de Huamachuco se había colocado y esperaba al ejército peruano una tercera división chilena salida de Trujillo al mando del coronel Gorostiaga, fuerte de 2,000 hombres. Cáceres, con los 1,500 hombres que le quedaban después de su larguísima marcha, atacó esas posiciones, pero fué derrotado (10 de julio de 1883) y se retiró casi solo a los departamentos del Centro, con ánimo de levantar nuevas fuerzas.

«La batalla de Huamachuco puede considerarse como el último heroico esfuerzo del valor nacional, pues aun cuando Cáceres logró aún reunir alguna tropa, la inferioridad numérica de ésta y su falta de recursos le impidió emprender operaciones militares de importancia.»

La paz con
Chile.

Comprometido Iglesias ante la Asamblea de Representantes del Norte a entablar negociaciones de paz con los chilenos, llevó adelante aquellas hasta el punto de que los invasores desocuparon las provincias septentrionales y el *Presidente Regenerador de la República* pudo trasladarse a Lima. El 20 de octubre (1883) firmaban los plenipotenciarios de Chile y los de Iglesias el tratado de Ancón — del cual queda hecho anteriormente mérito —, ratificado por una Asamblea convocada al efecto en agosto siguiente.

Montero, que continuaba en Arequipa, tuvo que abandonar la ciudad y licenciar a sus tropas ante el envío de una fuerte división chilena que ocupó en seguida dicha población. Cáceres, que continuaba arma

al brazo en el Centro declaró a su vez que si bien no reconocía la presidencia de Iglesias, respetaría el tratado de Ancón, y con esto dieron los chilenos por terminada la campaña y regresaron a su país (agosto de 1884) al cabo de seis años de guerra.

La guerra civil. Era inmensa la popularidad de Cáceres, ya que en él se veía encarnada la causa nacional, mientras era cada día más aborrecido Iglesias, sometido, según creían los patriotas, a la decisiva influencia de Chile.

Decidido Cáceres a hacer triunfar el partido a que pertenecía, se apresuró a caer sobre Lima en cuanto se hubieron marchado los chilenos; pero no contando con fuerzas bastantes tuvo que desistir del propósito de apoderarse de aquella capital y se trasladó a Arequipa para organizar allí un nuevo ejército, mientras Iglesias obtenía la victoria sobre las fuerzas revolucionarias que se habían establecido en Trujillo.

No se desalentó por ello Cáceres; enderezóse desde Arequipa al valle de Yanja, y aunque en Huaripampa chocó con una fuerte división enviada contra él por el gobierno, logró, maniobrando hábilmente, recoger las tropas que de momento se habían dispersado, y ejecutando una atrevida marcha por la cordillera cayó de improviso sobre Lima, con general asombro de los moradores.

Entablóse un reñido combate, primero en las cercanías y después en las calles, hasta que convencido Iglesias de que no podría continuar en el gobierno se allanó a resignar el mando en un Consejo de ministros nombrado de acuerdo entre él y Cáceres. Dos años había durado la lucha civil, siendo de admirar la constancia demostrada siempre por el caudillo nacional y los que seguían sus banderas.

Convocados los comicios por el gobierno provisional para la elección de presidente, alcanzó mayoría el general D. Andrés Avelino Cáceres, que tomó posesión del cargo en junio de 1886.

**Presidencia
de Cáceres.**

Por fin, al cabo de tantos trastornos, quedaba perfectamente restablecida la tranquilidad, sin que hubiese que deplorar ninguna revolución durante los cuatro años de la presidencia de que hablamos. Necesario era, en efecto, algún reposo para salir de la apurada situación en que había llegado a encontrarse el país, y la primera condición para ello era la estabilidad; de ahí que el partido *civil*, fundado por D. Manuel Pardo en 1872, tomara parte en la administración y que los demócratas permanecieran a la expectativa.



**El general
D. Andrés Avelino Cáceres**

En los primeros años (1886-1888) aprobaron las Cámaras la creación de *Juntas departamentales*, que fué dar un importante paso en el camino de la descentralización administrativa, y se vieron en la necesidad de votar nuevos impuestos, como fueron la contribución personal y el gravamen sobre tabacos y alcoholes.

Sensible fué tener que apelar a tales medios, pero no cabía otro recurso, por haber sido cedidos a Chile los depósitos de guano y las salitreras de Tarapacá,

cuyos productos constituían la parte más importante de los ingresos. Mucho más grave fué, sin embargo, el restablecimiento de la circulación metálica en el comercio, con lo cual los billetes de Banco, que era la única moneda en uso desde 1879, perdieron completamente todo su valor. También hubo que poner mano, en sensibles condiciones, en el arreglo de la Deuda exterior, que ascendía a 280.000,000 de soles; y como no había de donde sacar las sumas necesarias para las atenciones de aquélla, dispuso el gobierno la cesión de los ferrocarriles del Estado, por sesenta años, a los tenedores, si bien a condición de repararlos y prolongarlos, y la concesión de 2.000,000 de hectáreas de terreno para ser colonizado.

**Presidencia
del coronel
Morales Ber-
múdez.**

Terminado el plazo presidencial de Cáceres (1890), dióse el caso de que triunfara el candidato opuesto al que apoyaban los partidos demócrata y civil, o sea el coronel Morales Bermúdez, hechura de Cáceres y representación del antiguo militarismo, durante cuya pacífica administración acabaron de construirse los magníficos ferrocarriles de Puno y de la Oroya, en los Andes.

Por desgracia, la muerte de Morales Bermúdez, acaecida ya próximo a expirar su plazo presidencial,



D. Remigio Morales Bermúdez

dió ocasión a que, al cabo de ocho años de paz, se desataran de nuevo las pasiones y volvieran a combatirse sañudamente los partidos.

La coalición cívico-demócrata. Harto claramente se veía, ya desde antes de fallecer el presidente, que las próximas elecciones revestirían un carácter de lucha a todo trance. De un lado estaba Cáceres, con el apoyo de muchos hombres políticos y jefes militares; del otro, había surgido un nuevo bando, sobre la base de los civilistas, capitaneado por el doctor Valcárcel.

Muerto Morales Bermúdez correspondía encargarse del gobierno el primer vicepresidente, Solar, pero no fué así, sino que se apoderó del mando el vicepresidente segundo, D. Justiniano Borgoño, con el concurso del ejército. Convocado el pueblo a elecciones generales para un nuevo Congreso y para presidente de la República, abstuvieron de tomar parte en ellas los civilistas, a cuyo frente se hallaba el doctor Valcárcel, y los demócratas de Piérola, procedentes del antiguo *partido nacional*, por lo cual alcanzó pleno triunfo el general Cáceres (1894).

No tardaron en verse, desgraciadamente, las consecuencias del retraimiento. Unidos los civilistas y los demócratas levantaron numerosas montoneras — o guerrillas de caballería —, que hacían frente a las tropas de Cáceres desde los puntos en que se hallaban enriscadas. Para colmo de males presentóse D. Nicolás de Piérola, emigrado desde la elección de Bermúdez en 1890, y se puso al frente de las partidas de Cañete, Yangos y Huarochiri, que reorganizó con gran presteza, convirtiéndolas en temibles cuerpos militares.

Y sucedió que de igual manera que el general Cáceres había entrado en Lima y arrojado del Poder a Iglesias en 1886, entró ahora en la capital D. Nicolás

de Piérola, que depuso a Cáceres, después de un sangriento combate en las calles (marzo de 1895).

Constituída una junta provisional de gobierno, a cuyo frente fué puesto D. Manuel Cándamo, jefe del partido civil, procedióse a elegir nuevo presidente constitucional, resultando proclamado Piérola (1895).

Era éste un admirable político, a pesar de las numerosas insurrecciones que había promovido, ya contra Pardo, ya contra Prado, ya contra La Puerta, ya contra García Calderón. Gozaba de grandísima popularidad y esto le permitió sortear la oposición de las Cámaras, compuesta del grupo de Valcárcel, separado de los civilistas históricos, y de la fracción de los independientes; proponíase Piérola que se reconciliaran los antiguos civilistas y los demócratas, enemigos encarnizados hasta entonces, y así lo consiguió.

Su gestión fué acertada; durante su período presidencial se introdujo el voto directo en las elecciones populares; rebajáronse las atribuciones de las Juntas departamentales creadas en tiempo de Cáceres con miras descentralizadoras; fué suprimido el impuesto personal; limitóse la acuñación de la plata y se procedió a la de monedas de oro, equivalentes a una libra esterlina inglesa, fijándose la relación entre ambos patrones. Se reorganizó la Hacienda y se puso orden en los gastos; establecióse el servicio militar obligatorio, y se encargó la instrucción del ejército a algunos oficiales franceses, bajo cuya dirección reanudó sus enseñanzas la Escuela Militar. Finalmente se procedió a la modernización de Lima y adquirió grande impulso la edificación en el lado del Sudoeste con la construcción de magníficas avenidas.

Poco antes de terminar el plazo constitucional de Piérola se procedió al arreglo de la cuestión de las

provincias de Tacna y Arica, que, según dijimos, debía resolverse por un plebiscito, pero la Cámara de Diputados de Chile impidió la aprobación del protocolo.

CAPÍTULO XII

LOS ÚLTIMOS PRESIDENTES DEL PERÚ

PRESIDENCIA DE ROMAÑA. — PRESIDENCIA DE CANDAMO.
— PRESIDENCIA DE PARDO. — LAS ÚLTIMAS PRESIDENCIAS.

(1899-1916)

**Presidencia
de Romaña.**

Terminado felizmente el plazo presidencial de D. Nicolás de Piérola, pusieron de acuerdo los dos partidos, civilista y democrata, en los que se había apoyado, para presentar una sola candidatura, por lo cual resultó elegido, sin contrincante, D. Eduardo López de Romaña, que tomó posesión del mando en septiembre de 1899.

En nada se alteró la tranquilidad reinante; el Perú siguió prosperando en todos los órdenes; continuó el desarrollo de sus principales fuentes de riqueza: la agricultura y la minería; construyóse el ferrocarril andino de la Oroya al Cerro de Pasco, obra previa para la explotación de las inmensas minas de cobre de dicha



D. Eduardo López de Romaña

localidad; y al descender de su sitio el Sr. Romaña, pudo sentirse satisfecho de su gobierno (1904).

Próximo a terminar el plazo presidencial de Romaña estalló una excisión en la coalición cívico-democrática. Los civilistas se separaron de los otros, y unidos al partido llamado *constitucional*, cuyo caudillo era el general Cáceres, presentaron candidato propio contra el de los demócratas, obteniendo el triunfo con la elección de su jefe D. Manuel Candamo.



D. Manuel Candamo

Desgraciadamente falló este eminente hombre político a los ocho meses de ejercer la suprema magistratura, y como ya antes que él había pasado a mejor vida el vicepresidente primero don Lino Alarco, tuvo que encargarse del gobierno el segundo, D. Serapio Calderón, que, conforme a la Constitución, convocó a nuevas elecciones.

Difícil hubo de ser su gestión durante la interinidad: habían surgido algunos conflictos armados, entre peruanos y brasileños, por cuestión de límites, en los territorios del alto Yurús y el alto Yurna, cedidos por Bolivia al Brasil a pesar de reclamarlos el Perú por suyos. Afortunadamente discutiéronse con tranquilidad las diferencias y se llegó a un acuerdo.

También ocurrieron inquietantes disensiones, por

igual causa, con el Ecuador, siendo derrotado un destacamento ecuatoriano por otro peruano en Lagoteros, sobre el Napo (julio de 1904), por pretender ambos países la posesión de dicho río, pero asimismo se pudo zanjar pacíficamente el litigio.

**Presidencia
de D. José
Pardo.**

Convocados los comicios, fué elegido presidente D. José Pardo, que tomó posesión en septiembre (1904). Señálase el período de este gobernante por el interés que desplegó en el impulso de la ilustración, a cuyo efecto tomó el gobierno a su cargo la dirección de la primera enseñanza y creó importantes establecimientos de instrucción técnica. Procedióse, por otra parte, a la reorganización del ejército, según los planes de los instructores franceses, y se puso en planta la ley del servicio militar obligatorio decretada en tiempo de Piérola, desapareciendo así, definitivamente, el sistema de reclutamiento de soldados indígenas, que constituían el grueso de los cuerpos del ejército. Igualmente se puso atención en el fomento de la marina, con la adquisición de nuevas unidades.

Tocante a lo económico, procedióse a la prolongación de los ferrocarriles andinos y se proyectó otro hasta el Usayalí.

Terminado el plazo presidencial de D. José Pardo,



D. José Pardo

de grata recordación, fué elegido en su reemplazo a D. Augusto E. Leguía, antiguo ministro de Hacienda en tiempo de Candamo y de Pardo y muy renombrado por su habilidad y rectitud, aunque no se libró de una oposición muy ardorosa.

Fué sustituido, en 1912, por D. Guillermo Billinghurtz, que dimitió, y fué reemplazado por don José Pardo Barrera, actual presidente, que tan brillantemente había ejercido su cargo en el cuatrienio de 1904 a 1908.

CAPÍTULO XIII

GEOGRAFÍA.—GOBIERNO.—VIDA ECONÓMICA

GEOGRAFÍA. — GOBIERNO. — LOS PARTIDOS. — LA POLÍTICA. — RELACIONES INTERNACIONALES. — HACIENDA. — COMERCIO. — AGRICULTURA. — MINERÍA. — INDUSTRIA. — VÍAS DE COMUNICACIÓN. — EJÉRCITO Y MARINA.

Geografía. Ocupa el Perú una extensión de 1.147,000 kilómetros cuadrados, o sea cuatro veces la de España; con todo, sus límites son aún hoy difíciles de fijar, por los litigios con el Brasil, el Ecuador, y Bolivia; pero aun dando de barato que tuviera que ceder algo, aun le quedarían un millón de kilómetros cuadrados.

La población se calculaba, en 1910, en 4.700,000 almas: el 57 por 100 indios, de raza quichúa, el 24'8 mestizos, el 13'8 blancos y el 11'9 negros. Resulta, pues, un intermedio entre Chile, Argentina y Uruguay, criollos, y el Paraguay y Bolivia, semi-indios.

«El Perú, dice Dora Mayer, que originariamente fuera un inmenso imperio, durante la colonia un virreinato poderoso, y en todo tiempo un colosal foco de riquezas, en el cual como en ninguno, si se exceptúa a Méjico y Guatemala, ha dejado la antigua cultura de los Incas ancha huella de su avanzada civilización, si bien ha perdido mucha parte de su primitivo territorio, como consecuencia de las desmembraciones

sufridas en su accidentada vida de nación, conserva casi intactas las maravillosas riquezas que tanta fama y poderío le dieran otrora.»

El territorio ofrece muchísimos accidentes, de lo cual resulta una gran variedad de zonas y altitudes propicia a toda suerte de cultivos y explotaciones. Divídese en *costa*, desde el Pacífico a la cordillera; *sierra*, de 1,500 a 3,000 metros sobre el nivel del mar, muy cultivada y poblada por blancos; *puna*, de 3,500 a 4,500 metros de altitud azotada por furiosos vientos y nevascos; la *cordillera*, zona de peñas desnudas y glaciares, y, por fin, la inmensa, fertilísima y arbolada *montaña*, así llamada a pesar de ser el terreno llano. La cumbre más elevada es el Huascán, a los 6,721 metros de altitud, y, por lo tanto, superior en 411 metros al famoso Chimborazo. El volcán más importante es el Misti, a 5,640 metros de altitud, con su cima cubierta de nieve, al Noroeste de Arequipa, en zona de obligado tránsito para pasar a Bolivia.

Los ríos más caudalosos son los que vierten sus aguas en el Amazonas, bajando desde la vertiente oriental andina: Alto Marañón, Huallaga, Huyacali, Apurímac, etc. Los ríos que nacen en la vertiente occidental son poco caudalosos, y aun algunos no llegan siquiera a desembocar en el mar, perdiéndose en los arenales de la costa.

El clima es suave en el litoral y fresco y aun glacial en la sierra. No llueve nunca en la costa, y sólo durante seis meses reina una niebla húmeda que favorece la vegetación.

Nada más rico que su flora y su fauna. Entre las infinitas producciones agrícolas figuran el algodón y el azúcar, en los valles de la costa; el café, el cacao, el tabaco, el arroz, el maíz, del cual se obtiene la

chicha; el trigo, la patata, la vid, el olivo, el ramo, el caucho, o jebe, paltas, naranjas, granadillas, chirimoyas, mangos, camotes, o batatas, melones, cocos, dátiles, etc. Son muy características del Perú la coca, la quina y el chumayo, poderosos tónicos, y otras plantas medicinales, como la cascarilla, la ipecacuana, la zarzaparrilla, la jalapa, el estoraque, el sagú, etc. Abundan también hasta el infinito los árboles maderables: el cedro, la caoba, el ébano, el palisandro, el jacarandá, el laurel, y no son menos numerosas las plantas tintóreas.

La *fauna* es también muy típica; figuran en primer lugar en ella los llamas, guanacos, alpacas y vicuñas, llamados los camellos de América; las chinchillas, las viscachas, infinidad de especies de monos; las selvas están pobladas de loros, y se ciernen los cóndores sobre los más elevados picos.

La ganadería sólo prospera en los valles del interior, con excepción del caballo, la mula y el cerdo, que se crían bien en la costa.

El litoral es abundantísimo en pesca, y especialmente en cangrejos, que se extraen por millares de millones.

El reino mineral del Perú es uno de los más espléndidos; hay abundancia de yacimientos de oro, plata, hierro, cobre, carbón, azufre, plomo argentífero, estaño, asfalto y petróleo.

El guano, que fué cuarenta años atrás el producto más rico del Perú, se va agotando rápidamente. Por igual causa ha habido que abandonar muchos antiguos lavaderos y minas de oro.

Gobierno. Es republicano democrático representativo y unitario; la nación profesa la religión católica.

Desde la consecución de su independencia hasta hoy han regido en el Perú ocho Constituciones: la de 1823, la de Bolívar, las de 1828 y 1834, la de 1839 o de Huancayo, y las de 1857, 1860 y 1867. La hoy vigente es la de 1860, sancionada durante la presidencia del gran mariscal Castilla.

La soberanía reside en la Nación, y su ejercicio está encomendado a los tres Poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial. Sólo se aplica la pena de muerte en los delitos de homicidio calificado; no hay esclavitud, a lo menos legalmente, por más que se hayan registrado lamentables hechos en las explotaciones de caucho de la provincia de Loreto. Están garantizadas la libertad de imprenta, de industria, de enseñanza y de asociación; la inviolabilidad de la correspondencia, de la propiedad y del domicilio, y el derecho de petición.

El ejercicio de los derechos políticos se adquiere a los veintiún años, o antes por matrimonio. El jefe del Poder Ejecutivo es el presidente de la República, elegido por cuatro años; hay dos vicepresidentes y cinco ministerios: Relaciones Exteriores, Gobierno, Hacienda, Justicia, Culto e Instrucción pública, y Fomento.

El Poder Legislativo consta de dos Cámaras: Senadores y Diputados, en número, respectivamente, de 51 y 108. Las Cámaras se renuevan cada trienio por terceras partes.

El Poder Judicial está ejercido por una Corte Suprema, nueve Cortes superiores departamentales, juzgados de primera instancia y juzgados de paz.

El territorio está dividido administrativamente en diez y siete departamentos, y éstos en provincias; siete de los primeros son costaneros: al Noroeste se

extiende el de Pinra, y siguiendo de Norte a Sud encuéntranse los de Lansbayegue, Libertad, Ancachi, Lima, Ica y Arequipa; en el interior y la sierra se hallan los de Cajamarca, Amazonas, Huánuco, Junin, Ayacucho, Huancavelica y Apurímac.

El pabellón nacional presenta tres bandas verticales: roja, blanca y roja.

Las ciudades más pobladas son: Lima, con 140,000 habitantes; Lambayeque, con 51,700; Arequipa, con 50,000; El Curzo, con 26,000; El Callao, con 25,000; Cerro de Pasco y Ayabaca, con 20,000.

El himno nacional contiene algunas estrofas que no pueden menos de herir profundamente los sentimientos de todo español.

Los partidos. Franqueado el acceso a todas las profesiones y extendidos a todos los ciudadanos los derechos políticos, se han constituido las diversas clases sociales sobre la base de la fortuna, como ocurre en todos los países democráticos.

El comunismo teocrático de los Incas, primero, y después el sistema colonial, obraron a no dudar aletargando el sentimiento nacional en la mayoría de los indígenas, a pesar de algunas tentativas como la de Tupac Amaru. Sólo comenzó el país a darse cuenta de su personalidad al iniciarse el movimiento de independencia con la campaña de San Martín, habiendo ejercido después grande influencia la revolución de 1854, promovida por el general D. Ramón Castilla, gracias a los cuales movimientos fueron abolidas la esclavitud de los negros y la servidumbre de los indios.

Alcanzada la emancipación con el concurso de caudillos no nacidos en el Perú, como San Martín y Bolívar, hubo desde un principio que luchar con el predominio

del militarismo y la sobreexcitación de las pasiones.

«Después, dice Carlos Wiesse, la falta de educación social produjo las temeridades de la inexperiencia, la frecuente manía de regenerar súbitamente la nación por simples decretos, la pretensión más absurda de asegurar el imperio de la ley y las libertades públicas con turbulencias continuas, los golpes de Estado sin objeto y la imprevisión de políticos sin sistema.

«Las primeras agrupaciones de partidos nacieron con las rivalidades entre los jefes militares bolivaristas y antibolivaristas; después vino la división complicada con una lucha internacional, entre autonomistas y confederados y entre liberales y autoritaristas, impropiaamente llamados conservadores, cuya existencia y evolución se subordinó a las de candillos rivales, como Vivanco, Castilla y otros que eran liberales o conservadores de circunstancias, con mayor o menor prestigio militar. Surgió más tarde el civilismo, cuyo ideal de suprimir el predominio de los militares se consumó muy pronto. Actualmente cada partido podría adoptar el programa del otro. Su principio de unión consiste en las afinidades intelectuales, morales y de intereses entre sus miembros para la ejecución de programas intermedios entre principios exclusivos.

«No han existido ni partidos confesionales ni sectas religiosas.»

La política. Nada perturbaba la vida política en los tiempos del virreinato; las únicas discusiones estribaban en las elecciones para los cargos conventuales, que daban motivo a que los habitantes se dividieran en partidos que se combatían acaloradamente.

Alcanzada la emancipación apoderáronse del gobierno algunas personalidades criollas bajo la voluntad

suprema de un caudillo militar, hasta que, extendiéndose cada vez el poder de la opinión pública, se acabó por sobreponerse a la hegemonía militarista, hasta llegar al presente estado en que puede decirse que los gobiernos son representación de la voluntad del país, a la manera que en otras naciones, o sea cuando menos en apariencia.

«La elección del cuerpo legislativo, dice el señor Wiesse, a menudo viciada, primero por la presión de los gobiernos, después por el fraude y la corrupción de los grupos políticos, ha dado muchos Congresos, dóciles unas veces a la voluntad de un personaje dominante, otros con mayorías opresoras y minorías intransigentes. De todos modos se ha efectuado un progreso en el sentido de tenerse una conciencia más exacta de las verdaderas necesidades de los pueblos... Los Congresos, por otra parte, se van reduciendo a la función de fiscalizar los actos del gobierno y de dar leyes de carácter general, apartándose del sistema parlamentario puro o del gobierno por intermedio de ministerios indicados y aceptados por las mayorías.

«En esta evolución desempeña actualmente importante papel la prensa diaria, que ha conquistado definitivamente completa libertad.»

Infinitamente más severo se muestra el crítico limeño D. Manuel G. Prada al apreciar la historia de su país. «La historia de muchos gobiernos del Perú, dice, cabe en tres palabras: *imbecilidad en acción.*» Y refiriéndose a los partidos políticos: «Los mal nombrados partidos políticos del Perú son fragmentos orgánicos que se agitan y claman por un cerebro; pedazos de serpiente que palpitan, saltan y quieren unirse con una cabeza que no existe. Hay cráneos, pero no cerebros. Ninguno de nuestros hombres pú-

blicos asoma con la actitud vertical que se necesita para seducir y mandar.»

Relaciones internacionales. Como consecuencia de las guerras civiles, hubieron de quedar perjudicados muchos extranjeros, y de ahí las poco agradables reclamaciones que por largos años llovieron sobre el Perú, hasta que por fin se arregló todo después de finiquitada la guerra con España. Están en vías de pacífica solución las cuestiones de fronteras con Bolivia, Brasil, Colombia y Ecuador, pero en cambio resulta no poco inquietante la política imperialista de los Estados Unidos, «quienes a la vez de declararse enemigos de toda intervención europea en América, dice el Sr. Wiese, y reconocedores de la autonomía de cada uno de sus Estados, aspiran a asentar la hegemonía de su nación sobre todo el Continente».

Hacienda En el presupuesto de 1908 se calcularon los ingresos en 2.997,443 libras esterlinas, pero sólo ascendieron a 2.861,300. La Deuda exterior ascendía en 1910 a 3.140,000 de igual moneda.

Durante gran parte del siglo XIX los recursos fiscales procedían casi exclusivamente del guano, pero el agotamiento de los depósitos de este abono hizo que el movimiento económico volviera a sus cauces naturales, o sea a las contribuciones sobre los particulares, al fomento de la producción y al aumento de la fortuna privada.

Comercio. Importante factor fué la aspiración a la libertad de comercio, contra el monopolio de la metrópoli, en el movimiento emancipador de las colonias americanas, y entre ellas, como una de las primeras, el Perú.

Independiente el virreinato y obtenida la susodicha libertad, circuló como nunca hasta entonces la riqueza

y se desarrolló en consecuencia la vida material; pero, como hace notar el autor antes citado, «este movimiento en veces fué detenido por la acción de los gobiernos que disminuyeron, como en 1837, la cantidad y ley del metal contenido en la moneda o por los abusos del crédito que produjeron la crisis económica de 1875, reagravada por causa de la guerra de 1879. Actualmente, por el temor de la reaparición de esos accidentes, se mantiene únicamente la moneda metálica de oro en las transacciones corrientes».

En el quinquenio de 1790-1794 la exportación del Perú a Cádiz ascendía a cerca de 28.000,000 de pesos.

En el quinquenio de 1862-66 fué de 173.629,759 pesos, equivalente cada uno a ocho reales; la exportación del guano produjo 40.500,000 pesos.

En el quinquenio de 1870-74 bajó la exportación 84.000,000 de soles, y subió la del guano a 111.500,000.

De 1902 a 1906 se exportaron productos nacionales por cerca de 232.000,000 de soles, de a 24 peniques.

Adoptado el sistema monetario inglés, ascendía el valor de las importaciones, en 1908, a 5.295,625 libras, y el de las exportaciones a 5.375,712, o sea un total de 10.671,337. El mayor comercio, casi la mitad, es con Inglaterra, y luego con los Estados Unidos, Alemania, Francia, Chile, Italia, Bélgica, Ecuador y Bolivia. Los principales artículos de exportación son azúcar, minerales, algodón, lana y caucho.

Agricultura. El gobierno favorece en cuanto es posible su progreso con la multiplicación de escuelas y granjas, especialmente en lo relativo al cultivo de la caña de azúcar, algodón y viñedos, como fomenta también la ganadería.

Para la explotación del caucho se conceden toda suerte de facilidades, incluso la cesión gratuita

de lotes, o su arriendo, con un mínimo canon.

El Perú se halla comprendido en la categoría de los países productores de materias primas, agrícolas y mineras. Prevalece en las explotaciones agrícolas del litoral la grande industria, pero en el interior la propiedad está más repartida entre los indígenas.

Los indios de la sierra se dedican, además de la labranza en su territorio, a braceros en los cultivos de los valles de la costa y de la *montaña* (que, repetimos, no es tal montaña, sino una llanura boscosa, lindante con el Brasil); pero, además, los propietarios del litoral emplean también *cholos* o chinos.

Sea como fuere, el Perú, aunque su vida económica aparezca mucho más próspera que en la época colonial, ha quedado rezagado en comparación de la Argentina y Chile, siendo así que éstos figuraban antes en segundo término y el Perú caminaba al par de Méjico.

Minería. Encuéntrase oro en todo el territorio, ya en cuarzo, ya mezclado con minerales metálicos, ya de depósitos de aluvión, ya de pepitas en las arenas de los ríos. Su producción varía de 1,500 a 3,500 kilogramos al año. Las minas de plata se explotan principalmente en Cerro de Pasco y Hualgayoc. La producción excede de millón y medio de onzas. Modernamente constituyen importantes explotaciones las del asfalto y el petróleo.

Industria. Las principales industrias son las de la transformación de los productos minerales y vegetales: laboreo de metales, refineries de petróleo, ingenios, fabricación de alcoholes, vinos y chicha. Fabricanse hermosas mantas y otros tejidos de lana y algodón, aunque sin la importancia que en la época colonial, y es muy activa la manufactura de sombreros de paja en Catacaos y otras localidades.

Vías de comunicación.

Siempre ha sido preocupación constante de los gobiernos del Perú facilitar las comunicaciones entre las diversas provincias y las de éstas con el mar o con los ríos navegables de la cuenca del Amazonas. «En la costa del Perú los desiertos, en la cordillera las escabrosidades, riscos y tempestades; en la montaña la insalubridad y los bosques, en la totalidad del territorio las largas distancias y las comunicaciones difíciles, dice el historiador Sr. Lorente, se oponen a la acción expedita de las fuerzas civilizadoras.»

De ahí el empeño en la construcción de vías férreas: en la parte más septentrional la de Piura a Payta, con nuevos ramales; en el Sur las de Perreñafe, Lambayeque y Chiclayo a los puertos de Pimentel y Eteu; la de Pacasmayo a Cajamarca, a través de la primera cadena del sistema andino; la de Trujillo a Salaberry; la de Lima a la Oroya y el Cerro de Pasco, que en un trecho de 220 kilómetros asciende desde el puerto del Callao a 3,712 metros de altitud; la de Pisco a Ica; la de Mollendo a Pano; la de Moquegua a Ilo, y otras muchas. Pero aun así no bastan esas líneas, ni de mucho, para la facilidad de las comunicaciones, de suerte que hay que hacer muchos viajes y transportes a lomo de mula; gracias a que valiéndose del Amazonas, navegable desde 4,000 kilómetros al interior, se puede salir fácilmente al Atlántico. De ahí la actividad con que se procede para unir por ferrocarril la región amazónica y la del Pacífico. Respecto a telégrafos, cuéntase con 3,200 millas de líneas.

Ejército y Marina

El ejército tiene en tiempo de paz un efectivo de 12,300 hombres, que asciende en pie de guerra a 83,000. La marina es muy deficiente para las exigencias del día.

CAPÍTULO XIV

LA CULTURA

**LAS CIENCIAS. — LETRAS. — EL PERIODISMO. — EL TEATRO.
BELLAS ARTES.**

Las Ciencias. Desde mediados del siglo XIX atendieron los gobiernos a la difusión de la cultura científica y artística, haciendo más metódica y completa la enseñanza en las carreras facultativas y posteriormente la de ciencias naturales. Ampliáronse los estudios de Derecho y Letras, fundóse la Escuela de Ingenieros Civiles y se creó la de Ingenieros Agrónomos. Igualmente se ha fomentado la segunda enseñanza y difundido la primaria.

González Prada, sin embargo, el eminente crítico peruano, siempre duro, ha escrito respecto a la instrucción: «Sin especialistas, o más bien dicho, con aficionados que presumían de omniscientes, vivimos de ensayo en ensayo: ensayos de aficionados a Diplomacia, ensayos de aficionados a Economía política, ensayos de aficionados en Legislación y hasta ensayos de aficionados en Táctica y Estrategia... Vimos al abogado dirigir la Hacienda pública, al médico emprender obras de ingeniería, al teólogo fantasear sobre política interior, al marino decretar en administración de justicia, al comerciante mandar cuerpos de ejército.»

Sea como fuere cuenta hoy el Perú con Universidades tan importantes como las de Lima y Trujillo y gran número de colegios e institutos en los que se dispensa sólida instrucción.

Entre los principales centros de cultura cuéntanse el Ateneo de Lima, la Academia Nacional de Medicina, el Círculo Médico, la Sociedad Geográfica, la Academia de Instrucción, la Sociedad de Preceptores, etcétera. Descuellan entre los hombres de ciencia Matías Manzanilla, ilustre jurisconsulto; Luis Miró Quezada, sociólogo; Alejandro Garland, economista; el doctor Carlos Weisse, historiador; el geógrafo D. José Toribio Polo; el geólogo José Balta; el antropólogo Antonio Lorena; los eminentes médicos doctores David Matto, Almenara Butler, Tamayo, Laverera, Olaechea, Odriozola y otros muchos, distinguiéndose en el cultivo de diversas ramas del saber Carlos Lissoni, Carlos E. Velarde, Máximo Uhle, Paulet, etc.

Letras. Hace notar un eminente crítico que el Perú representó en la revolución de América, y de acuerdo con las tradiciones del virreinato, una fuerza conservadora, y éste es el carácter que se refleja en su literatura durante la mayor parte del pasado siglo. Cuéntanse entre los literatos de este orden Manuel N. Corpancho, Adolfo García, Carlos A. Salaverry, José Arnaldo Márquez, Benjamín Cisneros, Clemente Althaus y otros, a los que siguieron después D. Ricardo Palma, escritor eminente y maestro en el manejo del habla castellana, tan conocido como apreciado en España; D. Francisco García Calderón ilustre y original pensador, e historiador también, como Palma. Respecto a los poetas no pueden ser más severos algunos críticos, que les acusan de imitadores con servilismo de los maestros extranjeros,

y más en especial de Quintana, Espronceda, Zorrilla, Selgas, Campoamor, Bécquer, Víctor Hugo, Lamartine, etc. No se puede negar, sin embargo, que algunos

demonstraron poseer elevada inspiración, como Pedro Paz Soldán y Unánue (Juan de Arona), el romántico Clemente Althaus, Manuel A. García y Benjamín Cisneros, ya citados.



D. Ricardo Palma

Con la aparición de Manuel González Prada se inicia una nueva época. «Hombre de ideas, crítico literario, prosador, poeta, tribuno, reformador de la sociedad... y de la ortografía», como le llama don Rufino Blanco Fombona, introdujo una verdadera

revolución en las letras, incluso la poesía, en la cual despliega las mayores audacias de la rima.

Como crítico, según hemos podido ver anteriormente, es verdaderamente feroz, sobre todo, cuando ataca el Parnaso castellano. Si admira a Cervantes no pueden ser más terribles sus diatribas contra Mateo Alemán, Saavedra Fajardo y Quevedo, entre los antiguos, y D. Severo Catalina, Selgas y, sobre todo, don Juan Valera, a quien no deja hueso sano. Apenas si se salvan Bécquer, Núñez de Arce y Echegaray.

El Sr. González Prada representa hoy, para muchos el más alto valor literario de la cultura peruana, siendo igualmente muy notable como historiador de la lite-

ratura de dicho país D. José de la Riva Agüero.

El periodismo. Desde hace algunos años cuenta con importantes órganos, brillando entre los principales escritores los señores Amézaga, Manuel Tovar, José Antonio Lavalle, Luis Carranza, Alejandrino del Solar, Manuel Candamo, Carlos Paz Soldán, Abelardo Gamarra, Andrés A. Aramburu, Gerardo Chávez, etc.

Figuran entre los principales periódicos *El País*, *La Razón*, *El Nacional*, *El Constitucional*, *El Comercio* y otros muchos.

El Teatro. Enorgullecíase el Perú, en la época de Manuel Ascensio Segura, de ser el único país sud-americano que poseyera un teatro nacional propio. Florecieron antes de la guerra del 79 con Chile el citado Segura, Pardo y Aliaga, Carlos Salaverry y Benjamín Cisneros, habiendo aumentado considerablemente el número desde entonces con Luis Márquez, etc.

Hay que advertir que en toda la América del Sur el teatro indígena, de igual manera que la novela, producen poco o nada, por carencia de empresarios y editores.

Bellas Artes. En escultura y pintura los peruanos se han afiliado a las escuelas europeas, descollando entre otros, en el arte de Apeles, D. Daniel Hernández, A. de Vianza, Merino, etc.

La arquitectura colonial, de tipo español, representada por la Catedral, la *Casa Verde*, el Arzobispado, la Municipalidad, los Portales de Escribanos y Portales de Botoneros, la casa de Torres Tagle, el antiguo palacio de la Inquisición, hoy Senado, el puente de los Desemparados, etc., en Lima; por el puente sobre el Chile, la catedral y la fuente de bronce en Arequipa; las casas de Trujillo, etc., ha sido abandonado por

tipos exóticos de construcción, como en el resto de la América del Sur, sin que a la verdad haya ganado nada con ello la estética.

Lo cual es, exactamente, lo mismísimo que ocurre en la antigua metrópoli, y por lo mismo es imposible dirigirles ningún cargo a los hispanos, o como se dice oficialmente (Congreso de Sevilla), a los latino-americanos.

Costumbres

«La tradición de la familia fundada en la sumisión al padre, dice el doctor Wiese, subsiste todavía entre los indígenas, mientras que en las razas descendientes de europeos se ha acentuado que la base de la cohesión familiar está en la afección recíproca de los esposos y en el reconocimiento al padre.»

A su vez escribe el Sr. Blanco Fombona: «Asentada la sociedad limeña durante la colonia, sobre la división de castas y la explotación de castas inferiores por una minoría de raza española — minoría rica, regalada, sensual, devota, ignoranton, muy sociable y muy chunguera —, conservará durante la República la mayor parte de esos caracteres. Esos caracteres le imprimen sello: Lima será la misma en el siglo XIX que en el siglo XVIII, durante la República que durante los virreyes: burlona, conservadora, religiosa, elegante, enamorada, ignorante y llena de preocupaciones antañonas. Las cosas perdurarán porque la evolución democrática se realizará muy lentamente.»

Por otra parte, «el clima limeño contribuye a enmuellecer la raza. Desde el siglo XVII observaba ya el peruano Unanne y Humboldt, que hasta el perro era más dulce y manso en Lima que en parte alguna».

El carácter conservador del Perú mantiénese durante casi toda su historia contemporánea.

«Se cree en la sangre azul; una oligarquía domina; los clérigos educan a la juventud; innúmeras Congregaciones religiosas viven en el país y del país.» «Se observa (exclamó González Prada, ayer no más, en 1902), se observa la más estricta división de clases.» Y añade: «respetuosas genuflexiones a collares de perlas y menosprecio a trajes descoloridos y mantas raídas.» Aunque estas palabras de González Prada se refieren exclusivamente a ciertos cuerpos, pueden en rigor aplicarse a toda la sociedad, donde semejantes corporaciones mangonean y pelechan. Otro peruano de calidad, Ventura García Calderón, lo comprende y escribe: «Subsisten las castas y sus prejuicios.» La casta dominante conserva con celo, hasta en las exterioridades, su superioridad: una mácula de tinta en algún dedo o la corbata ladeada o los brodequines polvorientos bastarían para desdorar a un petimetre de Lima.

«No existe el divorcio, pero existe la pena de muerte. A la indiada infeliz la domina en absoluto y sin escrúpulos minoría de capataces: abogados, periodistas, clérigos, coroneles y generales.»

Un rasgo especial del Perú es, según dice González Prada, que «se fomenta el más cruel y más repugnante de los legados españoles: la lidia de toros. Si estamos lejos de producir un Corneille y un Talma, quizá poseeremos antes de mucho veinte rivales de Cúchares y Pepe-Hillo».



CAPÍTULO XV

LA REPÚBLICA DEL ECUADOR

HISTORIA. — GEOGRAFÍA. — FLORA Y FAUNA. — POBLACIÓN.
— GOBIERNO. — LA INTELLECTUALIDAD. — VIDA ECONÓMICA.
— AGRICULTURA, INDUSTRIA, COMERCIO. — VÍAS DE COMUNICACIÓN. — COSTUMBRES

Historia. Después de haber sido el Ecuador en antiguos tiempos una agrupación de pequeñas nacionalidades incásicas, constituyóse en monarquía independiente con el nombre de reino de Quito. Conquistado por España a mediados del siglo XVI, fué Quito la primera ciudad de América en lanzar el grito de independencia, el 10 de agosto de 1809.

Vencedor el general Sucre en la batalla de Pichincha, el año 1822, formó parte el Ecuador de la República de Colombia, hasta que en 13 de mayo de 1830, como ya dijimos, se separó para constituirse en república independiente, bajo la presidencia del general Flores. Desde entonces el país ha sido teatro de gran número de sangrientas revueltas, hasta hace algunos años en que felizmente ha renacido la tranquilidad, aunque

no sin haber quedado perjudicado grandemente el progreso moral y material del país, que de otra suerte hubiera podido ser extraordinario.

Puede dividirse la historia política del Ecuador en dos períodos: el de organización (1831 a 1861), doloroso y agitadoísimo, y el de progreso, iniciado con la primera presidencia del célebre García Moreno, llamado el *Mártir católico*.

Había sido el general Flores uno de los más valientes oficiales de Bolívar; distinguióse notablemente en la guerra que surgió en 1828 entre Colombia y el Perú por cuestión de límites, y posteriormente a las órdenes de Sucre, presidente de Bolivia, contribuyó eficazmente a la victoria de Tarqui, que puso fin a las hostilidades y dió lugar al tratado de Guayaquil (1829).

Desempeñó Flores la presidencia desde 1830 a 1835, distinguiéndose su régimen como conservador militarista. Extinguido su mandato fué elevado al Poder un hombre civil, D. Vicente Rocafuerte, de ideas liberales moderadas que mejoró grandemente la hacienda nacional. Asumió de nuevo Flores el Poder, que ejerció desde 1839 a marzo de 1845, en que estalló una imponente revolución que le obligó a renunciar el mando, ocupando luego la presidencia otro político civil, D. Vicente Roca, gobernante respetuoso de las leyes y libertades públicas, económico, probo y magnánimo.

Llegadas las elecciones después de terminado pacíficamente el periodo constitucional de Roca (1849), resultó empate entre las candidaturas del general don Antonio Elizalde y de D. Diego de Noboa, conservador. Así transcurrieron dos años de interinidad, hasta que renovada la elección alcanzó el triunfo el Sr. Noboa (1851). Poco le duró, sin embargo, a éste

su presidencia, pues al año siguiente era derribado por una revolución liberal acaudillada por el general D. José María Urvina, que permaneció en el Poder desde 1852 a 1856. Acusábasele de desorganizador y militarista; expulsó a los jesuitas; pero tiene en su favor haber decretado la abolición de la esclavitud.

Sucedió a Urvina otro general, D. Francisco Robles, designado, según costumbre americana, por su antecesor, y terminado el tiempo de su cometido obtuvo la victoria el partido conservador, que elevó a la presidencia al que era su ilustre caudillo, el doctor D. Gabriel García Moreno, «figura enorme, escribe don R. H. Elizalde, notable por sus grandes virtudes como por su crueldad. El fanatismo religioso fué ley en su gobierno y le ha hecho célebre en Europa».

Grandes cosas realizó el ilustre presidente: construyó la gran carretera de Quito, comenzó los trabajos de la vía férrea de Guayaquil a la capital, imprimió vigoroso impulso a las obras públicas y supo mantener la dignidad de su patria ante las amenazas del extranjero. No le faltó, sin embargo, una violentísima oposición, distinguiéndose por sus furibundos ataques el ilustre escritor D. Juan Montalvo.

Cumplido el plazo presidencial, en 1865, sucediéronse en la jefatura del Ecuador D. Jerónimo Carrión y el doctor D. Javier Espinosa, para ser elegido nuevamente García Moreno en 1869. Esta vez, sin duda obligado a ello por las tramas de sus contrarios, desplegó el ilustre estadista un rigor excesivo; gobernó por el terror del patíbulo, pero administró con pureza e inteligencia los caudales públicos. Exaltadas cada vez más las pasiones, cayó García Moreno asesinado el 5 de agosto de 1875.

Convocado el Congreso fué elegido, como liberal, el

doctor D. Antonio Borreco, personaje que gozaba de gran popularidad (últimos de 1875); pero antes de que tuviera lugar a desenvolver su programa, muy reformista, fué lanzado del Poder por una sublevación militar capitaneada por una de sus hechuras, el general D. Ignacio de Veintemilla. Encendióse la guerra civil; corrió a torrentes la sangre en los combates de Galte y los Molinos, y vencedor el general rebelde se hizo elegir presidente (septiembre de 1876).

Pretendía Veintemilla la reelección, y al objeto de alcanzarla no vaciló en dar un golpe de Estado; pero no le salió bien, pues antes de expirar el período constitucional fué arrojado del Poder por una coalición conservadora liberal (9 de julio de 1883).

Reunida la Convención, resultó elegido D. José María Plácido Caamaño, que gobernó procurando suavizar los principios conservadores con un ligero tinte de liberalismo. Debiósele el establecimiento del telégrafo en todo el territorio de la República y la construcción de algunas líneas férreas; pero no por eso desarmaba la revolución, o si se quiere el partido liberal, acaudillado por el general D. Eloy Alfaro. Con todo, pudo terminar con toda normalidad su período constitucional (1888).

Logró Caamaño que fuese elegido para sucederle un digno político, D. Antonio Flores, hijo del primer presidente D. Juan José, y no pudo ser más acertada la designación, pues D. Antonio Flores, liberal moderado, se distinguía por su respeto a la ley y las libertades, su cultura y su amor a la paz. Así pudo gobernar tranquilamente hasta que finió el plazo de su magistratura; mas «como es práctica establecida en los regimenes no parlamentarios de los países de raza ibérica, dice el antes citado Sr. Elizalde, que el pre-

sidente saliente elige al entrante, Flores eligió a Cordero, que gobernó el país hasta 1895 en plena paz. En plena paz ciertamente, pero no sin que los liberales dijeran que aquel gobierno era «una camarilla asustadiza que encarna y declara sin embajes las doctrinas católicas en el Poder, en tanto que el pueblo, honrado e inteligente, no puede avenirse a una vida sin aspiraciones y sin derechos».

¿Qué había de suceder? So pretexto de un conflicto naval con Chile, acusó el pueblo a Cordero de indignidad ante una bandera extraña y subleváronse los liberales. «Dimitió Cordero, dice el autor antes citado, y después de algunos combates llegó Alfaro a la presidencia en brazos del partido liberal y de gran popularidad. Bajo su gobierno la nación reformó sus instituciones desde el punto de vista ampliamente liberal. La gran obra material de Alfaro es la construcción del ferrocarril de Chimbo a Quito.»

Sucedió a Alfaro (1905) el general D. Leonidas Plaza (1901-1905), cuyo acentuado liberalismo continuó la gran reforma iniciada por Alfaro. Para el período siguiente fué designado D. Lisardo García, hombre de negocios, de honorables antecedentes, pero poco entendido en achaques de política. Su gobierno fué como los anteriores, de filiación liberal, pero no tuvo tiempo de implantar sus ideales de administración, porque el descontento de algunos elementos del partido liberal derrocó su gobierno y llevó de nuevo a Alfaro a la presidencia de la República, en 1906.

Derribado García por Alfaro, gobernó éste de 1906 a 1911, siendo sustituido por D. Emilio Estrada al terminar su plazo constitucional, a quien sucedió el general D. Leonidas Plaza, y a éste D. Alfredo Baquerizo Moreno, del partido liberal.

No hemos querido insistir en las prolongadas guerras civiles del Ecuador, ni en las atrocidades de los liberales Veintemilla y Alfaro y el católico-conservador García Moreno y sus secuaces, por no ser nuestro objeto más que puramente informativo y ajustarnos al criterio de los antiguos historiadores: *Narro ad narrandum e, non ad probandum*. Nada más expuesto, en efecto, que hablar de historia contemporánea. Como de Napoleón dijo Manzoni: *ai posteri l'ardua sentenza*.



D. Alfredo Baquerizo Moreno

VIDA ECONÓMICA. — CULTURA

Geografía. Ocupa el Ecuador, así llamado por estar emplazada su capital Quito a corta distancia de la línea equinoccial, el espacio comprendido entre Colombia, el Perú y el Pacífico. Su extensión es de 300,000 kilómetros cuadrados (307,650 con las islas Galápagos), si bien otros la fijan en 700,000.

Los límites antedichos, sin embargo, no son definitivos. Mientras el Perú pretende dejar reducido el Ecuador a la región andina y la del litoral, el Ecuador alega derechos a un gran territorio en la cuenca del

Amazonas, por el Norte entre el Napo y el Yapura, por el Sur hasta el mismo Amazonas.

Es el Ecuador un territorio esencialmente andino. Dos grandes cadenas paralelas, derivadas de las mesetas colombianas de Pasto y Túquerres, dejan entre sí una larga meseta, a 3,000 metros y más, sobre el nivel del mar. La cadena oriental o *Real* alcanza a más de 4,000 metros y da paso a los ríos Pastara y Pante, nacidos en la meseta; la occidental está cortada por siete brechas fluviales, y en ambas se levantan numerosos volcanes: en la cordillera Real, el Cayambe, de triple cúspide, en la misma línea equinoccial, a 5,902 metros de altitud, apagado y cubierto de nieves eternas; el Artriana, al Sur, rodeado de glaciares, apagado también; el Cotopaxi, más meridional, el volcán activo más alto del globo (5,943 metros); más al Sur aun el Tunguragua (5,087 metros), cubierto de ventisqueros, poco activo, pero terrible en sus erupciones; el formidable Sangai, cuyas detonaciones se oyen a 100 kilómetros de distancia.

En la cadena occidental, los volcanes Cotocachi (4,966 metros) y el Chimborazo, coronado y rodeado de nieves, apagado, tenido, aunque equivocadamente, por la montaña más alta de América (ésta es el Aconcagua), a 6,310 metros de altitud.

La meseta interandina, a causa de su elevación, goza de un clima que si en unas partes es templado, es en otras resueltamente frío. Son frecuentes los aguaceros y tempestades (1,825 milímetros anuales de lluvia en Quito).

Los ríos, sin embargo, no son caudalosos, a causa de ser absorbidos por la permeabilidad del terreno, de cenizas volcánicas.

La parte baja de poniente, o sea la costa, desde la

vertiente occidental de la cadena andina del Oeste al Pacífico, tiene un clima cálido, aunque en verano es muy agradable.

La parte baja oriental constituye una intrincada región de sierras, precipicios, charcos, boscajes y selvas vírgenes regados por los afluentes del Amazonas.

Flora y fauna. Las características de la fauna de la República del Ecuador son las mismas que las del Perú y Colombia: el llama, el cóndor, el colibri, el ibis, el flautero (de delicioso canto), los vampiros, las enormes serpientes, los monos y los caimanes.

Son peculiares de la flora ecuatoriana la ratania o árbol de la canela, el *Schymus molle*, semejante al árbol de la pimienta; la gayusa, que produce unas hojas parecidas al te y sobre la quina, o cinchona. Entre las maderas especiales se cuentan el guachapeli, el guarango y el gayaco, incorruptibles y fáciles de trabajar. Los bosques se extienden por las llanuras orientales, las vertientes exteriores de las cordilleras y aun por las interiores; la vegetación arborescente alcanza hasta los 3,600 metros de altitud; más arriba se dan algunos arbustos y gramíneas, y ya en la región de las nieves crecen los líquenes (a 5,600 metros) y un *cultitium* de hojas lanudas.

El reino mineral está representado por abundantes pepitas de oro y criaderos de cuarzo aurífero, de esmeraldas, plata, platino, cobre, hierro, plomo, carbón y azufre.

La población. Habitado en lo antiguo por diferentes pueblos que se hacían cruda guerra, especialmente los quechúas y los cañares, sobrepusieron a ellos los conquistadores españoles. De 2,800,000 habitantes que constituyen su actual población, sólo forman una pequeña minoría los blancos puros, predo-

minando los mestizos y subsistiendo aún más de 300,000 indios montaraces.

División administrativa: Hállase repartido el Ecuador en diez y siete provincias, incluyendo el archipiélago de los Galápagos. En la meseta y las vertientes, yendo de Norte a Sur, se encuentran las de Carchi, Yurbatura, Pichincha, León, Tunguragua, Chimbo-razo, Azogues, Aznay y Loja; en la vertiente occidental se extienden las de Bolívar y Los Ríos; en el litoral, de Norte a Sur, las de Esmeraldas, Manabi, Guayas y Oro. La región amazónica forma a su vez la provincia de Oriente.

El archipiélago de los Galápagos, ocupado por la República a raíz de la proclamación de su independencia, ocupa un área marina de 67,500 kilómetros cuadrados, pero su superficie terrestre sólo alcanza 7,500. Esas islas, de formación volcánica, con grandes cráteres apagados, no tienen población fija, y deben su nombre a las enormes tortugas que reptan por su suelo, alcanzando no pocas 700 kilogramos de peso.

Gobierno. Rige en la República del Ecuador la Constitución de 1830, modificada en 1884, 1887, 1897 y 1906. El gobierno es electivo, alternativo y responsable, y se distribuye en los tres poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial.

El Ejecutivo es ejercido por el presidente de la República; en su falta, por el del Senado, y en defecto de éste, el último presidente de la Cámara de Diputados. El despacho se halla encomendado a cinco ministros: de lo Interior, de Relaciones Exteriores, de Hacienda, de Guerra y Marina y de Instrucción Pública. El plazo presidencial es de cuatro años.

El Legislativo lo ejerce el Congreso Nacional, com-

puesto de Senado y Cámara de Diputados; consta el primero de treinta individuos y la segunda de cuarenta y ocho. El Congreso se reúne anualmente por agosto, durante sesenta días, prorrogables por treinta más, y cuando es convocado por el presidente en circunstancias extraordinarias.

El Judicial está formado por un Tribunal Supremo, las Cortes superiores o audiencias de algunas provincias, los jueces de letras, los tribunales de jurados, los jurados de imprenta, los alcaldes municipales, las juntas de Hacienda, los administradores y colectores de aduana, los tesoreros y colectores fiscales, los jueces de parroquia, los intendentes y comisarios policía y tenientes políticos, y los tribunales de de arbitraje.

Por lo dicho se ve que el Ecuador es en punto a legislación uno de los países más adelantados del mundo: existen leyes de registro y matrimonio civil, con divorcio por causas que garantizan los derechos de los cónyuges y de los hijos; los bienes de las comunidades católicas son administrados por el Fisco, que paga el culto con sus productos, invirtiéndose el saldo en obras de beneficencia.

La Constitución garantiza la vida, la honra y la propiedad, de suerte que no hay pena de muerte, ni esclavitud, ni recluta forzosa, ni impuestos, ni servicios no establecidos por la ley; tampoco hay fueros ni privilegios, comisiones especiales, leyes retroactivas, prisión por deudas, incomunicaciones por más de veinticuatro horas, ni tormento. Está reconocida la libertad de cultos, de imprenta, de asociación, de enseñanza, de industria, de tránsito, de defensa y petición; el domicilio y la correspondencia son inviolables; existe la igualdad ante la ley. En caso de guerra extranjera

o trastornos intestinos, el Congreso, y en su defecto el Consejo de Estado, pueden otorgar facultades extraordinarias al Poder Ejecutivo, aunque sin afectar más que muy superficialmente las garantías.

Ejército y Marina. Militarmente está dividido el Ecuador en las Comandancias generales de Quito, Guayaquil y Cuenca. El ejército puede ascender en tiempo de guerra a 90,000 hombres; en tiempo de paz queda reducido a 5,000, entre veteranos y guardias nacionales.

La marina de guerra es casi nula, pues sólo cuenta con cuatro buques.

La intelectualidad. El Ecuador es uno de los países que más empeño ponen en el desarrollo de la Instrucción Pública, a cuyas atenciones dedica el 12 por 100 del presupuesto, o sea 2.000,000 de sucres. Es, relativamente, el país que cuenta menos analfabetos en toda América. Acuden a las escuelas 90,000 niños, a cargo de 1,200 maestros.

Existe en Quito una Universidad Central que conserva las grandes tradiciones españolas, y numerosos liceos en las principales poblaciones, aparte de los colegios a cargo de los jesuitas, salesianos, redentoristas, etc.

Puede ufanarse el Ecuador de haber producido hombres que figuran entre los más brillantes luminares de las letras americanas: tales el inmortal poeta José Joaquín Olmedo, que hizo la apoteosis de Bolívar con el poema épico «La Victoria de Junín»; el autor de los violentos *Tratados y Catilinarias* y *El Espectador* e insigne prosista D. Juan Montalvo; el jurisconsulto D. Luis Felipe Borja, los historiadores Pedro Fermín Ceballos, A. Andrade, Pedro Moncayo, Felicísimo López, Remigio Crespo, Freire Larrea, D. Juan León Mera, etc.

No menos elevado nivel ocupa el Ecuador en Bellas Artes, siendo famosas sus escuelas de Pintura y Escultura en toda América, desde Miguel de Santiago, Goribar y Santiago, hasta Pinto, Monosalvas, Salguero, Villacrés y Tamayo, en la primera, y desde Pámpite y Caspicara, hasta Velez, en la segunda.

El arte pictórico quiteño es principalmente religioso y en las iglesias se conservan esmeradamente gran número de preciosas obras.

Hay en la República más de setenta imprentas.

Vida económica. Ascienden los ingresos a 15.536,327 sucres, unidad monetaria equivalente a veinticuatro peniques fijos. La unidad de oro es el condor, de igual peso y ley que la libra esterlina y equivalente a diez sucres.

Constituyen los principales ingresos los derechos de importación a las mercaderías extranjeras y de exportación a los productos nacionales; los estancos de la sal y la pólvora; la contribución sobre haberes; los timbres, las alcabalas, los aguardientes, las marcas de fábrica, las minas y las utilidades de los Bancos.

No existe el papel moneda; los billetes fiduciarios deben ser canjeados a la vista y al portador en oro, a razón de veinticuatro peniques por sucre.

Comercio. Figuran principalmente entre los productos de exportación, cacao, café, marfil vegetal o tagua, caucho, cascarilla, cáscara de mangle, frutas tropicales, maderas, mineral, pieles, sombreros de paja y quina. Importáanse tejidos, drogas, hierro, materias alimenticias, oro y plata.

En 1908 ascendió la importación a 20.554,731 sucres, y la exportación a 26.559,207. El comercio se hace principalmente con los Estados Unidos, Inglaterra, Alemania y Francia.

Agricultura. Hállase en mucho atraso todavía, a pesar de haberse creado una escuela especial y con ser el Ecuador un verdadero paraíso. «Cantidad de árboles preciosos, dice M. E. Charton, están prontos a brindar el tributo de sus jugosos frutos los unos;



Una cabaña de peones en el Ecuador

de sus maderas, buscadas por la ebanistería y la construcción, los otros; aquí se levanta el algodónero, el ebenuz, el cedro, el cascal, de majestuosos troncos por los cuales se entretejen la sabrosa granadilla o la vainilla odorífera; allí el caucho, las plantas que dan las especias y los aromas, los bálsamos medicinales, las

resinas, las gomas, las lacas que se confunden con el tabaco, el tamarindo, el laurel de Indias; las oquedades de los árboles encierran abundantes panales de miel, y a sus pies crecen, a menudo, tubérculos y raíces alimenticias. Todas esas riquezas son producciones espontáneas del suelo. El reino vegetal crece y fructifica sin el concurso del trabajo. El hombre parece ignorar o desdeñar esos dones de la naturaleza.

Es que faltan brazos y medios de transporte, y falta inmigración, para la cual nunca, y ellos sabrán por qué, se han mostrado propicios los gobiernos. Así es que el Ecuador con producir todos los frutos de las zonas tórrida y templada, no lo hace en cantidad bastante para el consumo interior. En cambio la ganadería es próspera y se puede exportar hasta al Perú.

Industria. Va tomando incremento la explotación de importantes minas de oro, plata, azogue, carbón de piedra, petróleo, lignito, así como de varias canteras de alabastro y mármol, yacimientos de piedra pómez, etc.

La principal manufactura de exportación es el sombrero de paja toquilla, fabricado en Jipijapa — ciudad cerca de Guayaquil—, y que erróneamente se llamó Panamá, a causa de enviarse antiguamente por dicho puerto al Atlántico; hay varios ingenios de azúcar de caña, fábricas de cerveza, de lienzos, bayetas, de jarcias, de fósforos, de jabón, de tabacos, perfumes, calzado, chocolates, etc.; fundiciones, serrerías, tenerías, destilerías; constrúyense en algunos astilleros buques de madera y de hierro, a la vela y de vapor.

Es de lamentar que no haya cobrado mucho más auge la industria, pues los ecuatorianos poseen los más felices dones para los trabajos manufactureros.

Por procedimientos enteramente primitivos ejecutan aún hoy preciosas alfombras notables por la calidad del tejido, la belleza de los dibujos y la viveza de los colores. Es de creer que a medida que se vaya introduciendo maquinaria, podrán utilizarse mejor tan peregrinas facultades, reducido hoy el obrero a suplir con la destreza, la aplicación y la paciencia, la insuficiencia de los medios de fabricación y de las herramientas.

Vías de comunicación. Mucho les falta para que el Ecuador cuente ni aun con las más indispensables.

Por lo general, las carreteras que ponen en comunicación las ciudades interandinas, en un trayecto de 300 kilómetros, son bastante buenas, y numerosos los caminos de herradura (400 kilómetros); pero a causa de la naturaleza volcánica del terreno quedan convertidos en invierno en cauces torrentosos. Con todo, han pasado ya a la historia aquellos antiguos columpios de bejucos con que se salvaban los precipicios, y en su lugar hay ahora numerosos puentes colgantes de alambre.

Para el enlace de la costa con la meseta se ha construido un ferrocarril, único hasta hoy, que parte de Durán, frente a Guayaquil, y se dirige por Yaguachi, Alansi, Riobamba, Ambato y Latacungo a Quito, la capital (521 kilómetros).

En cuanto a las vías fluviales, por más que sean navegables el Guayas y sus afluentes el Daule y el Vines, el Esmeraldas y otros suelen ser poco frecuentadas por atravesar por en medio de regiones desiertas. Las líneas telegráficas se extienden en 5000 kilómetros.

Costumbres. Es notable la belleza que caracteriza a las ecuatorianas en general, habiendo llamado la atención de los más graves viajeros la nobleza de

los tipos, la variedad de los trajes, el buen gusto innato que hasta en las clases inferiores preside en el corte de los vestidos y en la combinación de los colores, formando un conjunto tan pintoresco como armonioso.

«La sociedad culta del Ecuador a que pertenece la raza blanca, dice el alemán Wolf, conserva los hábitos y las costumbres generales de toda la raza hispano-americana, en los cuales no se oculta la descendencia de la raza española. Los vestidos, alimentos y gustos son, más o menos, los mismos de todos los pueblos cultos, y en los salones de la alta sociedad de Quito y de Guayaquil el extranjero encontrará poca diferencia con lo que se ve en los de las grandes ciudades europeas, y si la hay, es para sorprenderle agradablemente, pues tanta cortesía (hasta el exceso), tanta llaneza y amabilidad con que reciben al forastero no es común en los países del Mundo Viejo. Muchas personas de las mejores familias han recibido su educación, o a lo menos viajado, por algunos años en el extranjero, hablan varias lenguas y tienen ideas nada mezquinas.

«El pueblo ecuatoriano es de índole buena, dócil, comunicativo... Crímenes atroces, como el asesinato, son muy raros entre el pueblo... Habrá pocos países en el mundo en que se pueda viajar con mayor seguridad.»

No ocultan, sin embargo, algunos viajeros que la existencia de los indios no es nada grata, por la fatigosa labor a que se les dedica, y la indiferencia con que se les deja que permanezcan en la ignorancia o se embrutezcan con el uso de la *chibcha*.

Terminemos haciendo notar la marcada diferencia existente entre Quito, la capital, y Guayaquil, el gran

puerto ecuatoriano. La primera, de abarrancado suelo, pero muy sana (180,000 habitantes), es el baluarte de las ideas conservadoras; Guayaquil ha sido siempre el foco del liberalismo.



CAPÍTULO XVI

LA REPÚBLICA DE COLOMBIA

HISTORIA. — GEOGRAFÍA. — FLORA Y FAUNA. — POBLACIÓN. — GOBIERNO. — VIDA ECONÓMICA. — INDUSTRIA. — AGRICULTURA. — VÍAS DE COMUNICACIÓN. — VIDA INTELECTUAL. — CIUDADES HISTÓRICAS Y COSTUMBRES.

Historia. Dejamos pendiente la historia de Colombia cuando, con el nombre de Nueva Granada, llevó a cabo, en 1831, su separación del triple Estado que bajo dicha denominación había fundado Bolívar.

Dijimos ya cómo se habían ido amontonando los odios contra el dictador, al que se acusaba de ambiciones imperialistas; cómo se llegó a atentar contra su vida, y se vió obligado a emprender el camino del ostracismo. Constituída la nueva República por los antiguos departamentos de Boyacá, Cauca, Cundinamarca, Magdalena y Panamá, reemplazóse la anterior Constitución por otra (1832), en virtud de la cual quedó el territorio repartido en veinte provincias: Veraguas, Panamá, Cartagena, Santa Marta, Río

Hacha, Mompós, Pamplona, Socorro, Vélez, Tunja, Bogotá, Mariquita, Neiva, Antioquía, Buenaventura, Cauca, Popayán, Pasto, Chocó y Casanare, con una población, en 1825, de 1.230,000 habitantes, entre ellos 46,000 esclavos.



D. José Ignacio Márquez

Como era natural, dado el encono con que se combatían unitarios o bolivaristas y federales, estallaron no pocas sublevaciones, siendo frecuente que los gobernadores o jefes de provincias desconocieran la autoridad del presidente, a la sazón D. José Ignacio Márquez, reconocidamente reaccionario, relevado aquel mismo año (1832) por el general D. Francisco de P. Santander, quien después de haber sido uno de los más adictos al Libertador, conspiró contra él al sospechar que abrigaba aspiraciones monárquicas.

Distinguióse la administración de Santander por sus atrevidas reformas liberales, con vivísimo disgusto de los bolivaristas, quienes, trabajando ardorosamente, lograron recobrar el Poder en las primeras elecciones, elevando de nuevo a la suprema magistratura a don José Ignacio Márquez, jefe del partido centralista o conservador (1837).

No había terminado aún el período constitucional de su gobierno, cuando de nuevo estalló una revolución federalista (1840) que no quedó vencida hasta el cabo de dos años.



D. Domingo Caicedo



D. Tomás Cipriano de Mosquera

Sucedió a Márquez, que era un político muy distinguido, otro gobernante conservador, D. Domingo Caicedo, y a éste D. Tomás Herrán, de igual filiación, de manera que desde 1837 a 1845 habían usufructuado el Poder los centralistas; elegido en 1845 el general D. Tomás Cipriano de Mosquera, demostró poseer

un espíritu progresivo y conciliador, hasta que por fin triunfó nuevamente el partido liberal en 1849, con la elevación al Poder del general D. José Hilarión López, continuador de las atrevidas reformas constitucionales de Santander en sentido descentralizador, casi federalista (1851). Lanzáronse en su vista a las armas los unitarios, pero fueron vencidos, aunque sin cesar por eso en su enérgica oposición, hasta conseguir fuese elegido presidente, en 1853, D. José María de Obando, significado por sus ideas conservadoras, y quien, en vista de los terribles ataques de que era objeto por parte de los federalistas, indujo al general Melo a que se declarara dictador, como así lo hizo (1854).

Vinculado el Poder en el partido conservador, sucedieron a Obando, como presidentes, D. José de Obaldia, D. Manuel Mallarino y D. Mariano Ospina Rodríguez (1857).

Más pujante cada vez el partido federalista, logró hacer triunfar en 1858 una reforma constitucional en cuya virtud la República de Nueva Granada se constituía en *Confederación Granadina*, compuesta de nueve Estados soberanos: Antioquía, Bolívar, Boyacá, Canca, Cundinamarca, Magdalena, Panamá, Santander y Tolima. Estalló la guerra civil, y sublevado en Cauca el general D. Tomás Cipriano de Mosquera, lanzó del Poder a Ospina y se erigió, a título provisional, en presidente de los Estados Unidos de Colombia (1861).

Reunido en Río Negro un Congreso, fué aprobada una Constitución federal (8 de mayo de 1863), carta-programa del liberalismo colombiano, aunque por lo pronto no pudo regir por las revueltas que se sucedían; a esta Constitución llamó Víctor Hugo desde



su destierro «el mejor presente de América a la libertad».

Durante el gobierno de Mosquera estalló una guerra con el Ecuador, por suponer que favorecía la causa de los conservadores, quedando vencedor el colombiano en la batalla de Cuaspud (6 de diciembre de 1863).



D. Manuel Murillo Toro



D. Santiago Pérez

Sucedió a Mosquera, en 1864, el doctor D. Manuel Murillo Toro, gobernante de amplias miras políticas, conciliador y tranquilo, bajo cuya administración gozó el país de perfecta paz y consiguió hacer grandes progresos. Terminado el período presidencial volvió a ocupar la presidencia, constitucionalmente, el general Mosquera, pero no tardó en ser derribado por un pronunciamiento militar capitaneado por el general don Santos Acosta, que se proclamó dictador y recompensó

espléndidamente en dinero y empleos a los que le habían ayudado a encumbrarse.

Sucedieron nuevas guerras civiles e insurrecciones bajo los gobiernos alternativos de D. Santos Gutiérrez, Salgar, otra vez Murillo Toro, D. Santiago Pérez y Aquileo Parra. Bajo la presidencia de éste, en 1876, intentó proclamarse dictador el general Mosquera, pero fracasó en su intento. Terminada la presidencia de Parra fué elevado a ella D. Sergio Camargo, a quien reemplazó su antecesor (1877).

Vigente desde 1863 la Constitución de Río Negro, dióse el caso de que los gobernadores de los Estados, más que autónomos, independientes, de Antioquía y Tolima se levantaran contra el gobierno federal, originándose una larga y sangrienta guerra que exigió grandísimos esfuerzos y cuantiosas sumas antes de quedar vencidos los unitarios o conservadores (1876-1877).

Durante esta campaña envió el presidente Parra una expedición al Ecuador para sostener al general Veintemilla, que se había hecho dueño del Poder en nombre de los principios liberales. Sucedió a Parra el general Trujillo, y a éste el ilustre pensador y filósofo D. Rafael Núñez (1880), representante del partido conservador por tantos años alejado del Poder. Tócanos decir que durante este gobierno de D. Rafael Núñez quedó reconocida, y ya era hora, por España la independencia de Colombia, al cabo de sesenta años de efectiva existencia.

Reemplazado Núñez por el doctor Zaldúa (1882), fué elevado de nuevo al Poder en las siguientes elecciones, con terrible desesperación de los federales, a quienes no se les ocultaba que esta vez se verían privados decididamente de gobernar de nuevo; de ahí

una imponente insurrección en el Estado de Magdalena, no menos sangrienta que la del 76 promovida por los conservadores.

Vencidos los federales, al cabo de dos años de lucha (1884-85), cambió Núñez la Constitución de 1863, que fué reemplazada por otra unitaria, desapareciendo en consecuencia el nombre de *Estados Unidos* para quedar únicamente en *República de Colombia* (1886).

Aprobado el nuevo régimen político y finido el plazo presidencial, abandonó el doctor Núñez el Poder, confiándolo a un *Designado* (delegado), cuyo cargo asumió D. Carlos Holguín, hechura suya. Reelegido Núñez en 1892, falleció al poco tiempo, por lo cual se encargó del gobierno el vicepresidente D. Miguel Antonio Caro. Reinaba la paz más bienhechora desde 1886, cuando al correr el año 1895 estalló una insurrección liberal, que duró más de seis meses. Proclamado presidente en 1899 D. Manuel Antonio Sanclemente, ocurrió una nueva revolución militar que le derribó del Poder, que pasó a manos del vicepresidente don José Manuel Marroquín.

La necesidad de hacer frente a la crisis metálica debida a la emigración del oro, ya desde 1876, y después a la de plata, desde 1884, obligó a la circulación forzosa del papel moneda, llegando a tal extremo la desvalorización de los billetes, que cada libranza fiscal de 500 pesos sólo era equivalente a dos pesos oro americano. Esta ruina económica y la creación de numerosos impuestos, monopolios y restricciones mercantiles e industriales, sirvió de arma a los liberales para combatir el régimen implantado en 1886, aunque podría decirse también que no dejaron de influir en ello la necesidad de combatir las insurrecciones de 1895

y 1900-1903, que convirtieron en desolados campos los antes fértiles valles y llanuras y ocasionaron el derramamiento de torrentes de sangre.

Un hecho funestísimo aconteció cuando apenas se habían apaciguado las pasiones de los partidos después de la larga guerra: separábase de Colombia el antiguo Estado de Panamá para constituirse en República independiente, apresurándose los Estados Unidos a reconocerla (noviembre de 1903).

En tal estado las cosas y reunido el gran colegio electoral, resultó inesperadamente proclamado para ejercer la presidencia el general D. Rafael Reyes, que no había figurado en candidatura (agosto de 1904). «El país, dice un autor, le acogió con esperanza, y desde los primeros días de su administración se encontró rodeado de voluntades favorables y en frente de una oposición mínima, respetuosa y bien intencionada.

Así transcurrieron cuatro años, cuando a mediados de marzo (1908) declaróse en insurrección contra Reyes gran parte de la juventud republicana, a la cual pertenecían gran número de estudiantes de Bogotá, acusándole de ejercer la dictadura. Obligado Reyes a expatriarse, dejó como *Designado* o delegado al general D. Jorge Holguín. Como el plazo presidencial de Reyes no expiraba hasta 1910. a pesar de que éste, conduciéndose dictatorialmente, lo había prolongado hasta 1914, el Congreso dispuso que, en tanto llegaba dicha fecha, desempeñase la presidencia el general González Valencia, cuya administración fué tranquila y fecunda. «Apoyado en el Poder por un partido de creación reciente, escribía D. Luis Cano en 1910, la Unión Republicana, que abarca numerosos elementos de todos los colores políticos

ha logrado la reimplantación gradual y segura de un gobierno democrático y liberal dentro de las exigencias no estrechas de su criterio conservador.»

Elegido presidente de la República el doctor don Carlos Restrepo, en agosto de 1910, apoyado en dicho tercer partido, goza desde entonces de una paz inalterable y fecundísima, a pesar de que no hayan desaparecido aún los dos antiguos partidos extremos. Finido el plazo presidencial en 1914, fué elegido don José Vicente Concha, actual jefe de la gloriosa República colombiana.

Triunfante el partido a que nos hemos referido, y con el apoyo de los conservadores, creyó oportuno poner el territorio colombiano, amputado por la segregación de Panamá, bajo la advocación del Sagrado Corazón de Jesús, como piadosa muestra de su jamás entibiado fervor católico, a través de las tempestuosas páginas de su historia.

VIDA POLÍTICA, INTELECTUAL Y ECONÓMICA DE COLOMBIA

Geografía. Hállase situada la República de Colombia en la extremidad Noroeste de la América meridional, pero sus límites no han quedado aún bien definidos. Confina al Norte con el mar Caribe, al Oeste con el Pacífico, al Sur con el Ecuador y el Perú y al Este con Venezuela y el Brasil. Evalúase su superficie en 1.127,372 kilómetros cuadrados, según el Almanaque de Gotha (1912), aunque otros dicen más. Es de advertir que Colombia está en litigio con el Brasil, que reclama 168,000 kilómetros; el Perú, 161,000, y el Ecuador, 144,000.

Está atravesada Colombia, de Norte a Sur por los Andes, divididos ahora en tres ramales: las cordilleras



Los Andes en Colombia - Camino de Bogotá

de Suma Paz, oriental; de Quindío, central, la más elevada y perforada de grandes volcanes, y la del Chocó, la más occidental. Sin embargo, no son las

montañas más altas de Colombia las del sistema andino, sino las pertenecientes a otro sistema aislado que se eleva al N. E. desde el mar de las Antillas y alcanza a 5,000 metros de altitud: llámase la Sierra Nevada de Santa Marta.

Estas montañas dividen en tres vertientes el territorio colombiano: la del mar Caribe, la del Pacífico y la del Atlántico, subdividida en dos cuencas: la del Orinoco y la del Amazonas, cada una de las cuales cuenta con algún caudaloso río: el de la vertiente del mar de las Antillas es el Magdalena, más o menos navegable desde su embocadero; corren por la vertiente del Pacífico el San Juan, navegable, con sus afluentes en más de 500 kilómetros, y bajan de la vertiente oriental importantes afluentes del Orinoco y el Amazonas.

**Flora
y fauna.**

La vegetación de Colombia es excelente por doquier: hay gran número de especies de palmeras; abundan los bosquecillos de cocoteros en las cercanías de las poblaciones de la costa; crece la palmera, el llamado árbol de la cera, hasta los 3,000 metros de altitud, y a orillas de los ríos caudalosos mécense en lo alto las copas de los taguas, cuyos frutos están envueltos en una corteza de marfil vegetal. Trepan por las cordilleras los helechos arborescentes y los bambúes o guaduas. Son en gran número las plantas medicinales, como la quina, la zarzaparrilla, la copaiba, el tolú y la ipecacuana. Cuéntanse muchas variedades de espléndidas orquídeas; es riquísima la producción de maderas finas y de plantas tintóreas, como el rocú, variedad del palo brasil, el campeche y el dividi. Cultívanse el cacao, el café, la caña de azúcar, maíz, varias gramíneas y muchos frutales.

La fauna es notable por su inmensa abundancia de bellísimas mariposas.

Varían las especies según se trate de la zona andina o de las tierras calientes. La fauna de éstas, neotropical, abunda en monos, vampiros, cabras, mulas, asnos y perros, y cuenta con gradísima variedad de aves domésticas. Viven en los bosques muchas especies de monos y de osos, el jaguar, el puma, el león negro, el tigrillo, lobos, zorros, coatís, ratas de montes, nutrias y erizos; algunas especies de desdentados, como el perico ligero, el oso hormiguero y el melezo; otras de paquidermos, entre ellos el pecari y la danta; ciervos y venados; ardillas, conejos, liebres y agutis. Entre los cetáceos figuran la ballena, el cachalote y el manatí, y entre los peces el tiburón, el luna, el torpedo, el pez espada y muchas especies comestibles. Entre los reptiles citaremos las serpientes de cascabel, las boas y la víbora. Ciérnense sobre los picachos los cóndores y las águilas, y abundan extraordinariamente en los bosques los loros, guacamayos, colibríes, mirlos, tucanes, flamencos, patos, pájaros bobos e infinidad de pájaros de melodioso canto. Hay también, entre los anfibios, muchos galápagos y tortugas.

Pero si privilegiado es el suelo de Colombia, no lo es menos el subsuelo; son importantísimas las minas de oro, especialmente en los departamentos de Antioquía, Cauca, Tolima y Santander; de plata aurífera, platino, en el Chocó; hierro, cobre, petróleo, carbón de piedra, azufre, esmeraldas y otras piedras preciosas, mercurio, cristal de roca, caolín, etc.

Población. Asciende a 4.500,000 habitantes, lo cual representa tan sólo una densidad de tres por kilómetro cuadrado. Aunque el fondo de la población lo componen los descendientes de los cultísimos

muisecas y otros indios menos civilizados allí aposentados cuando la conquista española, puede decirse que paulatinamente se ha ido formando una raza mestiza, producto de los cruzamientos entre blancos, americanos y negros, muy numerosos éstos en la costa y en los bajos valles de los ríos.

Según cálculos aproximados, de cada cien habitantes sólo veinticinco son de raza pura: doce blancos, ocho indios y cinco negros; los setenta y cinco restantes son mestizos. La población civilizada, reconcentrada principalmente en las ciudades de la costa y de las mesetas templadas, presenta numerosos caracteres distintivos por los cuales se diferencian las respectivas agrupaciones. El tipo más bello y numeroso del país, al par que el más numeroso y personal, es el antioqueño, cuyas mujeres gozan fama de hermosísimas. Son muy celebrados sus habitantes como hábiles cerrajeros, carpinteros y plateros. El pasturo (del departamento de Pasto, en el Sur) se dedica a la agricultura, es también buen artífice y se parece a los ecuatorianos. El habitante de Popayan es buen soldado y muy apto para las letras; el patiano descuella como consumado jinete y suele dedicarse al pastoreo; parecido al mismo es el habitante del Cauca, muy dado a la política, enemigo del blanco, muy altivo e inteligente. Los autores prodigan grandes elogios a las hermosas ñapangas, mestizas apasionadas, pero vengativas y valientes.

El tolimense es labrador; el santandereano se distingue por su acrisolada honradez. Todas esas poblaciones se recomiendan por su religiosidad y espíritu de ahorro.

Entre los indios montaraces que viven en los bosques y llanuras, en grupos que varían de 1,000 a 20,000,

se cuentan los cunaqueros del Jalambí, tímidos y afables; las tribus del alto Chocó, celosas de que nadie pise su territorio; los cunacunas, los arlusacos, chimilas, motilones, goajiros, tupes, páeces, etc., etc., muchos de ellos completamente salvajes todavía. Como es de suponer, esas tribus hablan numerosos dialectos, más o menos mezclados con palabras castellanas o inglesas.

Gobierno. Actualmente constituye Colombia una República unitaria, con los tres poderes. Ejerce el Ejecutivo el presidente de la República asistido por siete ministros nombrados por el mismo; es elegido por sufragio directo y ejerce el mandato por cuatro años, siendo reemplazado, si falta, por uno de los dos *designados*, elegidos anualmente por el Congreso.

El Legislativo está compuesto del Senado y la Cámara de representantes. El Senado, a razón de un individuo por 120,000 habitantes, es elegido por un Consejo electoral, nombrado por las asambleas departamentales, y funciona también por cuatro años; la Cámara de representantes cuenta con uno de éstos por cada 50,000 habitantes; son elegidos directamente por dos años; para tener voto se necesita saber leer y escribir, gozar de una renta de 300 pesos o poseer bienes raíces por valor de 1,000 y tener más de veintidós años. El Congreso se reúne cada año el 20 de julio, y las sesiones duran tres meses.

El Poder Judicial es ejercido por una Corte Suprema, los Tribunales superiores de distrito, los jueces superiores, los de circuito y los municipales. La Corte Suprema se compone de nueve magistrados, elegidos por el Congreso en vista de las ternas propuestas por el presidente de la República; los magistrados de los

Tribunales superiores son designados por la Corte Suprema en vista de las ternas propuestas por las Asambleas departamentales. Todos pueden ser reelegidos indefinidamente.

El ministerio fiscal es ejercido por el Procurador general de la nación y los fiscales de los tribunales de distrito, de los juzgados superiores y de los juzgados municipales, éstos con el nombre de personeros.

Desde 1910 está dividida Colombia en catorce departamentos, subdivididos en provincias y éstas en distritos municipales.

Dichos departamentos son:

Antioquía, capital Medellín.
Atlántico, c. Barranquilla.
Bolívar, c. Cartagena.
Boyacá, c. Tunja.
Caldas, c. Manizales.
Cauca, c. Popayán.
Cundinamarca, c. Bogotá.
El Valle, c. Cali.
Huila, c. Neiva.
Magdalena, c. Santa Marta.
Nariño, c. Pasto.
Norte de Santander, c. San José de Cúcuta.
Santander, c. Bucaramanga.
Tolima, c. Ibagué.

A estos catorce departamentos hay que agregar las dos intendencias de El Chocó, capital Quibdó, y Meta, capital Villavicencio.

Cada departamento es administrado por un gobernador nombrado por el presidente de la República, y ejerce su cargo por espacio de dos años. Funciona, por otra parte, en cada uno de ellos una Asamblea departamental, de elección popular, a razón de un diputado por 20,000 habitantes. Las disposiciones de esta especie de diputaciones provinciales se llaman *ordenanzas*.

Al frente de los distritos municipales hay un alcalde, agente del gobernador, y un Consejo de elección popular directa. Sus resoluciones se llaman *acuerdos* y pueden ser anulados por el Poder Judicial.

Ejército y Marina. A pesar de haber sido Colombia un pueblo eminentemente guerrero, no existía una verdadera organización militar, por lo cual se acordó llamar una misión francesa que logró formar algunos buenos cuerpos de línea, aunque, por desgracia, quedaron casi completamente destruidos en la guerra de 1899 a 1902. Acudióse después a una misión militar chilena, y desde entonces ha podido contar Colombia con una fuerza armada digna de una nación culta y progresiva. Todo colombiano está obligado a servir en las filas del ejército en caso de guerra, cuyo efectivo podría ascender a 100,000 hombres. En tiempo de paz compónese el ejército de 6,500 hombres, al mando de 28 generales, 45 jefes y 283 oficiales (1909). Hay en Bogotá una Escuela Militar; el armamento es el Remington, el Grass y el Mauser.

La marina está constituida por un crucero, tres cañoneros y el buque-escuela naval de Cartagena.

Vida económica.-Hacienda. En 1907 importaban los ingresos 15 millones 494,583 pesos, e igual cantidad los gastos.

Sistema monetario. La unidad monetaria es el peso fuerte oro, dividido en cien centavos y equivalente a la quinta parte de una libra esterlina. Hay también monedas de plata y de níquel. Cada peso en papel equivale a un centavo en oro; el papel moneda tiene curso forzoso (1912).

En 1910 el comercio de Colombia fué en pesos oro: Exportación, 17.625,126; Importación, 17.025,637. Diferencia a favor de la nación, 599,489.

Los principales productos de exportación fueron café, pieles, plátanos, sombreros de toquilla, oro, esmeraldas, platino, perlas, tabaco, caucho, nácar, carey, cacao, especias, ganado, quebracho, minerales, maderas, plantas medicinales y orquídeas. Impórtanse telas, herramientas, muebles, papel, vinos, licores, pólvora, calzado, perfumería, harina, tocino, arroz, patatas, etc.

El mayor comercio es con los Estados Unidos, Alemania e Inglaterra.

Industria. Está muy desarrollada la minería, aunque

le falte mucho para producir todo lo que se podría obtener en los departamentos de Antioquía, Caldas, Cauca, Tolima, Santander y otros, en todos los cuales se encuentra oro en mayor o menor cantidad. En 1903 la cantidad de oro y plata producida pasó de cuatro millones y pico de pesos oro, y había en explotación catorce minas de cinabrio, siete de manganeso y treinta y dos criaderos de esmeraldas; había ido desde entonces en constante aumento dicha producción, a pesar de emplearse todavía procedimientos primitivos.

La industria manufacturera consiste en la fabricación de sombreros de paja, tejidos de lana y algodón en Cartagena, Medellín y otras ciudades; alfombras, hamacas, tapices, cristalería, jaeces, jabones, objetos de nácar, carey y hueso; fábricas de fósforos y cerveza; refinerías de azúcar, ferrerías y molinos harineros. En Pasto se fabrican notables barnices, y aquellos artistas saben producir hermosas imágenes y pinturas. En Bogotá, la capital, funciona una escuela de triaje para señoritas.

Agricultura. Se va desarrollando, pero muy lentamente, pues excepto algunos artículos de expor-

tación, no se obtiene lo bastante para el consumo. Cultívanse especialmente el café, la caña, el cacao, el plátano, el maíz, varias gramíneas, frutas y hortalizas.

Vías de comunicación. Dada la naturaleza abrupta del país, las carreteras y los caminos de herraduras se hacen impracticables en invierno. Entre las primeras son importantes las de Bogotá a Santa Rosa de Viterbo, en Boyacá; de Caldas a Jarumito, en Antioquía, y de Cali a Palmira, en el Cauca.

Hay unos 1,000 kilómetros de ferrocarril en explotación, pero sólo hay terminados algunos, hallándose los demás todavía en construcción y solamente con algunos trayectos en servicio. Durante la presidencia del general Reyes quedó terminada la vía férrea de Bogotá a Girardot, puerto del Magdalena, con un trayecto de 195 kilómetros, constituyendo una verdadera obra magna de ingeniería.

En cambio Colombia dispone de gran número de excelentes vías fluviales, como son los ríos navegables Magdalena, Sinú, Atrato, San Juan Patía, Telembi, Putumayo, Amazonas, Orinoco, Arauca, Cauca, Sogamosa y otros, aparte de sus numerosos puertos en las costas del Mar Caribe y el Pacífico.

Hay más de 17,000 kilómetros de líneas telegráficas, cable submarino y numerosas líneas telefónicas interurbanas.

Vida intelectual. «A pesar de que la instrucción popular en Colombia no es obligatoria, dice D. Luis Cano, y siendo gratuita no les alcanza sino muy escasamente a los pobladores de los campos, los analfabetos representan una proporción reducida. Es frecuente encontrar campesinos y aun urbanos que no saben leer, pero entre estos mismos es casi imposible hallar uno que no haya recibido en alguna

forma instrucción moral y social correspondiente al individuo civilizado.

«Sin embargo, se observa fácilmente una exagerada desproporción entre la cultura, algo primitiva, de las clases bajas y el refinamiento científico y artístico de las clases intelectuales. En éstas existe una marcada afición a la literatura, que ahoga casi todas las demás manifestaciones de la cultura intelectual y que justifica el nombre de «Atenas Sud-americana» con que se distingue a Bogotá comúnmente.»

La instrucción primaria, según queda dicho, es gratuita, pero no obligatoria. Se da en más de 3,000 escuelas, a las que concurren 250,000 niños, y está a cargo de los departamentos, pero bajo la dirección del gobierno.

La enseñanza secundaria y profesional depende del Estado; casi todos los departamentos sostienen, sin embargo, institutos, escuelas normales y de Artes y Oficios.

En Bogotá y otras ciudades hay Facultades de Filosofía y Letras, Ciencias Naturales, Medicina, Matemáticas e Ingeniería, Comercio y Derecho y Ciencias políticas. Hay también en la Atenas sud-americana una Academia de la Historia, Escuela Normal Superior, la de Bellas Artes, Academia Nacional de Música, Instituto Nacional de Artesanos, la ya citada Escuela de tejidos para señoritas, Central de Artes y Oficios y otras instituciones no menos cultas.

Las Letras Con decir que Colombia es la patria de

D. Rufino J. Cuervo, basta, para todo buen español, bajar la frente con reverencia. Y, sin embargo, Cuervo sólo podía dedicar a la lengua de Cervantes los ratos que le dejaban libres sus tareas de fabricante de cerveza.

Nuestro distinguido filólogo D. Julio Cejador ha dicho de Cuervo: «Nada para mí se ha escrito de más subidos quilates acerca de nuestra lengua que el *Diccionario de construcción y régimen*, y con más hondo



D. Rufino José Cuervo

conocimiento de la psicología del castellano que las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* y las modestísimas y magníficas notas a la gramática de Bello. Estas obras, producto del cerebro lingüístico de primer orden y del arsenal inmenso de papeletas de la incansable y bien organizada laboriosidad de D. Rufino José Cuervo, me atarían de pies y manos para no soltar la lengua sino en toda suerte de encomios para los escritores ameri-

canos, aunque la talla gigantesca del jefe no me dejara ver la cerrada falange que le sigue.»

En Colombia primero y en París después, hubo D. Rufino José Cuervo de dedicar toda su vida «a sorprender los arcanos de su lengua, a compulsar originalísimos documentos, a la lectura de los escritores clásicos, hasta que un día, agotadas ya sus fuerzas físicas, lejos de su familia, advertido de la poca fidelidad de algunas obras en que basó sus trabajos, triste y desengañado, el anacoreta de la ciencia que se ocultaba en la calle de Siam, dejó dulcemente en brazos del Señor la madura carga de sus días fecundos».

Dejó Cuervo incompleta y desordenada su magna obra, pero no faltaron quienes la organizaran y levantarán con aquellos materiales uno de los más gloriosos monumentos con que ha sido honrada la lengua de Cervantes, que era también la de su patria y en loor a la cual entonó el más hermoso himno que hasta hoy se haya escrito.

«Nada, en nuestro sentir, dice, simboliza tan cumplidamente la patria como la lengua; en ésta se encarna cuanto hay de más dulce y caro para el individuo y la familia, desde la oración aprendida del labio materno y los cuentos referidos al amor de la lumbre, hasta la desolación que traen la muerte de los padres y el apagamiento del hogar; un cantarcillo popular evoca la imagen de alegres fiestas, y un himno guerrero, la de gloriosas victorias; en una tierra extraña, aunque halláramos campos iguales a aquellos en que jugábamos de niños, y viéramos allí casas como aquellas donde se columpió nuestra cuna, nos dice el corazón que, si no oyéramos los acentos de la lengua nativa, deshecha toda ilusión, siempre nos reputaríamos extranjeros y suspiraríamos por las auras de la patria.

«Pero benéfica influencia la del lenguaje! La patria para el que no conoce más que su aldea, ni ha oído hablar de comarcas situadas fuera del horizonte que alcanza a divisar, no representa más que una corta parentela, un reducido círculo de conocidos apegados al terruño. A medida que la cultura crece, los límites se ensanchan, el corazón se abre a nuevas aspiraciones; y cuando las letras y las ciencias han fecundado cumplidamente un espíritu, ya la patria no cabe en las demarcaciones caprichosas de la nacionalidad. Porque si los primeros afectos se despertaron a la voz maternal, la razón también, hermana gemela de la lengua nativa y compañera suya casi inseparable, vindica como propio cuanto le llega bajo los signos conocidos de su infancia; de suerte que por un sentimiento instintivo somos en cierto modo compatriotas de cuantos hablan nuestra misma lengua, y la literatura vaciada en ella es el alimento en que más de grado se apacienta nuestro espíritu. Por eso mejor que dentro de ficticios linderos se agrupan las inteligencias en torno de nombres como los de Cervantes, Shakespeare y de Goethe; y por eso, cuando varios pueblos gozan del beneficio de un idioma común, propender a la uniformidad de éste es avigorar sus simpatías y relaciones, hacerlos uno

solo. De modo pues, que, dejando aparte a los que trabajan por conservar la unidad religiosa, aspiración más elevada a formar de todas las razas y lenguas un solo redil con un solo Pastor, nadie hace tanto por el hermanamiento de las naciones hispanoamericanas como los fomentadores de aquellos estudios que tienden a conservar la pureza de su idioma, destruyendo las barreras que las diferencias dialécticas oponen al comercio de las ideas.»



D. Miguel Antonio Caro

Citemos después de Cuervo a D. Miguel Antonio Caro, que no rayó menos alto que él en los asuntos filológicos, y mucho más hubiera podido hacer a no haberle distraído de sus predilectas aficiones los negocios políticos. Aun así, escribió Caro admirables disertaciones acerca de «El uso de sus relaciones con el lenguaje», el *Quijote*, los neologismos, la multiplicación dialéctica, etc., en todos los cuales trabajos resalta el más profundo amor a España. Su más célebre obra, y la de más elevada concepción, es, sin embargo, su *Tratado del participio*, «obra, dice D. Alfonso Robledo, en que probó con lujo de razones, y previa una comparación del giro latino con el castellano, que

la forma verbal en *ndo* no es adverbial, como lo sostenía Bello, sino que su oficio principal es el de participio activo de presente, salvo algún caso secundario en que toma la forma adverbial. Censura con respeto las opiniones de Bello y Salvá, y pide excusas por tener que apartarse de la opinión de tan disertos gramáticos; hace ver algunas impropiedades de Cervantes, lo cual le causa verdadero dolor, pareciéndole que ni por obligarlo a ello el rigor de su tesis es excusable tal desacato al «Emperador» de la lengua castellana. Esta doctrina, enteramente nueva en castellano, defendida con argumentos altamente filosóficos, sostenida con ese método admirable que él empleaba en todas sus investigaciones, de allí más se tuvo como la última palabra en esta materia y sirvió para que se emplease con mejor discernimiento el gerundio castellano».

Rasgo particular de los escritores colombianos es su amor a los estudios filológicos. Si grandes fueron en este sentido Cuervo y Caro, otros les siguieron, para quienes nunca serán bastantes los elogios. Citemos a D. Marcos Fidel Suárez, autor de *Estudios gramaticales* y *El castellano de mi tierra*; D. Emiliano Isaza, que lo es de una *Gramática práctica*, obra adoptada, por lo sencilla y metódica, en casi todas las escuelas de las Repúblicas de América, y de un magistral Diccionario de la conjugación castellana; el doctor D. Rafael María Carrasquilla, actual director de la Academia Colombiana de la Lengua, digno de parangonarse por su estilo con el de nuestro Fray Luis de Granada; D. Diego Rafael de Guzmán, sapientísimo en asuntos filológicos; el eminente poeta y excelso crítico D. Antonio Gómez Restrepo; el admirable estilista D. Santiago Pérez Triana, director de

la importantísima revista castellana *Hispania*, publicada en Londres; Alfonso Robledo y tantos otros como son dignos de la más ardiente gratitud por su amor a España y a nuestra incomparable lengua.

Cuenta la *prensa* con notables órganos, tales como *El Tiempo*.

Citemos entre las ciudades históricas de nuestro antiguo reino de Nueva Granada a Santa Marta, fundada por el descubridor

Ciudades históricas y costumbres.

Rodrigo de Bastida en 1525, a orillas del mar Caribe; Barranquilla, en la bifurcación o delta del gran río Magdalena; Cartagena de Indias, fundada por Pedro de Heredia en 1533, una de las grandes plazas fuertes de América en la época colonial, que tuvo que luchar con frecuencia, y siempre gloriosamente, contra los ataques de los piratas holandeses y británicos, y figuró en primer término en la guerra de la Independencia; conserva aún parte de sus antiguas fortificaciones, el antiguo palacio de la Inquisición y muchos caserones de la antigua aristocracia española; Socorro, famosa por la belleza de sus mujeres y en la cual estalló en 1781 el primer alzamiento contra la metrópoli, promovido por los llamados *Comuneros*; Tunja, residencia de los reyes muyscas a la llegada de nuestros conquistadores; Sogamoso, residencia del Sumo Sacerdote del mismo pueblo; Boyacá, donde se dió la batalla ganada por Bolívar y se decidió la independencia de Colombia; Bogotá, fundada en 1538 por el conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada, población hoy de 120,000 habitantes, llamada, como hemos dicho, la Atenas de la América del Sur, con una catedral que cuenta entre las más hermosas del Nuevo Mundo; la capilla del Sagrario, adjunta a ella, con su retablo barroco de concha, oro y marfil,

obra del pintor bogotano Vázquez; artísticas iglesias, magníficas plazas con estatuas de Bolívar y otros hombres ilustres de Colombia, y en una de aquéllas la columna de los Mártires, en honor de los colombianos fusilados como rebeldes en 1816; Cali, fundada en 1536, con muchas blasonadas antiguas casas solariegas; Popayán, fundada en 1536 por Sebastián del Alcázar, baluarte siempre del partido conservador y patria de gran número de escritores y artistas que le han valido el nombre de «la sabia»; Pasto, que sostuvo heroicamente, durante la guerra colonial, la causa de España.

Las costumbres, de igual manera que en el Ecuador y el Perú, conservan el sello de la dominación española, lo cual basta a ponderar su señorial carácter, la llaneza del trato y la dignidad de las maneras.



CAPÍTULO XVII

REPÚBLICA DE VENEZUELA

**HISTORIA. — GEOGRAFÍA. — GOBIERNO. — VIDA ECONÓMICA.
INSTRUCCIÓN PÚBLICA. — MOVIMIENTO INTELECTUAL**

Historia. Dijimos ya cómo el ilustre general D. José Antonio Páez, valiente jefe de los terribles llaneros en la *guerra a muerte*, descontento de la creación de la República de Colombia, impuesta por Bolívar en el Congreso de Angostura, había provocado una revolución para separarse violentamente de aquel Estado basado en el más perfecto unitarismo y había proclamado, en 1831, la independencia de Venezuela bajo una constitución muy liberal.

Páez gobernó con escrupuloso respeto a los preceptos legales, y los venezolanos pudieron apreciar los bienes que procura la posesión de los derechos de ciudadanía, cuando no se les viola ni falsea, y tanto arraigó en sus pechos el amor a la libertad, que al cesar aquel en su presidencia (1835), fué elegido en su reemplazo no un general, entre tantos caudillos como se habían distinguido en la larga guerra colonial, sino un hombre

civil, el doctor D. José María Vargas. Por desgracia, no faltaron elementos viciados, despechados militaristas que, no pudiendo sufrir el mando de un personaje civil, se lanzaron a la lucha contra el Poder legítimo. Estalló, pues, desgraciadamente, una guerra intestina, a la cual puso fin Paez con su reconocida energía. El recuerdo de su primera presidencia y la pública



D. José María Vargas



El general Carlos Soublotte

gratitud por haber restablecido la paz, movieron al país a reinstalarle en la suprema magistratura (1839), pero en ésta, por desgracia, no se condujo Paez con el respeto a la ley y el espíritu sinceramente liberal del anterior período, antes bien, gobernó de una manera personalísima, incurriendo, por lo tanto, en el abuso que tanto había censurado en Bolívar y poniéndose en completa contradicción con sus anteriores

programas. Verdad es que estas extralimitaciones constituían la norma de muchos jefes de Estado en aquella época, tales como Francia en el Paraguay, Rosas en la Argentina y el ministro Portales en Chile, reacción natural contra los anteriores años de anarquía.

Renació la práctica constitucional en toda su pureza al ser elevado al poder en 1843 el digno general Sou-



D. José Tadeo Monagas



D. José Gregorio Monagas

blatte, bajo cuyo gobierno fueron respetados todos los derechos y libertades cívicas; pero mal avenido Paez con semejante política, impuso en las siguientes elecciones a un candidato hechura suya. Apelóse a las mayores coacciones para sacar triunfante al designado por el antiguo caudillo de los llaneros, y así fué como pudo elevarse al Poder supremo el general D. José Tadeo Monagas (1847). Con eso resucitaron con vio-

lencia las antiguas disensiones entre los partidos, liberales y conservadores.

«D. José Tadeo Monagas, escribe D. Tito V. Lisoni, estableció en la administración un nepotismo increíble, turnándose en el ejercicio del Poder con su hermano D. José Gregorio, y llegando al extremo de llevar a su propio yerno a la presidencia de la República. Esta nueva práctica, tan contraria a los principios democráticos, provocó la revolución que hubo de obligarle a renunciar.

«Justo es, empero, reconocer que los Monagas fueron quienes, en esas circunstancias tormentosas, implantaron dos reformas, las más monumentales de entonces: la abolición de la esclavitud y de la pena de muerte, que atenúan las pesadas sombras de esos desgraciados regímenes.»

Triunfante la revolución (1858) fué elevado al Poder el general D. Julián Castro, y de nuevo encendidas las pasiones, lucharon ardientemente liberales y reaccionarios, levantando aquéllos, por primera vez, la bandera de la federación. Puesto Paez al frente de los conservadores, derribó a Castro y se proclamó dictador, pero un formidable levantamiento le obligó a hacer dejación del mando y huir del país, siendo de deplorar que un hombre que tanto se había distinguido por su patriotismo falleciera obscuro y olvidado en la proscripción.



El general D. Julián Castro

Vencedores los liberales al cabo de cinco años de sangrienta lucha, eligieron para la presidencia (1863) a su jefe el general D. Juan C. Falcón, modelo de



El general D. Juan C. Falcón

honradez pública y privada y dotado de eminentes dotes políticas, bajo cuyo gobierno se promulgó una de las más bellas constituciones federalistas que haya tenido Venezuela. A ella se atuvo religiosamente Falcón, a pesar de lo muy avanzado de sus preceptos, y no sólo esto, sino que procediendo con la mayor nobleza se condujo de una manera generosa y magnánima con sus antiguos adversarios.

Desgraciadamente, y a fines de su período constitucional, hizose correr la voz de que Falcón pretendía ser reelegido, lo cual dió lugar a que estallara una terrible revolución promovida bajo la bandera de *Federación genuina*. Confiado el mando de las tropas del gobierno al general D. Antonio Guzmán Blanco, derrotó éste a los insurrectos en las sangrientas batallas de la Esperanza, Cerro Alto y Turgua (1868). No tardó, sin embargo, en surgir un nuevo levantamiento, llamado de los *Azules*, nombre de los partidarios de la *Federación genuina*. Ganaron esta vez la partida los sublevados, gracias a hallarse Guzmán ausente de Caracas; fué derribado Falcón y cayó en sus manos el Poder.

Procuró Guzmán Blanco llegar a una avenencia, aunque fué en vano, y vencedor de nuevo, entró triunfante en la capital, para ser elevado a la suprema magistratura, que debía desempeñar por un decenio (abril de 1870). No quedó, sin embargo, extinguida aún la revolución, que todavía continuó hasta el 5 de febrero de 1872, en que quedó del todo sofocada después de la tremenda batalla de San Fernando de Apure, en la cual Guzmán Blanco desplegó admirables condiciones militares.

Finido el septenado fué elegido presidente el general D. Francisco Linares Alcántara, y deseoso su antecesor de que no se le pudiera acusar de que tratara de ejercer la menor coacción, abandonó a Venezuela y fijó su residencia en París.

La ausencia de Guzmán Blanco pareció alentar a los perturbadores del orden público, y cuando toda prudencia hubiera sido poca, hubo de ocurrírsele a Linares descubrir ante el Congreso Constituyente reunido en Caracas sus pretensiones de prolongar su permanencia en el poder (1878). Acto seguido surgió una enérgica protesta con el nombre de *Revolución reivindicadora*, tendiente a que se restableciesen en todo su imperio las prácticas constitucionales. Acudió entonces a Guzmán Blanco, que se presentó al momento en su patria y fué proclamado de nuevo



El general
D. Antonio Guzmán Blanco

presidente, cargo que desempeñó durante el quinquenio de 1879 a 1884. Terminado el plazo y elegido para ocupar la jefatura el general D. Joaquín Crespo, apresuróse de nuevo Guzmán Blanco a dejar completamente libre a su sucesor, para trasladarse a Europa como embajador extraordinario cerca de varias cortes.

Dijérase, sin embargo, que no podía pasarse el país sin aquel ilustre gobernante; dos años después, y como había sucedido con Linares, era derribado el presidente Crespo, y de nuevo volvía a asumir la suprema magistratura, *por aclamación*, el general Guzmán Blanco. Esta vez, sin embargo, su presidencia no duró más que un bienio, o sea desde 1886 a julio de 1888, y aun en los últimos meses desempeñó la presidencia el general D. Hermógenes López.

«Guzmán Blanco, dice el Sr. Lisoni, fué sin disputa el estadista que mayor influencia haya tenido en Venezuela. Durante varios lustros impuso rumbos, y los dictados de su clara inteligencia fueron la norma inflexible de esa época. Jamás este país ha tenido un gobernante más progresista ni un civilizador más grande; protegió la instrucción de las multitudes, fomentó los ferrocarriles, las obras públicas y todo aquello que importara un progreso efectivo para la nación. Sus eminentes ideas liberales rompieron con las viejas tradiciones y su genio hizo brotar por doquier la prosperidad nacional. La posteridad sabrá perdonarle sus errores y sus graves faltas contra la libertad con sólo aquilatar los tratos de su obra incomparable. Sus biógrafos han dicho de él, como supremo elogio, «que enseñó a leer a Venezuela». Por eso, sin duda, le llama Blanco Fombona «civilizador a palos».

«Sucedió a Guzmán Blanco, saludado por el Congreso

con los títulos de *Ilustre Americano y Aclamado por los pueblos*, el doctor D. Juan Pablo Rojas Paul (julio de 1888). El nuevo presidente, elegido con todos los requisitos de la ley, procuró seguir una política conciliadora, al objeto de mantener al país en la prestigiosa situación de que gozaba a su advenimiento. «Se preocupó, dice el Sr. Lisoni, de dar impulso al comercio y a las industrias; de vigorizar la marcha de los planteles universitarios, a los cuales dió mayor importancia con la creación de hospitales convenientemente servidos; procuró poner al alcance de las clases trabajadoras el precio de algunos artículos de consumo diario, ordenó la construcción de importantes vías de comunicación, etc. Fué un gobernante dignísimo, respetuoso y probo, aunque tuvo algunas debilidades que causaron graves males a la República.»

Terminado su período presidencial (1890), fué elegido para desempeñar la suprema magistratura el doctor D. Raimundo Anduero Palacio, orador elocuente y persona de vasta ilustración, aunque harto dado al gobierno personal, lo cual hizo que no tardara en estallar una revolución (1892) que le derribó del poder, pasando éste a manos del general D. Joaquín Crespo, jefe del movimiento y que, como hemos dicho, había sido elegido presidente en 1884, hasta que en 1886 tuvo que dejar el sitio a Guzmán Blanco, llamado por el pueblo.

Esta vez pudo gobernar Crespo durante los seis años fijados por la Constitución (1892-1898). Reconocido por todos como un gran soldado, demostró en cambio ser un presidente guiado tan sólo por su personalismo. El Congreso le confirió el título de *Héroe del deber*.

Como de costumbre, el jefe del Estado saliente

designó al que había de ser su sucesor, recayendo la elección en el general D. Ignacio Andrade, falto de las condiciones necesarias para ocupar tan espinoso puesto. De ahí que estallara prontamente un levantamiento, con el nombre de *Revolución Restauradora*,



D. Juan Vicente Gómez

dirigido por los generales D. Cipriano Castro y don Juan Vicente Gómez, ante cuyo embate cayó Andrade. Asumido el mando por el primero (1899), desplegó la mayor energía en el mando «y defendió con altivez el honor y la soberanía de su patria». No puede pronunciarse todavía un fallo definitivo sobre Castro, que si contó con muchos enemigos, tuvo también gran número de adictos.

Durante la presidencia de Castro se promulgó la Constitución federal de 1904, hoy vigente. Muy combatido en el interior, donde fueron harto frecuentes las revueltas, y obligado a hacer frente a las complicaciones surgidas con varias naciones extranjeras, el general Castro se mantuvo en el Poder hasta noviembre de 1908, en que, pretextando una enfermedad, se trasladó a Europa, asumiendo el Poder el general Gómez, como vicepresidente.

Apenas hubo partido el general Castro, lanzóse el pueblo a la calle en enérgica manifestación para que abandonara el Poder y se encargara del mismo el

general Gómez (diciembre de 1908). Elegido presidente constitucional en abril del año siguiente, desde cuya fecha ha venido desempeñando con notable acierto tan elevado cargo.

«El general Gómez, dice el Sr. Lisoni, empezó sus tareas con la aureola de la más franca popularidad, iniciando una serie de saludables cambios de rumbo. Los principales jefes de los partidos militares ofrecieron su apoyo incondicional al nuevo régimen, lo que fué un elocuente augurio en favor de la paz interna del país.»

Gracias a la hábil gestión diplomática del gobierno venezolano pudieron solventarse las dificultades existentes con Colombia, Estados Unidos, Alemania, Holanda, Francia y Bélgica.

VIDA POLÍTICA, ECONÓMICA E INTELECTUAL DE VENEZUELA. — COSTUMBRES

Geografía. Ocupa Venezuela el límite Norte de la América del Sur, en una superficie de 942,300 kilómetros cuadrados (Almanaque de Gotha) o sea la misma de la antigua Capitanía General de su nombre, salvo algunas modificaciones.

Con arreglo a la Constitución de 1904, reformada en 1909, se compone de veinte Estados, dos territorios y un distrito federal. Los primeros son los de Apure, Aragua, Anzoátegui, Bolívar, Carabobo, Cojedes, Falcón, Guárico, Lara, Monagas, Mérida, Miranda, Nueva Esparta, Portuguesa, Sucre, Táchira, Trujillo, Tarami, Zamora y Zulia. Los territorios son de Amazonas y Delta del Amacuro y el distrito federal está formado

por la capital, Caracas, sus arrabales y el departamento de Vargas.

Confina Venezuela al Norte con el mar de las Antillas, al Este con la Guayana inglesa y el Brasil, al Sur también con el Brasil y al Oeste con Colombia.

El suelo comprende tres regiones perfectamente distintas, dispuestas en sentido longitudinal: la costera y andina al Norte, la de *los Llanos* en el Centro y la de las Selvas al Sur.

Las montañas del Norte constituyen el principio de la cordillera de los Andes, iniciada en la cercana isla de la Trinidad para terminar en el Estrecho de Magallanes. La gran región montañosa está constituida por dos cadenas paralelas, una costera y otra interior, quedando entre ambas anchos valles. La primera es la más abrupta y sus cimas culminantes son el Pico de Naimatá (2,782 metros) entre la Guayra y Caracas y la *Silla* de este nombre (2,665). Esta región se ensancha luego hacia el Oeste, constituida por sierras orientales de Noreste a Suroeste, descolando entre ellas la Sierra Nevada de Mérida, cuyos picachos más elevados son los nevados del Concha y el Columna (4,700 metros). No hay volcanes, pero sí abundancia de aguas termales y son frecuentes los terremotos.

En esta región montañosa, que se continúa luego en Colombia, es donde está agrupada la mayoría de la población, por su templado clima y la feracidad de su suelo.

En atención a la temperatura esta región se divide en tres zonas: la inferior, o cálida; la media, o templada, y la de las nieves perpetuas, o fría.

La región de *los Llanos* es baja, muy calurosa, de vegetación herbácea, y está muy poco poblada.

La región de las Selvas, o Guayana venezolana, se extiende al Sur del Orinoco; es montuosa, con las sierras orientadas de Noroeste a Sureste; sus cimas culminantes son el Maraguaca (2,508 metros), el Duida (2,474) y el Roraima (2,286).

Hidrografía. Numerosos son los ríos que surcan el territorio de Venezuela, pues ascienden a 1,059, de los cuales son tributarios del Orinoco 436.

La región septentrional está cruzada por gran número de corrientes que desembocan en el mar Caribe y el lago de Maracaibo. Algunos de esos ríos, que descienden de las montañas formando magníficas cascadas, son navegables en su curso inferior para vaporcitos, siendo los más caudalosos el Catatumbo y su afluente el Zulia, el Tuy, el Guaire, que baña a Caracas y se hace luego subterráneo, el Caño Colorado, etc.

En esta región es donde se extienden los dos grandes lagos de Maracaibo y Tacarigua; el primero tiene una superficie de 21,728 kilómetros cuadrados y el segundo de 559.

El gran río de los Llanos y de las Selvas es el Orinoco, cuya longitud se calcula en 2,374 kilómetros, en un millón la superficie de su cuenca y en 7,000 la red navegable que ofrece con sus 436, ya citados, afluentes.

Litoral. La costa venezolana está bañada al Norte por el mar Caribe y al Este por el Atlántico. La primera proyecta en el extremo oriental las dos penínsulas de Paría y Araya y está precedida de gran número de islas e islotes, como las Ares, Roques, Orchilla, Blanquilla y Margarita, que es la mayor de todas. La costa oriental o atlántica es baja y anegadiza, y en ella desemboca el Orinoco.

Población. Asciende a 3.200,000 habitantes, entre ellos 350,000 de raza muysca (Sierra Ne-

vada de Mérida) y guaraní-caribe (litoral y selvas). En la región montañosa predomina la sangre indígena en el elemento popular; en la costa se ha perpetuado la raza negra; la población civilizada, que es la más numerosa, ofrece el tipo perfectamente europeo, y se distingue por lo robusta, morigerada y fuerte. Los extranjeros son 32,000, más de la mitad españoles y el resto ingleses, holandeses, italianos, franceses, alemanes y yankees.

Producciones. Es la flora venezolana una de las más ricas y variadas del mundo. «La vegetación, dice el Sr. Lisoni, es ininterrumpida... En las llanuras crecen las palmas; en los bosques los bambúes, los manglares, y una inmensa variedad de árboles selváticos, como el laurel, el tamarinto y las palmas de hojas pinadas; en la región cálida, que es la más rica e importante, el cacao, el café, la caña de azúcar, el coco, el banano y la yuca; en la templada, además de lo anterior, se dan el algodón, el maíz, el trigo, la cebada, toda clase de cereales y árboles frutales, y en la fría las gramíneas, las rubiáceas y las orquídeas.»

A estos productos hay que agregar el tabaco, los frijoles, el caucho, la vainilla, el añil, la copaiba, las maderas preciosas, las plantas curtientes y tintóreas, que son en gran número.

La región de los llanos (405,620 kilómetros) es abundantísima en pastos, por lo cual prospera grandemente en ella la ganadería. La de la selva es riquísima en árboles, entre los cuales merece especial mención la palmera llamada *árbol de la vida* por los venezolanos (*Mauritia flexuosa*), pues los indios construyen sus bohíos con su madera, los techan con sus hojas, tejen hamacas y cuerdas con sus fibras, fabrican con su savia una bebida fermentada y se alimentan con sus frutos.

En esos bosques moran a millares monos gritadores o araguatos, murciélagos, hormigueros y perezosos; el tigre y el león americanos; el ocelote; enormes caimanes y cocodrilos en las riberas del Orinoco y sus afluentes, los cuales saurios atacan al hombre. Un pez muy característico es el gimnoto, llamado también puraqué o temblador, que mata con sus descargas eléctricas a los demás peces, y se encuentra no sólo en el Orinoco, sino también en los esteros y pantanos de los llanos.

Minería. En este ramo es inmensa la riqueza de Venezuela; en todo el territorio es muy común el oro, conociéndose cerca de setenta minas, en su mayoría en el Estado de Bolívar. Las del Callao gozan de fama universal y han producido de 1870 a 1890 la cantidad de 1.320,929 onzas de oro. Explótanse también minas de cobre, hierro, carbón de piedra, asfalto y azufre; muchas salinas, canteras y yacimientos de petróleo.

Gobierno. Rige la Constitución de 1904, modificada en 1909, basada en el sistema federativo. Todos los Estados son autónomos y conservan la plenitud de la soberanía que no han delegado. Los distritos, a su vez, gozan de autonomía municipal y son independientes del Poder político del Estado en lo concerniente a su régimen administrativo y económico.

Son inviolables la vida — por lo cual está abolida la pena capital —, la propiedad, la correspondencia y el domicilio. Están garantizadas la libertad del pensamiento, expresado de palabra o por medio de la prensa; la de transitar sin pasaporte y mudar de domicilio; de industria, de asociación y reunión; de exportación, sin ningún derecho que la grave; de peti-

ción, del sufragio, de enseñanza, de cultos, la seguridad personal y la igualdad ante la ley.

La soberanía reside en el pueblo, y está ejercida por el Poder Federal y el de los Estados.

El Poder Federal se divide en Legislativo, Ejecutivo y Judicial. El primero se ejerce por el *Congreso de los Estados Unidos de Venezuela*, compuesto de un Senado y una Cámara de Diputados, que se reúnen anualmente en Caracas por improrrogable término de sesenta días. Los senadores son elegidos en votación directa por cada Estado y los diputados por la Asamblea Legislativa de cada Estado en individuos de fuera de su seno. El período legislativo dura cuatro años y todos los senadores y diputados pueden ser reelegidos. Es incompatible durante las sesiones el cargo de representante con cualquier empleo oficial. Todos los representantes gozan de inmunidad durante el período legislativo y treinta días después, en cuya fecha cesa.

El Poder Ejecutivo es ejercido por el presidente de la República, asistido por los ministros y el Consejo de Gobierno. El supremo magistrado es elegido por el Congreso en votación secreta por mayoría absoluta de votos y ejerce el cargo durante cuatro años, no pudiendo ser reelegido; quedan excluidos para la elección los parientes del presidente, al cesar éste en sus funciones, hasta el cuarto civil de consanguinidad o segundo de afinidad.

El Poder Judicial reside en la Corte Federal y en los tribunales y juzgados establecidos por la ley. Los magistrados del Supremo son elegidos por el Congreso; desempeñan su cargo cuatro años y pueden ser reelegidos.

VIDA ECÓNOMICA

Sistema monetario.

La unidad monetaria es el bolívar, equivalente a un franco; circulan monedas de oro, plata y níquel. La ley para el primero es de 900 por 1,000, y para la segunda 900 y 875.

En 1908 importaron los gastos 37.205,485 bolívares, y los ingresos a 44.092,625. El total de la Deuda ascendía a 217.201,178.

El movimiento mercantil, en 1905, fué: Importación, 4.678,514 pesos oro; exportación, 5.232,770. Total, 9.911,284. Los principales productos de exportación son el café, cacao, caucho, perlas, asfalto y ganado; los de importación, sedas, mercería, paños, carbón, maquinaria, etc.

El comercio es principalmente con los Estados Unidos, Alemania, Francia, Holanda y España.

Como hemos dicho antes, la exportación es libre en Venezuela, sin gravamen alguno. Desde que el presidente Gómez tomó posesión del mando supremo, «comenzó por suprimir, dice el Sr. Lisoni, los monopolios que existían sobre algunas industrias y por romper las trabas que impedían la libertad de comercio, derogándose una serie de decretos de pasadas administraciones relativas al trasbordo de mercaderías de importación y exportación en algunos puntos de la República; al aforo de ciertos artículos de uso indispensable, exonerándose de derechos a otros considerados como elemento esencial para el desarrollo de importantes fuentes de riqueza; libertándose de gabelas al comercio de cabotaje; rescindiéndose el contrato referente a la construcción de una fábrica nacional

de cigarrillos, y en fin, dejándose sin efecto las resoluciones que establecían impuestos sobre el tabaco destinado al consumo, lo que ha sido origen de un verdadero renacimiento en la producción tabaquera del país».

Vías de comunicación. Cuenta Venezuela con catorce líneas férreas, cuya longitud total es de 900 kilómetros; donde no hay ferrocarril hácese el transporte con mulas. La red telegráfica abarca una extensión de 7,500 kilómetros.

Ejército y Marina El ejército, en tiempo de paz, asciende a 8,000 hombres. La marina consta de seis buques.

Instrucción pública. La enseñanza es gratuita y obligatoria, y el gobierno dedica a ella la suma anual de 4.500,000 bolívares. Existen 1,240 escuelas, a las que asisten por término medio unos 30,000 alumnos. Hay, además, dos escuelas normales, cincuenta y cuatro colegios particulares, dos Universidades, la Central en Caracas y la de los Andes en Mérida; Escuelas de Ingeniería, Politécnica, Agricultura, Minas y Artes y Oficios; Academia Nacional de Bellas Artes, Seminario y otros establecimientos docentes.

Movimiento intelectual. Siempre ha brillado con refulgente luz en las letras la patria de Andrés Bello. La historia, la crítica, los estudios políticos, la polémica y la poesía han tenido eximios representantes y llegado a una situación de superioridad sobre la mayoría de nuestros países, constituyendo sus dilatadas producciones fuentes de consulta en las diversas manifestaciones del saber humano.

«El verdadero desarrollo intelectual, dice D. Tito V. Lisoni, empezó casi coetáneamente con la Inde-

pendencia, época en que surgieron hombres como don Andrés Bello y el licenciado Lanz, que iniciaron el gran movimiento en que colaboraron Vicente Tejera, José Domingo Díaz, Germán Roscio, José Luis Ramos y otros intelectuales de justificado renombre.

»Constituida la nación venezolana, siguieron la labor civilizadora pensadores como Fermín Toro, Juan Bautista Calcaño, Juan Manuel Cajigal, Teófilo Rojas dando por resultado el entusiasmo por las bellas letras y el estímulo para la juventud que entonces hacía sus primeras armas. Maestros de aquella generación pueden considerarse a Antonio Leocadio Guzmán, Rafael Arvelo, Guillermo Tell Villegas, Rafael María Baralt y García de Quevedo.

»Las complejas cuestiones políticas y la honda división de los partidos, dieron a la literatura nacional cierto tinte partidarista. De allí es que gran parte de su producción sea un reflejo del personalismo de esos tiempos, en que se gasta el elogio en honor de los gobernantes que, bien o mal, tuvieron en sus manos la suma del poder público.

»Sin embargo, con la creación de la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras, en 1869, se pudo notar una reacción favorable en el carácter e independencia de los escritores de la República. A la sazón figuraron el doctor Eloy Paredes, Eusebio Baptista, José Ignacio Lares, Gabriel Picón Febres y otros tantos.

»Sucesivamente, desde 1877, la literatura ha ido incrementándose en calidad y en número. El general Guzmán Blanco, que fué uno de los gobernantes que mayor ingerencia hayan tenido en el avance intelectual, prestó su ayuda constante a las artes y las letras, al par que su política personal arrastró a muchos

hombres al estudio de los complicados problemas públicos.

»En ese tiempo llenan la escena literaria pensadores y publicistas como Cecilio Acosta, Francisco González Guinán, Sebastián Casañas, Rafael Seijas, Nicanor Bolet Peraza, Julio Calcaño, Marco Antonio Saluzo, Cristóbal Mendoza, Felipe Tejera, Raimundo Andueza Palacio, Laureano Villanueva y otros que han conseguido una autoridad indiscutible en el cenáculo de las letras de América.

»La historia ha tenido en Venezuela cultivadores conspicuos, muchos de los cuales han dedicado su estudio a épocas determinadas de la administración y a relatar los actos culminantes de algunas de los regímenes gubernamentales de la nación.

»Entre el crecido número de historiadores de peso por su veracidad y estudio, podemos citar a Miguel Tejera, Lisandro Alvarado, José Gil Fortoul, Jesús María Morales Marcano, José María Núñez de Cáceres, Domingo Antonio Olvarría, Antonio Leocadio Guzmán, Ricardo Becerra, Arístides Rojas, Laureano Villanueva y Francisco González Guinán. A pesar de que todos estos sobresalen notoriamente en su ramo, queremos singularizar a Lisandro Alvarado, autor de dos obras monumentales, *Los delitos Políticos en la Historia de Venezuela* y *La Historia de la Revolución Federal en Venezuela*; a Laureano Villanueva, autor de importantes estudios biográficos de Zamora y otros padres de la patria, cuya labor histórica resalta por el brillo de su forma, la facilidad de la descripción y la profundidad del pensamiento, que reflejan en el autor las más espontáneas condiciones para la oratoria que cultivó desde las más altas funciones públicas, como ministro de Estado, catedrático y representante del

pueblo; Gil Yortoul, diplomático eximio y autor de la *Historia Constitucional de Venezuela*, y, por fin, el doctor Francisco González Guinán, el más atildado de todos los historiadores del país, que acaba de dar a luz la *Historia Contemporánea de Venezuela*, verdadero monumento que está llamado a ser la última palabra en esas materias, por su imparcialidad, por el conocimiento exacto de los hechos que narra y la galanura de la exposición.

«Dos distinguidos literatos, cuya mención no es posible omitir, son Julio Carías y Gonzalo Picón Febres, autor de notables obras de crítica, entre las que sobresale la *Historia de la Literatura contemporánea de Venezuela*.

«La novela tuvo en Fermín Toro su primer artífice; José Heriberto García de Quevedo, con sus obras *El amor de una niña*, *La vuelta del Presidiario*, *Un amor de estudiante* y otras, abrió una fecunda etapa y mostró a la juventud estudiosa un rumbo hasta entonces muy poco conocido, que siguieron muy luego Guillermo Michelena, Juan Alfonso, Julio Calcaño, Francisco de Sales Pérez, Celestino Martínez, Luis Ramón Guzmán y tantos más.

«Eduardo Blanco, iniciado en 1875, dió a luz importantes novelas, como *Una noche en Ferrara* y *Zárate*, y constituye el prototipo del verdadero estilista; José María Manrique; José Ramón Yepes; Gil Fortoul, con su novela *Julían*, y Pedro César Dominici, autor de *Tristeza Voluptuosa* y *El Triunfo del Ideal*, son verdaderas potencias del arte. También Manuel Vicente Romero García, Miguel Eduardo Pardo y Francisco Betancur Figueredo, Rafael Cabrera Melo son discretos novelistas, sobresaliendo Pardo, cuya obra *Todo un Pueblo* ha sido considerada, en su género,

como una de las joyas de las letras de la América española.

«No hace mucho que surgió Manuel Díaz Rodríguez en el palenque intelectual de su patria con sus obras *Sensaciones de Viaje, Confidencia de Psiquis, Fetiquismo, Flor de Voluptuosidad, De mis Romerías, Cuentos de Color e Idolos Rotos*. Este novelista ha tenido una de las carreras literarias más rápidas. Su estilo, de un colorido original, profundo en el concepto, conocedor del espíritu humano, con vigorosa espontaneidad en el giro, dióle el más alto prestigio entre sus contemporáneos, a la vez que su nombre pasaba de las fronteras patrias como un estímulo al pensador admirable y al estilista extraordinario.

«Ángel Carnevali Monreal, autor de *Bolivita*; Rufino Blanco Fombona, Tosta García, Pedro Emilio Coll y César Zumeta, son los que en la era contemporánea han cultivado con más éxito la novela emocional y dándole una influencia casi decisiva en el desenvolvimiento de la cultura literaria del país.

«Zumeta es el retratista de la realidad, en forma franca y profunda, notándose en la psicología de su obra cierto tinte de escepticismo y desencanto muy hondos.

«También dedican su cultivado espíritu a la novela y al cuento Manuel Revenga, Tulio Febres Cordero, Eugenio Méndez Mendoza, Miguel Mármol, Baltasar Vallenilla Ianz y otros que marchan a velas desplegadas hacia el puerto del triunfo: poseen ya cimentada una reputación sólida y excepcionales condiciones para observar la vida y la naturaleza.

«La poesía venezolana tiene su aurora en los primeros años del siglo XIX. Andrés Bello, Vicente Saldías, Juan Vicente González y José Antonio Echeverría

forman el primer núcleo poético de la nacionalidad independiente. Rafael María Baralt, Fermín Toro, Félix Soubllette, campearon en la epopeya con avasalladora inspiración, cantando la tierra nativa y las glorias de los grandes capitanes de la emancipación política de la nación.

»La influencia del clasicismo español hizo que los poetas de los primeros años de la República, fueran soberbios imitadores de los grandes bardos de la metrópoli. Entre aquéllos podemos citar a Monasterio Velázquez y a Eugenio Méndez Mendoza.

»Pasada esta atmósfera de clasicismo, entran a la brecha Paulo Emilio Romero, Gabriel Muñoz, Cecilio Acosta, Tomás Ignacio, Potentini y cien más.

»Por supuesto, que los maestros de la poesía netamente nacional en Venezuela son José Antonio Martín y Abigail Lozano, siguiéndoles Cecilio Acosta, José Antonio Calcaño, Heraclio Guardia, Felipe Tejera, José Antonio Pérez Bonalde y otros múltiples.

»La influencia de Heine y Bécquer formó monumentales artistas como Sánchez Pesquera, Gabriel Muñoz, Santiago González Guinán, Horacio Castro, Leopoldo Torres Abandero, Paulo Emilio Romero, Eugenio Méndez Mendoza y numerosos espíritus delicados y profundamente filosóficos. El vuelo lírico tiene entre sus potentes cultores a Felipe Tejera, autor de los poemas épicos *La Boliviada* y *La Colombiada*; a Guaycaypuro Pardo, Gutiérrez Coll, Aristides Calcaño, Félix Soubllette y Rufino Blanco Fombona.

»La poesía criolla ha sido cultivada con éxito por Calixto Pompa, Andrés Mata, Luis Churión, Domingo Ramón Hernández, Samuel Darío Maldonado, Emilio Constantino Guerrero, Francisco Lazo Martí, Eloy Escobar, Juan Arcía, Pedro Arismendi Brito, poeta

eminente, literato de fuste y bizarro general, y Polita de Lima, una de las mujeres más notables de América, cuyas poesías, llenas de dulzura, han llamado justamente la atención hasta en el seno de las más altas corporaciones literarias de España.

»Son muchos los poetas en los diversos géneros que, además de los nombrados, lucen sus frutos ópimos en la literatura de América; podemos citar a Jacinto López, Pedro César Dominici, José María Agosto Méndez, Jerónimo Maldonado y Angel César Rivas. Llevan, sin embargo, la preeminencia Andrés Mata, Samuel Darío Maldonado, Manuel Pimentel Coronel, Víctor Rocamonde y Tomás Mármol.

»También entre los contemporáneos que luchan por ocupar un puesto en las musas nacionales, se distinguen Nerio A. Valarino, que maneja el estro lírico con bastante soltura y gallardía y puede ofrecer primicias realmente bellas como sus *Episodios Nacionales*, en que canta algunos pasajes de las guerras emancipadoras de su patria; Juan Manuel Hurtado Machado, secretario de la Facultad de Leyes y Sociología de la Universidad Central de Caracas, cuyo sentimiento y sensibilidad dan a sus versos un exquisito matiz de honda ternura; Abraham Belloso, Simón González Peña, José María Polanco, Julio Rodríguez, Faustino Fortique, César Mármol, Armando Barazarte, Guillermo Vallenilla y una selecta legión de inspirados artistas.

»El periodismo ha tenido esforzados varones, entre los cuales se cuentan la mayoría de los literatos y poetas que hemos enunciado.

»La ciencia del derecho posee notables maestros, especialmente el Internacional, que cuenta con autoridades como Seijas, Urbaneja, Paúl, Churión, Angel

César Rivas y numerosos jóvenes, entre los cuales podemos citar a Simón Planas Suárez, autor de importantes estudios sobre extranjería.»

COSTUMBRES

Distínguense los venezolanos por su carácter hospitalario, su bravura y el patriótico afán que sienten de elevar a su patria al alto nivel que está llamada a alcanzar en lo futuro, por la fertilidad asombrosa de su suelo, su sabia legislación y sus brillantes condiciones intelectuales.

Educado en la guerra colonial, más viva en Venezuela que en otra parte alguna, pues allí eran enviadas las mejores tropas y los mejores generales españoles, fué la cuna de Bolívar, «el escudo de América», según frase del Sr. Blanco Fombona, y ha heredado las virtudes de aquellos hombres que tan alto levantaron la bandera de su patria.

Las principales ciudades son: la bella Caracas, edificada a 992 metros de altitud, de traza cuadrículada, con 100,000 habitantes. Fué fundada en 1567 por el capitán Diego de Losada, y sus antiguas construcciones de estilo español van desapareciendo sustituidas por edificios modernos. Tiene por puerto la Guayra, distante hora y media en ferrocarril, con un clima tan cálido que le ha valido el nombre de «infierno de Venezuela».

Cumaná, capital del Estado de Bermúdez, en la región del Norte, fué fundada en 1520 con el nombre de Nueva Toledo; Barcelona debe su existencia a Juan de Urpin, en 1637, pero fué luego trasladada por Sancho Fernández de Angulo, desde su antiguo empla-

zamiento en las faldas del cerro Santa a orillas del Neverí (1671), donde hoy se halla.

Ocumare, antigua capital del Estado de Miranda, data de 1693. Valencia, capital del Estado de Carabobo, es por su población, que pasa de 40,000 habitantes, la segunda capital de la República. Sus calles son rectas y llanas y posee notables edificios y monumentos, entre éstos una magnífica estatua ecuestre de Bolívar. Fué fundada en 1555 por D. Alfonso Díaz Moreno.

Barquisimeto, a 522 metros de altitud, entre el río Tocuyo y las crestas andinas, debe su existencia a Juan de Villegas (1522), que la impuso el nombre de Nueva Segovia. La ciudad de Coro, fundada en 1527 por Juan de Ampués, fué la primera sede de los capitanes generales españoles.

Maracaibo, capital del Estado de Zulia, cuenta cerca de 40,000 habitantes. Estuvo emplazada en la orilla occidental del canal de las Palmas y fué su fundador Alonso Pacheco, que la llamó Ciudad Rodrigo (1571); pero en vista de las hostilidades de los indios, fué abandonada en 1574, en cuyo tiempo Pedro Maldonado levantó otra ciudad denominada Nueva Zamora, que es la actual Maracaibo.

Trujillo, en el Estado de su nombre, en la región andina occidental, a 1,080 metros de altitud, es célebre por haber expedido en ella Bolívar su terrible decreto de *guerra a muerte*. Mérida fué construida en 1559 por Juan Maldonado, y se honra con su Universidad, más antigua que la de Caracas.

En la región de las selvas, donde se halla, se levanta Ciudad Bolívar, sucesora del puerto fluvial de Santo Tomé, fundado por los jesuitas en 1576, junto a la desembocadura del Caroní. Destruída por los holan-

deses, fué reedificada, en 1591, diez leguas más al interior. Vuelta a ser incendiada, esta vez por los ingleses, y reconstruida de nuevo, acabó por ser trasladada al sitio donde estrecha su cauce el río, y por esta razón recibió el nombre de Angostura, famoso en la guerra de la independencia, y cambió después por el susodicho de Ciudad Bolívar.



CAPÍTULO XVIII

LAS ANTILLAS

LA REPÚBLICA DOMINICANA

HISTORIA. — GOBIERNO. — GEOGRAFÍA. — VIDA ECONÓMICA. — MOVIMIENTO INTELECTUAL

Historia. Cedidos a Francia, por España, o mejor dicho, por Godoy, sus derechos sobre la parte blanca de la isla de Santo Domingo, cuya banda occidental estaba en poder de los negros haitianos, de lengua francesa, resistiéronse los habitantes de la antigua *Española*, como la llamó Colón, descendientes de la más castiza raza ibérica, a dejarse confundir con los descendientes de los antiguos esclavos africanos, convertidos en tiranos peores cien veces que las autoridades españolas. De ahí una guerra enconada y feroz entre dominicanos y haitianos, terminada por fin en 1809, cuando vencidos los negros en Palo Hincado y recobrada la capital después de un largo asedio

se apresuró Santo Domingo a volver al regazo de la Madre Patria.

Y así transcurrieron años, hasta que en 1821, a la voz de José Núñez de Cáceres, hubo un levantamiento, bajo la bandera colombiana, contra la dominación española. La metrópoli, hartó distraída en otros sucesos, no hizo absolutamente nada para recobrar



D. Francisco del Rosario Sánchez



D. Juan Pablo Duarte

aquella porción de su antigua isla; y como Colombia no estaba en disposición de proporcionar ningún auxilio, aprovecharon de ello los haitianos para invadir la flamante República dominicana, que sólo duró nueve semanas, cayendo luego, por espacio de veintidós años, en poder de los negros.

En tan triste situación las cosas, aherrojados los dominicanos por sus opresores bajo la forma más

desapiadada y brutal, fué derribado el presidente Boyer por el revolucionario Charles Herard, apoyado por aquéllos. No tardó en surgir un poderoso levantamiento acaudillado por Francisco del Rosario Sánchez y Juan Pablo Duarte; vencido el general Desgrottes, el 27 de febrero de 1844, por los valientes patriotas



Ramón Mella

dominicanos, entre los cuales se distinguió notablemente el valiente jefe Ramón Mella, tuvo que capitular y evacuar el terreno invadido, constituyéndose Santo Domingo en República independiente; hecho notabilísimo que bien podía calificarse de verdadera resurrección; a tal extremo de miseria había quedado reducida la parte española.

En manera alguna estaba, sin embargo, dispuesto Haití a renunciar a la posesión de aquella parte, y,

por lo tanto, pensó en reconquistarla. No sería exageración calificar de guerra homérica la que contra los negros sostuvieron los dominicanos. Era caudillo de éstos el ilustre general Pedro Santana, vencedor del enemigo en las terribles batallas de Mata de Farfán, San Tomé, Azúa, Paso de las Carreras y Sabana Larga, que fué el Waterloo de los haitianos (1855), los cuales renunciaron definitivamente a sus pretensiones.

Por desgracia, no por eso hubo paz, y a falta de enemigos exteriores, tuvo Santana que hacer frente

a incesantes insurrecciones provocadas por los que no se avenían a sufrir su férreo gobierno, prolongado durante diez y siete años, ya como presidente, ya como dictador, hasta que con general indignación pactó, en 18 de marzo de 1861, la anexión de la República de Santo Domingo a la monarquía española.

«Enamorado instintivo de las bellas tradiciones castellanas, de las hidalguías latinas de la raza, de las proezas de sus capitanes ilustres, de «la España vieja», como él solía decir, escribe D. Miguel Garrido; odiador sempiterno de Haití, avivado por el consejo especulativo de sus mentores, estimulado por la ignorancia, fingiéndose a cada paso inminentes peligros de muerte para la estabilidad de la patria, ávido de perpetuar la supremacía de su nombre, combatido por el descrédito, engañó a la República y consumó la anexión. Diez y siete años de poderío durante los cuales puso el sello de sus energías estupendas a tres revoluciones famosas, a tres jefaturas supremas, a tres presidencias constitucionales, a reaccionarismos inmensos, bajo cuyo imperio quedaron vencidos Duarte, Jiménez y Baez, sus más culminantes rivales; diez y siete años que sólo ostentan por inexplicable contraste, la honorabilidad personal de su conducta austera, eminentemente moral y honrada, y el respeto a la propiedad, fueron trocados por estas preesas con que le premió la munificencia de España: marqués de las Carreras, teniente general del Reino y capitán general de la recién obtenida colonia.»

Como era harto de prever, no tardaron en estallar insurrecciones contra la anexión, que fueron rudamente reprimidas, hasta el punto de ser enviado al patíbulo uno de los más gloriosos héroes de la Independencia,

el ya citado Francisco del Rosario Sánchez, vencedor de los haitianos en 1844.

Encendióse cruel la guerra; iniciada el 16 de agosto de 1863, terminó el 11 de julio de 1865 con la retirada de las tropas españolas, por orden del general Narváez, cansado de que se derramase tanta sangre y se consumiesen tantos tesoros para el sostenimiento de una adquisición que, en puridad, no había sido más que

uno de tantos golpes de efecto de la Unión Liberal para mantenerse en el gobierno.

Recobrada la independencia, surgieron nuevas luchas intestinas para ocupar el Poder.

Desempeñaron sucesivamente la presidencia el general Báez, a pesar de haber sido uno de los principales fautores de la anexión y obtenido espléndidos empleos del gobierno español. Sucedióle el general Cabral; volvió a ser elegido Báez, y al desempeñar luego, por



Damián Báez

tercera vez, la suprema magistratura, trató ahora de entregar Santo Domingo a los Estados Unidos, siempre codiciosos de este territorio, comenzando por arrendar a una compañía yankee el dominio de la península y bahía de Samaná por 100,000 pesos anuales; pero descubiertos sus intentos, levantóse contra aquel intrigante el general Cabral, que le derribó del Poder, al mismo tiempo que el Senado de los Estados Unidos

rechazaba el contrato concluído por Baez con la referida compañía. Elevado a la jefatura del Estado el general D. Ignacio María González, apresuróse éste a rescindir el susodicho contrato por falta de pago, reformó la Constitución y concluyó un tratado de paz, comercio y navegación con Haití.



Ignacio M. González

No satisfizo a la mayoría la reforma del código político; surgió una insurrección y fué derribado González, que se vió obligado a renunciar. Elevado a la presidencia el honrado ciudadano Ulises F. Espaillat (29 de abril de 1876), fué arrojado violentamente del Poder en octubre siguiente. Volvió a subir Baez, por quinta vez, gracias a una asonada, pero se vió obligado a marcharse en febrero de 1877, para dejarle el puesto a aquel general González, que anteriormente,

como queda dicho, se había visto obligado a dimitir. Reemplazó a González el general Cesáreo Guillermo, y a éste el general Gregorio Luperón, que le derribó en 1879, bajo cuyo gobierno comenzaron los bienios presidenciales, ocupando sucesivamente el Poder el P. Meriñó y los generales Ulises Heureaux, Billini, Wos y Gil, y de nuevo Heureaux, que reformó la Constitución, determinando que el período presidencial duraría cuatro años en vez de dos (1887).

Fueron presidentes, después, Horacio Vázquez, Casimiro N. de Moya, el general Morales, el general Ramón Cáceres, W. Figuereo, Leonte Vázquez, el arzobispo D. Adolfo Alejandro Nouel y D. Juan J. Jiménez.

Gobierno. Constitución de 1844, modificada en 1887, 1903 y 1908. Según esta última, el Congreso, compuesto antes de una sola Cámara, cuenta con dos: el Senado y la de Diputados. Período presidencial de seis años. Prohibición de emitir papel moneda; justicia gratuita; prohibición de fundar a perpetuidad ninguna clase de vinculaciones. Elección de presidente por voto indirecto y estar asistido por siete ministros.

Geografía. La República de Santo Domingo ocupa en la parte de la isla de Haití una superficie de 50,070 kilómetros cuadrados, con 610,000 habitantes, en su generalidad blancos y mulatos, aparte de los negros, proporción que forma notable contraste con Cuba, tan semejante en otros conceptos, pero que no estuvo agitada por tan terribles trastornos políticos.

Está cruzada la República Dominicana por tres cadenas de montañas paralelas orientadas de Noroeste a Sureste, abruptas y elevadas; no tienen volcanes; abunda en todas ellas el hierro. El pico más elevado es el del Jaque (2,295 metros).



Alejandro Wos y Gil



Casimiro M. de Moya



Carlos J. Morales L.



Ramón Cáceres

**W. Figueroa****F. Leante Vázquez****Adolfo A. Nouel****Juan J. Jiménez**

Las costas, muy irregulares, están circuidas de formaciones madreporicas. El clima es parecido al de Cuba, sólo que por la mayor elevación del relieve orográfico goza de una zona de tierras templadas. Los ríos principales son el Jaque del Norte, el Juna, el Jaque del Sur o Neiba y el Oramá.

La vegetación es doble: herbácea en las sabanas, boscosa en las alturas. Los árboles de la caoba adquieren proporciones enormísimas; son espesísimas las selvas de cedros, ébanos, granadillos, abetos, guayacanes, robles, pinos, palmeras y otras esencias.

La fauna comprende el jabalí, el agutí, la iguana y otro reptil, el morrocoi, de carne muy apreciada.

Abundan las minas de hierro, oro, cobre, carbón, cal y petróleo, todas ellas poco explotadas.

Las producciones más importantes son las de azúcar, algodón, tabaco, café, plátanos y maderas, y la ganadería.

Vida económica. Presupuesto de 1906: Ingresos, 4.665,673 dólares; gastos, 2.057,696.

Comercio en 1906: Importación, 4.281,337 dólares; exportación (azúcar, cocos, café, tabaco, piñas), 6.543,872. Total, 10.831,209.

El principal tráfico es con Norteamérica, Inglaterra, Alemania y Francia.

División administrativa: seis provincias (Santo Domingo, Azúa, Espaillat, Concepción de la Vega, Santa Cruz y Santiago de los Caballeros) y seis distritos (Monte Cristi, Puerto Plata, Pacificador, Samaná, Barahona y Macoris).

Las ciudades principales son Santo Domingo, Puerto Plata, Samaná, Monte Cristi, Azúa y Santiago de los Caballeros.

**Instrucción
pública.**

Es gratuita y ha alcanzado grandes progresos bajo el impulso del eminente pedagogo antillano D. Eugenio M. Hostos, introductor de la enseñanza racional. Hay varias Escuelas Normales; el Estado sostiene la instrucción secundaria y superior, y los ayuntamientos la primaria.

**Vías de co-
municación.**

Para el tránsito terrestre existen algunos caminos muy deficientes y varias líneas férreas.

MOVIMIENTO INTELECTUAL

«Al hablar de la intelectualidad de Santo Domingo, dice el Sr. Lisoni, es indispensable recordar que, desde hace dos siglos, la República mereció los honores de ser llamada la *Atenas del Nuevo Mundo*.

«Son tantos los escritores eximios y los pensadores que ilustraron el nombre patrio, que, para dar una idea de la significación continental de esa intelectualidad, basta recordar a Del Monte, Mota, Juan Pablo Duarte, Fernández de Castro, que fueron los padres y maestros de la literatura dominicana en el siglo XIX. Después de ellos siguieron el mismo luminoso rumbo, con inusitado brillo, Emiliano Tejera, Meriño, Galvarro, Ulises Espaillat, Billini, José Gabriel García, Abreu Licairac, Novel Cestero y otros tantos cultores magníficos de la idea escrita, que consiguieron la proeminencia del saber aun más allá de las fronteras de América.

«La guerra de la Restauración inspiró a muchos hombres de genio. Parece que ese acontecimiento hubiera sido la chispa divina que iluminara los espíritus superiores de Salomé Ureña de Henríquez, José

Joaquín Pérez, Federico Henríquez y Carvajal y Emilio Prud'homme, quienes hicieron de la poesía una especie de sacerdocio patriótico para alentar el corazón herido de la República y aliviarla de sus dolores indecibles.

»Salomé Ureña merece ser considerada como una de las mujeres más eminentes y de más alto vuelo que hayan nacido en el Nuevo Mundo. Descolló en todos los ramos del saber que ella abarcara: fué grande en el magisterio e insuperable en el campo de las producciones poéticas.

»Federico Henríquez y Carvajal es hoy una de las figuras venerables de las letras hispano-americanas; crítico en la acepción científica de la palabra, pensador vigoroso y profundo, poeta sentido, espontáneo y brivante y catedrático eximio. Su organización moral es tan perfecta como nobles son sus ideales por la patria. La historia del Continente le reservará páginas monumentales y los dominicanos sabrán perpetuar su nombre al lado de las excelsas personalidades de su historia.

»Eugenio María Hostos, a pesar de haber nacido en Puerto Rico, debe considerarse entre los dominicanos más ilustres y entre los más grandes hombres que hayan fecundado la cultura de la tierra de Juan Pablo Duarte. Director, padre y maestro de la Instrucción Pública en Santo Domingo, es el astro que ha diseñado la estela luminosa de la intelectualidad de este país en los últimos tiempos. Todos los que hoy figuran honrosamente en la administración y en las letras de la República bebieron en las enseñanzas de ese hombre insigne, que recorriera la América como proscrito, pregonando las virtudes y los merecimientos de los hermosos pueblos del Caribe.

«La historia, la filosofía y la ciencia política, tienen en Eliseo Grullón, Apolinar Tejera, Juan E. Moscoso (hijo), Casimiro N. de Moya, propulsores entusiastas y obreros incansables. Este último, autor del gran mapa de la Isla de Santo Domingo, es la más alta autoridad en materias geográficas y sus trabajos son los más importantes que se hayan realizado en las Antillas.

«Triunfan en la propaganda democrática y en las ciencias sociales Américo Lugo, embajador obligado de la ciencia dominicana en la América del Sur, recientemente nombrado para representar a su patria en la Conferencia Pan Americana de Buenos Aires y en el Congreso de Jurisconsultos de Río Janeiro; crítico, celebrado jurista y espíritu brillantemente cultivado; Enrique Deschamps, orador e historiador de nota y autor de la famosa obra «La República Dominicana»; Tulio M. Cestero, literato y diplomático de talla; Gastón Deligne y Fabio Fiallo, poetas de vuelo y de sentimiento; Eugenio Deschamps, estilista y tribuno; Enrique Enríquez, político y sociólogo; Pellerano Castro, Manuel A. Machado, F. García Godoy, Bartolomé Pérez, Luis A. Bermúdez, García Gómez y tantos otros que honran la América con los frutos exquisitos de su talento privilegiado.

«La juventud está representada por verdaderas realidades, y pueden contarse entre sus triunfadores a Pedro Henríquez Ureña, consagrado por el voto de propios y extraños como literato y crítico, y le siguen Porfirio Herrera, Max Henríquez Ureña, Valentín Giró, Apolinar Perdomo, G. Alfredo Morales, Enrique Montuño (hijo), Juan Tomás Mejía, Osvaldo Bacil, Luis Cohen, Francisco Eugenio Moscoso, Bienvenido S. Novel, Rafael O. Galván, Miguel U. Alfán, Pablo

Franco Bidó, Juan Cherí Victoria, Adán Aguilar, J. A. Hungría, Francisco Pereira (hijo), Abelardo R. Namita, Domingo Villalba y R. E. Jiménez.

«Esta exuberante intelectualidad es una espléndida manifestación pública de lo que es y será en el porvenir la gentil República, cuando desaparezcan hasta los últimos gérmenes de sus tendencias revolucionarias, cuando se habitúe a una paz inamovible, pródiga de enseñanzas y de progresos.

«Hoy, por suerte, los hombres de talento de este país, los verdaderos intelectuales, no hacen otra cosa que lanzar la semilla del orden en el surco que hasta ayer mantenían abierto las revoluciones.

«Parece que la atmósfera estuviera saturada desde hace tiempo de esos átomos invisibles que alimentan el verdadero patriotismo, porque hoy todos procuran ardorosamente el bienestar y engrandecimiento de la patria.

«Y han sido los intelectuales los cruzados de esta era espléndida de regeneración y de resurgimiento de las libertades públicas.»

PUERTO RICO

«Esta isla, separada de Santo Domingo por el canal de la Mona, dice Emilio H. del Villar (1), tiene casi la forma general de un rectángulo, con sinuosidades poco acentuadas en las costas: el cabo de San Francisco y el golfo de Mayagüez al Oeste, el cabo de Palo-Seco al Suroeste, el de Malapascua al Este, etc. Junto

(1) *Las Repúblicas Hispano-Americanas*, de la colección *Manuales Gallach*.

al litoral se alzan algunos cayos y arrecifes, como los de la Cordillera en la punta nordoriental, y más lejos algunas isletas, como la de la Culebra y la de Vieques, que forman ya parte del grupo de las Vírgenes, y las de la Mona y el Monito, en el canal de aquel nombre. La de la Mona termina por el Oeste con un promontorio a que los marinos han dado el nombre de «Caigo o no Caigo».

»La mayor parte del interior de Puerto Rico es montañoso. Las montañas, Tetas de Cerro Gordo, sierra Grande o de Barros, sierra de Cayey, etc., forman una arista divisoria longitudinal, más próxima al litoral Sur que al Norte, y se ramifican en esta última dirección. Una de estas ramificaciones, la sierra de Luquillo, presenta en el extremo Noreste la eminencia culminante de la isla; el Yunque, 1,119 metros elevado sobre el nivel del mar. Los ríos del Sur, el Coamo, el Jacaguas, el Bucana, etc., son, pues, los más insignificantes. En el golfo de Mayagüez van a desembocar el Guanajibo, que corre al pie de las Tetas de Cerro Gordo, y el Anasco, que se desliza serpenteando por entre la sierra de Lares. La vertiente más amplia es la septentrional: por ella corren el río Grande de Arecibo y el Manatí, que bajan de la sierra de Barros, y el Habana y el Grande de Loisa, que nacen en la de Cayey.

»Fértiles campos cubiertos de ricos cultivos, sabanas herbosas donde pasta el ganado, y algunos retazos de selva que proporciona todavía madera rica de construcción, se reparten el suelo. Aunque cálido, su clima es algo más suave que el de Cuba. Las lluvias caen en mayor cantidad en la vertiente septentrional que en la que mira al Ecuador.

»Puerto Rico ocupa el primer lugar entre los países

hispano-americanos por la densidad de su población, que es de 102 habitantes por kilómetro cuadrado. Componíanla en 1899, año del último censo, 589,426 blancos, 304,352 mulatos, 59,390 negros y 75 chinos.

»Desde el punto de vista político la isla constituye un territorio dependiente de la Unión Americana. Los habitantes no son ciudadanos libres en su país y resultan extranjeros en los Estados Unidos. El mando supremo lo ejerce un gobernador nombrado por el presidente de la nación dominadora. Hay además un Consejo Ejecutivo, nombrado también por el gobierno yankee y que consta de los seis jefes departamentales y de cinco individuos naturales del país, y una Asamblea de treinta y cinco delegados elegidos por el pueblo, que forma con el Consejo un poder legislativo limitado por la superior autoridad del Congreso norteamericano.

»Los principales productos del país son el azúcar y el café. Del primero se producen más de 100 toneladas anuales y en la exportación figura con más de la mitad del total. El segundo da por año más de 40.000,000 de libras y representa una cuarta parte de la exportación. En tercer lugar viene el tabaco: se producen al año 12.000,000 de libras y la exportación alcanza cosa de 1.800,000 dólares. Después del tabaco siguen las frutas, especialmente bananas y naranjas. Pero el cuarto lugar en la exportación corresponde a la ganadería.

»En Puerto Rico hay oro, plata, hierro, cobre, bismuto, plomo, azogue, platino y níquel; pero el único producto mineral que se explotaba hace aún pocos años era la sal, que da unos 10.000,000 de libras al año.

»La capital, *San Juan*, data de 1511: se halla edificada en una isla coralina, que cierra por el Norte su

espaciosa bahía, y unida por un largo puente a tierra firme. El último censo le da 32,048 habitantes. Siguenle Ponce con 27,952, en el Sur; *Mayagüez*, en el Oeste, con 15,187; *Arecibo*, en la desembocadura del río de su nombre; *San Germán*, junto al río Guanajibo y en una región ganadera, y otras poblaciones indicadas en el croquis que acompaña a este tomo.

»Por la extensión relativa de la red ferroviaria (268 kilómetros de ferrocarril por cada 10,000 cuadrados), Puerto Rico es el primero de los países hispano-americanos.»



CAPÍTULO XIX

REPÚBLICA DE CUBA

LAS CONSPIRACIONES SEPARATISTAS. — PERÍODO REFORMISTA.
— LA GUERRA DE LOS DIEZ AÑOS. — LOS NUEVOS PARTIDOS.
— LA GUERRA CHIQUITA. — LAS REFORMAS DE MAURA. —
LA ÚLTIMA GUERRA DE CUBA. — LA GUERRA HISPANO-
AMERICANA. — EL CANHY. — NUEVO RÉGIMEN. — GEOGRAFÍA.
— VIDA ECONÓMICA. — INSTRUCCIÓN PÚBLICA. — MOVI-
MIENTO INTELECTUAL. — COSTUMBRES.

**Las conspira-
ciones separa-
tistas.**

Vamos a reanudar el hilo de nuestra narra-
ción que dejamos pendiente al dar cuenta
del gobierno del capitán general D. Fran-
cisco Dionisio Vives, quien con su habili-
dad y sin derramamiento de sangre logró desbaratar
los planes de la sociedad secreta *Soles y Rayos de
Bolívar*, encaminada a proclamar la República de
Cubanacan (1823).

Derribado en España el régimen constitucional, vol-
vieron las cosas al ser y estado que tenían antes del
pronunciamiento de Riego en 1820. Amalgamáronse
entonces los restos dispersos de los separatistas y los

españoles pertenecientes al bando constitucional; conspiraron, fueron descubiertos los complots y Vives entregó a una Comisión militar permanente el conocimiento de los delitos de infidencia y bandolerismo. Con todo, y al objeto de reforzar todavía más la autoridad de los capitanes generales de Cuba, confirióles Fernando VII, en 1825, facultades extraordinarias equiparadas a las de los gobernadores de plazas sitiadas.

No cedían, sin embargo, en sus aspiraciones los patriotas anhelosos de separarse de la metrópoli. Con este objeto pasaron a Cuba varios emigrados refugiados en Méjico, al objeto de agitar el espíritu público, entre ellos D. Francisco de Agüero y el pardo Manuel Sánchez; pero descubiertos en un ingenio del Camagüey, fueron ahorcados en Puerto Príncipe (marzo de 1826).

Pocos meses después convocaba Bolívar un Congreso en Panamá para llegar a una Confederación de las nuevas naciones hispano-americanas. Una de las cuestiones que debían tratarse era la emancipación de Cuba y Puerto Rico; pero recelosos los yankees de que, en caso de triunfar, siguiesen el ejemplo de las Repúblicas sud-americanas dando libertad a los esclavos, se opusieron por entonces a que se les prestara auxilio a los que anhelaban hacerse independientes de España.

Nada bastaba, sin embargo, a abatir el ánimo de los conspiradores. Fracasada en absoluto la expedición enviada desde la Habana para reconquistar a Méjico (1829), de la cual ya hablamos, descubrióse otro complot promovido por las logias masónicas del *Águila Negra* (1830). Afortunadamente, Vives consiguió no fuese ejecutado ninguno de los presos, terminando la causa con destierros y multas; y aunque posteriormente hubo algunas sentencias de muerte, fueron in-

dultados los reos con motivo del nacimiento de la princesa de Asturias D.^a Isabel.

No se puede negar que el gobierno del general Vives fué muy beneficioso para Cuba durante los nueve años que lo ejerció. Fundáronse las villas de Cárdenas (marzo de 1827) y Nueva Gerona (1830); habilitóse el puerto de la primera para el comercio de cabotaje; formóse un nuevo censo; se procedió al trazado de un gran mapa de la isla; establecióse un presidio en la isla de Pinos; dióse mucho impulso a las obras públicas y de beneficencia, datando de entonces el puente de Marianao, la Casa de Orates de San Dionisio, el Templete de la Plaza de Armas de la Habana, y otras. A estas mejoras contribuyó poderosamente el superintendente general de Hacienda D. Claudio Martínez de Pinillos, después conde de Villanueva, que fomentó admirablemente los ingresos, gracias a la creciente prosperidad del país; hizo construir el acueducto de la Habana; habilitó varios puertos para el comercio extranjero; introdujo las máquinas de vapor en los ingenios de azúcar, y realizó luego (en 1833) la construcción del ferrocarril de la Habana a Güines, con mucha anterioridad a su establecimiento en España.

«El general Vives, dice el doctor D. Vidal Morales en su excelente *Historia de Cuba*, dispensó una prudente protección a las letras, pero se descuidó en la persecución del juego y permitió intencionalmente que este vicio se arraigara entre los cubanos, fomentando la inmoralidad y la corrupción para de esta manera dominarlos mejor. El país estaba atestado de vagos, de jugadores, de ladrones y asesinos, y era peligroso salir de noche a la calle sin ir acompañado y con faroles, porque el alumbrado era malo y muy escaso.»

A pesar de todo, dióse el caso de que brillaran, en este período, algunos espíritus verdaderamente superiores; habíase creado una *Sociedad Patriótica* científico-literaria y aparecido una *Revista Bimestre Cubana* que constituía una joya en su género, redactada por los eminentes escritores D. José de la Luz y Caballero, Domingo del Monte, Blas Osés, Francisco Ruiz, José Antonio Saco y el ilustre filósofo D. Félix Varela, presbítero, a la sazón desterrado.

Sucedió a D. Francisco Dionisio Vives, en 1831, el general D. Mariano Ricafort, que no hizo nada de particular, y si algo se adelantó fué debido al superintendente Pinillos. Bajo el mando de Ricafort proclamóse en la isla el *Estatuto Real*, promulgado por la reina gobernadora en 1834, pero con alteraciones muy importantes respecto a los derechos reconocidos a los españoles, lo cual motivó vivo disgusto entre los cubanos, y aun más al ver que no se derogaban las Comisiones militares y las facultades extraordinarias de que estaban revestidos los capitanes generales.

Fué relevado Ricafort, en julio de 1834, por el célebre general D. Miguel Tacón, de carácter completamente opuesto a la astucia y previsión de Vives, «rígido, cruel y frío, en el que palpitaba su odio a todo lo americano, pues nunca olvidó que había tenido que rendir su espada en Sur América».

Desde el primer momento pudo comprenderse que Tacón iba dispuesto a dar «taconazos», según una frase que se le atribuyó. Estaba decidido, sin duda, a moralizar las costumbres y a fomentar los progresos materiales, pero en cambio mostrábase intratable como político, receloso siempre de que se pudiese atentar contra la soberanía de España. De ahí su oposición a que se implantaran en Cuba las reformas

liberales otorgadas en España por los gobiernos de D.^a María Cristina. Su primer acto de tiranía fué el destierro de la Habana del ilustre filósofo y economista D. José Antonio Saco, profesor del Colegio Seminario de San Carlos, so pretexto de que «la juventud seguía con mucho calor sus ideas». Trasladóse Saco a Madrid y desde allí comenzó una enérgica campaña en favor de las reformas políticas de Cuba. Elegido diputado a Cortes por Santiago de Cuba, en 1836, y era la tercera vez, negósele que pudiera tomar posesión de su cargo, como le había sucedido ya en el *Estamento de Procuradores* y en el Congreso siguiente, como se verá.

Haciendo uso Tacón de las facultades discrecionales concedidas a los capitanes generales de Cuba y Puerto Rico — equiparados, como ya se ha dicho, a gobernadores de plazas sitiadas —, negóse a dar cumplimiento a las disposiciones que asimilaban las leyes políticas de Cuba a las de España. Tuvo amordazada la prensa, no quiso formar milicias locales, se opuso a la creación de las Diputaciones provinciales y a la modificación de la ley municipal, y declaró nulo el Real decreto suprimiendo las Comisiones militares.

Así las cosas, sabedor el gobernador militar de Santiago de Cuba, Sr. Lorenzo, de que en Madrid se había jurado la Constitución de 1812 a consecuencia del motín de los sargentos de la Granja (1836) y en connivencia con algunos patriotas cubanos, ordenó se jurase en la citada ciudad, sin previa autorización del capitán general de la isla. Furioso Tacón envió tropas contra Lorenzo, pero antes de que llegaran se embarcó para Cádiz, dando lugar aquella imprudente precipitación a que se procediera con el más terrible rigor contra los sospechosos de separatismo, por más que el acto

de Lorenzo no pasase de ser una protesta contra despotismo de dicha autoridad.

Por si no bastaba el proceder de Tacón para soliviantar el ánimo de los patriotas cubanos, cometieron las Cortes de 1837 el funestísimo error, inspirado por los informes de aquél y defendido por el llamado *divino Argüelles*, de expulsar de sus cargos a los diputados electos por Cuba, D. José Antonio Saco, D. Nicolás M. de Acebedo, D. Juan Montalvo y D. Francisco de Armas y Carmona, so pretexto de que Cuba y Puerto Rico debían gobernarse por leyes especiales. Y así se quedaron una y otra Antilla sin representación en Cortes, desde 1837 a 1879.

No fué de extrañar que la expulsión de los diputados legalmente elegidos en Cuba avivase los enconos y diese lugar a nuevas conspiraciones, acentuándose con ello más y más el rigorismo de Tacón, que fué relevado en 1838, a intigación del superintendente conde de Villanueva, muy influyente y que desde hacía tiempo andaba en desacuerdo con el general respecto a cuestiones de orden interior.

No hemos de pasar ahora en silencio que si Tacón se mostraba severo con los que creía enemigos de España, dió también pruebas de energía ante el extranjero. Fué, en efecto, el caso que habiéndose ajustado en 1835 un convenio entre España e Inglaterra para la represión del tráfico de esclavos, se reconoció a los cruceros de ambas naciones el derecho de visita y la consiguiente entrega de los negreros a los tribunales establecidos en la Habana y Sierra Leona. Con este motivo se estableció en el puerto antillano un pontón inglés destinado a servir de depósito a los africanos que fuesen declarados libres por la Comisión mixta; pero como la presencia del pontón resultó

un constante estímulo para que se sublevaran los negros, Tacón protestó acaloradamente contra semejante intromisión en los asuntos de su incumbencia.

Digamos ahora, citando al doctor Morales, que «si como político fué Tacón un déspota, como hombre de orden fué un buen gobernante, pues reprimió con mano firme las inmoralidades y abusos que sus antecesores habían consentido, restableciendo la seguridad personal y el respeto a las autoridades; fué un perseguidor infatigable del juego, la vagancia, el robo y el bandolerismo; cortó los desórdenes arraigados en el foro y dió prestigio a los tribunales; disciplinó el ejército, reorganizó la policía, estableció los cuerpos de serenos y bomberos y realizó muchas obras de utilidad pública y de ornato.

«Durante el mando del general Tacón se empedraron muchas calles, se construyeron cloacas, y para facilitar la comunicación del recinto amurallado con los barrios exteriores de la Habana, se abrieron dos puertas en la muralla en lugar de la antigua de Montserrat.

«Se ampliaron y adornaron el *Muelle de Caballería*, la *Alameda de Isabel II*, el *Campo de Marte* y el *Paseo de Tacón*; se construyeron el edificio de la *Cárcel* y la *Quinta de los Molinos*, y se hicieron por contratos y concesiones tres *Mercados*, la *Pescadería* y el *Gran Teatro* que lleva su nombre».

Reemplazó a Tacón el teniente general D. Joaquín de Ezpeleta, a éste D. Félix Girón, príncipe de Anglona, «persona inteligente e instruída», y al susodicho el digno general D. Jerónimo Valdés, «intachable caballero y fiel cumplidor del tratado de abolición del comercio de africanos» (1842).

Ocurrió en esto la insurrección que derribó del

Poder al regente D. Baldomero Espartero (1843), y en la cual habían tomado parte los moderados de una parte y una importante fracción del partido progresista. Nada le hubiera costado al joven general don Leopoldo O'Donnell asumir el Poder, pero prefirió ser enviado a Cuba como capitán general, dispuesto a dar fe de su carácter excesivamente riguroso en aquella época.

Menudearon bajo su gobierno las conspiraciones, que O'Donnell sofocó con implacable rigor y sin grandes empachos de legalidad. Tuvieron que comparecer ante la Comisión militar más de 4,000 individuos, blancos y de color, de los cuales fueron condenados a muerte 98, más de 600 a presidio y 400 expulsados de Cuba, habiendo fallecido 300 durante la sustanciación de los procesos. Una de las víctimas fué el célebre poeta mulato Gabriel de la Concepción Valdés, *Plácido*, fusilado con otros en Matanzas en junio de 1844.

Una de las providencias de O'Donnell fué separar del cargo de teniente gobernador de Trinidad al general D. Narciso López. Había éste servido primeramente como oficial del ejército español en las guerras sud-americanas y después en la península, donde adquirió renombre de ser la primera lanza del bando cristino. En 1839 fué ascendido a mariscal de campo y nombrado gobernador militar de Valencia, en cuyo cargo se distinguió como esparterista acérrimo. Siguió a don Jerónimo Valdés al ser éste nombrado capitán general de Cuba, y exonerado del cargo que hemos dicho antes, se dedicó a empresas industriales. Estaba casado desde 1826 con una hermana del conde de Pozos Dulces.

Terminado el plazo del mando de O'Donnell, que dejó recuerdos muy poco gratos en la perla de las

Antillas, desempeñó el cargo de capitán general el conde de Alcoy, D. Federico Roncali (1848), quien de buenas a primeras se encontró con una formidable conspiración organizada en la Sierra de Manicaragua por el citado mariscal de campo D. Narciso López,



El general D. Narciso López



El conde de Pozos Dulces

hallándose comprometidas en el complot algunas compañías del ejército español. Logró Roncali desbaratar la trama, y por suerte pudieron escapar a los Estados Unidos sus jefes.

Por entonces cundió en Cuba la idea de ser anexionada a los Estados Unidos, cuyo gobierno se aprovechó de la idea para ofrecer a España cien millones de pesos por la venta de la rica Antilla, proposición que fué rechazada.

No cesaba entretanto en sus trabajos el general D. Narciso López. Refugiado en Nueva Orleans organizó, con el concurso de algunos yankees, una expedición de 600 hombres, bien armados y equipados, que, a bordo de tres buques, desembarcaron en Cárdenas (mayo de 1850), de la cual población se hicieron dueños; pero no pareció que el triunfo entusiasmara gran cosa a los patriotas, pues sólo se unió a los expedicionarios un portorriqueño, por lo cual se reembarcaron el mismo día para Cayo Hueso.

Reemplazó a Roncali el general D. José de la Concha (1850), «déspota y cruel como Tacón y O'Donnell, dispuesto a aplicar todo el rigor de las leyes militares a los desafectos al gobierno español». Era, en efecto, hombre duro; había nacido, como su ilustre hermano D. Manuel, marqués del Duero, en Buenos Aires, donde su padre murió arcabuceado por los insurrectos contra España, y se había acreditado de rigurosísimo con los fusilamientos de los revolucionarios del Carral (Galicia) el año 47.

Como era de esperar, Concha desplegó una severidad terrible, en consonancia, sin embargo, con los procedimientos que en esta parte seguían los gobiernos de la metrópoli; ahogó en sangre algunos conatos insurreccionales, y como volviera a desembarcar al frente de otra expedición el general D. Narciso López y cayera prisionero, fracasado su intento en la Vuelta de Abajo, fué ejecutado en garrote en la Habana (1851).

Terminado el mando de Concha, pasó a desempeñarlo el general D. Valentín Cañedo, bajo cuyo gobierno se tramaron nuevas conspiraciones, terriblemente castigadas; reemplazó a éste el general D. Juan de la Pezuela (1851), «caballeroso e ilustrado», y volvió luego a ejercer el mando de la isla el general Concha

que continuó su sistema rigorista enviando al patíbulo a algunos insignes patriotas, como Pintó y Entrampes.

Período reformista. Largo fué el mando de D. José de la Concha, que por sus servicios recibió el título de marqués de la Habana, hasta que al advenimiento de la Unión Liberal (1860) fué sustituido por el general D. Francisco Serrano, el de la anexión de Santo Domingo. «Afable y caballeroso, dice el doctor D. Vidal Morales, supo atraerse a los hijos del país, halagándolos con la promesa de que se concederían las *leyes especiales* prometidas desde 1837 y nunca otorgadas.» Tres años después relevaba a Serrano el general Dulce, continuador de su política y bajo cuyo mando quedó organizado el partido *reformista*, dirigido por el insigne conde de Pozos Dulces (1865) y apoyado en España por Serrano y por la magnífica revista *La América*.

Los trabajos de los reformistas dieron su fruto. En septiembre de 1865 se publicó un Real decreto convocando en Madrid una Junta de Información sobre reformas en Cuba y Puerto Rico, y los reformistas ganaron doce representaciones entre las diez y seis que debían elegirse en la Grande Antilla.

En octubre del año siguiente reuníase la Junta, cuyas tareas duraron hasta abril del 67, y a buen seguro de haber sido atendidas por el gobierno español las conclusiones presentadas no hubiera estallado la revolución del 68.

Terminado el mando de Dulce, tan conciliador, siguiéronse los de Lersundi, Manzano — fallecido en la Habana el 67 — y de nuevo Lersundi, uno de los más conspicuos personajes del partido moderado.

El fracaso de la Comisión Informadora, puesto que en nada fueron atendidas sus reclamaciones, fué causa

de que estallara la conflagración de largo tiempo preparada, con el concurso de poderosos elementos.

La madrugada del 10 de octubre de 1868, el abogado y opulento propietario de Bayamo, D. Juan Manuel de Céspedes, anti-

guo compañero de conspiraciones del general Prim, se levantaba al frente de un puñado de valientes, en el ingenio de la Demajagua, y a las ocho de la noche entraban en Yara al grito de *¡Viva Cuba libre!*

Ocurría esto, por lo tanto, once días después de haber triunfado en España la revolución que arrojó del trono a la reina D.^a Isabel II.

Terrible fué aquella guerra, provocada por la intransigencia de los gobiernos españoles, atentos a satis-

facer antes que los intereses de los cubanos, los egoismos de los explotadores peninsulares. Capituló Bayamo el día 21 de octubre a los tres días de sitio; levantóse el Camagüey; entraron los insurrectos en Holguín, y todo hacía presagiar los más graves sucesos, a pesar de los esfuerzos de Lersundi y del conde de Valmaseda, segundo cabo de la Capitania general, fracasados de igual manera en sus medidas de rigor que en sus propósitos conciliadores.



D. Juan Manuel de Céspedes

Hallábanse al frente de las fuerzas insurrectas Céspedes, el comandante dominicano Luis Marcano, los camagüeyanos marqués de Santa Lucía, Salvador Cis-

neros, Betancourt, los hermanos Augusto y Napoleón Arango, Eduardo y Enrique Agramonte, Ignacio Mora, Francisco Aguilera, Modesto Díaz, Félix Figueredo, Donato Mármol, el comandante dominicano Máximo Gómez y otros patriotas.



D. Salvador Cisneros Betancourt



D. Gaspar Betancourt

Relevado Lersundi por el general Dulce, a primeros de enero de 1869, trató la nueva autoridad de llegar a un arreglo; pero los voluntarios de la Habana, armados por Lersundi a raíz del grito de Baire, no ocultaron su propósito de desobedecerle si por acaso intentaba dictar cualquier medida liberal, y en efecto, en cuanto demostró hallarse propicio a otorgar algunas concesiones de dicha clase, recrudecieron los odios y las intransigencias.

«Creando el general Dulce, dice el doctor Vidal Morales, que la insurrección sólo obedecía al deseo de obtener reformas políticas, y ansioso de poner término a la guerra, envió comisiones a Céspedes y al Camagüey con proposiciones de paz, las cuales fracasaron, porque los cubanos no estaban dispuestos a pactar sino sobre la base de la independencia.

»Contribuyó también a que se interrumpieran las negociaciones iniciadas, el haber sido asesinado, a la entrada de Puerto Príncipe, el popular y valeroso jefe Augusto Arango, provisto de un salvoconducto de los delegados del capitán general.»

Nuevos y sangrientos sucesos acabaron de excitar las pasiones, hasta que por fin, y a pesar de haber adoptado una política represiva, estalló un motín de voluntarios contra Dulce la noche del 2 de junio. «Desobedecido por los jefes del ejército, se vió obligado al día siguiente a entregar el mando al segundo cabo don Felipe Ginovés Guinar, y el 5 se embarcó para España», donde no tardó en morir.



El general

D. Antonio Caballero de Rodas

No es nuestro ánimo referir los varios trances de aquella larga guerra. Revestido del mando el general Caballero de Rodas, procuró sofocar la insurrección,

cada vez más pujante por haberse levantado también en armas Las Villas, fracasando en su intento.

Sucedieron en la Capitanía general el conde de Valmaseda, Jovellar, D. José de la Concha y Martínez Campos, a quien cupo la satisfacción de terminar por el convenio del Zanjón (12 de febrero de 1878) la guerra iniciada en 1868 y durante la cual las tropas españolas, siempre valerosas y cien veces vencedoras, habían



El general
D. José Gutiérrez de la Concha



El general
D. Arsenio Martínez de Campos

sufrido, sin embargo, reveses tan sensibles como los de Cocal del Olimpo, La Sacra, Palo Seco, Naranjo, La Guásimas, Manzanillo y Loma de Jibaro.

En virtud del convenio de Zanjón se otorgaban a Cuba las mismas condiciones políticas, orgánicas y administrativas que las concedidas a Puerto Rico: indulto general; libertad de los esclavos y asiáticos que habían tomado parte en la insurrección; los capitulados no estaban obligados a prestar servicios de

guerra y podían abandonar la isla si así lo deseaban, proporcionándoles el gobierno español los medios de hacerlo.

Aunque algunos jefes no aceptaron el pacto, acabaron por hacerlo en mayo siguiente.

Reconocida por la paz de Zanjón la personalidad política de Cuba, surgieron dos partidos desde luego irreconciliables: el autonomista y el llamado de la *Unión Constitucional* (dos palabras vacías de sentido). Dirigía el primero el insigne patricio D. José M. Galvez, que jamás había sido separatista y sólo aspiraba a conciliar los derechos de Cuba con los intereses de España; el segundo obedecía a Romero Robledo.

El programa del partido autonomista consistía en conseguir *la mayor descentralización posible dentro de la unidad nacional*; figuraban en la agrupación los mayores prestigios: José Antonio Cortina, Miguel Figueroa, Govín, Varona, Sanguily, el insigne orador Rafael Montoro, el nobilísimo Eliseo Giberga, Fernández de Castro, Zambrano, González Lanuza, Iero... Pero todo era inútil, todo se estrellaba contra la estolidez de nuestros gobernantes. Ya había dicho Romero Robledo que *las colonias se tenían para explotarlas*, y bien las explotaba en sus ingenios, o en los ingenios de sus allegados, donde ocurrían casos como el de la negrita Agueda.

Reconocido a Cuba el derecho de enviar diputados a las Cortes de la metrópoli, como los enviaba Puerto Rico, resultaron elegidos para las de 1879 *siete* autonomistas contra *diez y siete* de la *Unión Constitucional*, o *incondicionales* como se llamaban ellos, salvo ser después, andando el tiempo, los primeros condicionados.

Como se veía harto claro que nuestros gobernantes no tenían intención de aceptar el programa de los autonomistas, los separatistas creyeron abonado el terreno para probar fortuna nuevamente y de ahí la que se llamó:

La Guerra chiquita. Estalló el movimiento en 1879; preparólo en los Estados Unidos Calixto García, y se pusieron al frente, en Cuba, Maceo, Guillermo Moncada, Belisario Peralta, Rabi, Limbano Sánchez y otros jefes. Fracasó la tal guerra, sin embargo, gracias a la pericia militar del general D. Camilo Polavieja, gobernador del Departamento Oriental. Igualmente fracasaron otras tentativas en 1883, 1884 y 1885.

Las reformas de Maura. Todo parecía estar tranquilo en Cuba bajo el poder de la *Unión Constitucional*, siendo así que nunca se había laborado tanto para un levantamiento contra España, en virtud de los grandes trabajos revolucionarios de D. José Martí, orador elocuentísimo, escritor fogoso, letrado eminente y, sobre todo, organizador sin rival.

Corría el año 1893 y ocupaba el Poder el Sr. Sagasta; desempeñaba la cartera de Ultramar D. Antonio Maura. La situación de Cuba era sumamente amenazadora; habíase desarrollado la plaga del bandolerismo, con hombres del temple de Manuel García, *el Rey de los campos de Cuba*; pero no como simple manifestación de criminalidad, sino con cierta tendencia que venía a constituir una a manera de insurrección latente contra la dominación española.

El Sr. Maura presentó a las Cortes un proyecto de reformas ultramarinas, y dice el doctor D. Mariano Aramburo: «Fué Maura el único estadista español que acertó a ver lo que necesitaba Cuba. Sus reformas no

eran la autonomía, pero llevaban en sí el germen fecundo que había de producirla en el futuro. Los intransigentes del partido Unión Constitucional, formado por peninsulares que ejercían el Poder en Cuba como un monopolio debido al lugar de su nacimiento, y cuyo único programa consistía en oponerse a toda libertad descentralizadora, combatieron con apasionadas alharacas el sabio proyecto que así impedido nunca pudo llegar a viva realidad. Cerca de dos años gastados en la oposición parlamentaria más absurda y loca que nunca viera el Congreso español (*téngase en cuenta que según Romero Robledo al enemigo político no había que darle la razón nunca*), bastaron a Martí para organizar la última guerra, cuyos mejores auxiliares se encontraban, no en Cuba ni en Cayo Hueso, sino en el propio Parlamento de la Monarquía.»

La última guerra de Cuba. Mandaba en la isla, el año 1895, y gobernaba en España el partido liberal; cuando se tuvo noticia de que el 24 de febrero se habían levantado en la Grande Antilla algunas partidas al grito de *¡Viva Cuba libre!*

Interrogado el Sr. Sagasta en las Cortes, contestó, lleno de optimismo, que «se trataba de una loca intenciona, que parecía asfixiada por falta de ambiente en la opinión, y que Cuba entera se había levantado indignada contra los separatistas». Como en aquella misma sazón las Cortes votaban las reformas anteriormente presentadas por el Sr. Maura, aunque bastante ampliadas en el proyecto definitivo, creyóse que la concesión bastaría a satisfacer los anhelos de la isla, y motivos había, en efecto, para esperarlo, pues el elocuentísimo diputado cubano autonomista, D. Rafael Montoro, declaró que la fórmula aprobada constituía la página más brillante de la historia nacional. Por

otra parte, los cablegramas daban cuenta de que en la Habana y otras ciudades había producido grande entusiasmo la noticia de la aprobación del proyecto. Desgraciadamente, no habían de realizarse tan lógicas esperanzas. La obra de José Martí, preparada desde el año anterior, iba a producir su terrible efecto.

Las partidas levantadas según las instrucciones de dicho Martí, que se titulaba delegado del partido Revolucionario Cubano, eran muchas, y habían aparecido en distintas localidades de las provincias de Oriente y Matanzas. El grupo más numeroso era el que se había levantado en Baire, formado de 105 hombres bien armados, capitaneados por Rabi y los hermanos Lora; las otras partidas eran, en Oriente también, las acaudilladas por Guillermo Moncada y Rafael Portuondo en Santiago de Cuba; por Pedro Pérez y Enrique Brooks



D. José Martí

en Guantánamo; por Bartolomé Masó, José Miró y Amador Guerra en Manzanillo; por los Sartorio en Holguín, y otras menos importantes en el Cobre, Baracoa, etc. Por la parte de Matanzas se habían levantado Juan Gualberto Gómez, muy conocido en Madrid y jefe de la conspiración en la isla, y varios jóvenes habaneros y matanceros.

Reunido el Consejo de ministros acordóse enviar

6,000 hombres, pedir a las Cortes un crédito extraordinario ilimitado y decretar la suspensión de garantías en Cuba, mientras tanto el general Calleja hacía todo lo que estaba a su alcance, que no podía ser mucho (1). Concedió indultos a los que depusieran las armas; envió algunas comisiones de autonomistas a conferenciar con los insurrectos; detuvo en la Habana a Julio Sanguily y otros, y en Remedios a Francisco Carrillo, y consiguió acabar con las partidas de la provincia de Matanzas y aun debilitar bastante la insurrección de Oriente. Quien mantenía ahora el fuego insurreccional era Bartolomé Masó.

Así las cosas, cayó Sagasta por la cuestión de los subalternos y, como ya hemos dicho, subió Cánovas (22 de marzo), cuya primera decisión fué relevar a Calleja y nombrar en su lugar al general Martínez de Campos, que salió para Cuba el 3 de abril.

Entretanto, y antes de que llegasen los 6,000 hombres de infantería de línea, que no embarcaron hasta el 10 de marzo, tomaban tierra en la playa de Duoba, cerca de Baracoa, los jefes Antonio y José Maceo, Flor Crombet, Cebreco, Corona, Silverio Sánchez y otros. Perseguidos sin descanso por nuestras tropas, se vieron obligados a fraccionarse para cruzar las sierras de Baracoa y Guantánamo, a fin de reunirse con las partidas, y en uno de los encuentros halló la muerte Flor Crombet, que había figurado mucho en la guerra de los Diez Años.

El 15 de abril desembarcaban en las Playitas, cerca de Baitiquiri, José Martí, Mariano Gómez, Borrero y Angel Guerra, de suerte que se hallaban ya en la

(1) Contaba tan solo con unos 14,000 hombres; con escasas fuerzas batió, sin embargo, el general Garrich a Rabi y entró en Baire, mientras se presentaban a indulto en Holguín los Sartorio.

isla los tres jefes de la Revolución: Martí, Gómez y Maceo.

Dos días después hacía su entrada en Santiago de Cuba, con otros 6,000 hombres y un batallón de infantería de marina, el general Martínez de Campos, con facultades para implantar amplias reformas, produciendo su llegada la más viva contrariedad en los insurrectos, sabedores de su gran prestigio, no menos que de sus dotes militares.

Prontamente convencido el ilustre general de que sería estéril su política de atracción, procedió rápidamente a la acción militar. La insurrección

contaba con unos 6,000 hombres, casi todos en Oriente. El comandante en jefe dividió esta provincia en tres distritos: Santiago al mando del general Salcedo; Bayamo al del general Lachambre, y Holguín al del general Suárez Valdés; decretó en estado de sitio la provincia de Oriente, o Santiago de Cuba, y ofreció el indulto a los rebeldes, excepto a los cabecillas.

Así transcurrió abril, mientras tanto iban organizándose mejor los insurrectos. El 5 de mayo, reunidos Martí, Gómez y Antonio Maceo en la Mejorana, acordaron que el primero ejerciese el cargo de jefe supremo, el segundo el de generalísimo y el tercero el de coman-



Antonio Maceo

dante en jefe de Oriente. Ocho días después, en El Jobito, pueblo situado en la vía férrea de Santiago a San Luis, se empeñaba un refidísimo combate entre la gente de Maceo y la columna española mandada por el teniente coronel Sr. Bosch, que pereció en el campo del honor.

El 21, por la mañana, atacaba la columna del coronel Jiménez de Sandoval a una gruesa partida



Máximo Gómez

insurrecta mandada por Máximo Gómez, que se había atrincherado en el lugar llamado *Dos Ríos*. Hallábase allí, de regreso de una conferencia con Bartolomé Masó, a orillas del Cauto, el jefe supremo, José Martí, quien, sin atender a las órdenes de Gómez, y dejándose llevar de su fogosidad, se salió de las líneas de los suyos, y cayó en la emboscada que le habían tendido los nuestros. Enterrado el cadáver en Remanganaguas, fué trasladado luego, por orden de Martínez Campos, a San-

tiago de Cuba, donde se procedió a su embalsamamiento y pública exposición.

Así transcurrió algún tiempo, que aprovechó Maceo para organizar sus huestes en Santiago y llamar hacia allí la atención de los españoles, mientras Máximo Gómez se disponía a una empresa gravísima para nosotros, cual era la invasión del Camagüey, tranquilo hasta entonces. El general Martínez Campos había



tomado cuantas medidas estaban a su alcance para evitar el golpe, pero fué en vano. Salióse Gómez con la suya. Fué una desgracia inmensa, pero ¿qué podía hacer Martínez Campos si no contaba con fuerzas suficientes para atender a tan vasta extensión? El mismo reconocía su fracaso al escribir al ministro de Ultramar, D. Tomás Castellanos, con fecha 8 de julio: «Siento remordimiento por no haberme atrevido a decir al mes: vengan 50,000 hombres y vengan en seguida.»

En suma, que Máximo Gómez, con 200 hombres, burlaba la estrecha vigilancia de nuestros jefes, cruzaba el río Jacobo y el 12 de junio se unía a las partidas que le esperaban en el Camagüey. Gómez sorprendía en Altagracia a un destacamento de 150 hombres, aunque en el encuentro hubo de perder la vida el valeroso cabecilla Borrero; un destacamento de 25 hombres, mandado por un teniente de la reserva, se rendía en El Mulato, a 40 kilómetros de Puerto Príncipe, sin oponer resistencia.

Martínez Campos, desesperado, cablegrafió pidiendo refuerzos; mandó a Puerto Rico se le enviara un batallón, y, descorazonado, enviaba el 14 de junio su dimisión, que no le fué admitida, antes bien, el gobierno (Cánovas) acordó el envío inmediato de 25,000 hombres más a Cuba.

El general, ante las noticias alarmantes de Oriente, se fué para allá, sabedor de que Maceo, muy satisfecho de la diversión de fuerzas ocasionada por la invasión del Camagüey, estaba cerca de Bayamo con crecido número de insurrectos. Salió de Manzanillo con sólo 1,500 hombres, y se topó con Maceo en Peralejo, a 15 kilómetros al Sur de Bayamo. Mandaba la columna el general Santocildes, digno descendiente del

defensor de Ciudad Rodrigo cuando la guerra de la Independencia. El combate fué desesperado. Murió Santocildes, y Martínez Campos tomó el mando. «El combate fué rudo, escribía el ilustre caudillo español, el terreno desfavorabilísimo; el enemigo tres veces superior, bien municionado e inteligente. Estábamos rodeados de fuego por los cuatro costados, y hubo dos momentos de peligro. El fuego duró cinco horas y una más la hostilidad a retaguardia.»

Tuvimos sensibles bajas, pero no menos el enemigo, pues pasaron de 300.

El general Campos consiguió encerrarse en Bayamo, pero el efecto moral no tuvo nada de satisfactorio. En carta particular dirigida al ministro de la Guerra, general Azcárraga, decía: «Como jefe de columna, estoy satisfecho de mí mismo; como general en jefe, nada quiero decir; ya me censurarán los demás, y pedirán con justicia mi destitución.»

El 31 de agosto nuevo combate, indeciso, en el *Sao del Indio*, entre la columna del coronel Canella y los insurrectos al mando de los Maceos. Estos emplearon por primera vez la dinamita, que produjo horribles estragos. Duró el fuego ocho horas; tuvieron los insurrectos 139 bajas; tuvimos nosotros 59, aunque es posible fueran más.

Levantados Santiago de Cuba y el Camagüey, propagóse la insurrección a la provincia de Santa Clara o las Villas, donde desembarcaban el 24 de julio Carlos Roloff, Serafín Sánchez y José María Rodríguez.

Y así transcurría el tiempo en continuos encuentros sin resultado decisivo, aunque no sin admirables muestras de heroísmo por parte de los nuestros.

El 8 de noviembre pasaba Maceo el río Jobabo,

límite entre la provincia de Santiago de Cuba y el Camagüey, y penetraba en éste.

Ya anteriormente a Maceo había pasado Máximo Gómez la trocha de Júcaro a Morón. Martínez Campos no pudo contenerlo, por tener que emplear la mayoría de las tropas del Camagüey en la protección de la zona azucarera, y gracias a ello pudo Gómez cruzar dicha provincia en veintiún días, sin combatir nunca. El 29 de noviembre pasaba a su vez la citada trocha Antonio Maceo, reuniéndose el mismo día los dos caudillos.

El 2 de diciembre atacaban los insurrectos al general Suárez Valdés, en el ingenio llamado *La Reforma*, siendo repelidos. Como la invasión era alarmante, Martínez Campos dispuso impedir el avance de Gómez y Maceo desde el Camagüey a las *Villas*, y envió a esta provincia las tropas últimamente llegadas de España, que puso a las órdenes de los generales Suárez Valdés, Oliver, Garrich y García Aldave.

El 3 de diciembre sostenía el coronel Segura un reñidísimo combate en Iguará, después del cual el enemigo penetraba en las *Villas*. Peleóse desde entonces sin cesar, desde Santi Espíritu hasta las lomas de Trinidad de Cuba, y el 14 de diciembre, muy aumentados los contingentes insurrectos, se adelantaban hacia la rica y feraz provincia de Matanzas, en ocasión de hallarse en Cienfuegos el ilustre general en jefe.

El 15 de diciembre se batía la columna del coronel Arizón con las fuerzas reunidas de Gómez y Maceo en *Mal Tiempo*, que los cubanos calificaron de *gloriosísima*, atribuyendo a nuestras tropas una pérdida de 247 muertos y 50 heridos, mientras ellos sólo hubieran tenido seis y treinta respectivamente. «Es evidente, a nuestro juicio, escribe el Sr. Ortega y

Rubio (1), que en la acción de Mal Tiempo ambos combatientes pelearon valerosamente, aunque la columna española, *compuesta en su mayoría de soldados bisonños recién llegados de la Península, adoleciera de notorias deficiencias en su organización y de lamentable inexperiencia en el manejo del mauser*; que españoles y cubanos sufrieron pérdidas numerosísimas y que la victoria favoreció con sus dones a los caudillos cubanos, ya que éstos, dueños del campo que trataba de disputárseles, consiguieron frustrar el propósito de las fuerzas españolas de detenerlas en su camino y continuaron imperturbables su marcha hacia Occidente.

El general Martínez Campos, haciéndose cargo de la situación, se trasladó en seguida desde Cienfuegos a la Habana, y luego a Colón, para establecer allí su cuartel general y dirigir las operaciones.

Días de triste recordación son aquéllos; después de la jornada de Mal Tiempo, los insurrectos recorrían la zona azucarera de Cienfuegos, y el 20 de diciembre invadían la provincia de Matanzas, sembrando a su paso el pánico y el incendio.

El general en jefe, desde Colón, mandó que las columnas de los generales Prats, Luque, Suárez Valdés, Hernández, Aldecoa y García Navarro se situaran en las posiciones más del caso para cortar el paso al enemigo. Este, hábil y fuerte con el apoyo del país, marchaba, contramarchaba, rehuía el combate, cuando no le convenía se dispersaba, y así pudo cruzar por en medio de un territorio perfectamente llano y constantemente recorrido por varias columnas.

El 23 de diciembre, reunidos de nuevo Gómez y

(1) Historia de España, t. VII, pág. 170. Lo subrayado es nuestro. N. del A.

Maceo, a retaguardia de Martínez Campos, le atacan, obligándole a correrse hacia Occidente, hasta el poblado llamado *Coliseo*. Este combate les costó, sin embargo, muchas bajas a los insurrectos, que se vieron precisados a retroceder por la grande impedimenta que para ellos representaban los heridos. En lugar, pues, de seguir avanzando, volvieron atrás, hasta la Ciénaga de Zapata. Perseguidos ahora por nuestras tropas, fueron los insurrectos batidos en Calimete. Todo parecía ir bien; Martínez Campos situó gran número de fuerzas en la línea de Cienfuegos, para cortales la retirada a Gómez y Maceo; pero contramarchando éstos hábilmente por Yagüey Grande y el Estante, avanzaron de nuevo hacia Occidente, y el 1.º de enero de 1896 penetraban los invasores en la provincia de la Habana.

No abatieron tantas contrariedades a Martínez Campos, a quien, por otra parte, en tan críticas circunstancias ofrecieron su apoyo los incondicionales, los reformistas y los autonomistas. El general decretó una requisa de caballos, para que no pudieran utilizarlos los insurrectos, y dispuso una combinación de columnas a las órdenes de los generales antes citados; la de Echagüe quedó situada en Güines; la de Suárez Valdés en Madruga; la de Aldecoa en Nueva Paz; la de Prats en Ceiba Mocha; la de García Navarro al Oeste de Güines; la de Luque en Jaruco. Además de estas columnas, destinadas a cerrar el paso a los invasores, iba en persecución de éstos las de Segura y Galbis. Parecía que con eso debía quedar detenida la irrupción, pero contra todas las probabilidades no fué así. El enemigo cruzó por Nueva Paz y por Güines; pasó el río Mayabeque, y el día 5 de enero llegaba a las puertas de la Habana, esto es, a Marianao y Punta Brava.

Quedóse Gómez en la provincia de la Habana, entregando a las llamas las plantaciones de caña, destruyendo ferrocarriles y telégrafos, y Maceo, con el contingente a sus órdenes, se dejaba atrás dicha provincia e invadía, el 8 de enero, la de Pinar del Río. El 23 llegaba dicho jefe al extremo occidental de la isla, o sea en Mantua, donde presidió una sesión del ayuntamiento.

Contaba Martínez Campos, en total, con un ejército de 126,000 hombres, ayudados por 60,000 voluntarios; los insurrectos eran 42,300, aunque no todos estaban de continuo sobre las armas. La situación del ilustre general en jefe era ciertamente dolorosa: hubiera deseado dimitir, pero entendía que no debía hacerlo frente al enemigo. Por fin, en vista de que los incondicionales no ocultaban su disgusto, y aunque más ve-

ladamente hacían lo mismo los reformistas, conservándole tan sólo toda su confianza los autonomistas, manifestó al gobierno que resolviese lo que mejor le pareciera. La resolución fué autorizar al general Martínez Campos para que entregase el mando al general D. Sabas Marín y regresase a España cuando lo tuviese a bien.

En su consecuencia, entregó el mando el 18 de enero y se embarcó para Cádiz el 26.



El general D. Valeriano Weyler

Fué nombrado en su sustitución el general D. Valeriano Weyler, que a la sazón desempeñaba el cargo

de capitán general de Cataluña, y se embarcó en Barcelona, siendo objeto de la más entusiasta despedida.

La interinidad del general Marín duró hasta el 10 de febrero, en que llegó el general Weyler.

La situación no tenía nada de satisfactoria. Máximo Gómez, a pesar de la persecución de que era objeto por parte de nuestras columnas, continuaba en la provincia de la Habana; Lacret, con sus partidas, recorría la de Matanzas; Maceo, terminada su misión, se retiraba de Pinar del Río para reunirse con Gómez.

El general Marín, con gran bizarría, se puso al frente de la columna Galbis, compuesta de 1,200 infantes, 1,000 caballos y una batería, y fué en busca del generalísimo cubano, a quien encontró, batió y estuvo a punto de hacer prisionero en el ingenio *La Luz* el 2 de febrero. Por desgracia, no duró mucho el efecto moral de la derrota, pues reuniendo Gómez sus partidas, tomaba la ofensiva de nuevo; el 5 de febrero entraba en Güira de Melena, que entregaba a las llamas; el 14, después de una serie de reñidos encuentros, entraba en Bejucal.

Entretanto, proseguía Maceo su marcha hacia la Habana, y el 1.º de febrero chocaba con la columna del general Luque en Paso Real, que le infligió numerosas pérdidas. Reforzado el cabecilla mulato con algunas partidas, atacaba el poblado de Candelaria, donde opusieron heroica resistencia durante veintiséis horas un puñado de soldados y voluntarios, hasta que, llegando el general Canella, libertó a los sitiados y derrotó por completo a Maceo, haciéndole veintiséis muertos y diez y siete prisioneros.

Por fin, logró Maceo reunirse con Gómez, el 19 de

febrero, y juntos ambos sostuvieron las reñidas acciones de Morality y la Carolina.

No tardó en conocerse en Cuba la dirección del nuevo gobernador general y general en jefe. Publicó severos bandos respecto a la ejecución de los fallos dictados en los procedimientos sumarísimos y contra los que de cualquier manera favoreciesen a los insurrectos, y decretó la reconcentración de todos los habitantes de las jurisdicciones de Sancti Spiritus, Puerto Príncipe y Santiago de Cuba, en los lugares que fuesen cabeceras de división o de brigada.

Había manifestado el general Weyler que se proponía acabar la guerra dentro el plazo de dos años; en el transcurso del primero daría cuenta de la insurrección en las provincias de Occidente, y durante el segundo acabaría con la de las provincias de Puerto Príncipe y Santiago.

Aunque la campaña no debía formalizarse hasta otoño, con todo, no anduvieron ociosas nuestras columnas, que lograron numerosas ventajas, con gran beneficio para el levantamiento del espíritu público. El 30 de julio, cerca de Quivicán (Matanzas), la columna del valiente teniente coronel Sr. Perot atacaba a la partida de Zayas, que caía sin vida. El 5 de julio, en la Loma del Gato, cerca de Santiago de Cuba, moría en un encuentro José Maceo (hermano de Antonio), al fuego de los soldados de la columna del general Albert.

En este mismo mes veíanse de nuevo, al cabo de veintidós años, Máximo Gómez y el famoso Calixto García, en el pueblo de las Vueltas, a orillas del Cauto; había desembarcado Calixto García, poco antes, con cuatro piezas de tiro rápido, y no era ésta la única expedición filibustera, pues menudeaban ahora como nunca, especialmente desde la elección de Mac Kinley

en reemplazo de Cleveland. Ya no podía éste contrarrestar la corriente de la opinión yankee en favor de los insurrectos.

De resultas de la entrevista quedaron divididas las fuerzas insurrectas en tres cuerpos: el de Oriente (Calixto García), el de las Villas y Camagüey (Gómez) y el de Vuelta de Abajo (Maceo).

En octubre, reunidas las partidas de Gómez, García y Cebreco, sitiaban al poblado del Cascorro, defendido por 170 soldados del regimiento de María Cristina, al mando del capitán Neila. Trece días duró el asedio, al cabo de cuyo tiempo tuvo el generalísimo que levantarlo, gracias a la llegada del general Jiménez Castellanos, al frente de una gruesa columna.

Los insurrectos arrojaron contra el Cascorro más de 200 granadas. En la defensa se distinguió extraordinariamente el soldado Eloy Gonzalo García, «un verdadero héroe, dice el Sr. Ortega y Rubio, que se ofreció voluntario a incendiar una casa, desde la cual los rebeldes hacían mortífero y terrible fuego, poniendo para ello condición de que le ataran una cuerda a la cintura a fin de que si moría arrastrasen sus compañeros su cadáver y no cayera éste en poder del enemigo». El pueblo español, agradecido, ha levantado una estatua al *héroe del Cascorro* en la plaza del Rastro, de Madrid.



Calixto García

Reunidos Gómez y García, sitiaron luego a Guáimaro, que tomaron (28 de octubre), volviendo luego cada uno a su respectiva demarcación. La defensa de Guáimaro fué, sin embargo, digna de los mayores elogios. La guarnición se componía únicamente de 160 hombres del regimiento de Tarragona, al mando del comandante Martínez Abello. Se sostuvieron diez días, después de haber tenido 30 bajas, y no cupo más remedio que capitular.

Puede decirse, no obstante, que el principal interés de la campaña era la que, desde marzo a diciembre de este año 1896, mantuvo en Pinar del Río el famoso Antonio Maceo, que sostenía casi un combate diario contra nuestras columnas.

Conforme al plan de Weyler, consistente en acabar primero con la insurrección de Oriente y al siguiente año con la de Occidente, había el general en jefe mandado construir una trocha desde Mariel a Majaua (Pinar del Río), trabajo realizado, a costa de no pocos sacrificios de vidas a causa de lo insalubre del terreno, por el general Arolas.

Nuestras valientes y sufridas tropas combatieron contra Maceo en Cajayabos, El Rubí, Las Palmas, las Lomas de Tapia y las Pozas, durante los días 29 y 30 de abril, y el 1.º de mayo atacaba la columna del general Suárez Valdés a Maceo en Carajícara, apoderándose de las trincheras del enemigo y ocasionándole a éste terribles bajas, entre las cuales se contaban los cabecillas Socarrás, Rojo y Sobrado. Por nuestra parte tuvimos 16 muertos y 70 heridos, convertidos por los cubanos en 150 muertos.

La trocha de Mariel tenía puesto en grave aprieto a Maceo, pero gracias a los recursos aportados durante el verano por las expediciones de Leyte Vidal y Rius

Rivera pudo sostenerse, mientras el general Weyler iba sabiamente acumulando fuerzas para dar un golpe decisivo.

Habíanse enviado de España, desde la partida de Martínez Campos, 54,000 hombres más, de manera que el efectivo del ejército en campaña ascendía en otoño de 1896 a 205,000 hombres. Llegaba el momento de desenvolver el plan.

Las fuerzas españolas de Occidente ascendían a 40 batallones que el general Weyler distribuyó en cuatro cuerpos al respectivo mando de los generales Muñoz y Echagüe, coronel Segura y el propio general en jefe, al mismo tiempo que Maceo, temiéndose el ataque y en posesión del parque que le trajeron Rivera y Vidal, se atrincheraba de una manera formidable en las agrestes lomas de Vuelta de Abajo.

Menudeaban como siempre los combates, habiendo sido uno de los más sangrientos, en octubre, el de la *Ceja del Negro*, en el cual el general Bernal se las hubo con todo el contingente de Maceo, al que hizo más de cien muertos y gran número de heridos.

Por fin, el 9 de noviembre se ponía Weyler al frente de las tropas. Las operaciones fueron brillantísimas. El objetivo del general en jefe era arrojar a Maceo de las lomas en que tan fuertemente se había atrincherado. Con este objeto dispuso que el bravo general Echagüe atacase aquellas posiciones por Artemisa y Cajayabos. Así se hizo: el 11, reforzada la brigada Echagüe con la de Aguilar, fueron tomadas todas las susodichas posiciones a la bayoneta, no sin que los insurrectos opusieran tenacísima resistencia. A las cuatro de la tarde caían en poder de los españoles todas las alturas del Rubí. Nuestras pérdidas consistieron en seis muertos y 60 heridos, entre éstos el

general Echagüe, que lo fué en una pierna. Las del enemigo fueron grandemente superiores.

La lección fué importantísima, pues ya desde entonces se guardaron los insurrectos de aceptar combate con nuestras tropas, y éstas recorrían territorios donde nunca habían penetrado hasta entonces. Las partidas tuvieron que subdividirse, y se hallaban en el último grado del hambre y la miseria.

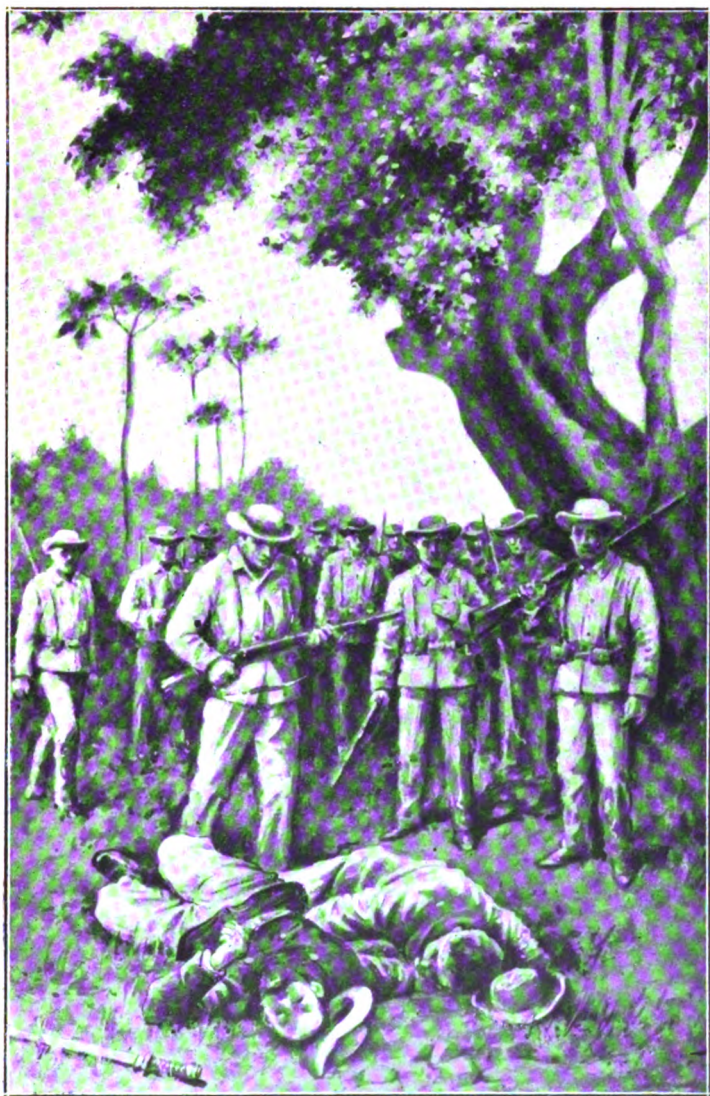
La situación de Maceo se hacía imposible y, por lo mismo, se resolvió a intentar un supremo esfuerzo. Supuesto que no podía continuar acorralado en Pinar del Río, imaginó trasladarse a la provincia de la Habana, y como no había que pensar en atravesar la trocha de Mariel, se embarcó con 16 hombres en un bote en el puerto de este mismo nombre, dejando el mando de Pinar del Río a Rius Rivera.

Ocurría esto el 4 de diciembre de 1896. Maceo se incorporó a las partidas de la provincia de la Habana, que formaban un total de unos 200 hombres.

El 7 de diciembre, la columnita del comandante Cirujeda, que sólo se componía de dos guerrillas — la de San Quintín y la de Peral —, formando un total de 350 hombres, atacaba a los insurrectos en Punta Brava. Los guerrilleros la emprendieron a la bayoneta contra los insurrectos, les arrojaron de la cerca tras de la cual se habían parapetado y les causaron 40 muertos. Reconocidos los cadáveres, apareció, con sorpresa, el de Antonio Maceo.

La pérdida del famoso caudillo produjo la más terrible consternación entre sus partidas. «El tristísimo acontecimiento, dice el historiador cubano doctor Vidal Morales, ocasionó verdadero pánico, pero pronto reaccionó el espíritu de las partidas...»

* * *



Hallazgo de los cadáveres de Antonio Maceo y Francisco Gómez,
en Sandro

Al comenzar el año 1897, podía darse casi por vencida la insurrección en Pinar del Río y decaída en las provincias de la Habana y Matanzas, pero continuaba estacionaria en el Centro y pujante en Oriente.

En Vuelta de Abajo, o Pinar del Río, sólo quedaban dos núcleos, al mando de Rius Rivera y Ducasi. Atacado el primero en las Cabezadas de Río Hondo, fué derrotado y cayó prisionero, siendo deportado a España. En la provincia de la Habana campaban Alejandro Rodríguez y otros, y en la de Matanzas Betancourt, incesantemente perseguidos por nuestras tropas (14 batallones).

Las provincias de la Habana y Matanzas podían darse por pacificadas, pero no de mucho en absoluto, y por lo mismo no dejó de causar extrañeza que el general Weyler las desatendiese para marchar a las Villas; pero esto se explica por haber tenido noticia de que Gómez había ordenado una nueva invasión de Occidente por los insurrectos de las provincias occidentales. La campaña fué eficaz, pues la rebelión quedó casi también extinguida en las Villas, especialmente al Oeste de la trocha de Júcaro a Morón. Verdad es que habían quedado cerca de la misma, en el Oeste, Gómez y Quintín Banderas, pero carecían de fuerzas.

Obligamos ahora la imparcialidad a decir que a pesar de la evidencia del decaimiento de la insurrección en las provincias de Pinar del Río, Habana, Matanzas y parte de las Villas, no cesaba la mayoría de la prensa en sus ataques a Weyler, cuyo relevo se pedía en furibundos artículos. Para ello, y prescindiendo de las evidentes ventajas obtenidas sobre el enemigo, se esgrimía el arma de unas supuestas inmoralidades cometidas durante su mando, de las cuales resultaba víctima el soldado, y en segundo lugar la incompati-

bilidad existente entre su sistema de severidad y la política de transacción a que se inclinaba ahora el ministerio Cánovas (antes tan intransigente) otorgando amplias reformas verdaderamente autonómicas a Cuba.

Así las cosas hubo de ocurrir un hecho desgraciado. A mediados de agosto atacaba Calixto García, que mandaba en la provincia de Santiago de Cuba, la plaza de Victoria de las Tunas, defendida tan sólo por 215 hombres. El ataque empezó el 14 y el 29 capitulaba el comandante militar, en honrosas condiciones, y después de haber causado cien muertos al enemigo. La plaza fué recobrada fácilmente y a no tardar, pero el efecto estaba ya producido.

Así pasaron días. Había sido asesinado Cánovas (8 de agosto de 1897), y después de un corto período en que el ministerio conservador fué presidido por el general Azcárraga, subieron de nuevo los liberales (4 de octubre). El 9 era relevado Weyler, siendo reemplazado por el general Blanco, con encargo de implantar las reformas que Sagasta y Moret habían acordado aplicar a Cuba y Puerto Rico, como en efecto implantó, aunque, por desgracia, ya sin el menor resultado beneficioso para nuestra causa.

El general Blanco, llegado a la Habana el 31 de octubre, trabajó con empeño para atraerse al pueblo cubano, pero no por eso dejaba de atender a la campaña, que proseguía a pesar de todo.

Nombrado Calixto García lugarteniente de Máximo Gómez, en lugar de Maceo, por el nuevo gobierno de Cuba libre (presidente, Bartolomé Masó, y vicepresidente, Méndez Capote), tomó por asalto, a primeros de noviembre, el poblado de Guisa, en el cual cometió los más inconcebibles horrores. Enviada la columna Tovar para el recobro de dicha población, sostuvo con

Calixto García un reñido encuentro los días 3 y 4 de diciembre, acabando Tovar por hacerse dueño de Guisa, si bien la encontró reducida a un montón de escombros. ¡Toda la guarnición y todo el vecindario habían perecido, sin exceptuar las mujeres y los niños! García había hecho grande uso de la dinamita y así se explicaba tamaño estrago.

En cambio alcanzaron nuestras armas una brillante victoria en Guamo. También fué atacado este pueblo por García, pero le salió mal el intento. El bravo segundo teniente Sr. Murazazaban, que con sesenta hombres defendía el lugar, sostuvo heroicamente las incesantes acometidas de que fué objeto desde el 8 de noviembre al 10 de diciembre en que por fin acudió en su socorro la columna del general García Aldave. Igualmente obtenían satisfactorios resultados, en persecución de las partidas insurrectas, los generales Hernández de Velasco en Vuelta Abajo, Linares en la jurisdicción de Manzanillo y Luque en Holguín.

El 1.º de enero de 1898 se constituyó, por fin, y bien podía decirse que era aquello llegar tarde y mal, el primer gobierno autonómico, compuesto de un presidente y cinco secretarios de despacho, bajo la autoridad del gobernador general, sujeto a su vez al supremo poder de la metrópoli. Juntamente con el nuevo gobierno se constituyeron las dos cámaras, llamada la una *Insular* y la otra, equivalente al Senado, Consejo de Administración.

Consistía todo el empeño del general Blanco en alcanzar la paz por la atracción de los rebeldes (esto es, la política que hubiera deseado seguir el general Martínez Campos y que tal vez hubiera dado buenos resultados a no haber ocurrido la muerte de Martí). Con tal objeto envió algunos emisarios al campo re

belde, misión no menos arriesgada que la más comprometida en pleno combate.

Era muy amigo, por ejemplo, el comandante de ingenieros D. Joaquín Ruiz del coronel cubano Nestor Aranguren, a quien había prestado numerosos favores; no vaciló en presentarse a éste en su campamento de Campo Florido (Habana), para convencerle de que depusiese las armas y aceptase el liberalísimo régimen que se acababa de implantar. Aranguren, sin embargo, olvidando la amistad y el agradecimiento, mandó fusilar en seguida al noble Ruiz. El hecho produjo la mayor indignación entre los nuestros; salió en persecución de Aranguren una columna mandada por el coronel Aransabe, y en el recio combate sostenido en Tapaste caía Aranguren mortalmente herido.

Tal vez a no hallarse furioso Máximo Gómez por la muerte de su hijo, que se suicidó junto al cadáver de Maceo, de quien era ayudante, en la sorpresa de Punta Brava, se hubieran conseguido muchas presentaciones, pero las órdenes circuladas por el generalísimo eran terroríficas. Fueron fusilados varios jefes, sorprendidos en el momento de ir a someterse. Con todo no dejó de obtenerse alguna adhesión; entregóse en Matanzas con toda su partida el cabecilla Benito Socorro, y lo mismo hizo el brigadier cubano D. Juan Masó. Gómez, en su afán de venganza, fusiló a un capitán de su escolta, que al parecer deseaba presentarse también.

Falló, pues, el resultado de la implantación de la autonomía, ya que la lucha antes se embraveció que decayó; pero no fué esto sólo, sino que los voluntarios de la Habana tomaron muy a mal el nuevo régimen y verificaron ruidosas manifestaciones contra Blanco, y después contra los periódicos autonomistas. No veían

aquellos mal aconsejados patriotas el peligro a que exponían nuestra dominación con tales demostraciones de intransigencia y rebeldía.

No dejó de aprovecharse de tan lamentable ocasión el Cónsul de los Estados Unidos en la Habana, Mr. Lee, desafecto absolutamente a España, y con sobrada malicia pidió a su gobierno el envío de un buque de guerra para proteger, en caso necesario, los intereses de los ciudadanos americanos.

Era evidentísima la mala voluntad que nos tenían los yankees. Mientras fué presidente el demócrata Mr. Cleveland, el gobierno de Washington se mantuvo en situación bastante correcta; pero en cuanto tomó posesión el republicano Mr. Mac Kinley, todo varió, y a nadie se le podía ocultar la decidida protección que los insurrectos alcanzaban de su parte.

Demostraciones de esta mala voluntad contra nosotros había sido el nombramiento del referido cónsul Lee, en lugar de Mr. Williams, que no podía ser más afecto a España y desempeñaba desde largos años dicho cargo.

Asimismo fué sustituido el ministro de Madrid Mr. Hannis Taylor, siempre conciliador, por el famoso Mr. Stewart L. Woodford.

Esto no impedía que nuestro ministro en Washington, Sr. Dupuy, pintase las cosas de color de rosa, y asegurase «que nunca había sido tan buena la situación política ni tan fácil su misión desde 1895», y por si tales bienandanzas fueran pocas, tuvo la satisfacción de participar a nuestro gobierno que el presidente Mac Kinley había decidido enviar a la Habana el crucero *Maine* como una prueba de amistad, a lo cual hay que agregar que en el banquete dado por Mac Kinley al cuerpo diplomático, el

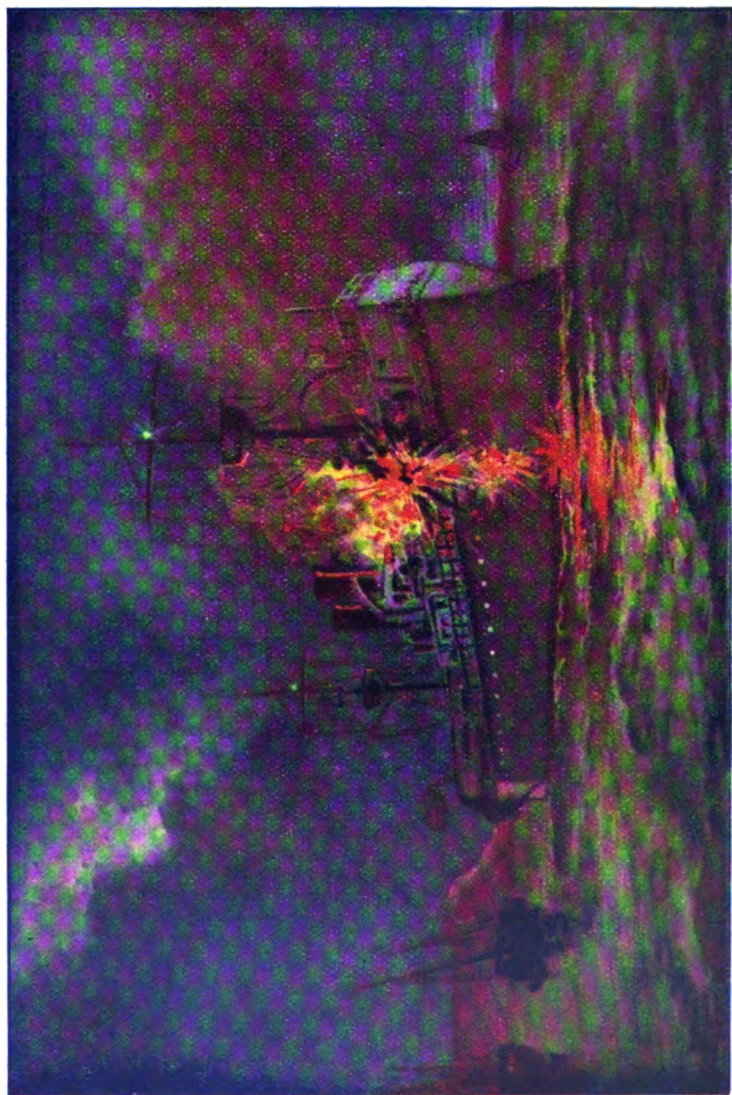
28 de enero de 1898, distinguió mucho al señor Dupuy, que por lo mismo participó «que sólo debía tener motivos para estar satisfecho y abrigar confianza».

Es permitido suponer que nuestro ministro en Washington (de igual manera que otros antes que él) no era de la madera de los Metternich, pues de haberlo sido no hubiera escrito al Sr. Canalejas, que se hallaba en la Habana, aquella carta en que se trataba, según dijimos, a Mac Kinley de politicastro, débil y populachero, y dando a entender, por contera, que la *autonomía* implantada en Cuba era una farsa. El señor Canalejas perdió la carta, o se la robaron, y apareció luego en *Le Journal*, lo cual, como es de suponer, no hizo más que exaltar todavía más el *jingoismo* de los yankees.

Dupuy dimitió, pero no se contentó con eso el gobierno de Washington, antes bien, a los cuatro días de la publicación de la epístola, presentó Mr. Woodford una nota extrañándose, en términos bastante molestos, de que nuestro gobierno no hubiese declarado que deploraba lo ocurrido. El ministro de Estado, D. Pío Gullón, le contestó dándole francas explicaciones, y así terminó el incidente, aunque no por eso se borró el efecto producido en los Estados Unidos (14 de febrero).

Por desgracia, dos días después volvía a complicarse gravísimamente la situación. Aquel *Maine*, enviado por Mac Kinley a la Habana «como una prueba de amistad», volaba la noche del 16 de febrero, a causa de una formidable explosión, resultando 266 víctimas.

Los yankees, con toda mala fe, se empeñaron en atribuir la catástrofe a un torpedo colocado por los españoles, siendo así que no había tal cosa, sino que la voladura había sido interior y debida a la imprudencia de los tripulantes.



Explosión del "MAINE"

Quedó en suspenso la resolución del asunto, y el 29 de marzo presentaba Mr. Woodford al Sr. Sagasta una breve nota en que se pedía la derogación de la orden de reconcentración y se invitaba a nuestro gobierno a que, sin previa petición de los insurrectos, se otorgase un armisticio hasta el 1.º de octubre, medida recomendada también por S. S. el Papa León XIII.

El gobierno español hubo de manifestar que ya el general Blanco había derogado en las provincias de Occidente la orden de reconcentración, que estaba dispuesto a someter a un arbitraje la cuestión del *Maine*, y que se suspenderían las hostilidades hasta el plazo que creyese oportuno el general Blanco.

Nada bastó a satisfacer a Mac Kinley, a pesar del inmenso sacrificio que tantas concesiones representaban para nuestro gobierno, supuesto que el espíritu público, excitado por la prensa de todos los matices (excepto la de Pi y Margall) pedía la guerra a todo trance «cueste lo que cueste».

Así las cosas, enviaba Mr. William A. Mac Kinley, el 11 de abril, a las Cámaras de Washington, un mensaje en el cual, por fin, arrojaba completamente la careta.

Pedía Mac Kinley se le autorizase para poner término a las hostilidades entre España y Cuba y asegurar el establecimiento de un gobierno estable, capaz de mantener el orden y observar las obligaciones internacionales. Siete días después el Congreso (o sea la Cámara de Diputados y el Senado, reunidos en asamblea) votaba una *resolución conjunta*, cuyas conclusiones eran las siguientes:

Derecho del pueblo cubano a ser libre e independiente; renuncia del gobierno español a su autoridad

y retirada de nuestras tropas; autorización del presidente para utilizar las fuerzas navales y terrestres de la nación al objeto de llevar a efecto las citadas resoluciones.

Cablegrafiada a Madrid la noticia, no se esperó a que Mr. Woodford presentara el *ultimatum*, sino que se le ordenó (21 de abril) que pidiera los pasaportes, quedando rotas las relaciones diplomáticas. En su consecuencia, entendiéndose que desde el mismo día había guerra entre España y los Estados Unidos, de lo cual se aprovecharon algunos buques de guerra yankees para capturar buques mercantes españoles.

La situación era, pues, suspensión de hostilidades con los insurrectos y guerra con los Estados Unidos.

El entusiasmo en España era inmenso. La prensa daba a entender que era indudable nuestro triunfo. Por aquel entonces, todos, salvo contadas excepciones, continuaban sosteniendo, según la frase de Sagasta, que había que hacer la guerra en Cuba «hasta el último hombre y la última peseta» y mas aun ahora, contra el yankee.

Y en efecto, era harto justificada la indignación, pues siempre España había deferido a las exigencias de los Estados Unidos, a pesar de lo cual, como se estaba viendo, de nada habían servido las concesiones, a veces humillantes, a que nos habíamos sometido, como cuando lo del *Virginus* de que hablaremos en otro lugar.

El 22 de abril quedaban bloqueadas las costas de Cuba por la escuadra americana fondeada en Hampton Roads, al mando del almirante Sampson. El bloqueo de la escuadra, sin embargo, se redujo por lo pronto a los puertos de la Habana y Matanzas.

La guerra
hispano-
americana.

Los yankees se dedicaron, sobre todo, a apresar barcos mercantes, que navegaban bien ajenos de pensar que hubiese guerra entre España y los Estados Unidos. El 27 de abril bombardearon a Matanzas y el 9 de mayo a Puerto Rico, siendo rechazados ambos ataques, que, por otra parte, no tuvieron grande importancia. El 13 de mayo, el coronel Doos pretendía desembarcar en la Costa de Pinar del Río, pero tuvo que desistir.

Los yankees hubieran debido, al parecer, atacar a la Habana, pero se guardaron bien de acercarse; los mismos acorazados del bloqueo se mantenían a prudente distancia de nuestros cañones, que eran formidables. En realidad, los yankees no sabían qué hacer, pero de pronto se les deparó ocasión para ello. Tal fué la llegada a la bahía de Santiago de Cuba de la escuadra mandada por el almirante don Pascual Cervera, en la cual estaban puestas todas las esperanzas de la nación.

Ya tenían, pues, los yankees un plan, de que hasta entonces habían carecido, pues era inútil pensar en la toma de la Habana: atacarían la escuadra y tomarían a Santiago.

¿Qué escuadra era la nuestra, en cuya potencia tanto se confiaba, no sólo por las exageraciones de la



El Almirante Cervera

prensa, sino también por las pomposas declaraciones de los ministros de Marina y en especial del almirante Beranger? Pues helo aquí:

Había dispuesto el gobierno, ya el día 13 de marzo, que zarpase de Cádiz para la Habana una escuadrilla de tres *destroyers*, *Furor*, *Terror* y *Plutón*, al mando del bravo comandante D. Fernando Villamil, como así lo hizo, deteniéndose luego en una de las islas de Cabo Verde.

A esta escuadrilla siguieron, a primeros de abril, los cruceros protegidos (no *acorazados*, según la nomenclatura del Sr. Beranger), *Marta Teresa* y *Colón*, al mando de Cervera, los cuales llegaron a Cabo Verde el 14, y el 19 llegaban también allí, procedentes de la Habana, los cruceros *Vizcaya* y *Oquendo*.

Siendo inevitable ya la guerra entre España y los Estados Unidos, dispuso el gobierno (20 de abril) que la escuadra reunida en Cabo Verde saliese para Puerto Rico, a cuya orden respondió Cervera, previa junta de comandantes, que en vista de la grande inferioridad de las fuerzas navales españolas respecto a las del enemigo y los escasos recursos que presentaban Cuba y Puerto Rico para servir de base de operaciones, sería conveniente que los buques partiesen para Canarias, al objeto de evitar cualquier golpe de mano contra este archipiélago.

Reunida en Madrid la junta de generales de la Armada (23 de abril), acordóse, y así lo ordenó el ministro, Sr. Auñón, que los cuatro cruceros protegidos y los tres *destroyers* zarparan en seguida para el mar de las Antillas, quedando el almirante Cervera en libertad de seguir la derrota que mejor le pareciera y de fondear en el puerto que juzgara más oportuno.

No se les ocultaba a nuestros marinos que se les

imponía un estéril sacrificio. Zarpó de Cabo Verde la debilísima escuadra el 29 de abril, y tomando inusitados rumbos llegaba a la Martinica el 2 de mayo; según telegrama del gobierno de 26 de abril, encontraría allí 5,700 toneladas de carbón, y, en efecto, no había ni una. No se llevó, pues, la escuadra ni un kilo de combustible, pero en cambio tuvo que quedarse en la Martinica el destroyer *Terror*, por tener inútiles las calderas.

Fuése entonces la *escuadra fantasma* para la isla holandesa de Curaçao, y allí pudo hacerse con 300 toneladas de carbón, que sirvieron para el *María Teresa* y el *Vizcaya*, y el día 19 de mayo comparecían los cuatro cruceros protegidos y los dos *destroyers* en Santiago de Cuba, donde de nada habían de servir, como no fuese para llamar la atención de los yankees hacia aquella parte, siendo así que hubieran sido de grande utilidad en la Habana, o bien haciendo una *razzia* por las costas de los Estados Unidos.

En cuanto supieron, pues, los yankees que los cuatro cruceros españoles se hallaban en Santiago de Cuba, fuése allá, para bloquear el puerto, la escuadra de Schley, que no se había movido hasta entonces de Hampton Roads, y se dispuso que un cuerpo de 16,000 hombres, al mando de Shafter, se dispusiese para desembarcar en la costa oriental. El 1.º de junio llegaba también a Santiago la escuadra de Sampson, y por si no bastaran tantos acorazados para el bloqueo, se le ocurrió a un teniente yankee *embotellar* nuestra escuadrilla en la bahía santiaguesa, a cuyo efecto echó a pique un vapor viejo para obstruir el canal.

El 20 de junio llegaban los 16,000 yankees a la costa oriental en 35 transportes. Saltaron en tierra en el lugar llamado el *Aserradero* Sampson y Shafter

para verse con Calixto García y acordar el plan de campaña, consistente en desembarcar en Daiquiri y en atacar luego a Santiago, debiendo cooperar a ello, dicho García con 5,000 insurrectos.

El desembarco se efectuó en Daiquiri, el 24 de junio, con sobrada facilidad, pues nadie había cuidado de destruir el muelle de hierro que servía para embarcar mineral; de haber sido destruído, la operación hubiera sido mucho más larga y arriesgada.

Las tropas yankees estaban distribuídas en dos divisiones de infantería y una de caballería, al respectivo mando de los generales Kent, Lawton y Wheeler. Formaban parte de la caballería un cuerpo llamado de los *Rough Riders* (*jinetes duros*), del cual formaban parte aventureros del Oeste, rancheros, vaqueros, cazadores, y con ellos un centenar de jóvenes americanos. Mandaba este regimiento Mr. Leonardo Wood, y ejercía de segundo el famoso Mr. Teodoro Roosevelt, que para ello había dimitido el cargo que desempeñaba en Washington.

Ninguna condición ofrecía l: plaza para resistir un ataque por parte de tan numerosas y bien pertrechadas fuerzas. La guarnición se componía de 6,000 soldados y 1,200 marineros desembarcados de la escuadra. La artillería se reducía a 16 cañones viejos y de corto alcance, emplazados en el Morro, Punta Gorda y Socapa, dos cañones de campaña de tiro rápido y algunas piezas sacadas de los buques. En cambio los yankees contaban con 16 cañones de campaña, 12 cañones de sitio, un Hotchkin y un neumático de dinamita.

Pero no acababan en eso nuestras desventajas; por motivos que no se comprenden bien, había quedado Santiago incomunicada con Holguín, donde había el

general Luque con 12,000 hombres, y con Guantánamo, donde se hallaba el general Pareja con 6,000.

El día 25 de junio, la división de caballería de Wheeler, guiada por las partidas cubanas de Demetrio Castillo, ocupaba Siboney y su fuerte, abandonados ya por los nuestros. Sucesivamente hubo un encuentro en las Guásimas, y el 26, reunida ya toda la expedición, atacaron las posiciones de Sevilla y el Poyo, desde donde se divisaban los fortines y trincheras improvisadas por los nuestros, como avanzadas, para la defensa de Santiago.

Quedaba por tomar la posición de *El Caney*, defendida por 419 hombres del regimiento de la Constitución al mando del general Vara de Rey. Era el 1.º de julio, y el general Shafter se hizo el propósito de apoderarse de *El Caney* en menos de una hora. Y no era presuntuoso el cálculo; aquel puñado de soldados no tenía más resguardo que un mal fortín de piedra y cuatro blokhous de tablones.

Confióse la toma a la división Lawton, cuyas brigadas mandaban los generales Chaffee y Ludlow. El efectivo ascendía a 6,500 hombres y una batería de tiro rápido.

Pocas páginas tan gloriosas se registran en nuestra historia, pocos hechos de armas han sido tan universalmente ensalzados y admirados como aquel épico combate de 400 hombres sin un solo cañón, contra 7,000 y una batería de tiro rápido. El combate comenzó a las seis de la mañana y no terminó hasta las seis de la tarde; de los 400 bravos sólo sobrevivieron 80. Murió Vara de Rey.

El Caney «Sabido es, escribe el norteamericano Cabot-Lodge, que los soldados españoles han sido con frecuencia citados como modelo, pero en este

caso desplegaron tal fortaleza como en los días en que hace tres centurias era considerada la infantería española como la más brava y la mejor de Europa. De que esa tradición es justa, ofrece *El Caney* brillante ejemplo.»

La débil posición que debía tomarse en una hora, costó doce. Los bravos de la Constitución disparaban con un ritmo tan acompasado como el de un reloj, amedrentando a los yankees con tan incomprensible regularidad; las brigadas Chaffee y Ludlow quedaron paralizadas, sin atreverse a avanzar, por lo cual tenían que hacer el gasto los cañones de tiro rápido. El capitán sueco Sr. Werster, agregado al Estado Mayor de Shaffer, escribía: «Después de esto, ni una palabra más se escucha en el campo americano sobre la cuestión de la inferioridad de la raza española».

Al mismo tiempo que Lawton se encontraba en *El Caney* con aquella inconcebible resistencia, la otra división atacaba la posición de la Loma de San Juan llave de Santiago de Cuba, y el lugar mejor fortificado. Componíase la guarnición de 400 hombres, y se contaba con una batería de tiro rápido, al mando del capitán señor de Antonio. El combate fué reñidísimo; allí murió el coronel Vaquero y sucumbieron casi en masa las heroicas compañías. Quedaron heridos el comandante general de Santiago de Cuba, general Linares, y el general de marina Bustamante, el coronel Ordóñez y todos los oficiales.

Nuestras pérdidas, entre *El Caney* y la Loma de San Juan, excedían de 500 hombres, pero no podía, sin embargo, ser menos satisfactoria la situación de Shaffer. Aquel día, entre las dos acciones, había tenido 21 oficiales y 220 soldados muertos, y 93 oficiales y 1,280 soldados heridos.

Todas las arrogancias de Shafter decayeron, hasta el punto de que el día 3 de julio estaba resuelto a emprender la retirada y situarse a ocho kilómetros más lejos para fortificarse en las alturas entre Siboney y el río San Juan.

Por desgracia, aquel mismo día se le ocurría a Blanco la idea más funesta que se pudiera concebir; picado tal vez su amor propio por las imprudentísimas acusaciones hechas por el famoso Romero Robledo en el Congreso, criticando la inmovilidad de la escuadra en Santiago de Cuba, mandó Blanco a Cervera, con fecha del 2, que reembarcara a los marineros y saliera del puerto, en vista de la apurada situación de la plaza.

Obedeció Cervera, cuando Shafter pensaba en retirarse, y quién sabe tal vez si en reembarcarse, y el resultado fué la catástrofe que desde luego podía darse por descontada.

Salió la débil y mal pertrechada escuadrilla para forzar el bloqueo y combatir con los poderosos acorazados americanos a las nueve y media de la mañana del 3 de julio. Entonces se pudo ver en qué consistían los tan ponderados *acorazados* españoles: el crucero *María Teresa*, que arbolaba la insignia del almirante y rompía la marcha, era incendiado a los diez minutos de haber salido de Santiago (cuyo canalizo, por lo tanto, no había quedado obstruido) y embarrancaba; igual le ocurría al *Oquendo*; lo mismo al *Vizcaya*, perseguido por el *Iowa* el *Brooklyn*, el *Oregón* y el *New York*. El *Colón* hubiera podido escapar tal vez, pero no podía andar con la debida velocidad por la mala calidad del carbón proporcionado en Santiago. Embarrancó. Hundiéronse los dos *destroyers Furor* y *Plutón*.

Perecieron en la catástrofe Villamil, Lazaga y

348 tripulantes, y resultaron heridos, Concas, Enlate y 160 marineros; los demás, hasta 1,600, entre ellos el almirante Cervera, cayeron prisioneros. Los yankees sólo tuvieron un muerto y dos heridos.

Las ventajas conseguidas en el Caney y la loma de San Juan quedaron anuladas por la destrucción de la escuadra. Aquella misma noche llegaba a Santiago una columna de 3,000 hombres al mando del coronel Escario, procedente de Manzanillo, después de haber sostenido treinta combates, durante la marcha, con las partidas de Calixto García.

Por la herida, aunque no tenía gravedad, del general Linares, se encargó del mando de la plaza el general Toral. La situación de Santiago era, a la verdad, insostenible; faltaban víveres, y hacía más de quince días que las fuerzas se hallaban a media ración, lo cual no dice mucho en favor de la previsión del Alto Mando.

El mismo día 3 intimó Shafter, muy envalentonado ahora con la catástrofe naval, la rendición, amenazando con el inmediato bombardeo, pero mediaron los cónsules y se consiguió pudieran salir de la ciudad 20,000 ancianos, mujeres y niños, que se refugiaron el día 5 en el Caney, ya dentro de las líneas americanas.

El 9 comenzó el bombardeo, y el 16 de julio capitulaba el desgraciado general Toral, autorizado por el general Blanco. Al día siguiente entraban en Santiago los americanos, que le prohibieron terminantemente a Calixto García pusiera en ella los pies, ni figurara para nada su nombre en las negociaciones, por lo cual dimitió su cargo de lugarteniente general.

Ya en poder de los americanos Santiago de Cuba, organizaron una expedición contra Puerto Rico, al mando de los generales Miles y Brooke, y fuerte de

16,000 hombres. La conquista fué facilísima. Miles desembarcaba el 25 de julio en Guánica y el 27 entraba en Ponce. Brooke ocupaba el 5 de agosto la villa de Guayamo, entraba el 7 en Mayagüez y el 9 en Coama. Disponíanse ya los yankees a avanzar sobre la capital, cuando recibieron orden de detenerse por haberse concertado entre España y los Estados Unidos una suspensión de hostilidades.

El 12 de agosto de 1898 aceptaba España el Protocolo de Washington, negociado y firmado en su nombre por el embajador de Francia en aquella República M. Cambon, que nos condujo pacíficamente al madero; y el 1.º de enero de 1899, el último gobernador de la isla entregaba el mando al jefe del ejército yankee de ocupación.

**Nuevo
régimen.**

Ocupada la isla por los Estados Unidos, establecieron éstos por lo pronto un régimen militar, aunque sin que por ello se resintieran la libertad política ni los derechos individuales; reorganizaron la administración, la policía y la enseñanza; establecieron un admirable servicio de sanidad, cuyos efectos se dejaron sentir en breve, empleándose para su implantación medidas coercitivas contra los recalcitrantes; emprendieron importantes obras públicas y trataron de restablecer la normalidad de la vida social y la paz de los espíritus.

Convocada por el gobernador yankee, general Wood, una Convención, elaboró ésta una Constitución, a la cual se agregó, como apéndice, la famosa *enmienda Platt*, exigida por los Estados Unidos. Según esta enmienda Cuba no puede ligarse con ninguna otra nación por pacto que menoscabe su independencia, ni conceder jurisdicción alguna sobre la isla a ninguna otra potencia; se limita la facultad de contraer deudas; se

reconoce el derecho de los Estados Unidos a intervenir para el mantenimiento de la independencia o del orden; se impone al gobierno de Cuba la obligación de velar por la salud pública, y se impuso también la obligación de vender a los Estados Unidos las tierras

necesarias para estaciones, para lo cual fueron elegidas Bahía Honda y Guantánamo.



D. Tomás Estrada Palma

Efectuadas las elecciones para el Congreso y la presidencia, resultó proclamado para este cargo D. Tomás Estrada Palma (20 de mayo de 1902), en cuyo día ondeó por primera vez en los edificios nacionales la bandera de la República de Cuba.

Siguiendo la mala tradición de muchos presidentes americanos, trabajó Estrada Palma para ser

reelegido, a cuyo objeto cometió los mayores atropellos. Viéndose perdido, reclamó el auxilio de los Estados Unidos, los cuales enviaron algunas tropas, a tenor de la enmienda Platt, al mando del secretario de la Guerra Mr. Taft. Obligado Estrada Palma a renunciar, se constituyó un extraño gobierno presidido por un delegado yankee con el título de «República de Cuba bajo la administración provisional de los Estados Unidos» (1906).

Bajo esta interinidad se promulgaron varias leyes orgánicas, elaboradas por una Comisión mixta de cuba-



Insurrectos cubanos retirando heridos de los campos de batalla

nos y yankees; organizáronse los partidos liberal y conservador, y se procedió a la elección de nuevo presidente, resultando proclamado el general D. José Miguel Gómez, y como vicepresidente el licenciado



El general D. José Miguel Gómez



D. Mario G. Menocal

en Derecho D. Alfredo Zayas, retirándose luego las fuerzas de los Estados Unidos (1909). Sucedió al general Gómez el general D. Mario G. Menocal.

Geografía. Hállase situada Cuba en la entrada del golfo de Méjico; está bañada al Norte por los canales de la Florida, Nicolás y Viejo de Bahama; al Este por el canal del Viento y al Sur por el mar Caribe. Confina al Norte con los Estados Unidos y al Este con Santo Domingo. Extensión, 118,833 kilómetros cuadrados, de los cuales corresponden 112,191 a Cuba, 3,145 a la isla de Pinos y 3,496 a los cayos e

islotes que bordean su litoral. Su longitud máxima de Este a Oeste es de 1,200 kilómetros; su anchura máxima, de 180, y la mínima, de 45. Está surcado el territorio por varios grupos montañosos separados por llanuras. Las sierras más elevadas se hallan en Oriente, donde se levantan Sierra Maestra, con sus picos de Ojo del Toro (1,582 metros) y monte Turquino (2,560) y la Sierra del Cobre (1,018).

El territorio está surcado por 200 ríos, correspondientes en su mayoría a las vertientes septentrionales de los diversos grupos montañosos; algunos, como el Sagua la Grande, el Bayamo y otros, son navegables en parte de su curso.

El clima de la isla es tropical.

Vegetación. Es exuberante, gracias a la calidad del suelo, la abundancia de aguas y la elevación de la temperatura. Crecen en sus bosques el caobo, el roble, la palma real, el cocotero, la sabina, el cedro, el manzanillo, el guayacán, que proporcionan maderas de construcción; numerosas plantas tintóreas, como el campeche, el añil, el brasil; otras, medicinales, como el copal, y se cosechan innumerables frutas: plátanos, batata, ñame, piña, mamey, guanábana, guayaba, etc. Los principales productos, sin embargo, son la caña de azúcar, el tabaco, el café y el cacao.

La población excede de 2.050,000 habitantes. En su grandísima mayoría blancos, y el resto mulatos, negros y asiáticos. En 1907 había 228,741 extranjeros, de ellos 185,393 españoles, si bien desde entonces ha aumentado mucho nuestra inmigración.

Vida económica.
Hacienda. Hállase en estado floreciente. En el presupuesto del año económico de 1910-1911 calculábanse los ingresos en 34.779,780 dólares y los gastos en 29.620,531.

En el año económico 1908-1909 la importación ascendió a 83.990,234 dólares y la exportación a 115 millones 637,047. Las principales exportaciones consisten en azúcar, melazas, tabaco, frutas, minerales y algodón; las importaciones en tejidos, vinos, conservas, frutas secas, azúcar, maquinaria, hierro, carbón, etc. El mayor comercio es con los Estados Unidos, siguiendo Inglaterra, Alemania, España y Francia.

Gobierno. Por la Constitución de 1900, revisada en 1902, están garantizados todos los derechos individuales y políticos. El gobierno es representativo o presidencial, a manera del de los Estados Unidos. Exígesese responsabilidad individual y solidaria de los secretarios del despacho; éstos deben refrendar los decretos del Presidente, por quien son libérrimamente elegidos y separados, sin la menor intervención del Congreso, evitándose así los perniciosos efectos del parlamentarismo.

El Poder Legislativo reside en dos cuerpos: el Senado y la Cámara de Representantes. Los senadores son veinticuatro, elegidos por sufragio de segundo grado y por un plazo de ocho años; renuévase el Senado por mitad cada cuatro años. Los Representantes son elegidos por sufragio directo, por cuatro años, y la Cámara se renueva cada dos. El número de diputados es a razón de uno por cada 25,000 habitantes o fracción de más de la mitad de este número.

El Poder Judicial radica en un Tribunal Supremo o de Casación, las audiencias provinciales y los juzgados de partido, correccionales y municipales.

División administrativa. La República de Cuba está dividida en seis provincias, que son: de Este a Oeste las de Oriente, Camagüey, Santa Clara, Matanzas, Habana y Pinar del Río. En cada una hay

un gobernador y un Consejo provincial; en cada pueblo, un alcalde y un ayuntamiento. Todos los cargos de la administración local son electivos.

Instrucción pública. En 1910 había 2,178 escuelas primarias con 3,666 clases a cargo de otros tantos maestros.

La enseñanza secundaria se recibe en seis institutos, uno en cada capital de provincia, aparte de los colegios privados a cargo de los Escolapios, los Jesuitas y los Dominicos. La Universidad radica en la Habana y se compone de las tres facultades de Ciencias y Letras, Derecho y Medicina y Farmacia, en las cuales se estudian las carreras de ingeniero civil, ingeniero electricista, ingeniero agrónomo, perito químico-agrónomo, pedagogo, arquitecto, abogado, médico, farmacéutico, veterinario, maestro de obras, cirujano-dentista y enfermeras y comadronas.

Cuenta además la Habana con Escuela de Artes y Oficios, de Pintura y Escultura, dos Conservatorios y Academia de Tipógrafas.

Vías de comunicación. La red ferroviaria mide hoy 25,650 kilómetros, siendo después de los Estados Unidos la nación americana que cuenta proporcionalmente con más vías férreas.

Movimiento intelectual. En sólo un siglo se ha glorificado Cuba con poetas como Heredia, D.^a Gertrudis Gómez de Avellaneda, Plácido, Luaces, D. Juan Clemente Zenea, Milanés y Casal; oradores como Escobedo, Govantes, Bermúdez, Medina, Montoro, Martí y D. Manuel Sanguily; filósofos y educadores como D. José de la Luz Caballero y el P. D. Félix Varela; historiadores como Guiterras, Saco, Estévez, C. de la Torre y D. Vidal Morales; naturalistas como D. Andrés Poey; químicos como Reinoso; médicos como Romain, Albarrán y Vana; novelistas como Villa-

verde y Echeverría; músicos como Espadero y Cervantes; eruditos como Bachiller y Morales, Jimeno y D. José de Armas; críticos literarios como Sanguily, Marchán, del Monte e infinidad de otros ilustres intelectuales.



D. José María Heredia

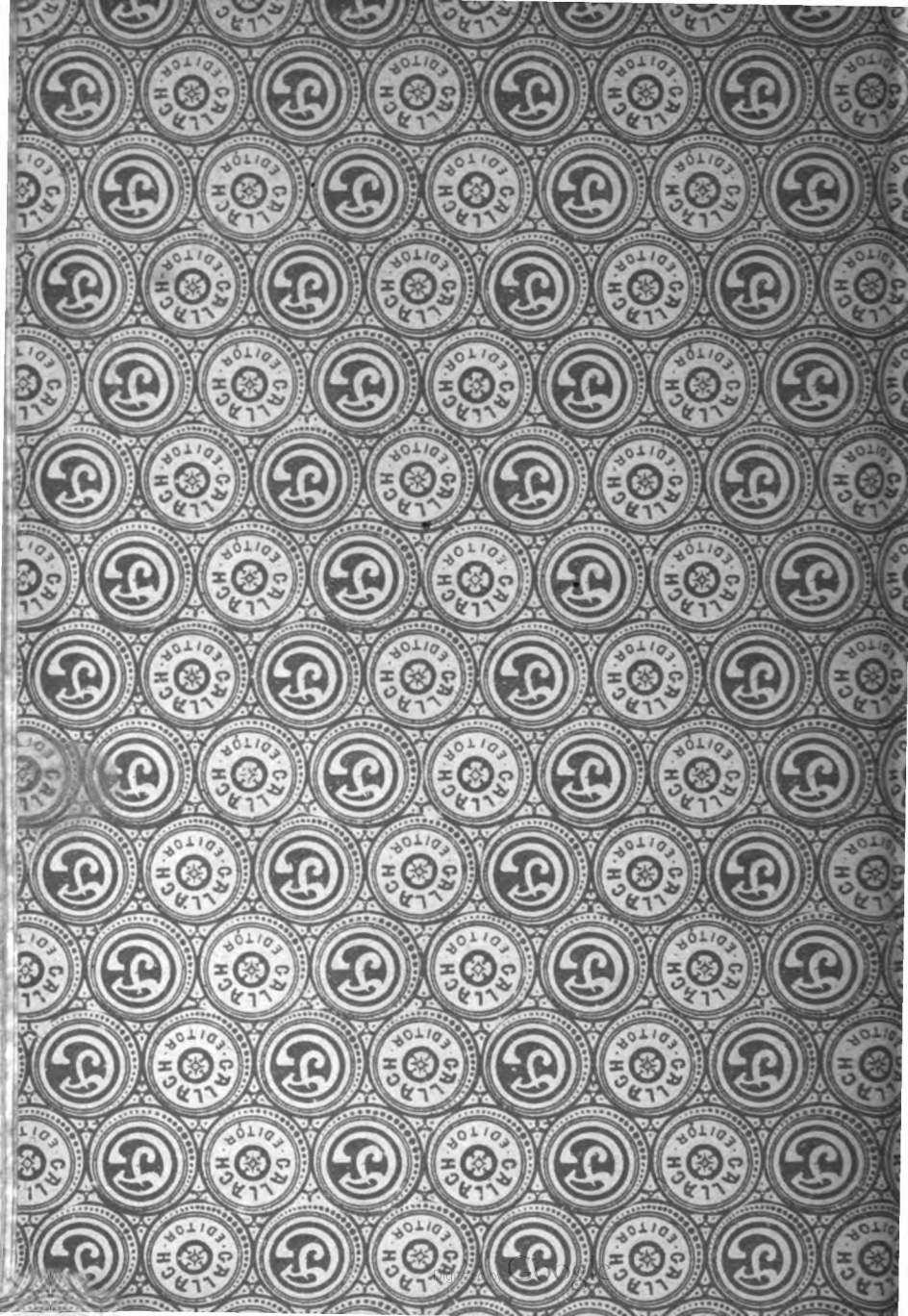


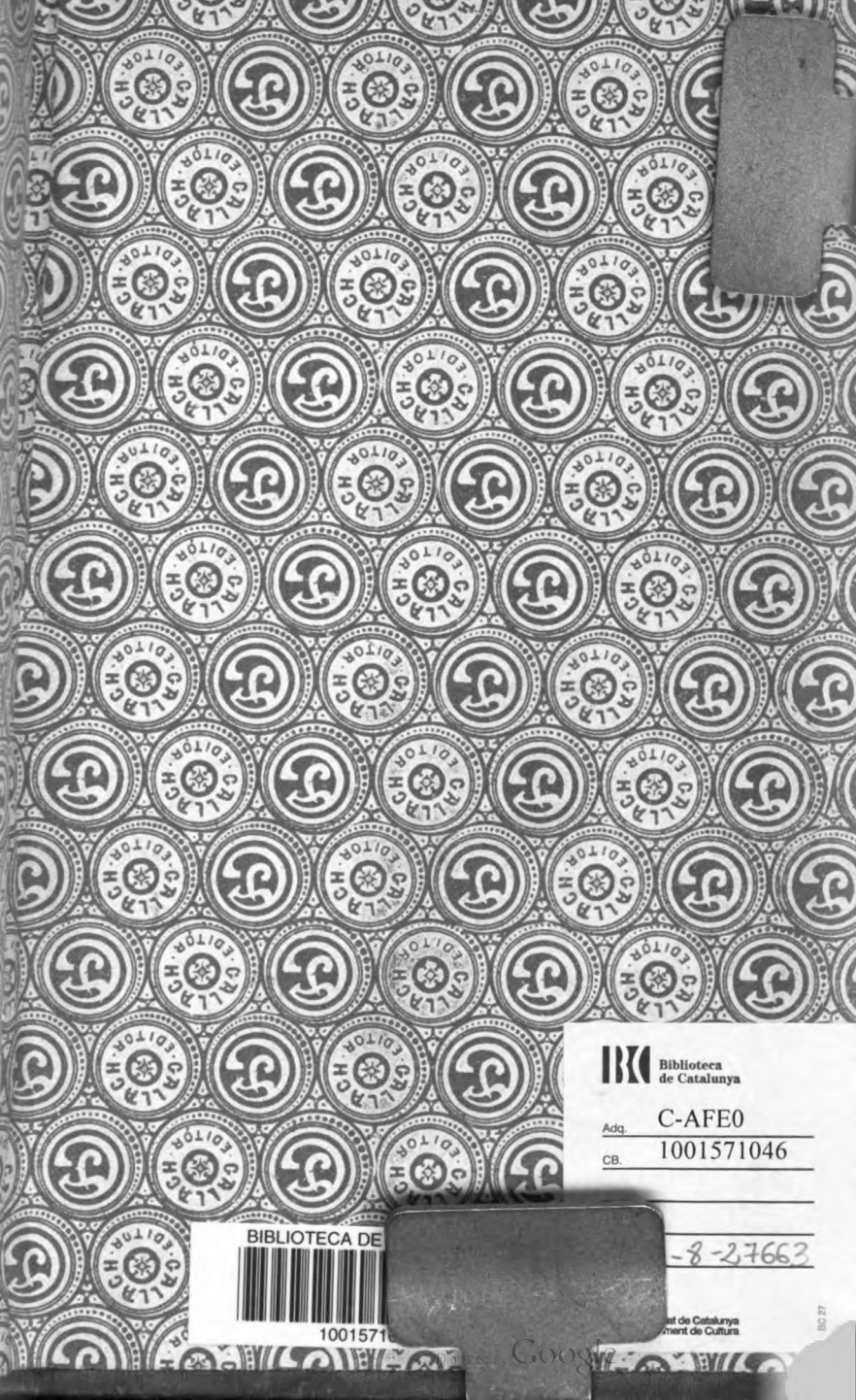
D.ª Gertrudis Gómez
de Avellaneda

Costumbres. A pesar de conservarse muchas tradiciones españolas, se deja sentir modernamente la influencia norteamericana.

Con todo no dejan de ser numerosos los recuerdos de cuando Cuba, bautizada por Colón con el nombre de *Juana*, había sido la joya de las posesiones españolas en América; pero cada día va extinguiéndose más la memoria de nuestra dominación, o mejor dicho, de nuestra colonización.

FIN DEL TOMO XXIII





Biblioteca
de Catalunya

Adq.

C-AFE0

CB.

1001571046

BIBLIOTECA DE



1001571046

-8-27663

Biblioteca de Catalunya
Departament de Cultura

BC 27

